

ERNEST BRAMAH



LOS MEJORES CASOS DE
MAX CARRADOS




SIRUELA

Ernest Bramah

LOS MEJORES CASOS DE
MAX CARRADOS

Traducción del inglés de
José C. Vales

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: octubre de 2017

En cubierta: ilustración de Advertising Archives

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la traducción, José C. Vales

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17151-87-4

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

La moneda de Dionisos
El caso de la señal ferroviaria en Knight's Cross
Tragedia en Brookbend Cottage
La última hazaña de Harry el Actor
Juegos en la oscuridad
La desaparición de Marie Severe
El caso de los champiñones envenenados
El fantasma de Massingham Mansions
El caso del espía de Kingsmouth
El misterio de la desaparición de la Petition Crown
La tragedia del piso de Holloway
El asombroso caso del testigo desaparecido

La moneda de Dionisos¹

Estaba lloviendo y ya eran las ocho de la tarde, una hora a la que un numismático —cuyo negocio cuenta con una parroquia tan limitada— apenas confía en tener algún cliente. Pero, de todos modos, en aquel pequeño establecimiento que ostentaba el nombre de Baxter en el escaparate aún había una luz encendida, y también había luz en el despacho —aún más pequeño, al fondo—, donde el propietario se encontraba sentado y leyendo el *Pall Mall* vespertino. Resultó que su paciencia estaba justificada, porque en aquel momento sonó la campanilla de la entrada; el señor Baxter dejó el periódico y salió a la tienda.

En realidad, el numismático había estado esperando la llegada de una persona, y sus ademanes cuando pasó a la tienda dejaban entrever claramente que la visita era importante. Pero, en cuanto vio al cliente que había llegado, el exceso de deferencia dio paso a un gesto contenido y sobrio, característico del comerciante ante el cliente ocasional.

—El señor Baxter, supongo —dijo el cliente. Había dejado en una esquina el paraguas empapado y ya se estaba desabotonando la gabardina y la chaqueta para poder sacar la cartera—. Imagino que no me recuerda, ¿verdad? Soy Carlyle... Hace dos años vine a verle por un asunto...

—Oh, claro. Señor Carlyle: el detective privado...

—Investigador privado —precisó Carlyle.

—Desde luego —admitió con una sonrisa el señor Baxter—, y yo soy un vendedor de monedas, y no un anticuario o un numismático. Dígame: ¿puedo hacer algo por usted?

—Sí —contestó el caballero—. Ahora me toca consultarle a mí. —Había sacado una pequeña bolsa del bolsillo interior de la chaqueta y la estaba

colocando cuidadosamente sobre el mostrador—. ¿Qué me puede decir de esto?

El comerciante escrutó durante unos segundos la moneda.

—No tiene ningún misterio —contestó—. Es un tetradracma siciliano de Dionisos.

—Sí, eso ya lo sé: es lo que ponía en la etiqueta del expositor. Y además puedo decirle que se supone que es una de las monedas por las que lord Seastoke pagó doscientas cincuenta libras en la subasta de Brice en el noventa y cuatro.

—Me parece que sabe usted más de esa moneda que yo —apuntó el señor Baxter—. ¿Qué es lo que busca en realidad?

—Quiero saber si es auténtica —contestó Carlyle.

—¿Hay alguna duda al respecto?

—Se han suscitado algunas dudas a raíz de determinados acontecimientos, eso es todo.

El comerciante le echó otro vistazo al tetradracma a través de sus lentes de aumento, sujetándolo por el borde con delicadeza de experto. Luego negó con la cabeza, como si confesara su ignorancia.

—Por supuesto, podría aventurar...

—No, nada de aventurar —interrumpió Carlyle de inmediato—. De su autenticidad depende un arresto y no me vale más que una certeza absoluta.

—¿De verdad, señor Carlyle? —preguntó el señor Baxter, cada vez más interesado en el caso—. Bueno, para ser sinceros... esto me queda grande. Si fuera un penique sajón o un medio marco de oro dudoso, podría jugarle mi reputación a una sola carta, pero mis conocimientos de numismática clásica son más bien escasos.

Carlyle no disimuló su decepción ante aquellas palabras; volvió a meter la moneda en la bolsa y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Creía que podía confiar en usted... —refunfuñó contrariado—. ¿A quién demonios voy a acudir yo ahora?

—Siempre puede ir al Museo Británico.

—Ah, eso sí, gracias. ¿Habrá alguien ahora que pueda decirme algo?

—¿Ahora? ¡Ni hablar! —exclamó el señor Baxter—. Mejor vaya por la

mañana...

—Tengo que saberlo esta misma noche —explicó el detective, con un gesto de contenida desesperación—. Mañana ya será demasiado tarde.

El señor Baxter no se mostró demasiado proclive a ofrecer soluciones, dadas las circunstancias.

—Es difícil que encuentre a alguien trabajando a estas horas —apuntó—. Yo mismo ya debería haberme ido hace dos horas, si no fuera porque tengo una cita con un millonario americano y fue él quien fijó la hora que mejor le convino. —El ojo derecho del señor Baxter parpadeó con una especie de levísimo tic—. Se llama Offmunson, y un joven y brillante genealogista ha rastreado sus ancestros hasta Offa, rey de Mercia. Así que, natural y comprensiblemente, quiere un juego de monedas offas a modo de prueba genealógica colateral.

—Muy interesante —murmuró Carlyle, jugueteando con su reloj de mano—. Me encantaría estar de charla una hora aquí con usted a propósito de sus clientes millonarios... pero otra vez será. Ahora... escuche, Baxter, ¿puede escribirme unas líneas de recomendación para algún numismático que sepa de este tipo de cosas y que dé la casualidad de que viva en la ciudad? Debe de conocer usted a un montón de expertos...

—Vaya, que Dios me ampare, señor Carlyle, no conozco a ninguno de ellos fuera de sus negocios —dijo el señor Baxter con gesto de asombro—. Por lo que yo sé, podrían vivir en Park Lane o en Petticoat Lane. Además, no son tan expertos como uno podría suponer. Y los dos mejores probablemente tendrían opiniones distintas. Supongo que habrá consultado a peritos...

—No necesito peritos; no tengo necesidad de ofrecer pruebas. Lo único que necesito es que alguien con absoluto conocimiento y autoridad me dé vía libre para actuar. ¿De verdad no hay nadie que me pueda decir si esta moneda es auténtica o no?

El significativo silencio del señor Baxter adquirió ciertos matices cínicos mientras observaba al señor Carlyle, al otro lado del mostrador. Entonces, de repente, pareció acordarse de algo.

—Espere un momento... Hay un tipo, un aficionado; se decían cosas maravillosas de él hace un tiempo. Dicen que en realidad sabe...

—Bueno, ahí estamos... —exclamó Carlyle, obviamente aliviado—. Siempre hay alguien. ¿Quién es?

—Tiene un nombre gracioso... —contestó Baxter—. Algo como Wynn o Wynn algo. —Alargó el cuello para intentar ver el cochazo que estaba aparcando delante del escaparate—. ¡Wynn Carrados! Y ahora, discúlpeme, señor Carlyle... Parece que ha llegado el señor Offmunson.

Carlyle se garabateó apresuradamente el nombre en la mano.

—Wynn Carrados, vale. ¿Dónde vive?

—No tengo ni la más remota idea —contestó Baxter, procurando arreglarse la corbata en el espejo de la pared—. No lo he visto en mi vida. Y ahora, señor Carlyle, lo siento mucho pero no puedo atenderle. No le importa, ¿verdad?

Carlyle no podía fingir que no había entendido. Se tuvo que conformar con el privilegio de sujetarle la puerta al representante transatlántico del último heredero de los Offa cuando este entraba y él salía, y luego se encaminó por las calles empapadas de Londres hasta su oficina. Respecto a aquel Wynn Carrados, solo había una manera de encontrar la pista a un individuo del que se tenía tan poca información: en los listines telefónicos y directorios profesionales; de todos modos, Carlyle no se hacía muchas ilusiones.

La fortuna le fue favorable, en cualquier caso. No tardó en averiguar que Wynn Carrados vivía en Richmond y, aún mejor, las indagaciones posteriores no fueron del todo descorazonadoras. Al parecer, solo había un vecino con ese mismo nombre en toda la ciudad de Londres. Anotó en una libreta la dirección y partió hacia Richmond.

Carlyle averiguó que la casa del tal Wynn Carrados se encontraba a cierta distancia de la estación, así que cogió un taxi y ordenó que lo llevaran hasta allí, y luego despidió al vehículo en la puerta. Se vanaglorió de su poder de observación y de la consistencia de las deducciones que se derivaban de él: un rasgo de su oficio. «No hace falta más que utilizar los ojos y sumar dos y dos», solía decir cuando deseaba mostrarse más humilde que vanidoso; para cuando llegó a la puerta principal de The Turrets, ya se había hecho una buena idea de la situación social y los gustos del hombre que vivía allí.

Un mayordomo hizo pasar al señor Carlyle y cogió su tarjeta de visita; en

realidad, no era una tarjeta profesional, sino una tarjeta particular que acompañó con la humilde petición de una entrevista que no le robaría al señor Carrados más de diez minutos. La suerte le seguía sonriendo: el señor Carrados estaba en casa y lo recibiría inmediatamente. Tanto el criado como el vestíbulo por el que cruzaron y la sala a la que se le hizo pasar contribuyeron, en conjunto, a confirmar las deducciones que el silencioso y atento detective iba registrando casi de forma inconsciente.

—El señor Carlyle —anunció el criado.

La estancia era una biblioteca o un estudio. La única persona que lo ocupaba era un hombre de una edad similar a la de Carlyle; al parecer, había estado utilizando una máquina de escribir hasta el mismo instante en el que el visitante hizo su aparición. Entonces se volvió y permaneció de pie con una expresión de cortesía muy formal.

—Es muy amable por su parte al recibirme a estas horas —se disculpó Carlyle.

La expresión convencional del rostro del señor Carrados cambió un poco.

—¿Es posible que mi criado haya leído mal su nombre? —preguntó—. ¿No es usted Louis Calling?

El visitante se detuvo en seco y su amable sonrisa dio paso a un repentino gesto de ira o enojo.

—No, señor —contestó de un modo cortante—. Mi nombre está en la tarjeta que tiene delante.

—Oh, le ruego que me perdone —dijo el señor Carrados, con un estupendo buen humor—. No la había visto. Pero es que hace años conocí a un tal Calling... en St. Michael.

—¡En St. Michael! —Los rasgos del señor Carlyle sufrieron otro cambio, y no menos brusco y radical que el anterior—. ¡En St. Michael! ¿Tú eres Wynn Carrados? ¡Santo cielo! ¿Es posible que seas Max Wynn... el condenado Winning Wynn?

—Bueno, un poco más viejo y un poco más gordo, pero sí —contestó Carrados—. Me he cambiado el nombre, ya ves.

—Es increíble que nos encontremos de este modo... —dijo el visitante, derrumbándose en una silla y mirando de hito en hito al señor Carrados—.

Yo he cambiado algo más que mi nombre. ¿Cómo me has reconocido?

—Por la voz —contestó Carrados—. Me ha trasladado de inmediato a aquel ático apestoso tuyo, donde...

—¡Dios bendito! —exclamó Carlyle con gesto de desesperación—, no me recuerdes lo que hacíamos en aquel tiempo... —Miró a su alrededor, a aquella sala hermosa y bien amueblada, y recordó otros indicios de riqueza en los que ya se había fijado—. Bueno, por lo que se ve, parece que te van bien las cosas, Wynn.

—Soy objeto de envidia y de lástima alternativamente —replicó Carrados, con una paciente serenidad que parecía característica en él—. Pero sí: como dices, me van bastante bien las cosas.

—Que te envidien, lo puedo entender. Pero ¿por qué van a tenerte lástima?

—Porque estoy ciego —fue su serena contestación.

—¡Ciego! —exclamó el señor Carlyle, abriendo los ojos de forma desorbitada—. ¿Quieres decir... literalmente ciego?

—Literalmente. Hace unos doce años iba montando a caballo con un amigo por un camino carretero, en un bosque. Él iba delante. En un momento dado, una rama saltó hacia atrás... bueno, ya sabes que ese tipo de cosas pasan con frecuencia. Me dio un latigazo en los ojos y no pude ni parpadear.

—¿Y te quedaste ciego por eso?

—Sí, a la larga sí. Se llama amaurosis.

—No me lo puedo creer. Pareces tan seguro y tan autosuficiente... Tu mirada está llena de vida: tus ojos solo están un poco más inmóviles que antaño. Creía que estabas escribiendo a máquina cuando llegué... ¿De verdad no me ves?

—¿Echas en falta el perro y el bastón? —sonrió Carrados—. No. Es la verdad.

—Qué horrible castigo, Max. Siempre fuiste tan vital, tan activo... Nunca estabas quieto. Debes de echar mucho de menos todo aquello.

—¿Te ha reconocido alguien más? —preguntó Carrados tranquilamente.

—Ah, fue por la voz, como dijiste —contestó Carlyle.

—Sí; pero otra gente también oye tu voz. Lo que ocurre es que yo no tengo unos ojos torpes y vanidosos que me engañen.

—Es una manera rara de plantearlo —dijo Carlyle—. ¿Acaso tus oídos nunca te han engañado?

—Hasta ahora no. Ni mis dedos. Ni ninguno de mis otros sentidos, que tienen que arreglárselas por sí mismos, sin el apoyo de los ojos.

—Bueno, bueno... —murmuró el señor Carlyle, que tuvo que deshacerse de inmediato de sus compasivas emociones—. Me alegra mucho que lo lleves tan bien. Por supuesto, si te parece que estar ciego tiene alguna ventaja, amigo... —Se detuvo y se sonrojó—. Oh, te ruego que me perdones... —concluyó apresuradamente.

—Bueno, tal vez no sea una ventaja —contestó Carrados pensativo—. De todos modos tiene compensaciones inimaginables. Un nuevo mundo por explorar, nuevas experiencias y nuevas facultades que estaban dormidas, nuevas y extrañas percepciones, la vida en una cuarta dimensión. Pero ¿por qué te tengo que perdonar, Louis?

—Ya no soy abogado: se me suspendió por un asunto relacionado con la falsificación de una cuenta fiduciaria, señor Carrados... —murmuró Carlyle, levantándose y adoptando una postura más formal.

—Siéntate, Louis —dijo Carrados con amabilidad. Su rostro, incluso sus ojos, increíblemente vivos, desprendían sosiego y amabilidad—. La silla en la que estás sentado, el techo que hay sobre tu cabeza, todas las cosas maravillosas que tienes a tu alrededor, y a las que te has referido tan generosamente, son el resultado directo de falsificar una cuenta fiduciaria. Pero, entonces, ¿debo llamarte señor Carlyle? Desde luego, no puedo llamarte Louis.

—Yo no falsifiqué la cuenta —exclamó Carlyle con vehemencia. Luego se sentó y añadió más calmado—: ¿Por qué tengo que contarte toda esa historia? No he vuelto a hablar de eso desde hace...

—La ceguera invita a las confidencias —contestó Carrados—. Ya no estamos en el negocio: podemos dejar de competir. Además, ¿por qué no ibas a contármelo? En mi caso, la cuenta sí fue falsificada.

—Bueno, todo aquello fue una bobada, Max —dejó caer Carlyle—. De todos modos, agradezco tu interés.

—Casi todo lo que tengo me lo dejó un primo americano, con la condición

de que asumiera el apellido Carrados. Hizo su fortuna mediante una ingeniosa argucia, manipulando los informes agrícolas y quedándose luego con el dinero. Y no necesito recordarte que el que se beneficia es igual de culpable que el ladrón.

—Pero se arriesga la mitad. Créeme; sé lo que digo, Max... ¿Tienes idea del negocio al que me dedico ahora?

—Me lo vas a contar —contestó Carrados.

—Ahora llevo una agencia de investigación privada. Cuando perdí mi empleo tuve que hacer algo para ganarme la vida. Y me salió esto. Me cambié el nombre, cambié mi aspecto y abrí un despacho. Ya conocía la faceta legal del negocio y contraté a un policía retirado de Scotland Yard para que se encargara del trabajo externo.

—¡Ah, excelente! —exclamó Carrados—. ¿Has resuelto muchos asesinatos?

—No —admitió el señor Carlyle—. Nuestro negocio se centra más bien en otros asuntos más convencionales, como los divorcios y los desfalcos.

—Es una lástima —apuntó Carrados—. Ya sabes, Louis, que yo siempre tuve la ilusión de ser detective. E incluso he llegado a pensar que aún podría hacer algo en ese sentido si surgiera la oportunidad. ¿Te ríes?

—Bueno, desde luego, la idea de...

—Sí, la idea de un detective ciego... La idea de que un ciego sea el que vigile y dé la señal de alarma...

—Bueno, como tú dices, seguro que ciertas facultades se han agudizado —se apresuró a decir el señor Carlyle educadamente—, pero, en fin, a excepción de los artistas, no creo que haya en el mundo una profesión que dependa más de los ojos que la de detective.

Cualquiera que fuera la opinión que Carrados pudiera mantener personalmente respecto a ese tema en concreto, su cordialidad exterior no dejó traslucir ni una pizca de disconformidad. Durante unos minutos siguió fumando como si estuviera disfrutando de verdad del placer de ver las volutas de humo azul elevándose en el aire y dispersándose por la estancia. Ya había colocado delante de su viejo conocido una caja con puros de una marca cuyo valor Carlyle desde luego apreciaba, pero que generalmente consideraba de

un precio inasequible, y sin duda la naturalidad con la que el ciego había puesto la caja delante de él había conseguido desconcertarlo.

—Antes te gustaba mucho el arte, Louis —dijo Carrados—. Dame tu opinión sobre mi última adquisición: el león de bronce que tengo en la mesa. —Entonces, cuando Carlyle buscó con la mirada algún león de bronce en la mesa, Max añadió rápidamente—. Oh, no, no en esta mesa: en la que tienes a la izquierda.

Carlyle lanzó una penetrante mirada a su anfitrión cuando se levantó, pero la expresión de Carrados no revelaba más que confianza y seguridad. Luego se dirigió a la otra mesa, hasta el lugar donde se encontraba la figura.

—Muy bonita —dijo—. Flamenco tardío, ¿no?

—No. Es una copia del *León rugiente* de Vidal².

—¿Vidal?

—Un artista francés. —Su voz era indescriptiblemente plana—. Él también tuvo la desgracia de quedarse ciego, por cierto.

—¡Serás farsante, Max! —exclamó Carlyle—. Has estado tramando esto durante los últimos cinco minutos. —Luego, el pobre se mordió el labio y le dio la espalda a su anfitrión.

—¿Recuerdas cuando solíamos engañar a aquel burro de Sanders y luego nos reíamos de él? —preguntó Carrados, ignorando aquella exclamación zalamera con la que su antiguo amigo se había dirigido a él.

—Sí —contestó Carlyle casi en un susurro—. Esta pieza es muy buena —añadió, refiriéndose al bronce de nuevo—. ¿Cómo consiguió hacerla?

—Con las manos.

—Ya, claro. Pero lo que quiero decir es... ¿cómo consiguió estudiar su modelo?

—También con las manos. Lo llamaba «ver de cerca».

—¿Incluso con un león? ¿Lo tocaba?

—Bueno, en esos casos solicitaba la ayuda de un domador, que mantenía al animal a raya mientras Vidal ponía en marcha sus dotes especiales... No parece muy dispuesto a darme pistas sobre la investigación que tienes entre manos, ¿verdad, Louis?

Incapaz de considerar aquella petición como nada más que una de las

interminables bromas del viejo Max, el señor Carlyle estuvo a punto de contestar en ese sentido. Pero una idea repentina le obligó a sonreír con malicia. Hasta ese momento, de hecho, se había olvidado por completo del objeto de su visita. Ahora que se acordaba de la dudosa moneda de Dionisos y de la recomendación del señor Baxter, se dio cuenta inmediatamente de que en todo aquello debía de haber un error o una equivocación. O Max no era el Wynn Carrados que había estado buscando o el anticuario estaba mal informado; porque aunque su anfitrión fuera un experto maravilloso, a pesar de su desgracia, era inconcebible que pudiera dirimir si una moneda era auténtica o no sin verla. La ocasión parecía muy propicia para devolverle una a Carrados, tomándole la palabra.

—Sí —contestó entonces, tras una rápida meditación, mientras volvía a la mesa con su amigo—. Sí, claro que lo voy a hacer, Max. Aquí tengo la clave de lo que parece ser una estafa bastante importante. —Y puso el tetradracma en la mano de su anfitrión—. ¿Qué te parece?

Durante unos segundos, Carrados manipuló la pieza con las yemas de los dedos y con gran delicadeza, mientras Carlyle lo observaba todo con una mueca de maliciosa satisfacción. Entonces, con la misma seriedad, el hombre ciego sopesó la moneda en su mano. Al final, se la llevó a la boca y la tocó con la lengua.

—Bueno, ¿y...? —preguntó Carlyle.

—Desde luego, no tengo mucha información, y si contara con tu total confianza, tal vez podría llegar a alguna conclusión...

—Claro, claro, adelante... —dijo Carlyle, animando a su amigo con gesto divertido.

—Entonces te aconsejaría que detuvieras a la criada, Nina Brun; que te pusieras en contacto con las autoridades policiales de Padua para indagar en los detalles de la carrera de Helène Brunesi, y que sugirieras a lord Seastoke que regrese cuanto antes a Londres para comprobar si se han producido más robos en su vitrina.

El señor Carlyle se tambaleó y buscó con la mano una silla en la que apoyarse, y en la que acabó derrumbándose, anonadado y pálido. Era incapaz de apartar la mirada ni un solo instante del rostro amable y cordial de

Carrados, un espectáculo de lo más corriente, por otra parte, mientras el recuerdo petrificado de su maliciosa diversión aún se dejaba entrever en los rasgos de su cara.

—¡Santo cielo! —consiguió decir a duras penas—. ¿Cómo sabes...?

—¿No es eso lo que querías de mí? —preguntó Carrados tranquilamente.

—No bromees, Max —dijo Carlyle con aire severo—. Esto no es un chiste. —Sin saber por qué, su confianza en su propio talento como detective se vio minada de repente: parecía encontrarse ante un verdadero misterio—. ¿Cómo has podido saber que se trataba de Nina Brun y lord Seastoke?

—Tú eres detective, Louis —replicó Carrados—. ¿Cómo sabes tú ese tipo de cosas? Utilizando los ojos y sumando dos y dos.

Carlyle refunfuñó y agitó la mano con disgusto.

—¿Qué es todo esto, Max, una farsa? En realidad sí que ves... aunque, bueno, ni siquiera eso lo explicaría todo...

—Como Vidal, yo veo muy bien... en las distancias cortas —contestó Carrados, recorriendo con suavidad con el índice la inscripción del tetradracma—. Para las distancias largas tengo otro par de ojos. ¿Te gustaría verlos?

El asentimiento del señor Carlyle no fue muy cordial; de hecho, estaba un poco enfadado. Le picaba como un latigazo el sentirse claramente minusvalorado en su propio oficio; pero también tenía mucha curiosidad.

—Haz sonar esa campana que tienes justo detrás de ti, si no te importa —dijo el anfitrión—. Vendrá Parkinson. Podrás evaluarlo cuando llegue.

El hombre que había recibido a Carlyle cuando llegó a The Turrets resultó ser Parkinson.

—Este caballero es el señor Carlyle, Parkinson —explicó Carrados cuando entró el criado—. ¿Te acordarás de él de aquí en adelante?

La mirada indiferente de Parkinson escrutó al invitado de pies a cabeza, pero de un modo tan leve y discreto que el señor Carlyle tuvo la impresión de que le estaban quitando el polvo con mucha habilidad y destreza.

—Intentaré que así sea, señor —contestó Parkinson, volviéndose hacia su patrón.

—Estaré disponible para el señor Carlyle siempre que venga. Eso es todo.

—Muy bien, señor.

—Y ahora, Louis —dijo el señor Carrados con entusiasmo, una vez que la puerta se hubo cerrado—, ya has tenido ocasión de ver y analizar a Parkinson. ¿Qué te parece?

—¿En qué sentido?

—Bueno, digamos... en un sentido descriptivo. Yo soy ciego: hace doce años que no veo a mi criado. ¿Qué idea te has hecho de él y qué puedes decirme? Te pido que me informes.

—Entiendo lo que me dices, pero ese Parkinson tuyo es el tipo de hombre del que hay poca cosa que decir. Tiene un aspecto... normal. Su altura es... normal...

—Cinco pies y nueve pulgadas —murmuró Carrados—. Ligeramente por encima de la media.

—Pero eso casi no se nota. Bien afeitado. El pelo normal, castaño. Sin rasgos especialmente marcados. Ojos oscuros. Buena dentadura...

—Postiza —interrumpió Carrados—. La dentadura, no tu afirmación.

—Bueno, puede ser... —admitió el señor Carlyle—. No soy un experto en dientes y no he tenido oportunidad de examinar la boca del señor Parkinson en detalle. Pero ¿adónde quieres llegar con todo esto?

—¿Y su ropa?

—Ah, bueno... la indumentaria normal de un criado. No hay mucho margen para la variedad en ese tema.

—¿No has notado, entonces, nada especial por lo que Parkinson pudiera ser identificado?

—Bueno, llevaba un anillo de oro curiosamente ancho en el meñique de la mano izquierda.

—Pero eso se lo puede quitar. Sin embargo, Parkinson tiene en la barbilla una verruga (bastante pequeña, lo admito) que no se la podrá quitar jamás. Menudo sabueso estás hecho. ¡Oh, Louis!

—De todos modos —replicó Carlyle, resentido por la sátira bienhumorada de su amigo, aunque era bastante evidente que la broma de Max tenía una intención cariñosa—, de todos modos, me atrevo a decir que puedo hacer una descripción de él tan buena como la que él pueda hacer de mí.

—Eso es lo que vamos a comprobar. Toca la campanilla otra vez.

—¿En serio?

—Claro. Voy a comparar «mis ojos» con los tuyos. Si no le das un aprobado, renunciaré a mis ambiciones detectivescas para siempre.

—No es lo mismo —protestó Carlyle, pero hizo sonar la campanilla.

—Entra y cierra la puerta, Parkinson —dijo Carrados cuando apareció el criado—. No vuelvas a mirar al señor Carlyle: es más, ponte delante de él y dale la espalda; no le importará. Ahora, descríbeme su aspecto tal y como lo observaste antes.

Parkinson le expresó sus más sentidas disculpas al señor Carlyle por la libertad que se veía obligado a tomarse, con un tono de humilde deferencia hacia el invitado.

—Señor: nuestro invitado, el señor Carlyle, lleva unas botas de piel del número siete, más o menos, y muy poco usadas. Tienen cinco botones, pero en la bota izquierda falta uno de ellos (el tercero por arriba), de modo que los cordones quedan un poco sueltos, y no lleva los habituales corchetes. Los pantalones del señor Carlyle, señor, son de una tela oscura, un tejido gris oscuro, con una línea de aproximadamente un cuarto de pulgada de grosor sobre fondo más oscuro. El dobladillo es permanente y, en estos momentos, tiene un poco de barro, si se me permite decirlo.

—Bastante barro —terció el señor Carlyle con generosidad—. Hace una noche desapacible y llueve mucho, Parkinson.

—Sí, señor, un tiempo muy desapacible. Si me lo permite, señor, le cepillaré luego los pantalones en el vestíbulo. Me he dado cuenta de que el barro ya está seco. Luego, señor —añadió Parkinson, volviendo al asunto que tenían entre manos—, lleva unos calcetines de cachemir verde oscuro. Una cadena de llaves asoma del bolsillo izquierdo de su pantalón.

Después del análisis de la indumentaria de la mitad inferior del cuerpo del visitante, el ojo fotográfico de Parkinson procedió a describir la parte superior, y el señor Carlyle asistía cada vez con más asombro al detallado catálogo de sus posesiones. Su reloj de cadena de oro y platino se describió con todo lujo de detalles, y a continuación, su pañuelo azul con topos, con su alfiler de perla, y se constató el hecho de que el ojal de la solapa izquierda de

su levita revelaba indicios de un uso bastante frecuente. Parkinson recordaba siempre lo que veía, pero no hacía deducciones. Para él, un pañuelo metido en el dobladillo de la manga derecha era simplemente eso, y no un indicio de que el señor Carlyle fuera, como en efecto era zurdo.

Pero había en la habilidad de Parkinson aún un aspecto un tanto más delicado. Lo afrontó con una tosecilla de disculpa.

—Por lo que toca al aspecto personal del señor Carlyle, señor...

—¡No, no...! ¡Es suficiente! —exclamó de modo apresurado el interesado—. Estoy más que satisfecho con la prueba. Es usted un observador fabuloso, Parkinson.

—Estoy acostumbrado a cumplir solo las órdenes de mi patrón, señor —contestó el criado. Miró al señor Carrados, el cual asintió, concediéndole permiso y, así, el criado pudo retirarse.

Carlyle fue el primero en hablar.

—A ese criado tuyo yo le pagaría cinco libras a la semana, Max —apuntó pensativo—. Pero, claro...

—No creo que se fuera contigo —replicó Carrados, con una voz que despejaba cualquier indicio de duda—. Me atiende de maravilla. Pero puedes hacer uso de sus servicios si quieres... de forma indirecta.

—¿De verdad sigues con eso...?

—Detecto en ti una inclinación crónica a no tomarme en serio, Louis. Para un hombre inglés, esto resulta casi doloroso. ¿Es que hay algo que te parezca intrínsecamente risible en mí o en el ambiente de *The Turrets*?

—No, amigo mío —replicó Carlyle—, pero hay algo esencialmente burlón en tu propuesta. Y eso es lo que apunta a lo improbable. Ahora bien, ¿qué es?

—Podría ser simplemente un capricho, pero es más que eso —respondió Carrados—. Es... bueno, en parte es vanidad, en parte *ennui*, en parte... —Desde luego había algo más claramente trágico que cómico en sus palabras—. En parte... esperanza.

Carlyle tuvo el suficiente tacto para evitar seguir por esos derroteros.

—Esos tres motivos son muy aceptables —admitió—. Haremos lo que quieras, Max, pero con una condición.

—De acuerdo. ¿Cuál?

—Que me digas cómo supiste tantas cosas de este caso... —Y dio unos golpecitos a la moneda de plata que aún permanecía sobre la mesa—. No estoy acostumbrado a quedarme tan pasmado.

—No te lo vas a creer si te digo que no hay nada que explicar... No fue más que deducción.

—No —contestó Carlyle lacónicamente—, no me lo creo.

—Supongo que tienes razón. Y sin embargo todo es muy fácil.

—Sí, las cosas son muy fáciles... cuando las conoces —murmuró para sí mismo Carlyle—. Por eso son precisamente tan difíciles de entender cuando no las conoces.

—Bueno, aquí va una deducción: en Padua, que parece estar recuperando a pasos agigantados su antigua reputación como productora de antigüedades falsificadas, por cierto, vive un ingenioso artesano llamado Pietro Stelli. Este hombre sencillo, que posee un talento no menor que el del Cavino en sus buenos tiempos, desde hace muchos años se dedica al no poco provechoso oficio de forjar monedas raras griegas y romanas. Como coleccionista y estudioso de la historia griega y especialista en falsificaciones, conozco bastante bien los esmerados trabajos de Stelli desde hace años. Últimamente parece que está al servicio de un delincuente internacional llamado (por lo visto) Dompierre, que en su momento no tardó en descubrir el modo de utilizar el talento de Stelli a escala... profesional. Helène Brunesi, que en su vida privada es... y lo es de verdad, creo, madame Dompierre, no tardó en prestar sus servicios a la empresa.

—Exacto, así es —asintió Carlyle cuando su anfitrión hizo una pausa.

—Entonces ya ves cuál es la deducción completa, ¿no?

—No exactamente... en detalle, quiero decir —confesó el señor Carlyle.

—La idea de Dompierre era tener acceso a algunos de los gabinetes de antigüedades más famosos de Europa y sustituir los artefactos de Stelli por las monedas auténticas. Por supuesto, sería difícil colocar después en el mercado las principales antigüedades y curiosidades que consiguieran robar, pero no me cabe ninguna duda de que lo tenían todo bien pensado. Helène, en el personaje de Nina Brun, una criada anglofrancesa (papel este que por lo visto ejecuta a la perfección), tenía que conseguir moldes en cera de las

piezas numismáticas más valiosas y cambiar estas luego por las falsificaciones cuando llegaran. Haciéndolo de este modo, lógicamente, esperaban que no se descubriera el fraude hasta mucho después de que las monedas reales se hubieran vendido, y yo me imagino que esa mujer habrá cumplido con su trabajo a la perfección en muchas casas. Luego, impresionada por sus excelentes referencias y capacidades, mi ama de llaves la contrató, y durante unas cuantas semanas estuvo trabajando aquí. Esto resultó fatal para sus planes, sin embargo, dado que yo tengo la desgracia de ser ciego. Me dijeron que Helène tenía una carita tan inocente y angelical que desbarataba cualquier sospecha, pero a mí las caritas inocentes y angelicales no me impresionan, así que ese recurso no le servía. Una mañana, mis dedos (que, por supuesto, ignoraban que Helène tuviera una carita inocente y angelical) descubrieron un tacto distinto y raro en la superficie de mi moneda euclídea favorita y, aunque nadie había visto nada sospechoso, mi crítico sentido del olfato me informó de la presencia de cera en la moneda. Comencé a llevar a cabo indagaciones discretas y, entretanto, todos los tesoros de mi gabinete numismático se guardaron en el banco, por seguridad. Por supuesto, y como era de esperar, al final Helène recibió un telegrama desde Angiers en el que se reclamaba su presencia y en el que se le decía que su anciana madre se estaba muriendo. La anciana madre murió al final, de modo que los deberes morales obligaban a la pobre Helène a quedarse al lado de su afligido padre... Sin duda, The Turrets se clasificó en el seno del grupo criminal como un mal sitio.

—Muy interesante —admitió el señor Carlyle—; pero aun a riesgo de parecer obtuso y torpe. —Sus gestos se habían tornado ligeramente sumisos—. Tengo que decir que no acierto a entender la necesaria conexión entre Nina Brun y esta estafa concreta, suponiendo que haya alguna.

—Puedes estar muy tranquilo en ese sentido, Louis —contestó Carrados—. Es una falsificación y nadie salvo Pietro Stelli podría haberla hecho. Esa es la conexión esencial. Por supuesto, hay elementos accesorios. Un detective privado que viene con urgencia a verme con un extraordinario tetradracma en el bolsillo, del cual dice que es la clave de una importante estafa... bueno, de verdad, Louis, hace falta estar ciego para no verlo.

—¿Y lord Seastoke? Supongo que sabrías que Nina Brun había ido a su casa...

—No, no puedo presumir de haberlo sabido, o desde luego le habría avisado enseguida, cuando descubrí, bastante recientemente, la existencia de esta banda. En realidad, la última información que tuve de lord Seastoke fue un renglón en el *Morning Post* de ayer, donde se decía que estaba todavía en El Cairo. Pero muchas de esas piezas... —Entonces frotó con mucho cuidado con el dedo la realista carrera de cuadrigas que embellecía el envés de la moneda, y acabó diciendo—: Realmente, Louis, deberías estudiar esta disciplina. No tienes ni idea de lo útil que te podría resultar en el futuro.

—Sí, creo que debería... —contestó Carlyle con gesto serio—... La moneda original cuesta doscientas cincuenta libras, creo.

—Barato me parece; creo que superaría las quinientas libras en Nueva York en la actualidad. Muchas de esas monedas, como te decía, son exclusivas y únicas. Esta preciosidad de tiempos del general Cimón de Atenas... aquí está su firma, ¿ves? (Pietro es especialmente bueno en las inscripciones), como yo tuve en la mano el verdadero tetradracma, hará unos dos años, cuando lord Seastoke lo expuso en una reunión de nuestra sociedad en Albemarle Street, no es extraordinario ni raro que haya sido capaz de identificar de inmediato el escenario de tu misterio. De hecho, creo que debería disculparme por haberlo planteado todo de un modo tan simple.

—Creo... —apuntó Carlyle, observando con gravedad los cordones sueltos de su bota izquierda—, creo que las disculpas al respecto me corresponden solo a mí.

¹ «The Coin of Dionysius», incluido en *Max Carrados*, Methuen & Co., Londres, 1914. (*Todas las notas son del traductor*).

² Louis (Navatel) Vidal (1831-1892).

El caso de la señal ferroviaria en Knight's Cross³

—¡Louis! —exclamó Carrados, con aquel aire alegre y divertido que a Carlyle le había parecido tan incongruente, al menos en la idea que él tenía de un hombre ciego—. ¡Tienes un misterio nuevo! ¡Lo sé por cómo suenan tus pasos!

Había transcurrido casi un mes desde que el caso del falso Dionisos reuniera a los dos viejos amigos. Corría el mes de diciembre. No importaba lo que pudieran significar los pasos de Carlyle para la mirada interior de Carrados: de todos modos, incluso para un observador ocasional presagiaban las maneras de un profesional tenso, alerta y concentrado. Carlyle, en realidad, ya no dejaba entrever el pesimismo y el abatimiento que había traslucido su manera de actuar en la última ocasión.

—Puedes dar gracias a que es una cosa de nada —contestó—. Si no me hubieras obligado a prometerte...

—... que me darías la oportunidad de ayudarte en el próximo caso en el que te encallaras, sin importar lo que fuera...

—Exacto. Y el resultado es que te traigo un asunto completamente anodino que no tiene ningún interés especial para un aficionado y que solo es desconcertante porque es... bueno...

—Bueno, ¿desconcertante?

—Exacto, Max. Tu pericia de detective aficionado ha descubierto una verdad proverbial. Casi no necesito decirte que solo lo irresoluble es desconcertante y que este caso probablemente sea irresoluble. ¿Te acuerdas de aquel espantoso accidente de tren de la compañía Central & Suburban en la estación de Knight's Cross, hace solo unas semanas?

—Sí —contestó Carrados, muy interesado—. Leí todos los detalles en su momento: fue horrible.

—Tú... ¿ lees? —preguntó su amigo con suspicacia.

—Bueno, utilizo todavía las expresiones comunes —explicó Carrados, con una sonrisa—. En realidad, me lo lee mi secretario. Yo le digo lo que quiero oír y él viene a las diez en punto y nos ventilamos los periódicos matutinos en un periquete.

—¿Y cómo sabes lo que quieres oír? —preguntó Carlyle astutamente.

La mano derecha de Carrados, que reposaba ociosa sobre la mesa, se desplazó hasta el periódico que tenía al lado. Recorrió con el dedo un titular, y volvió su mirada inmóvil hacia su amigo.

—«La Bolsa. Viene de la página 2. British Railways» —recitó Max.

—Extraordinario.

—No mucho —protestó Carrados—. Si alguien mojara un palo en un bote de melaza y escribiera «ratas» en una plancha de mármol, tú probablemente también serías capaz de averiguar lo que ponía con los ojos vendados.

—Probablemente —admitió Carlyle—. De todos modos, no haremos la prueba.

—La única diferencia es que la melaza en el mármol sería solo un poquito más apreciable para ti que la tinta de los periódicos para mí. Pero cualquier cosa que esté en tamaño menor de un cíceros o doce puntos ya no la puedo leer bien, y todas las letras por debajo de los diez puntos no las puedo leer en absoluto. De ahí que necesite a un secretario. Pero vayamos al accidente, Louis.

—El accidente, sí... Bueno, te acordarás de todo lo que pasó. Un convoy de pasajeros normal, de Central & Suburban, no se para en Knight's Cross, se pasa la señal y se empotra con un tranvía, lleno de gente, que se disponía a salir. Fue como pasar una apisonadora por encima de una fila de farolillos. Dos vagones del tranvía quedaron aplastados e irreconocibles; los dos siguientes quedaron hechos trizas. Es la primera vez en la historia ferroviaria de Inglaterra que se produce un accidente grave entre una gran locomotora de vapor y un transporte de vagones ligeros, y, como suele decirse, «salió perdiendo la vaca»⁴.

—Veintisiete muertos, cuarenta heridos de diversa consideración, ocho de los cuales fallecieron luego... —apuntó Carrados.

—Un desastre para la compañía —dijo Carlyle—. Bueno, el asunto principal estaba muy claro. El error fue del tren grande, el tren de Central & Suburban. Pero ¿fue el responsable el conductor de la locomotora? Él dijo, y lo dijo con firmeza y vehemencia desde el primer momento, y nunca ha cambiado su declaración ni en una coma, que vio sin duda la señal de vía libre, es decir, la luz verde. El guardavías implicado, por su parte, también está empeñado en decir que en ningún momento quitó la señal de peligro y que llevaba puesta desde hacía cinco minutos. Obviamente, no pueden tener razón los dos.

—¿Por qué, Louis? —preguntó Carrados con toda tranquilidad.

—La señal de aviso solo puede estar en una posición: o verde o roja.

—¿Te has fijado en las señales de la compañía de ferrocarriles Great Northern Railway, Louis?

—No especialmente, ¿por qué?

—Hace muchos años, un día de invierno, aproximadamente cuando tú y yo estábamos ocupados en nacer, el maquinista de un tren escocés vio la señal de vía libre cerca de una pequeña estación de Huntingdon llamada Abbots Ripton. Él continuó la marcha y chocó contra un tren de mercancías y, con el impacto, descarriló. Murieron trece personas y hubo los heridos que uno puede imaginar. El conductor estaba segurísimo de que había visto la señal que le daba paso; el guardavías estaba también segurísimo de que no había quitado en ningún caso la señal roja de peligro. Ambos estaban en lo cierto y, además, la señalización funcionaba perfectamente. Como te decía, era un día de invierno; había estado nevando mucho y la nieve se congeló y se acumuló en la parte superior del «brazo» de la señal, hasta que se venció por el peso. Es un caso que ningún escritor de ficción se habría atrevido a imaginar, pero desde entonces todas las señales del Great Northern pivotan desde el centro del brazo, y no desde un extremo, como recuerdo de aquella tormenta de nieve.

—Eso saldría a colación en la investigación, supongo —dijo Carlyle—. Hubo una investigación por parte de la Junta de Comercio y otras

indagaciones, pero no se ha podido dar con una explicación razonable. Todo estaba en perfecto orden. Es la palabra del maquinista contra la del guardavías: no hay pruebas en ningún otro sentido. ¿Quién tiene razón?

—¿Eso es lo que tienes que descubrir, Louis? —preguntó Carrados.

—Me pagan por intentar descubrirlo —admitió Carlyle con sinceridad—. Pero hasta ahora no he conseguido ir más allá que la investigación oficial y, entre nosotros, con franqueza, no veo nada claro en este asunto.

—Ni yo —dijo el ciego, con una sonrisa bastante irónica—. No importa. ¿Quién es tu cliente? El maquinista, por supuesto.

—Sí —admitió Carlyle—. Pero ¿cómo demonios lo has sabido?

—Digamos que tus simpatías parecen estar de su parte. En el juicio, el jurado parece inclinado a exonerar al guardavías, ¿no? ¿Qué ha hecho la empresa con tu cliente?

—Ambos han sido suspendidos en sus puestos. Hutchins, el conductor, sabe que probablemente acabe vigilando aseos en alguna estación perdida. Es un tipo decente, franco, de pocas palabras, y pone toda el alma en su trabajo. Ahora está en su peor momento: amargado y esquivo. La idea de que lo humillen enviándolo a vigilar aseos y a cobrar peniques todo el día le está amargando la vida.

—Claro. Bueno, entonces ahí tenemos al honrado Hutchins: taciturno, un poco susceptible, quizá, encaneciendo al servicio de la empresa y manifestando una devoción perruna hacia su adorada 538.

—¿Pero bueno! ¡Ese era el número exacto de su locomotora! ¿Cómo lo sabías? —preguntó Carlyle casi enfadado.

—Se comentó dos o tres veces en la investigación, Louis —contestó Carrados con amabilidad.

—¿Y tú lo recuerdas así porque sí, sin ninguna razón?

—En general se puede confiar en la memoria de un ciego, sobre todo si se ha tomado la molestia de ejercitarla.

—Entonces recordarás que Hutchins no causó muy buena impresión en su momento. Se mostró hosco e irritable durante la investigación judicial. Quiero que observes el caso desde todos los puntos de vista.

—Llamó al guardavías, un tal Mead, «asqueroso embustero» en mitad de la

sala, me parece. Y bien, ¿qué me puedes decir de él? Tú lo has tenido delante, supongo.

—Sí. No me causó muy buena impresión. Es un charlatán, un zalamero y, claramente, un «palanganero» adulator. Tiene respuesta para todo, casi antes de que le formule las preguntas. Lo tiene todo muy bien pensado.

—Pero tú quieres decirme otra cosa más interesante, Louis —dijo Carrados, animando a su amigo a hablar.

Carlyle dejó escapar una risilla para ocultar un gesto de involuntaria sorpresa.

—Bueno... hay una línea de indagación muy sugerente que no se tocó en la investigación oficial —dijo—. Hutchins ha sido un hombre muy ahorrador toda su vida, y ha tenido buenos sueldos. Entre sus compañeros se le considera un tipo rico. Yo diría que tiene unas quinientas libras en el banco. Está viudo y tiene una hija, una chica muy agradable y educada de unos veinte años. Mead es un hombre joven, y él y la chica eran medio novios... y estuvieron comprometidos de manera informal durante algún tiempo. Pero el viejo Hutchins no quería ni oír hablar de aquella relación; parece que le cogió manía al guardavías desde el primer momento y después le habría prohibido que fuera a su casa y que hablara con su hija.

—Excelente, Louis —exclamó Carrados, con gran alegría—. Absolveremos a tu cliente en menos de lo que tarda en cambiar la señal de rojo a verde y colgaremos a ese guardavías hablador y zalamero de su propio poste de señales.

—¿De verdad te parece un hecho significativo?

—Es absolutamente definitivo.

—Puede que fuera un lapsus mental o un descuido por parte de Mead, y que cuando se quisiera dar cuenta fuera demasiado tarde, y luego, siendo demasiado cobarde como para admitir su error, y habiéndose empeinado en ello, se tomara el trabajo de que la detección del error resultara imposible. Puede que ocurriera eso, pero yo tengo la impresión de que el caso no fue ni un mero accidente ni puramente intencionado. Me puedo imaginar a Mead solazándose con malicia mientras imagina que la vida de ese hombre que se interpone en su camino, y a quien odia de todo corazón, está en sus manos. Y

me puedo imaginar que esa idea haya llegado a convertirse en una obsesión, al darle vueltas una y otra vez. Una docena de veces, con la mano apoyada en la palanca, deja volar su imaginación y calcula las posibilidades de un momentáneo «error». Luego, un día, decide apagar la señal en un acto de pura bravuconería... y, rápidamente, la vuelve a encender otra vez. Puede que lo hiciera solo una vez, o puede que lo hiciera varias veces antes de que su acción diera lugar a la catástrofe. Había muchas posibilidades de que el conductor de la locomotora muriera. En todo caso, quedaría bajo sospecha, porque a la vista de lo ocurrido siempre es más fácil creer que un hombre se pase una señal de peligro por distracción, sin darse cuenta, que pensar que uno pueda apagarla y encenderla sin ser consciente de sus actos.

—El fogonero de la locomotora murió. ¿Tu teoría tiene en cuenta la certeza de que el fogonero muriese, Louis?

—No —dijo Carlyle—. El fogonero es una dificultad, pero viéndolo desde el punto de vista de Mead (sea culpable de un error o de un delito), todo se resuelve en lo siguiente: en primer lugar, el fogonero podría morir. Segundo, podría no ver la señal en absoluto. Tercero, en cualquier caso, corroboraría lealmente la versión de su conductor y el jurado lo tendría en cuenta.

Carrados fumaba meditabundo, y sus ojos abiertos y sin vida solo parecían estar observando la estancia con total tranquilidad.

—Sí —dijo por fin—, esa no sería una explicación improbable. El noventa y nueve por ciento de la gente diría: «Esas cosas no se hacen». Pero tú y yo, que hemos estudiado criminología, cada uno a nuestra manera, sabemos que la gente a veces sí que hace esas cosas, y no serían crímenes raros. ¿Qué has hecho en este sentido?

Para cualquiera que pudiera ver, la expresión de Carlyle serviría como respuesta.

—Tú no estás en el caso, Max. ¿Qué podía hacer yo? Aunque, por otra parte, tengo que hacer algo para ganarme el sueldo. Bueno, he llevado a cabo una detallada investigación confidencial sobre los dos hombres. Imaginé que podría encontrar algún indicio que sugiriera que alguno de ellos sabía más de lo que había dicho... o un silencio, por razón de amistad, o enemistad, o incluso celos. No saqué nada en claro de todo aquello. Luego, también cabía

la remota posibilidad de que alguna persona hubiera visto la señal, aunque no le hubiera dado importancia, alguien que podría identificarla de alguna manera y asociarla con la hora... Yo mismo me monté en la línea. En el lugar donde se encuentra la señal, la vía corre junto a un muro alto por un lado; en el otro lado hay casas, pero como la señal se encuentra bajo una visera, no puede verse desde ninguna carretera ni desde ninguna ventana.

—¡Mi pobre Louis! —dijo Carrados, con una amistosa burla—. ¿Y ya estabas harto de no conseguir nada?

—En efecto —admitió Carlyle—. Y ahora que sabes el tipo de trabajo que es, supongo que no tendrás muchas ganas de perder tu tiempo con ello.

—No sería muy justo, ¿no? —dijo Carrados pensativo—. No, Louis: me ocuparé de tu honrado conductor, del joven guardavías zalamero y de esa señal fatal que no puede verse desde ningún lado.

—Pero, Max, es importante que tengas en cuenta que aunque la señal no pueda verse desde la sala del guardavías, si el mecanismo hubiera fallado, o alguien hubiera manipulado el brazo y la luz, un indicador automático le habría dicho de inmediato a Mead que el semáforo verde estaba encendido. Oh, he indagado bastante en los aspectos técnicos, te lo aseguro.

—Yo también tengo que hacerlo —comentó Carrados con aire serio.

—En fin, si hay algo que quieras saber, me atrevería a decir que yo te lo puedo contar casi todo —sugirió Louis—. Eso podría ahorrarte tiempo.

—Cierto —asintió Carrados—. Me gustaría saber si alguien de las casas que se encuentran junto a las vías del tren cumplió años o se casó el 26 de noviembre.

Carlyle miró desconcertado a su anfitrión.

—Pues no lo sé, Max —contestó, a su manera cortante y precisa—. ¿Qué demonios tiene que ver eso con el caso?, si me permites la pregunta.

—La única explicación que se pudo dar a la tragedia del puente levadizo de Pont St. Lin en el setenta y cinco fue el reflejo de una bengala de luz verde en la ventana de una casa de campo.

Carlyle sonrió con condescendencia.

—Mi querido amigo, no debes permitir que tu gran memoria nuble los acontecimientos que te rodean —apuntó en tono de consejo—. En el noventa

por ciento de los casos la explicación más obvia es la cierta. La dificultad, en este caso, reside en la demostración. Bueno: ¿te gustaría conocer a esos hombres?

—Desde luego. En todo caso, veré a Hutchins primero.

—Ambos viven en Holloway. Le pediré a Hutchins que venga a verte... digamos... ¿mañana? Ahora no está haciendo nada.

—No —contestó Carrados—. Mañana debo ver a mis inversores y seguramente ese asunto me llevará todo el día.

—Muy bien; no debes descuidar tus propios asuntos por este... experimento —afirmó Carlyle.

—Además, preferiría ver a Hutchins en su propia casa. Bueno, Louis, ya hemos tenido suficiente por esta noche: basta de viejos ferroviarios honrados. Tengo una cosita preciosa de Eumenes que quiero mostrarte. Hoy es... martes. Ven a cenar el domingo y derrama el cáliz de tus burlas sobre mi necesidad de éxito⁵.

—Un modo encantador de decirlo —contestó Carlyle—. De acuerdo, lo haré.

Dos horas después Max Carrados estaba de nuevo en su estudio, decidido a pasar un rato allí sentado y reflexionando. A veces sonreía y en una o dos ocasiones llegó a reírse un poco, pero durante la mayor parte del tiempo su rostro amable e impasible no reflejaba emoción alguna y permanecía impertérrito, con la mirada vacía, con los ojos sosegadamente fijos en un objeto invisible, distante y lejano. Era un capricho extravagante de Max burlarse de su propia ceguera con una fabulosa ostentación de luces. Bajo el ambarino resplandor de una docena de bombillas eléctricas la sala estaba tan iluminada como si fuera pleno día. Al final, se levantó e hizo sonar la campana.

—Supongo que el señor Greatorex aún no ha llegado, ¿verdad, Parkinson? —preguntó, refiriéndose a su secretario.

—Creo que no, señor, pero lo confirmaré —contestó el criado.

—No importa. Ve a su despacho y tráeme los dos últimos archivos de *The Times*. Y ahora —le dijo cuando regresó— coge el primero: ¿qué fecha tiene?

—Dos de noviembre.

—Muy bien. Busca la información de la Bolsa, estará en el suplemento. Ahora baja por la columna hasta que encuentres British Railways.

—Ya lo tengo, señor.

—Busca Central & Suburban. Léeme el valor de cierre y el cambio.

—Central & Suburban. Ordinarias, $66\frac{1}{2}$ – $67\frac{1}{2}$, caen un octavo. Preferentes ordinarias, 81 – $81\frac{1}{2}$, sin variación. Ordinarias diferidas, $27\frac{1}{2}$ – $27\frac{3}{4}$, caen un cuarto. Eso es todo, señor.

—Ahora coge el periódico de hace una semana. Léeme solo las diferidas o convertibles a plazo.

—Dice: 27 – $27\frac{1}{4}$, sin variación.

—La semana siguiente.

— $29\frac{1}{2}$ – 30 , sube cinco octavos.

—La siguiente.

— $31\frac{1}{2}$ – $32\frac{1}{2}$, sube un punto.

—Muy bien. Ahora léeme lo del martes 27 de noviembre.

—Dice: $31\frac{7}{8}$ – $32\frac{3}{4}$, sube medio punto.

—Sí. Y el día siguiente.

— $24\frac{1}{2}$ – $23\frac{1}{2}$, cae nueve puntos.

—Perfecto, Parkinson. Ahí es cuando se produjo el accidente, ¿ves?

—Sí, señor. Un accidente muy desagradable. Jane conoce a una persona que tiene una hermana cuyo marido tiene un primo al que se le amputó el brazo... se le amputó desde el hombro, dice la mujer, señor. Uno ya no sabe qué pensar, señor.

—Ya. Mira... mira en ese mismo periódico y busca la primera columna de Economía y mira a ver si hay alguna referencia a la compañía Central & Suburban.

—Sí, señor. «City & Suburbans, que después de su última crisis en la proyectada ampliación del servicio de autobuses había estado considerando muy seriamente abandonar el plan, y a pesar de sus excelentes ingresos propios, sufrió un grave varapalo en Bolsa por culpa del lamentable accidente del jueves por la noche. Las acciones diferidas, en particular, bajaron once puntos de un tirón porque se entendió que la recogida de dividendos, de la que se estaba hablando mucho en las últimas semanas, ya era cosa innegable

tras el accidente».

—Sí, eso es todo. Ya puedes llevarte los periódicos. Y permíteme un consejo, Parkinson: no inviertas tus ahorros en acciones especulativas del ferrocarril.

—Sí, señor. Gracias, señor, procuraré recordarlo. —Se detuvo un instante mientras ordenaba los periódicos—. Querría decirle, señor, que le he echado el ojo a una pequeña propiedad en el campo, en Acton. Pero ya ni siquiera las propiedades campestres parecen libres de la depredación legislativa, señor.

Al día siguiente, Carrados visitó a sus inversores en la City. Es de suponer que concluyó sus negocios privados antes de lo que esperaba, porque después de pasar por Austin Friars siguió viaje hasta Holloway, donde encontró a Hutchins en su casa y se entretuvo bastante delante del fuego de la cocina. Suponiendo acertadamente que su coche de lujo llamaría bastante la atención en Klondyke Street, el ciego lo despachó a una cierta distancia de la casa y caminó lo que quedaba de recorrido, guiado por el casi imperceptible roce del brazo de Parkinson.

—Ha venido a verle un caballero, padre —explicó la señorita Hutchins, que fue quien salió a abrir la puerta. La joven no tardó en averiguar a primera vista la posición y la relación que mantenían los hombres que habían llamado a la puerta.

—¿Por qué no lo llevas al salón? —masculló el viejo maquinista. Su rostro era un testimonio claro de una existencia dedicada al trabajo duro y de una vida sobria, pero uno se daba cuenta inmediatamente, por su voz y por sus gestos, de que había estado bebiendo.

—No creo que el caballero encuentre muchas diferencias entre nuestro salón y nuestra cocina —replicó la chica con cierto descaro—, y, además, aquí se está más caliente.

—Bueno, ¿y qué le pasa a nuestro salón? —preguntó el padre con voz amarga—. Era lo bastante bueno para tu madre y para mí. Y antes también lo era para ti.

—Al salón no le pasa nada, ni a la cocina tampoco. —Luego se volvió sin inmutarse hacia los dos hombres que habían seguido sus pasos a lo largo del estrecho pasillo—. ¿Quiere entrar, señor?

—No necesito ver a ningún caballero —gritó Hutchins—. A menos... —Sus modales viraron de repente hacia una lamentable ansiedad—... A menos que sea usted de la Compañía, señor, para... para...

—No. Vengo de parte de Carlyle —contestó Carrados, acercándose a una silla como si se moviera por una especie de instinto.

Hutchins dejó escapar una risa de irónico desprecio.

—¡El señor Carlyle! —exclamó—. ¡El señor Carlyle! ¡De buena cosa me ha servido! ¿Por qué no hace algo para ganarse el sueldo?

—Lo ha hecho —contestó Carrados, con su imperturbable buen humor—; me ha enviado a mí. Y ahora, quiero hacerle unas preguntas.

—¡Unas preguntas! —rugió el hombre enfurecido—. ¿Por qué, maldita sea? No he hecho más que contestar preguntas durante todo un mes. No le pagué al señor Carlyle para que me hiciera preguntas; ni hablar, ya he tenido suficientes. ¿Por qué no va y le hace esas preguntitas al señor Herbert Ananias Mead? Tal vez entonces pueda averiguar algo.

La puerta se movió muy ligeramente y Carrados supo que la chica había abandonado en silencio la cocina.

—¿Ha visto eso, señor? —preguntó el padre, aprovechando la ocasión para dar nuevos argumentos a su amargura—. ¿Ha visto a esa muchacha... mi propia hija, para la que he trabajado toda mi vida?

—No —contestó Carrados.

—La chica que acaba de salir... es mi hija —explicó Hutchins.

—Lo sé. Pero no la he visto. No veo nada. Soy ciego.

—¡Ciego! —exclamó el viejo, levantándose de la silla con verdadero asombro—. ¿Lo dice en serio, señor? Usted ha entrado caminando perfectamente y me mira como si me estuviera viendo. Ah, está bromeando...

—No —sonrió Carrados—. Es completamente cierto.

—Bueno, entonces esto tiene gracia, señor... ¿Usted, que es ciego, espera encontrar algo que quienes tienen vista no han podido encontrar? —farfulló Hutchins, sagaz.

—Hay cosas que no se pueden ver con los ojos, Hutchins.

—Tal vez tenga razón, señor. Bueno, ¿y qué quiere saber?

—Coja un cigarrillo primero —dijo el ciego, sujetando su pitillera y

esperando hasta que los distintos sonidos le dijeron que su anfitrión ya estaba fumando satisfactoriamente—. El tren que conducía usted en el momento del accidente era el tren de las 18:27 de Notcliff. Se detuvo en todas las paradas hasta que llegó a Lambeth Bridge, la estación central de Londres en su línea. Entonces se convierte en una especie de tren expreso, y deja Lambeth Bridge a las 19:11, y no debería parar otra vez hasta que llegara a Swanstead on Thames, once millas más adelante, a las 19:34. Entonces paró y partió de Swanstead hacia Ingerfield, la última estación de la línea, adonde llega a las 20:05.

Hutchins asintió, y entonces, recordando que su invitado no podía ver, dijo:

—Así es, señor.

—¿Ese era su trabajo durante todo el día: ir desde Notcliff a Ingerfield?

—Sí, señor. Tres viajes en una dirección y otros tres en la otra, generalmente.

—¿Y hace siempre las mismas paradas?

—No. El tren de las 19:11 es el único que hace el recorrido desde Bridge hasta Swanstead. Verá, es solo por la hora punta, como dicen. Muchos hombres de negocios que viven en Swanstead usan el tren regular de las 19:11. En los otros viajes paramos en todas las estaciones hasta Lambeth Bridge, y luego solo en algunas a partir de ahí.

—Por supuesto, hay otros trenes que hacen el mismo recorrido... el mismo servicio, en realidad.

—Sí, señor. Unos seis.

—¿Y alguno de esos... digamos, durante la hora punta... alguno de esos hace el recorrido Lambeth-Swanstead sin parar?

Hutchins reflexionó un instante. Toda la cólera y la inquietud se habían disipado en el rostro del hombre. De nuevo era el obrero excelente, lento de mollera, pero capaz y seguro de sí mismo.

—Eso no se lo podría decir con total seguridad, señor. Muy pocos trenes de corta distancia pasan el cruce, pero algunos sí que lo hacen. Con una guía podríamos saberlo en un minuto, pero yo no tengo aquí ninguna.

—No importa. En la investigación judicial dijo usted que no era raro que tuviera que detenerse en la señal de parada al este de la estación de King's

Cross. ¿Ocurría muy a menudo? ¿Solo con el tren de las 19:11?

—Quizá tres veces a la semana; tal vez dos.

—El accidente ocurrió un jueves. ¿Había notado usted que se tuviera que detener más a menudo los jueves que cualquier otro día?

Una sonrisa iluminó el rostro del conductor ante aquella pregunta.

—Usted no vive en Swanstead, ¿verdad, señor? —preguntó, a modo de respuesta.

—No —admitió Carrados—. ¿Por qué?

—Bueno, señor... es que siempre nos hacían parar los jueves. Prácticamente siempre, se puede decir. Era una cosa bien conocida entre los que utilizaban el tren regular; solían esperar ya que se detuviera.

Los ojos sin vida de Carrados tenían la propiedad de ocultar de forma excelente cualquier emoción.

—Oh... siempre... —comentó amablemente—; era casi como una rutina, entonces. ¿Y por qué siempre ocurría el jueves?

—Me han dicho que tenía que ver con el cierre de las tiendas, que es más temprano ese día. El tráfico del suburbano era un poco diferente. En teoría, nosotros deberíamos retrasarnos dos minutos ese día, pero supongo que se pensó que no valía la pena cambiar nuestros horarios por esos dos minutos, así que se nos hacía esperar un poco a la entrada del túnel Three Deep para que el tranvía del oeste pudiera pasar.

—Entonces estaba usted advertido de ello.

—Sí, señor; así es —dijo Hutchins, enrojeciendo al recordar algo—. Y uno de los miembros del jurado se empeñó en recordármelo. Pero una vez cada tres meses, más o menos, se me permitía seguir sin parar incluso el jueves, y no se me ocurre pensar si las cosas están bien o mal solo porque no sean como yo espero. Las señales son mis órdenes, señor: «¡Alto!», «¡Adelante!», y nada más. Y lo que yo tengo que hacer es obedecer, igual que haría un soldado en el campo de batalla. ¿Qué sería de nosotros si hiciéramos lo que nos viniera en gana? ¡Lo que dijeron de tener precaución era una tontería! Y el hombre que empezó con eso era un barbero que no conoce la diferencia entre las señales de «manténgase a distancia» y «deténgase», y se atreven a dar un veredicto. Mis órdenes, señor, emitidas por aquella señal, eran: «¡Siga

adelante y manténgase en horario!».

Carrados asintió con gesto de aprobación.

—Esto es todo, creo —apuntó.

—¿Todo? —exclamó Hutchins con incredulidad—. Bueno, señor, no creo que se haya podido hacer una idea completa de todo...

—Casi. Y sé que no es agradable para usted volver sobre el mismo asunto una y otra vez.

El hombre se retorció en la silla y se mesó nerviosamente la barba canosa.

—No me tenga en cuenta lo que dije antes, señor —se disculpó—. De algún modo usted me ha hecho sentir que se podría sacar algo en claro de todo esto; pero me han estado acosando, y acusando e interrogando una y otra vez, una y otra vez, durante todas estas semanas hasta que han conseguido amargarme la vida. Y ahora están diciendo que me van a poner en unos servicios... a mí, que llevo en la empresa cuarenta y cinco años, y treinta y dos en la cabina de la locomotora, ¡y me acusan de saltarme una señal de parada!

—Está pasando una mala racha, Hutchins; tendrá que ejercitar su paciencia durante algún tiempo más, me temo —dijo Carrados en tono compasivo.

—¿Cree usted que se podrá sacar algo en claro de todo esto, señor? ¿Cree que podrá conseguir usted que me absuelvan? Créame, señor, si pudiera usted proporcionarme una mínima esperanza de librarme de... —Se puso en pie y negó con la cabeza apesadumbrado—. Estuve cerca... —añadió sencillamente.

Carrados reflexionó un instante y tomó una decisión.

—Hoy es miércoles. Creo que puede confiar en tener noticias de su jefe a mediados de la semana que viene.

—¡Santo Dios, señor! ¿De verdad cree usted que...?

—Entretanto, compórtese juiciosamente y sea razonable. Mantenga la educación y la cortesía y no hable con nadie. Sobre todo... —y señaló con la barbilla una jarra de cuartillo que había sobre la mesa, entre ambos—, sobre todo... deje eso.

(Aquello, por cierto, suscitó muchas preguntas y no menos asombro en la mente del sencillo maquinista cuando lo recordó posteriormente).

Hutchins agarró el vaso y lo estampó en la chimenea, y entonces su rostro

resplandeció con la decisión que acababa de tomar.

—Se acabó, señor. Eran la amargura y la desesperación las que me conducían a eso. Ahora puedo pasar sin beber.

La puerta se abrió de repente y la señorita Hutchins observó de forma alternativa a su padre y a las visitas.

—¿Qué ha pasado? —exclamó—. He oído que se rompían cristales...

—Este caballero va a conseguir que me exculpen, mi querida Meg — explotó el viejo, sin poderse reprimir—. Y he decidido dejar la bebida para siempre.

—¡Hutchins! ¡Hutchins! —dijo Carrados, advirtiéndole.

—Es mi hija, señor: ¿cómo podría ocultárselo? —lloriqueó el viejo Hutchins, cariacontecido—. No diré ni una palabra más.

Carrados sonrió para sus adentros mientras notaba que Margaret Hutchins lo observaba, atónita y con una inquisitiva mirada que parecía albergar la esperanza de poder leer su mente. Max estrechó la mano del maquinista sin más comentarios y salió a la callejuela con Parkinson en calidad de discretísimo guía.

—Qué encantadora la señorita Hutchins, con su vestidito de medio luto, Parkinson —apuntó, mientras se alejaban de la casa—. Muy considerado, y sin embargo, nada ostentoso.

—Sí, señor —admitió Parkinson, que hacía ya mucho tiempo que no se sorprendía de las asombrosas percepciones de su patrón.

—Los romanos, Parkinson, tenían un dicho: que el oro no tiene olor. A veces es una lástima. ¿Qué joyas llevaba la señorita Hutchins?

—Poca cosa, señor. Un sencillo broche de oro que representaba el dibujo... el dibujo de un gorrión, diría yo, señor. Aparte de eso, lo único que llevaba era un bonito reloj de bronce prendido en un lazo gris oscuro.

—Nada especialmente caro, ¿no?

—Oh, claro que no, señor. Unos aderezos muy apropiados para una joven de su posición.

—Bueno, es lo que cabía esperar —dijo, aflojando—. Estamos pasando junto a una valla de anuncios, ¿no?

—Sí, señor.

—Vamos a parar aquí un momento. Léeme lo que pone en el cartel que tenemos delante.

—¿En este de los concentrados de caldo Oxo, señor?

—Sí.

—Pone «Oxo», señor.

Carrados se agitó levemente con una risa contenida. Parkinson, por su parte, hizo ostentación de su infinita dignidad y se limitó a ocultar que, efectivamente, aquella escena había sido ridícula.

—Ahí no hemos tenido muy buena suerte, Parkinson —apuntó el patrón cuando pudo hablar—. Vamos a probar con otro.

Durante tres minutos, con una concienzuda precisión por parte del lector y toda la apariencia de un profundo interés por parte del oyente, se comunicaron todos los particulares de una subasta en la que se pondría a la venta una cierta cantidad de madera y material de construcción.

—Muy bien —dijo Carrados, cuando Parkinson leyó hasta el último de los detalles del cartel—. ¿Aún se nos podría ver desde la puerta del número 107?

—Sí, señor.

—¿Y no viene nadie a buscarnos desde allí?

—No, señor.

Carrados emprendió camino de nuevo, pensativo. En Holloway Road se montaron en el coche, que los estaba esperando. El conductor recibió la orden de dirigirse a la estación de Lambeth Bridge.

En la estación se le dijo al conductor que regresara a casa y Parkinson recibió la orden de comprar dos billetes de primera clase con dirección a Richmond, adonde podrían llegar siempre que hicieran transbordo en Stafford Road. La hora punta aún no había comenzado y no tuvieron dificultades para encontrar un compartimento vacío cuando partió el tren.

Parkinson estuvo todo el viaje muy ocupado describiendo cuanto veía en los distintos puntos entre Lambeth Bridge y Knight's Cross. A lo largo de un cuarto de milla, las exigencias de Carrados para que los ojos y la memoria de su singular criado estuvieran bien atentos fueron constantes. Entonces, de repente, Carrados dejó de hacer preguntas. Habían pasado la señal de «stop» al este de la estación de Knight's Cross.

Al día siguiente por la tarde hicieron el viaje de regreso hasta Knight's Cross. Esta vez, sin embargo, lo que se veía por la ventana no le interesó nada a Carrados.

—Vamos a echar un vistazo a unas casas. —Fue toda la información que Max ofreció al respecto, y un imperturbable «Sí, señor» fue el único comentario que hizo Parkinson a propósito de aquella decisión tan rara.

Tras abandonar la estación, giraron por una carretera que corría paralela a la hilera de casas viejas, robustas y mustias que comenzaban a teñirse de decrepitud. Aquí y allá, en alguna fachada lucía la placa metálica de algún profesional, pero en general eran pisos miserables destinados al alquiler.

—La tercera casa después de la que tiene el asta de bandera... —dijo Carrados.

Parkinson llamó al timbre y en la puerta apareció una criada joven que no tardó en asegurarles que no estaba muy arreglada porque era primera hora de la tarde. Le dijo a Carrados, en respuesta a sus preguntas, que la señorita Chubb estaba en casa y los hizo pasar a un melancólico saloncito para esperarla.

—En este sitio voy a estar «casi» ciego, Parkinson —dijo Carrados a su criado, caminando por el salón—. Así nos ahorramos explicaciones.

—Muy bien, señor —contestó Parkinson.

Cinco minutos después, un periodo de tiempo que sugería que a la señorita Chubb también le parecía que era muy pronto, Carrados ya estaba acordando arrendar unas estancias para él y para su criado durante los pocos días que pensaba estar en Londres, donde tenía previsto visitar a un oculista.

—Una de las habitaciones, la mía, debe mirar al norte —advirtió—. Es solo por una cuestión de luz...

La señorita Chubb contestó que lo entendía a la perfección. Algunos caballeros, añadió, tenían sus exigencias, y otros sus caprichos. Ella procuraba atenderlos a todos de forma adecuada. El dormitorio que tenía disponible justo daba al norte. Curiosamente, el último caballero que lo había ocupado había hecho la misma petición.

—¿Una persona con dolencias oculares tal vez, como yo? —preguntó Carrados amablemente.

La señorita Chubb creía que no. En su caso, la señorita creía que no había sido más que un capricho. Había dicho que no podía dormir en una habitación que diera a otro punto cardinal. Ella había tenido que dejar su propia habitación para acomodarlo, pero, si uno tenía una casa de huéspedes, tenía que ser flexible y adaptarse a lo que hubiera; y, además, el señor Ghoosh era desde luego muy liberal en cuanto a sus ideas.

—¿Ghoosh? Vaya, un caballero indio, supongo —aventuró Carrados.

Al parecer el señor Ghoosh era en efecto indio. La señorita Chubb se había sentido al principio un poco dubitativa ante la idea de coger como huésped a «un hombre negro», tal y como confesó al referirse a él. Repitió, sin embargo, que el señor Ghoosh resultó ser «todo un caballero». Cinco minutos de amable conversación permitieron a Carrados saberlo todo de la manera de vivir del señor Ghoosh y de sus movimientos, el día que llegó y cuándo se despidió, y sus costumbres solitarias y cotidianas.

—Esta es la mejor habitación —dijo la señorita Chubb.

Era una estancia de buen tamaño, en el primer piso. La ventana daba al tejado de un garaje; y más allá se veía claramente la profunda brecha de la línea del ferrocarril. Al otro lado, el muro del que ya estaba informado Carlyle.

Carrados «observó» la habitación con aquella mirada escrutadora que a veces resultaba tan incómoda a quienes lo conocían.

—Tengo que hacer un poco de ejercicio todos los días —apuntó, caminando hasta la ventana y pasando la mano por el marco—. No le importará que ponga aquí mi aparato, ¿verdad, señorita Chubb? No son más que unos pequeños tornillos.

La señorita Chubb dijo que creía que no le importaba. Luego dijo que seguro que no le importaba. Al final se acabó burlando de la idea de que le pudiera importar.

—Si hubiera suficiente amplitud... —murmuró Carrados, midiendo y calculando a palmos la altura—. ¿No tendrá usted un metro de madera?

—¡Oh, por supuesto! —exclamó la señorita Chubb, abriendo rápida y sucesivamente un montón de cajones hasta que dio con el objeto requerido—. Cuando arreglamos esta habitación después de la marcha del señor Ghoosh,

encontramos este metro entre las cosas que dejó aquí. ¿Es esto lo que necesita?

—Sí —contestó Carrados, cogiéndolo—. Creo que es exactamente lo que necesito. —Era un metro plegable muy común, de madera clara, como el que se puede comprar en cualquier tienda por un penique. Max midió sin mucho cuidado la profundidad de la jamba y leyó el resultado pasando los dedos por la vara; y luego procedió a recorrer con delicadeza arriba y abajo los bordes del metro.

—Cuatro pulgadas y siete octavos... —fue su conclusión apenas murmurada.

—Espero que sirva, señor.

—Magnífico —contestó Carrados—. Pero aún no he concluido con mis peticiones, señorita Chubb.

—¿No, señor? —dijo la propietaria, pensando que sería un enorme gusto complacer a un caballero tan agradable—. ¿Qué otra cosa podría desear?

—Aunque veo muy poco, me gusta tener luz, pero no cualquier clase de luz. No puedo con la luz de gas. ¿Cree usted que podría conseguirme una lámpara de aceite?

—Pues claro, señor. Volveré a sacar una bonita lámpara de latón que compré especialmente para el señor Ghoosh. Leía mucho por la noche y prefería ese tipo de lámparas.

—Ah, me viene muy bien. Supongo que será lo bastante grande como para estar encendida toda la noche.

—Sí, por supuesto. Y el señor Ghoosh tenía siempre mucho cuidado de rellenarla todos los días.

—Una lámpara sin aceite no es muy útil —sonrió Carrados, siguiéndola hacia otra habitación, y metiéndose el metro plegable en el bolsillo como quien no quiere la cosa.

Cualquiera que fuera la opinión que Parkinson tuviera a propósito de alquilar unas estancias de segunda en una calle oscura, la devoción que sentía hacia su patrón y su conciencia de mayordomo eran suficientes para acallar sus emociones secretas. En cualquier caso, mientras regresaban a la estación, preguntó, sin rastro de emoción alguna, si había alguna cosa que debiera

conocer o saber con referencia a aquella migración, inminente al parecer.

—Nada, Parkinson —contestó su patrón—. Nos conformaremos con nuestras actuales dependencias.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo Parkinson, con alguna contención—, pero entendí que quería alquilar sin ninguna duda esas habitaciones para una semana.

—Me temo que a esa señorita Chubb le ha dado la misma impresión. En todo caso, ciertas circunstancias imprevistas impedirán que volvamos. El señor Greatorex debe escribirle mañana, adjuntando un cheque, con mis más sinceras disculpas, y añadiendo un penique por esta vara de medir plegable que, por lo visto, se ha venido conmigo sin querer. Bueno, algo es algo.

A Parkinson se le puede excusar de no entender claramente (ni pretenderlo) el curso de los acontecimientos.

—Aquí llega nuestro tren, señor —dijo, simplemente.

—Lo dejaremos marchar y esperaremos al siguiente. ¿Hay alguna señal en algún extremo del andén?

—Sí, señor; en el más alejado.

—Vayamos hacia allí. ¿Hay mozos de estación o empleados de la compañía por aquí?

—No, señor. No hay nadie.

—Toma el metro. Quiero que subas la escalerilla... porque hay una escalerilla para llegar a la señal, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Quiero que midas el cristal de la luz. No subas más de lo necesario, pero si tienes que estirarte, ten cuidado de no marcar la medida con la uña, aunque ese sea tu impulso natural. Eso ya lo han hecho.

Parkinson miró con cierta inquietud a su alrededor y hacia la señal. Por fortuna, aquella zona estaba a oscuras y no era un lugar frecuentado, y todo el mundo caminaba hacia la salida, en el otro extremo del andén. Afortunadamente también, la señal no era de las más altas.

—Por lo que he podido calcular, el diámetro del cristal tiene cuatro pulgadas y siete octavos —informó Parkinson.

—Gracias —contestó Carrados, volviendo a guardarse el metro plegable en

el bolsillo—. Cuatro pulgadas y siete octavos es bastante aproximado. Ahora cogeremos el próximo tren.

El domingo por la tarde, Carlyle regresó a The Turrets a la hora fijada. Venía dispuesto a afrontar cualquier eventualidad y con idea de ser mordaz. Como el tiempo transcurría y el impenetrable Carrados no hacía ninguna alusión al caso, la actitud de Carlyle se deslizó hacia una conmiseración bromista de la situación de su anfitrión. En realidad no habló mucho, pero las agudas precisiones de sus palabras cuando la conversación permitía algún apunte o consideración importante dejaban poco espacio a posteriores comentarios.

No fue hasta que acabaron de cenar y regresaron a la biblioteca cuando Carrados dio la primera y ligerísima pista de que había algo raro en el ambiente. Su primera indicación de que se acercaban acontecimientos trascendentales fue que quitó la llave del exterior de la puerta y la colocó por el interior.

—¿Qué estás haciendo, Max? —preguntó Carlyle, cediendo a la curiosidad frente a su actitud displicente.

—Has estado muy despistado, Louis —contestó su amigo—, pero Parkinson debería presentarse aquí enseguida y todo tiene que estar preparado. Por cierto, ¿llevas encima un revólver?

—Nunca lo cojo cuando vengo a cenar contigo, Max —replicó Carlyle, con todo el aplomo que pudo—. ¿Debería?

Carrados sonrió afectuosamente ante la respuesta de su invitado y pulsó el resorte secreto de un cajón en un antiguo *bureau* que había a su lado. El pequeño receptáculo oculto se abrió lentamente, mostrando un par de pistolas de color azul plomizo.

—Esta noche, en todo caso, conviene ser prudente —contestó, entregándole una pistola a Carlyle y metiéndose la otra en el bolsillo—. Nuestro hombre estará aquí en medio minuto y no sabemos con qué intenciones y de qué humor vendrá.

—¿Nuestro hombre? —exclamó Carlyle, estirando el cuello hacia Max, preso de curiosidad y emoción—. ¡Max! ¿Me estás diciendo que vas a traer aquí a Mead para que admita su culpabilidad?

—Nadie ha admitido nada —dijo Carrados—. Y no es Mead.

—Pero si no es Mead... ¿No te estarás refiriendo a Hutchins...?

—Ni Mead ni Hutchins. El hombre que manipuló la señal viaria (porque Hutchins estaba en lo cierto y había una luz verde) es un joven hindú de Bengala. Su nombre es Drishna y vive en Swanstead.

Carlyle miró con los ojos como platos a su amigo, entre la pura sorpresa y la incredulidad más absoluta.

—¿Me lo estás diciendo en serio, Carrados? —preguntó.

—¡Ah, mi mala fama de bromista...! —sonrió Carrados—. Si estoy equivocado, Louis, en la próxima hora lo sabremos.

—Pero... ¿por qué... por qué... por qué lo hizo? ¿A qué vino esa colosal maldad, esa crueldad sin parangón? —Carlyle se perdía entre superlativos de incredulidad y no podía sino observar asombrado a su amigo.

—Principalmente para librarse de una desastrosa inversión especulativa —contestó Carrados, respondiendo a la pregunta—. Si hubo otro motivo... o al menos un incentivo, que es lo que yo creo, sin duda lo averiguaremos enseguida.

—De todos modos, Max, creo que no te has portado bien conmigo... —protestó Carlyle, dejando atrás su sorpresa inicial para mostrarse ofendido—. Aquí estamos y yo no sé nada de nada, absolutamente nada, de todo el asunto.

—Cada cual tiene su propia idea de la cordialidad, Louis —replicó Carrados con aire sonriente—. Pero me atrevo a decir que tienes razón y quizá aún estoy a tiempo de que me perdones. —En muy pocas palabras le comunicó el curso de sus investigaciones—. Y ahora ya sabes todo lo que hay que saber antes de que llegue Drishna.

—¿Pero va a venir? —preguntó Carlyle con gesto dubitativo—. Puede que sospeche algo.

—Sí, claro que sospechará.

—Entonces no vendrá.

—Todo lo contrario, Louis: vendrá porque mi carta despertará su curiosidad. Claro que va a venir. Si no fuera así, Parkinson me habría telefoneado enseguida y habríamos tenido que tomar otras medidas.

—¿Qué le dijiste, Max? —preguntó Carlyle con curiosidad.

—Le dije que estaba deseando hablar con él de una inscripción arqueológica de origen indoescita, y que le enviaba mi coche con la esperanza de que me hiciera ese favor.

—¿Pero está interesado en las inscripciones indoescitas?

—No tengo ni la más remota idea —admitió Carrados, y Carlyle ya estaba echándose las manos a la cabeza cuando el ruido de las ruedas de un coche en la gravilla del camino consiguió que se pusiera de pie como movido por un resorte.

—¡Cáspita, tenías razón, Max! —exclamó Carlyle, espiando tras las cortinas—. Parkinson viene con un hombre.

Un minuto después, el criado anunció al señor Drishna.

El invitado entró en la estancia con una tranquila seguridad que podía ser real o fruto de la desesperación. Era un joven delgado, de unos veinticinco años, con el pelo negro y los ojos oscuros, con un pequeño bigote, bien cuidado, y una piel cetrina. Su fisonomía no resultaba desagradable, pero su expresión tenía un algo arrogante y desdeñoso. En cuanto a su indumentaria, era de una inmaculada pulcritud.

—¿Señor Carrados? —preguntó al entrar.

Carrados, que se había incorporado, asintió ligeramente sin ofrecer su mano.

—Este caballero —dijo, señalando a su amigo— es el señor Carlyle, el famoso detective privado.

El indio lanzó una breve y aguda mirada al personaje que le habían presentado. Y luego se sentó.

—Me escribió usted una carta, señor Carrados —dijo, en un inglés que apenas dejaba entrever su origen foráneo—, una carta muy curiosa, diría. Me preguntaba por una antigua inscripción. Yo no sé nada de antigüedades; pero pensé que, ya que se molestaba en escribirme, sería más educado y cortés venir y decírselo personalmente.

—Ese era el objetivo de mi carta —contestó Carrados.

—¿Deseaba usted verme? —dijo Drishna, incapaz de soportar el terrible silencio que Carrados dejó caer tras su comentario.

—Cuando abandonó la casa de la señorita Chubb se dejó usted un metro plegable... —Había uno en la mesa de Carrados y lo cogió mientras hablaba.

—No sé de qué está hablando —dijo Drishna con un gesto de cautela—. Me parece que se está equivocando.

—En el metro de madera había una marca a la altura de las cuatro pulgadas y siete octavos... la medida del cristal de la luz señalizadora de la estación.

El desafortunado joven fue incapaz de reprimir su asombro. Su rostro perdió aquel tono afable. Luego, con un impulso repentino, dio un paso hacia delante y le arrebató el metro de la mano a Carrados.

—Si esto es mío, tengo derecho a recuperarlo —exclamó, rompiendo la regla en varios pedazos y arrojándola al fuego de la chimenea—. Todo esto es una tontería...

—Discúlpeme, pero yo no he dicho que ese metro que tan impetuosamente ha roto fuera el suyo. En realidad, era mío. El suyo está... en otra parte.

—Dondequiera que esté, no puede usted utilizarlo, porque es mío —dijo entre jadeos Drishna, cada vez más nervioso—. Si es usted un ladrón, no permaneceré aquí ni un segundo más.

Se puso de pie y se giró hacia la puerta. Carlyle dio un paso adelante, pero la precaución era innecesaria.

—Un momento, señor Drishna —musitó Carrados, con su tono más amable y condescendiente—. Es una lástima, después de haber venido desde tan lejos, que se quede sin escuchar cuáles han sido mis averiguaciones en el barrio de Shaftesbury Avenue.

Drishna volvió a sentarse.

—Como quiera... —refunfuñó—. Pero no me interesa en absoluto.

—Yo quería conseguir una lamparilla de determinado tipo —continuó Carrados—. Me pareció que la explicación más sencilla sería decir que la quería para mi coche. Naturalmente, fui a Long Acre, donde están todas las tiendas de coches y repuestos. Y en la primera tienda les dije: «¿No fue aquí donde un amigo mío, un caballero indio, compró hace poco una lámpara de cristal verde que tenía casi cinco pulgadas de diámetro?». Y no, no era allí, pero de todos modos me podían proporcionar una parecida. En la siguiente tienda me ocurrió lo mismo; y en la tercera, y en la cuarta, y así

sucesivamente. Pero al final mi perseverancia tuvo su recompensa. Encontré el lugar donde se había fabricado la lámpara y, al coste de encargar otra para mí, conseguí todos los detalles que andaba buscando. No tenían ni idea, o eso me dijo el dependiente, de que en algunas partes de la India el verde fuera el color del peligro y que, por lo tanto, las luces traseras de los vehículos tuvieran que ser de color verde. El asunto le pareció muy sorprendente y me dijo que sería capaz de identificar a su cliente (que pagó por adelantado y no dejó dirección alguna) entre mil personas de su país. ¿He conseguido que la historia le resulte interesante, señor Drishna?

—¿Qué? —contestó Drishna, con un bostezo fingido—. ¿Le parezco interesado?

—Oh, le ruego que me disculpe: no puedo verlo por culpa de mi desafortunada ceguera —dijo Carrados, con cruda ironía.

—¿Ceguera? —exclamó Drishna, abandonando su fingido desinterés como si la palabra hubiera sido una descarga eléctrica—. ¿Me está diciendo que es realmente ciego...?, ¿que no puede verme?

—Vaya, no —admitió Carrados.

El indio metió la mano derecha en el bolsillo de su abrigo y con un gesto dramático sacó un pesado revólver que colocó en la mesa, entre ellos.

—Me he estado fijando en usted todo el rato, señor Carrados, y, si hubiera deseado irme y usted o su amigo hubieran levantado una mano para detenerme, su vida habría corrido peligro —dijo, con una voz de melancólico triunfalismo—. Pero ¿de qué sirve desafiar a la providencia? ¿Quién puede huir de su destino? Hace un mes fui a ver a una persona de mi país que lee el futuro y pregunté cuál sería el curso de determinados acontecimientos. Y me dijo: «No temas al ojo humano». Y luego la vidente añadió: «Pero, cuando el que no ve vea lo que no se puede ver, entonces ponte en paz con Yama». ¡Y yo que pensaba que me hablaba del Todopoderoso!

—Esto es casi como admitir su culpabilidad —exclamó Carlyle, acudiendo a su espíritu práctico.

—Asumo los decretos del destino —replicó Drishna—. Por otra parte, se ajusta bien a la universal ironía de la existencia que un ciego pueda ser el instrumento que lo revele todo. No me imagino, señor Carlyle —añadió

maliciosamente—, que usted, con sus ojos, pudiera haber llegado jamás a ninguna conclusión.

—¡Es usted un canalla y su sangre fría me espanta, señor mío! —replicó Carlyle—. ¡Santo cielo! ¿Es que no se da usted cuenta de que es el responsable de la muerte de decenas de hombres y mujeres inocentes?

—¿Y usted, señor Carlyle, no se da cuenta de que usted y su Gobierno y sus soldados son responsables de la muerte de miles de hombres y mujeres inocentes en mi país, y todos los días? Si Inglaterra fuera ocupada por los alemanes, y asentaran aquí a su Ejército e impusieran una administración, y se trajeran a sus mujeres y a sus familias, y desplegaran toda su abundante parafernalia en este desdichado país, hasta que la nación entera en su conjunto se viera reducida a vivir en la miseria, y la designación de cada nuevo administrador significara la sentencia de muerte de miles de hombres y mujeres para pagar su salario, y luego ustedes fueran a Berlín e hicieran descarrilar un tren, se les llamaría patriotas. Lo que hizo Boadicea y... y lo que hizo Sansón⁶, eso es lo que he hecho yo. Si ellos fueron héroes, yo también.

—¡Bueno, maldita sea! —exclamó Carlyle, completamente escandalizado—. ¡Qué más tendremos que oír! Boadicea fue una... un... un personaje semilegendario, a quien tal vez se pueda admirar con distanciamiento. Personalmente, ni siquiera tengo una opinión al respecto. Pero Sansón, le recuerdo, es un personaje bíblico. Sansón fue tratado como un enemigo. Usted, no me cabe la menor duda, ha sido tratado como un amigo.

—¿Y no se han burlado de mí, y me han despreciado y se me ha desdeñado todos y cada uno de los días de mi vida en este país? ¿Y no he tenido que soportar de todo de esos hombres arrogantes, clasistas y cabezas huecas? —respondió Drishna, con la mirada brillante de furia y con la voz temblorosa por una repentina pasión—. ¡Oh! Cómo odiaba cruzármelos en la calle y tener que oír esos mezquinos insultos en su despreciativo inglés de señoritingos, como si yo fuera un ser inferior... un negro. Cómo deseé, al igual que Calígula, que toda una nación tuviera un solo cuello y yo pudiera segarlos de un solo golpe. Detesto su complaciente hipocresía, señor Carlyle, les desprecio y me repugna esa ostentación de superioridad hasta tal punto

que ni siquiera podrían llegar a comprenderlo.

—Creo que nos estamos desviando bastante del tema, señor Drishna — interrumpió Carrados, con la imparcialidad de un juez—. A menos que yo esté mal informado, usted no es tan desconsiderado como para odiar de ese modo a todas las personas a las que ha conocido.

—Ah, no —admitió Drishna, plegándose a una franqueza bastante ingenua—. Del mismo modo que odio a los ingleses, adoro a sus mujeres. ¿Cómo es posible que una nación pueda estar dividida de este modo, con sus hombres tan estúpidos y ofensivos, y sus mujeres tan inteligentes, compasivas y tan dignas de admiración?

—Pero un poco caras a veces también, ¿verdad? —sugirió Carrados.

Drishna suspiró profundamente.

—Sí. Eso es increíble. Es lo más propio de su personalidad. Mi asignación, aunque la mayoría de ustedes la calificaría de «generosa», ha resultado ser bastante escasa para cumplir las expectativas de cierta dama que... Me vi obligado a pedir prestado dinero y los intereses se me hicieron al final intolerables. No podía admitir la quiebra, porque entonces mi familia me habría hecho regresar a casa y, aunque detesto enormemente Inglaterra, hay una razón por la que la idea de abandonarla se me hace insoportable.

—¿Y esa razón guarda alguna relación con el Arcady Theatre?

—¿Lo sabe? Bueno, no es necesario citar el nombre de la dama. Con el fin de recuperar mis finanzas, especulé en Bolsa. El crédito que conseguí fue bastante bueno, gracias a la posición que ostenta mi padre y la solidez de la empresa para la que trabajo. Supe por un funcionario muy fiable, hace tiempo, que las acciones de Central & Suburban, sobre todo las diferidas, iban a caer con toda seguridad y de modo estrepitoso por culpa de la adquisición de una empresa de autobuses: un asunto que por aquel entonces era secreto. Así que abrí una cuenta en el mercado bajista y lo vendí casi todo. Las acciones cayeron, pero solo de forma parcial, y esperé. Entonces, desafortunadamente, comenzaron a subir. Se dieron acontecimientos desfavorables y empezaron a correr rumores. Yo no podía abonar los intereses y, con el fin de mantener la cuenta, me vi literalmente obligado a traficar por un tiempo con algunos títulos que no eran técnicamente de mi

propiedad.

—Eso es malversación, señor —comentó Carlyle gélidamente—. ¡Pero qué es la malversación al lado de un asesinato masivo!

—Sí, malversación; ese es el nombre. En mi caso, sin embargo, fue solo un asunto temporal. Por desgracia, las acciones siguieron subiendo. Entonces, cuando ya estaba desesperado del todo, dio la casualidad de que regresaba a Swanstead un día bastante antes de lo habitual y el tren se detuvo ante cierta señal para dejar pasar a otro tren. En el vagón escuché una conversación por la que supe ciertos detalles. Uno de los pasajeros comentó que un día se iba a producir un accidente y todo eso. Como en un fogonazo, como si fuera una inspiración, vi cómo aquella circunstancia podría beneficiarme en la Bolsa. Con un desgraciado accidente las acciones desde luego caerían en picado y yo podría recuperar entonces mi situación económica. Creo que el señor Carrados sabe lo que ocurrió a partir de entonces.

—Max —dijo Carlyle, con furia—, ¿hay alguna razón por la que no deberías encargar a tu criado que llame a la policía y que se lleven arrestado sin falta a este monstruo, ya que acaba de confesar su crimen aquí mismo?

—Sí; hágalo, señor Carrados —sugirió Drishna—. Desde luego me colgarán, pero el discurso que tengo preparado recorrerá la India de un extremo a otro; mi recuerdo será venerado como el de un mártir, y la emancipación de mi tierra natal se precipitará gracias a mi sacrificio.

—En otras palabras —apuntó Carrados—, habrá algunos disturbios en media docena de pueblos, unos cuantos policías desafortunados serán linchados y apaleados hasta la muerte, y puede que ocurran incluso cosas peores. Eso no nos conviene, señor Drishna.

—¿Y cómo piensa usted evitarlo? —preguntó Drishna, con elegante seguridad.

—Resulta muy desagradable ser colgado una mañana de invierno; mucho frío, todo desangelado, muy inhumano. El largo juicio, la soledad, el confinamiento, los pensamientos de la noche anterior en vela, el verdugo, el ruido de la polea, el deslizamiento de la soga... todo eso hace presa en la imaginación. Solo un estúpido va a la horca con tranquilidad.

—¿Y qué me aconseja que haga, señor Carrados? —preguntó Drishna con

astuta mirada.

La mano de Carrados se deslizó hacia el arma que aún descansaba en la mesa, entre ambos. Sin decir una palabra, la empujó hacia su invitado.

—Ya entiendo —murmuró Drishna, con una leve risilla y una mirada centelleante—. Que me pegue un tiro y me calle, eso es lo que propone. Que me guarde el discurso para ahorrarme el juicio, y aleje la llama de la antorcha de la libertad y la insurrección.

—Y también para ahorrarle a su familia la vergüenza de verle ahorcado, y a esa dama cuyo nombre ignoramos, la desagradable necesidad de abandonar la casa que usted le ha proporcionado y la renta que usted le ha asignado. Ella, desde luego, no veneraría su recuerdo.

—¿Qué quiere decir?

—La operación accionarial que usted ha llevado a cabo está basada en un delito grave, así que no puede ejecutarse. La empresa con la que usted ha realizado esas operaciones irá a los tribunales, y el dinero, que se puede rastrear sin mucha dificultad, se retendrá mientras no se demuestren sus orígenes legales.

—¡Max! —gritó Carlyle con vehemencia—. ¿De verdad vas a permitir que este sinvergüenza evite el patíbulo?

—Lo mejor que se puede hacer con los patíbulos es suprimirlos, Louis —contestó Carrados—. ¿Te has parado a reflexionar sobre lo que pensarán de nosotros los hombres y las mujeres dentro de cien años?

—Oh, bueno... en realidad yo no estoy a favor de las ejecuciones... —admitió Carlyle.

—Nadie lo está; es verdad. Pero seguimos ahorcando. El señor Drishna es una alimaña peligrosa que, en aras de la felicidad de los animales pacíficos, debería dejar de existir. Dejemos que su bárbara hazaña pase al olvido con él. Los contras de difundirla superan con mucho a los pros.

—He pensado... —anunció Drishna— que haré lo que me dice.

—Muy bien —dijo Carrados—. Aquí tiene unas hojas de papel en blanco. Lo mejor será que escriba una carta a alguien, contándole que las dificultades económicas en las que se encuentra le resultan insoportables.

—Pero es que ya no tengo dificultades económicas.

—Eso no importa en absoluto. Se considerará una alucinación y se tomará como una demostración de su estado mental.

—Pero ¿qué garantías tenemos de que no escapará? —susurró Carlyle.

—No puede —replicó Carrados con tranquilidad—. Lo conoce todo el mundo.

—No tengo ninguna intención de escapar —señaló Drishna mientras escribía—. Le cuesta imaginar que no haya considerado esta eventualidad, ¿verdad?

—De todos modos —murmuró Carlyle, recordando su época como abogado—, me gustaría que esto fuera aprobado por un jurado. Una cosa es ejecutar a un hombre moralmente y otra hacerlo casi de forma literal.

—¿Así está bien? —preguntó Drishna, entregando la carta que había escrito.

Carrados sonrió ante aquel homenaje a su percepción.

—Excelente —contestó cortésmente—. Hay un tren a las 21:40. ¿Le viene bien?

Drishna asintió y se levantó. Carlyle tenía la desasosegante sensación de que debería hacer algo, pero no conseguía averiguar qué.

Unos minutos después tuvo que escuchar a su amigo dar las gracias con efusividad al visitante por haberle ayudado en la cuestión de la inscripción indoescita, mientras avanzaban juntos por el vestíbulo de la casa. Luego se oyó cómo se cerraba la puerta.

—Creo que a veces hay algo decididamente misterioso en la conducta de Max —murmuró desconcertado Carlyle para sí mismo.

³ «The Knight's Cross Signal Problem», incluido en *Max Carrados*, Methuen & Co., Londres, 1914.

⁴ Eso fue lo que dijo George Stephenson cuando se le interrogó en el Parlamento a propósito de su nueva línea ferroviaria. Un miembro del comité le preguntó: «Suponga que una vaca cruza las vías cuando va a pasar un tren. ¿Qué ocurriría?». Stephenson contestó: «Mal asunto para la vaca». Cuando

se enfrentan dos poderes y uno de ellos es obviamente más fuerte, se utiliza la expresión *Bad for the* «COO».

5 Versión burlesca del versículo bíblico del Apocalipsis, 16, 1.

6 Boadicea es la mítica reina britana del siglo I que encabezó la rebelión contra los romanos, del mismo modo que Sansón encabezó la rebelión israelita contra los filisteos (en el Libro de los Jueces).

Tragedia en Brookbend Cottage⁷

—Max —dijo Carlyle cuando Parkinson salió de la estancia y cerró la puerta —, este es el señor Hollyer, teniente de la Marina, al que has tenido la amabilidad de aceptar ver...

—Oír —corrigió Carrados, sonriendo directamente al rostro saludable y bastante ruborizado del personaje desconocido que tenía ante sí—. ¿El señor Hollyer sabe de mi peculiaridad?

—El señor Carlyle me lo contó —dijo el joven—, pero en realidad ya había oído hablar de usted, señor Carrados, a través de uno de nuestros hombres. Por un asunto relacionado con el hundimiento del *Ivan Saratoy*.

Carrados meneó la cabeza con un gesto de amable resignación.

—¡Y mira que los propietarios juraron secreto inviolable! —exclamó—. Bueno, supongo que no se puede evitar. No será otro caso desastroso, ¿verdad, señor Hollyer?

—No, el mío es un asunto totalmente privado —contestó el teniente—. Mi hermana, la señora Creake... pero creo que el señor Carlyle se lo puede contar mejor que yo. Él conoce todos los detalles.

—No, no... Carlyle es un profesional. Cuéntemelo tal y como le parezca a usted, señor Hollyer. Mis oídos son mis ojos, ya sabe.

—Muy bien, señor. Puedo contarle ahora mismo lo que sé, pero me da la impresión de que cuando ponga fin a la historia le podrá parecer muy poca cosa y una nimiedad, aunque para mí es muy importante.

—A veces consideramos que nuestra propia vida carece de importancia —dijo Carrados para animarlo—. No se deje desanimar por eso.

Y en esto consistió en esencia el relato del teniente Hollyer:

—Tengo una hermana, Millicent, que está casada con un hombre llamado

Creake. Mi hermana tiene ahora veintiocho años, y él es por lo menos quince años mayor. Ni mi madre (que ya ha muerto) ni yo apreciábamos mucho a ese Creake. No es que tuviéramos nada concreto contra él, excepto, tal vez, esa cierta diferencia en la edad respecto a mi hermana, pero es que no teníamos nada en común. Era un hombre oscuro y taciturno, y su pertinaz silencio congelaba la conversación. Así que, en consecuencia, claro está, no nos veíamos mucho.

—Pero esto ocurrió hace cuatro o cinco años, Max, tenlo en cuenta — interrumpió Carlyle con ánimo colaborador.

Carrados mantuvo un imperturbable silencio. Carlyle se sonó la nariz y se las arregló para que semejante operación resultara significativa y los otros dos tuvieran que estar pendientes de él. Luego, el teniente Hollyer continuó.

—Millicent se casó con Creake después de un noviazgo muy breve. Fue una boda espantosa y deprimente; para mí, más que un funeral. Aquel hombre no parecía tener familia ninguna y apenas contaba con amigos o relaciones profesionales. Creo que era agente de no sé qué y que tenía una oficina en Holborn. Supongo que vivía de aquello, aunque nunca supimos casi nada de sus asuntos privados; pero creí entender que le habían empezado a ir mal las cosas desde entonces, y sospecho que es así porque durante los últimos años han estado viviendo casi totalmente de la pequeña renta de Millicent. ¿Quiere conocer los detalles de ese asunto?

—Por favor —dijo Carrados.

—Cuando nuestro padre murió, hará ahora unos siete años, nos dejó tres mil libras. Se invirtió ese dinero en acciones de una empresa canadiense y de aquello se sacaban aproximadamente cien libras al año. En su testamento se decía que ese dinero era de mi madre de por vida y que, cuando mi madre muriera, pasaría a ser de mi hermana Millicent, que estaría obligada a abonarme una suma por un monto total de quinientas libras. Pero mi padre, en secreto, me dijo que, si no tenía mucha necesidad de ese dinero en su momento, que le cediera esa cantidad a Millicent hasta que yo la necesitara, porque ella no tenía con qué mantenerse. Como imaginará, señor Carrados, en mi educación y en mi carrera se había empleado una cantidad de dinero muy superior a la que se empleó en la suya; yo tenía mi propia renta y, por

supuesto, podía buscarme la vida mucho mejor que una muchacha.

—Desde luego —asintió Carrados.

—Así que no toqué ese dinero —continuó el teniente—. Regresé hace tres años, pero no tuve mucha relación con ellos. Estaban viviendo de alquiler. Esa fue la única vez que los vi desde que se casaron hasta la semana pasada. Entretanto, nuestra madre murió y Millicent recibió su renta. Me escribí varias cartas por esa época. Si no hubiera sido por eso, no habríamos mantenido contacto alguno, pero hace un año más o menos me envió una carta con su nueva dirección (Brookbend Cottage, Mulling Common), la casa que habían alquilado. Cuando cogí unas vacaciones de dos meses, decidí darme por invitado y pasar a verlos por mi cuenta, esperando quedarme con ellos buena parte de mi tiempo libre... Pero, al cabo de una semana, aproveché una ocasión, me inventé una excusa y me largué de allí. El lugar era tristón e insoportable, y la vida y el ambiente resultaban indescritiblemente deprimentes. —El teniente miró a su alrededor con un gesto de cautela; se inclinó hacia delante con aprensión y bajó la voz—. Señor Carrados, tengo la absoluta convicción de que Creake solo está esperando la oportunidad propicia para asesinar a Millicent.

—Continúe —dijo Carrados tranquilamente—. Una semana en un entorno deprimente como Brookbend Cottage no puede haber sido lo único que le haya convencido de eso, señor Hollyer.

—No estoy tan seguro —afirmó Hollyer con aire dubitativo—. Había en esa casa una atmósfera de recelo y, delante de mí, de un odio educado tan espeso que se podía cortar. Pero ocurrió además algo más concreto. Millicent me lo dijo el día que llegué. No cabe la menor duda de que pocos meses antes Creake planeó envenenarla de forma deliberada con algún herbicida. Me lo contó todo en un momento de bastante nerviosismo, pero a partir de entonces no quiso comentarlo de nuevo, e incluso lo negó, aunque sin mucha convicción; en realidad, me costó muchísimo encontrar siquiera un momento para hablar con ella de su marido y sus actividades. Lo esencial es que mi hermana tenía la firmísima sospecha de que Creake había manipulado una botella de *Stout*⁸ que esperaba que ella se bebiera en la comida, cuando estuviera sola. El pesticida, adecuadamente etiquetado, pero también en una

botella de cerveza, se guardó con otros líquidos variopintos en el mismo armario que la cerveza, pero en una estantería más alta. Cuando Creake descubrió que el pesticida había estropeado la cerveza, tiró la mezcla, lavó la botella y puso restos de otra cerveza en ella. Para mí no hay la menor duda de que, si hubiera llegado y hubiera encontrado a Millicent muerta o moribunda, se las habría arreglado para simular que mi hermana había cometido un error, que se había equivocado al coger una cerveza en la oscuridad y que se había bebido el veneno sin darse cuenta.

—Sí —asintió Carrados—. Una salida, una coartada.

—Comprenda que viven muy modestamente, señor Carrados, y que Millicent está casi por completo a merced de su marido. El único sirviente que tienen es una mujer que va por allí algunas horas todos los días. La casa está en un paraje solitario y apartado. Creake está a veces fuera durante varios días y varias noches, y Millicent, sea por orgullo o por indiferencia, parece haber abandonado a todos sus viejos amigos y ya no ha hecho otros. Su marido podría envenenarla, enterrar el cuerpo en el jardín y estar a miles de millas de aquí antes de que nadie preguntara siquiera por el estado de su esposa. ¿Qué puedo hacer, señor Carrados?

—Ahora parece menos probable que intente envenenarla y puede que lo intente con otros métodos —calculó Carrados—. Habiendo fallado con el veneno, su hermana estará siempre en guardia. También puede ocurrir que su marido sepa que otros lo saben, o al menos lo sospeche. No... La precaución que sugiere el sentido común es que su hermana abandone a ese hombre, señor Hollyer. ¿No piensa hacerlo?

—No —admitió Hollyer—. No va a hacerlo. Yo le he dicho que lo haga. —El joven pareció dudar unos instantes y luego estalló—: El hecho es, señor Carrados, que no entiendo a Millicent. Ya no es la chica de antes. Odia a Creake y lo trata con un silencio despectivo que la está corroyendo por dentro como si fuera ácido y, sin embargo, es tan celosa de él que no permitirá que nada salvo la muerte los separe. Llevan una vida espantosa. Yo estuve allí solo una semana y debo decir que, aunque mi cuñado me desagrada enormemente, también tiene que aguantar lo suyo. Si se dejara llevar por la furia y la matara, no me resultaría del todo incomprensible.

—Eso no nos interesa —dijo Carrados—. En un juego de este tipo, uno tiene que tomar parte y nosotros hemos tomado la nuestra. Lo único que nos queda es confiar en que los nuestros sean los buenos y ganen. Ha mencionado usted los celos, señor Hollyer. ¿Sabe usted si la señora Creake tiene alguna razón para tenerlos?

—Ah, debería haberle contado eso... —contestó el teniente Hollyer—. Da la casualidad de que conocí a un periodista que tiene su despacho en el mismo edificio que la oficina de Creake. Cuando le mencioné el nombre de mi cuñado, hizo una mueca rara. «Creake», me dijo, «ya sé... ese hombre con esa mecanógrafa tan atractiva, ¿no?». «Bueno... es mi cuñado», contesté. «¿Pasa algo con la secretaria?». Entonces mi amigo se cerró en banda y no soltó ni una palabra. «No, no», me dijo, «no sabía que estaba casado. No quiero meterme en asuntos que no me importan. Lo único que he dicho es que tiene una secretaria mecanógrafa. No pasa nada, ¿no? Nosotros también tenemos; todo el mundo tiene...». No le pude sacar nada más, pero aquel comentario y su mueca... bueno, es lo de siempre, señor Carrados.

Carrados se volvió hacia su amigo.

—Supongo que tú sabías lo de la secretaria, ¿verdad, Louis?

—La hemos tenido bajo vigilancia, Max —contestó Carlyle con toda la dignidad del mundo.

—¿Está soltera?

—Sí; por lo que sabemos, así es.

—Eso es todo lo que necesitamos saber por el momento. El señor Hollyer nos ha ofrecido tres excelentes razones por las que ese hombre querría deshacerse de su mujer. Si aceptamos la idea del envenenamiento (aunque solo contamos con la sospecha de una mujer celosa), tenemos que añadir que, además del deseo, tiene la determinación. Muy bien, seguiremos adelante con esto. ¿Tiene usted una fotografía del señor Creake?

El teniente sacó su cartera.

—El señor Carlyle me pidió una. Esta es la mejor que he podido conseguir.

Carrados hizo sonar la campanilla.

—Parkinson —dijo Carrados cuando llegó su mayordomo—, esta es una fotografía de un tal señor... ¿cuál es su nombre de pila, por cierto?

—Austin: Austin Creak —dijo Hollyer, que estaba asistiendo a todo el procedimiento con una infantil mezcla de emoción y sobria gravedad.

—... una foto del señor Austin Creak. Te la enseño porque tal vez necesite que lo reconozcas.

Parkinson echó un vistazo a la fotografía y se la devolvió a su patrón.

—¿Puedo preguntar si es una fotografía reciente del caballero, señor? —dijo.

—Es de hace unos seis años —contestó el teniente, aceptando la presencia de este nuevo actor en la comedia con sincera curiosidad—. Pero no ha cambiado casi nada.

—Gracias, señor. Intentaré acordarme del señor Creak, señor.

El teniente Hollyer se levantó cuando Parkinson abandonó la sala. La reunión parecía haber llegado a su final.

—Oh, hay todavía un pequeño detalle... —dijo—. Me temo que cometí un desafortunado error mientras estuve en Brookbend. Me pareció, que como todo el dinero de Millicent probablemente acabaría, tarde o temprano, en manos de Creak, yo podía reclamar mis quinientas libras, aunque solo fuera para poder ayudarla después. Así que planteé el tema y dije que me gustaría tener ese dinero porque tenía una oportunidad de invertir.

—¿Y qué piensa que...?

—Creo que eso podría hacer que Creak actuara antes de lo que probablemente hubiera pensado hacerlo en otro caso. Puede que ya se haya apoderado del dinero y le resulte difícil reponerlo.

—Tanto mejor. Si su hermana va a ser asesinada, por lo que a mí me atañe, puede ocurrir la semana que viene o el año próximo. Disculpe mi sinceridad, señor Hollyer, pero esto no es más que un caso para mí y lo considero desde el punto de vista estratégico. Ahora la empresa del señor Carlyle protegerá a la señora Creak durante unas cuantas semanas, pero no va a poder hacerlo siempre. Al aumentar el riesgo inmediato, reduciremos también el riesgo a largo plazo.

—Comprendo —dijo Hollyer, aceptando la teoría de Carrados—. Estoy preocupadísimo, pero no me queda más remedio que ponerme totalmente en sus manos.

—Así que le daremos al señor Creake todos los incentivos y le ofreceremos todas las ocasiones para que actúe. ¿Dónde está residiendo usted en estos momentos?

—Estoy con unos amigos en St. Albans.

—Demasiado lejos. —La mirada inescrutable de Max conservó su sosegada profundidad, pero un nuevo tono de viva curiosidad en su voz consiguió que Carlyle olvidara el peso y la carga de su engolada dignidad—. Deme unos minutos, por favor. Puede fumar, si quiere: tiene cigarrillos aquí, señor Hollyer.

El ciego caminó hasta la ventana, pareció que miraba al exterior, a la explanada de hierba ensombrecida sombreada por los cipreses. El teniente encendió un cigarrillo y Carlyle hojeó la revista *Punch*. Entonces Carrados se giró.

—¿Está usted dispuesto a cualquier cosa para solucionar esto? —preguntó Max a su visita.

—Por supuesto.

—Muy bien. Quiero que vuelva directamente desde aquí a Brookbend Cottage. Dígale a su hermana que sus vacaciones se han interrumpido de forma inesperada y que tiene que partir mañana, que tiene que embarcar mañana mismo...

—¿En el *Martian*?

—No, no... El *Martian* no sale mañana. Haga las indagaciones que sean oportunas y mencione un navío que salga mañana. Diga que lo han trasladado. Añada que espera estar fuera solo dos o tres meses y que necesita de verdad las quinientas libras para cuando regrese. No se quede mucho tiempo en la casa, por favor.

—Entiendo, señor.

—St. Albans está demasiado lejos. Ponga cualquier excusa y salga de allí hoy mismo. Coja algún apartamento en la ciudad, desde donde pueda utilizar un teléfono. Y díganos al señor Carlyle y a mí dónde va a estar. Manténgase alejado de los lugares por donde ande Creake. En realidad no quiero que esté cerca de la casa, pero puede ser que precise sus servicios. Si ocurre algo, se lo comunicaré de inmediato y, si no hay nada que hacer, le dejaremos en paz.

—Eso no me importa. ¿Puedo hacer algo más?

—Nada. Yendo a buscar ayuda al despacho del señor Carlyle ha hecho lo más inteligente; ha puesto a su hermana en manos del hombre más inteligente y astuto de Londres.

En ese momento, el sujeto de aquel elogio por completo inesperado se vio atenazado por un sentimiento que oscilaba entre la humildad y la perplejidad.

—¿Y bien, Max? —apuntó Carlyle tímidamente cuando se quedaron solos.

—¿Y bien, Louis?

—Bueno, por supuesto, no es necesario restregárselo por la cara al joven Hollyer, pero, en realidad, cualquier individuo tiene en sus manos la vida de otra persona (solo una, entiéndase).

—Siempre que no haga una chapuza —admitió Carrados.

—Por supuesto.

—Y que no le importen en absoluto las consecuencias.

—Desde luego.

—Dos condiciones importantes. Parece evidente que Creaker puede reunir ambas. ¿Lo conoces?

—No. Como te dije, envié a un hombre a la ciudad a vigilarlo. Entonces, hace un par de días, porque el caso parecía que prometía, pues Creaker desde luego está liado con la secretaria, Max, y la cosa puede adquirir un giro dramático en cualquier momento, yo mismo bajé a Mulling Common. Aunque la casa está aislada, cuenta con una parada de tranvía cerca. Ya conoces el tipo de paisaje que hay a doce millas de Londres: una sucesión de ladrillos y berzas. Resultó bastante fácil averiguar ciertas cosas de Creaker. Allí no se habla con nadie, va a la ciudad a horas irregulares, pero generalmente todos los días, y tiene fama de ser muy tacaño: resulta endemoniadamente difícil sacarle dinero. Y, por último, conocí a un viejo que antaño solía arreglar el jardín de Brookbend de vez en cuando. Este tiene su propia casa de campo y un huerto, con un invernadero... Averiguar algo me costó una libra de tomates.

—¿Fue una inversión provechosa?

—Por los tomates, sí; por la información, no. Desde mi punto de vista, el viejo tenía un serio inconveniente: hablaba desde el resentimiento. Hace unas

semanas Creake le dijo que ya no iba a necesitarlo porque en el futuro él mismo se iba a encargar del jardín.

—Esa información es importante, Louis.

—Siempre que Creake fuera a envenenar a su mujer con hiosciamina y quisiera enterrarla en el jardín, en vez de hacerla volar con un cartucho de dinamita y se excusara diciendo que el cartucho venía escondido entre el carbón.

—Cierto, cierto. Sin embargo...

—De todos modos, ese viejo tenía una explicación muy sencilla para todo lo que hacía Creake: Creake está loco. Él incluso lo había visto volando una cometa en el jardín, donde con toda seguridad acabaría enredándose entre los árboles. «Eso lo sabe hasta un muchacho de diez años», me dijo. Y por supuesto la cometa se enredó, porque yo mismo la vi luego colgando de los árboles. Pero ¿qué hombre cuerdo se dedicaría a perder el tiempo jugando con una cometa? El viejo jardinero, desde luego, no tenía ni idea.

—He sabido que últimamente bastantes hombres han estado volando cometas de distintos tipos —dijo Carrados—. ¿Está interesado en la aviación?

—Podría ser. Parece que tiene algunos conocimientos científicos. ¿Qué quieres que haga ahora, Max?

—¿Harás lo que te diga?

—En teoría sí... con las reservas habituales, claro.

—Di a tus hombres que sigan vigilando a Creake en Londres y cuando tengas los informes, házmelos llegar. Ahora vamos a comer. Llama a la oficina y diles que te ves obligado a ocuparte de un asunto desagradable y luego le daremos la tarde libre a Parkinson mientras nosotros cogemos un coche para ir a echar un vistazo a Mulling Common. Si nos da tiempo, tal vez podríamos llegar a Brighton, cenar en el Ship y regresar por la noche.

—Encantador y próspero mortal afortunado —suspiró Carlyle, observando la lujosa estancia en la que se encontraban.

Pero, al final, Brighton no acabó figurando en el itinerario de la jornada. La intención de Carrados solo había sido pasar por delante de Brookbend Cottage en esa ocasión, confiando en sus facultades altamente desarrolladas,

ayudado por las descripciones de Carlyle, para informarse de los alrededores y elementos circundantes. Cien yardas antes de que llegaran a la casa, le dio la orden a su chófer de que redujera la velocidad, y ya avanzaban muy lentamente cuando Carlyle descubrió algo que modificó sus planes.

—¡Por Júpiter! —exclamó el caballero—. Hay un cartel en la casa, Max. ¡La van a alquilar!

Carrados volvió a dirigirse al chófer. Un instante después el coche se detuvo junto a la cuneta, a unos cuantos pasos del borde del jardín. Carlyle sacó la libreta y copió la dirección de los agentes inmobiliarios.

—Tal vez podrías levantar el capó y echar un vistazo al motor, Harris —le dijo Carrados al chófer—. Necesitamos estar por aquí al menos unos minutos.

—Esto sí que es raro y repentino. Hollyer no sabía nada de que fueran a dejar Brookbend Cottage —apuntó Carlyle.

—Probablemente no lo harán hasta dentro de meses. De todos modos, Louis, iremos a ver a los agentes inmobiliarios y cogeremos una tarjeta, y ya veremos si la utilizamos hoy o no.

Un seto bastante tupido, con todo su follaje estival, se levantaba entre la carretera y el jardín, y protegía eficazmente la casa de la vista de los curiosos. Por encima del seto asomaba algún que otro arbusto; en la esquina más cercana al coche florecía un castaño. La cancela de madera, antaño blanca, por la que pasaron al interior, estaba deslustrada y destartalada. La misma carretera era aún el sencillo y poco presuntuoso camino campestre por el que los nuevos vehículos motorizados se habían visto obligados a circular al principio. Carlyle le comentó todos estos detalles a Carrados, y parecía que había poco más digno de señalarse. Estaba a punto de decirle a Harris que ya podían seguir su camino cuando su fino oído captó un sonido mínimo.

—Alguien está saliendo de la casa, Louis —advirtió a su amigo—. Puede ser Hollyer, pero a estas alturas ya debería haberse ido.

—Yo no oigo nada —contestó su amigo, pero mientras lo decía se oyó un portazo y Carlyle se acomodó en el asiento del coche y se escondió tras un ejemplar de *The Globe*.

—Es Creak —susurró en el interior del vehículo, cuando apareció un hombre en la puerta del jardín—. Hollyer estaba en lo cierto: apenas ha

cambiado. Está esperando un coche, supongo.

Pero no tardó en pasar un coche que llegó desde la dirección hacia la que miraba el señor Creak y que no pareció interesarle en absoluto. Durante un par de minutos más siguió mirando expectante la carretera. Luego, se dio media vuelta y volvió a entrar en la casa.

—Le daremos diez o quince minutos —decidió Carrados—. Harris se está comportando con mucha naturalidad.

Pero antes de que transcurriera ese tiempo, su paciencia se vio recompensada. Un muchacho de telégrafos apareció pedaleando tranquilamente por la carretera y, dejando la bicicleta junto a la cancela, entró en el *cottage*. Evidentemente no esperó por ninguna respuesta, porque no había transcurrido ni medio minuto cuando el muchacho regresó pedaleando por donde había venido. Dando la vuelta por la curva apareció el tranvía, que hizo sonar la campana ruidosamente y, apresurado por el sonido de advertencia, el señor Creak volvió a aparecer de repente, esta vez con un pequeño maletín en la mano. Echó un vistazo a su espalda y se apresuró a correr hasta la parada; se subió al vehículo cuando este detuvo su marcha y desapareció de su vista.

—Muy oportuno nuestro señor Creak —apuntó Carrados, con tranquila satisfacción—. Ahora aprovecharemos la ocasión y entraremos en la casa en su ausencia. Podría resultar interesante echarle un vistazo también a ese telegrama.

—Podría, Max —admitió Carlyle de forma un poco seca—. Pero si está en el bolsillo de Creak, como todo parece indicar, ¿cómo piensas conseguirlo?

—Yendo a la oficina de correos, Louis.

—Estupendo. ¿Has intentado alguna vez que te den una copia de un telegrama dirigido a otra persona?

—Creo que aún no se me ha presentado la ocasión —admitió Carrados—. ¿Tú sí?

—En un par de ocasiones he tenido oportunidad de participar en una operación de ese tipo. Generalmente es una cuestión de extremada inteligencia o de considerable habilidad.

—Entonces, por el bien de Hollyer, confiemos en que sea lo primero en esta

ocasión. —Y Carlyle sonrió de manera sombría y apuntó mentalmente que se conformaba con esperar una amable venganza.

Un poco después, habiendo dejado el coche al comienzo de la calle principal, los dos hombres se acercaron a la oficina de correos del pueblo. Ya habían visitado el despacho del agente inmobiliario y habían conseguido un permiso para ver Brookbend Cottage, declinando, con alguna dificultad, la insistencia del oficinista en acompañarlos en la visita. La razón no tardó en desvelarse.

—En realidad —explicó el joven—, hemos sido nosotros quienes hemos notificado al actual inquilino que debe abandonar la casa.

—Algún problemilla, ¿eh? —dijo Carrados, animándolo a hablar.

—Es un miserable —admitió el oficinista, respondiendo al tono amable de Max—. Hace quince meses que no abona la renta. Por eso nos gustaría que...

—Nosotros sí pagaremos —contestó Carrados.

La oficina de correos estaba al lado de una papelería. Carlyle abordó con cierta inquietud aquella aventura; Carrados, por su parte, era la personificación de la indiferencia más anodina.

—Acaban ustedes de enviar un telegrama a Brookbend Cottage —le dijo a la joven señorita que había tras la reja metálica—. Creemos que puede haber alguna duda en su recepción y nos gustaría repetirlo. —Y sacó su monedero—. ¿Cuánto cuesta?

La petición, evidentemente, no era muy común.

—Oh —dijo la joven con algunas dudas—, espere un minuto, por favor. —Luego se giró para consultar un montón de telegramas duplicados que tenía tras el mostrador y recorrió con dedos dubitativos los últimos envíos—. Bueno, yo creo que está todo bien. ¿De verdad quiere repetirlo?

—Por favor. —Solo un leve matiz de ruego perturbó su inalterable tono amable.

—Cuatro peniques. Si hay un error, se le reintegrará el dinero.

Carrados puso una moneda en el mostrador y recogió el cambio.

—¿Le llevará mucho rato? —preguntó con indiferencia, mientras se ponía los guantes.

—Lo recibirá en un cuarto de hora —contestó.

—Bueno, lo has conseguido —comentó Carlyle cuando salieron a la calle y se metieron en el coche—. ¿Cómo piensas hacerte con el telegrama, Max?

—Pidiéndolo —fue su lacónica explicación.

Y, efectivamente, al cabo de quince minutos, sin necesidad de ningún artificio ni confabulación, lo pidió y lo consiguió. Y fue así: el coche estaba apostado en un extremo de la calle e hizo sonar el claxon cuando el muchacho de los telegramas se acercaba. Entonces Carrados adoptó una pose convincente con la mano en la puerta mientras Carlyle adoptaba la actitud de un amigo que se marcha. Esa era la impresión que daban sin duda cuando llegó el muchacho pedaleando.

—¿Es para el señor Creak, de Brookbend Cottage? —preguntó Carrados, levantando la mano para detener al muchacho, y, sin dudarle un segundo, el muchacho le entregó el sobre y se alejó pedaleando con la seguridad de que no debía esperar respuesta.

—Algún día, amigo mío —apuntó Carlyle, mirando nerviosamente hacia la casa—, esa osadía tuya acabará acarreándote graves problemas.

—En ese caso, mi osadía los resolverá también —fue la réplica—. Bueno: hagamos ahora nuestra visita a la casa. El telegrama puede esperar.

Una criada no muy aseada los recibió, cogió el permiso de visita de la inmobiliaria y los dejó esperando en la entrada. Al final apareció una mujer a quien ambos identificaron de inmediato como la señora Creak.

—¿Desean ustedes ver la casa? —dijo, con una voz indescriptiblemente carente de emoción. Y luego, sin esperar ninguna contestación, se volvió hacia la puerta de al lado y la abrió.

—Este es el salón —dijo, apartándose.

Max y Louis entraron en una estancia sin apenas mobiliario, con olor a humedades, y fingieron que echaban un vistazo, mientras la señora Creak permanecía en silencio y distante.

—El comedor —añadió, avanzando por un pasillo estrecho y abriendo otra puerta.

Carlyle hizo algunos comentarios amables con la esperanza de entablar conversación. El resultado no fue muy satisfactorio. Sin duda habrían acabado la visita de la casa con aquella misma guía gélida si Carrados no

hubiera cometido un error que Carlyle jamás pensó que pudiera cometer. Al avanzar por el pasillo, el ciego tropezó con una alfombra y estuvo a punto de caerse.

—Oh, disculpe mi torpeza —le dijo a la señora—. Por desgracia, estoy totalmente ciego. Pero incluso los ciegos necesitan una casa —añadió con una sonrisa, para darle un toque de humor a su tropezón.

El que sí veía se sorprendió al observar que el rostro de la señora Creake se sonrojaba.

—¡Ciego! —exclamó—. Oh, le ruego que me perdone. ¿Por qué no me lo dijo? Podría haberse caído.

—Habitualmente me las arreglo bastante bien —contestó Max—. Pero, claro, en una casa desconocida...

Ella le puso la mano en el brazo con delicadeza.

—Permítame que le guíe, solo un poquito... —dijo.

La casa, aunque no era grande, estaba llena de pasillos y de molestos esquinzos. Carrados hizo alguna pregunta casual y le pareció que la señora Creake era amable, aunque no especialmente efusiva. Carlyle los seguía de estancia en estancia con la esperanza, aunque sin muchas expectativas, de enterarse de algo que les pudiera resultar útil.

—Y esta es la última habitación. Es el dormitorio más grande —dijo la anfitriona. Solo dos de las habitaciones superiores estaban completamente amuebladas y Carlyle se percató de inmediato, como Carrados sin necesidad de verlo, de que aquella era la que ocupaban los Creake.

—Tiene una vista muy agradable... —sugirió Carlyle.

—Ah, bueno, supongo que sí... —admitió la señora, sin mucho entusiasmo. La estancia, efectivamente, daba al frondoso jardín y a la carretera, tras los setos y la cancela. Tenía una ventana francesa que se abría a un pequeño balcón y hacia allí se dirigió Carrados, movido por el extraño instinto que siempre lo impulsaba a caminar hacia la luz.

—Supongo que habrá que arreglar algunas cosas —murmuró Max, tras permanecer unos instantes frente a la ventana.

—Me temo que sí —confesó la señora.

—Lo pregunto porque hay una plancha de metal en el suelo, aquí —añadió

—. Claro que, en una casa antigua, los fríos resecan y pudren la madera de los miradores.

—Mi marido dice que es por la lluvia, que entra un poco por debajo de la ventana, y que por eso se están pudriendo los marcos del balcón ahí —contestó la mujer—. Ha debido de poner esa plancha de metal hace poco. Ni siquiera yo me había dado cuenta.

Esa fue la primera vez que mencionó a su marido; Carlyle levantó las orejas como un sabueso.

—Oh, bueno, esa es una cuestión menor —dijo Carrados—. ¿Puedo salir al balcón?

—Oh, sí... si quiere... —Entonces, cuando Carrados empezó a tentar la puerta para encontrar el picaporte, la mujer añadió—: Permítame que le abra la puerta.

Pero la ventana francesa ya estaba abierta, y Carrados, palpando en distintos lugares y haciendo uso de su brújula particular, se las arregló para orientarse.

—Un rincón soleado y cubierto —apuntó—. Un lugar ideal para una mecedora y un libro.

La mujer se encogió de hombros con un gesto a medias entre el desinterés y el desprecio.

—Tal vez —contestó—, pero yo nunca lo utilizo.

—Alguna vez lo habrá hecho, seguro —insistió amablemente—. Este sería mi lugar favorito de la casa. Pero por otro lado...

—Le iba a decir que yo nunca he salido al balcón, pero eso no es del todo cierto. Lo empleo para dos cosas, y ambas igual de románticas. A veces sacudo el plumero ahí, y, cuando mi marido regresa a casa tarde y ha olvidado las llaves, me despierta y yo salgo y le lanzo las mías.

Ya no se comentaron más las costumbres nocturnas del señor Creake, para disgusto de Carlyle, y ello se debió a una tosecilla claramente indicativa procedente de las escaleras. Habían tenido ocasión de oír cómo un carro de venta ambulante se detenía delante de la cancela, el vendedor había entrado para llamar a la puerta y la criada había salido arrastrando los pies por el pasillo para abrir.

—Discúlpenme un segundo, por favor —dijo la señora Creake, dejando solos a los dos caballeros en la habitación.

—Louis —dijo Carrados, con un apremiante susurro, en cuanto estuvieron solos—, impide que abran la puerta de este dormitorio.

Con extraordinaria eficacia, Carlyle se puso a admirar un cuadro situado de tal modo que resultaba imposible abrir la puerta de la habitación más que unas pulgadas. Desde esa posición observó cómo su socio procedía a arrodillarse en el suelo de la estancia y, durante unos instantes, apoyaba la oreja en la plancha de metal que anteriormente había llamado su atención. Luego se volvió a poner en pie, asintió a su amigo, se sacudió los pantalones, y Carlyle se movió hacia una posición menos comprometida.

—Qué rosales tan bonitos suben hasta el balcón —apuntó Carrados, paseando por la estancia cuando la señora Creake regresó—. Supongo que le gusta mucho la jardinería, ¿no es así?

—Me horroriza —contestó.

—¿Entonces ese rosal Gloire, tan bien cuidado...?

—¿Ah, sí? —preguntó a su vez—. Creo que mi marido estuvo poniéndole tutores hace poco. —Por alguna extraña casualidad, todo lo que decía Carrados tenía que ver con algo que hubiera hecho el ausente señor Creake—. Mire el jardín...

En efecto, el jardín era grande pero estaba casi abandonado. En la parte de atrás de la casa había un terreno dedicado sobre todo a la huerta. En la parte de la fachada aún se percibía algún intento de mantenerlo medianamente cuidado. Quedaba algo de césped y algunos arbustos, y por el medio avanzaba el camino de gravilla por el que Carrados y Carlyle habían entrado. Dos cosas llamaron la atención de Carrados: la tierra que había bajo el balcón, que tras un cuidadoso examen declaró como especialmente propicia para el cultivo de rosas, y el elegante castaño que había en un extremo, junto a la carretera.

Cuando regresaban al coche, Carlyle lamentó no haber averiguado nada positivo sobre los movimientos y los actos del señor Creake.

—Puede que el telegrama nos diga algo... —sugirió Carrados—. Toma: léelo, Louis.

Carlyle abrió el sobre, miró el interior y, a pesar de su decepción, no pudo evitar una maliciosa risilla.

—Mi pobre Max —explicó—, has empleado todo tu saber y tu ingenio para nada. Es evidente que Creake ha decidido tomarse unas vacaciones y, prudentemente, ha consultado la predicción de la Oficina Meteorológica antes de partir. Escucha: «Predicción para Londres, actual: ascenso de las temperaturas y estable. Próximos días: bajada de temperaturas, pero tiempo agradable». Bueno, bueno... Al menos yo conseguí una libra de tomates por mis cuatro peniques.

—Ahí me has ganado, Louis —admitió Carrados, haciendo gala de su buen humor—. Me pregunto —añadió con aire pensativo—, porque es algo peculiar, si es habitual que Creake decida pasar los fines de semana en Londres.

—¿Qué? —exclamó Carlyle, mirando el telegrama de nuevo—. Diantres, Max: qué raro es esto. No van a Londres, sino a Weston--super-Mare, una ciudad balnearia de Gales: ¿por qué demonios querrá saber el tiempo que hace en Londres?

—Me lo puedo imaginar, pero antes de averiguarlo tendremos que venir aquí de nuevo. Échale otro vistazo a la cometa, Louis. Todavía hay bastantes yardas de cuerda colgando de ella, ¿verdad?

—Sí, hay bastante cuerda.

—Y es una cuerda bastante gruesa, ¿no? Demasiado gruesa para una cometa, ¿verdad?

—Sí, ¿pero cómo lo sabes?

Cuando regresaban a casa en el coche, Carrados se lo explicó, y Carlyle lo escuchó espantado, diciendo con mirada incrédula:

—Santo Dios, Max, ¿es posible?

Una hora después quedó convencido de que era perfectamente posible. En respuesta a su petición de información, un hombre de su oficina le telefoneó y le comunicó que Creake y su secretaria habían salido de la estación de ferrocarril de Paddington en el tren de las cuatro y media con dirección a Weston.

Más de una semana después de que el teniente Hollyer se presentara en casa de Carrados, el joven volvió a personarse en The Turrets. Carlyle ya se encontraba allí y los dos amigos aguardaban su llegada.

—He estado en vilo todo el día después de que me llamara esta mañana, señor Carrados —dijo, estrechándole la mano—. Cuando me llegó su segundo mensaje estaba ya listo para salir de casa. Por eso he llegado tan pronto. Confío en que todo vaya bien.

—A la perfección —contestó Carrados—. Será mejor que tome algo antes de empezar. Es probable que tengamos una larga y quizá excitante noche por delante.

—Y, desde luego, bastante húmeda —afirmó el teniente—. Vi que estaba diluviando en Mulling cuando venía para acá.

—Por eso está usted aquí —dijo su anfitrión—. Estamos esperando un mensaje concreto antes de ponernos en marcha, pero entretanto quiero que sepa con exactitud qué esperamos que ocurra. Como usted sabe y ha visto, se acerca una tormenta. El parte de la Oficina Meteorológica de esta mañana lo predijo para toda la zona de Londres si las condiciones se mantenían como se preveían. Por eso le dije que viniera pronto. En cuestión de una hora supongo que caerá un diluvio. Seguramente habrá algunos daños en casas y árboles; puede que alguna persona se vea afectada por un accidente, o que le alcance un rayo y muera.

—Sí, claro...

—Y el señor Creake tiene la intención de que su esposa se encuentre entre las víctimas.

—Creo que no le sigo del todo... —dijo Hollyer, mirando de modo alternativo a Carlyle y a Carrados—. Desde luego comprendo que Creake sería inmensamente feliz si eso ocurriera, pero las posibilidades de que eso ocurra son remotas...

—Y, sin embargo, a menos que intervengamos, eso será lo que dirá el juez de instrucción que ha ocurrido. ¿Sabe usted si su cuñado tiene conocimientos particulares sobre electricidad, señor Hollyer?

—No sabría qué decirle. Es un hombre tan reservado, y en realidad sabemos tan poco de él...

—Sin embargo, en 1896 un tal Austin Creaker escribió un artículo sobre «La corriente alterna» en una revista americana llamada *Scientific World*. Eso indica que algunos conocimientos sí que tiene...

—¿Pero está usted diciendo que puede dirigir un rayo?

—Solo quiere «dirigir» la mente del doctor que proceda a las labores *post mortem* y la del forense. Esta tormenta, la ocasión que ha estado esperando durante varias semanas, es simplemente la tapadera de su crimen. El arma que ha pensado utilizar (casi tan poderosa como un rayo, pero bastante más manejable) es la corriente de alto voltaje que fluye por los cables de la línea del tranvía que pasan por delante de su casa.

—¡Oh! —exclamó el teniente Hollyer cuando se percató de la importancia de aquella revelación.

—En un momento dado, entre las once de la noche (más o menos cuando su hermana se va a la cama) y la una y media de la madrugada (una hora en la que puede aún confiar en que haya corriente en la línea del tranvía), Creaker lanzará una piedrecita a la ventana del balcón. Para entonces ya lo habrá preparado todo; lo único que le quedará es conectar un cable al picaporte de la ventana y otro cable a la fuente de energía. Una vez hecho eso, despertará a su mujer tal y como le he dicho. En cuanto manipule el picaporte de la ventana (y él ha puesto mucho cuidado en que haga un contacto perfecto), la señora Creaker quedará electrocutada con la misma eficacia que si estuviera sentada en una silla eléctrica en la prisión de Sing Sing.

—Pero... entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —exclamó Hollyer, mirándose atónito los pies, pálido y horrorizado—. Ya son las diez y media y puede pasar cualquier cosa...

—Comprendo su ansiedad, señor Hollyer —le dijo Carrados para infundirle confianza—, pero no hay nada que temer. A Creaker le están vigilando, la casa está sometida a vigilancia y su hermana está tan segura como si durmiera esta noche en el castillo de Windsor. Puede estar completamente seguro de que, ocurra lo que ocurra, no se le permitirá ejecutar su plan; pero es deseable dejarle que se implique todo lo posible. Su cuñado, señor Hollyer,

es un hombre con una peculiar capacidad para cuidar todos los detalles.

—¡Es un maldito canalla, con una sangre fría criminal! —exclamó el joven teniente con toda su ira—. Cuando pienso en Millicent, hace cinco años...

—Bueno, en este sentido, una nación ilustrada ha decidido que la electrocución es el modo más humano de eliminar a sus ciudadanos sobrantes —apuntó Carrados con aire frívolo—. Desde luego, el señor Creake es un caballero ingenioso. Su desgracia es que con el señor Carlyle se ha tenido que enfrentar a un cerebro incluso más ingenioso...

—¡No, no...! ¡De verdad, Max...! —protestó Louis, casi avergonzado.

—El señor Hollyer juzgará por sí mismo si le digo que fue el señor Carlyle el primero que llamó la atención sobre la importancia de aquella cometa abandonada —insistió Carrados con firmeza—. A partir de entonces, naturalmente, me fue sencillo averiguarlo todo... como lo habría sido para cualquiera. Durante diez minutos más o menos, la cuerda de la cometa, enredada en el castaño, tenía que estar tocando la instalación eléctrica del tranvía. Creake lo tiene todo a su favor, pero solo si el conductor de un inoportuno tranvía no se da cuenta del montaje. ¿Y si eso ocurre? Bueno, durante más de una semana se ha estado viendo la cometa enredada en el árbol, con varios metros de cuerda colgando... Un hombre muy calculador, señor Hollyer. Sería interesante saber qué ha pensado hacer el señor Creake después de cometer el crimen. Supongo que tendrá media docena de ases bajo la manga. Tal vez, para dar más verosimilitud a su crimen, le chamuscaría el pelo a su mujer, o le quemaría los pies con un atizador al rojo vivo, o rompería los cristales de la ventana francesa, y tal vez con eso sería suficiente. Como ve, los rayos tienen unas consecuencias tan variadas que cualquier cosa que hiciera o dejara de hacer le vendría bien. Está en una situación inmejorable, porque puede mostrar un cuerpo con todos los síntomas de una muerte por la descarga de un rayo y nada, salvo un rayo, podría justificarlos: las pupilas dilatadas, el corazón contraído en la sístole, los pulmones sin sangre y reducidos a un tercio de su peso normal, y todo lo demás. Una vez eliminado cualquier rastro de su instalación eléctrica, Creake podría «encontrarse» a su mujer muerta con toda la tranquilidad y seguridad del mundo y después correr desesperado en busca de un médico. O puede que

haya decidido preparar una coartada convincente, y largarse de allí, dejando el descubrimiento del cadáver a otro. Nunca lo sabremos, porque no lo confesará.

—Ojalá hubiera acabado ya todo... —murmuró Hollyer—. No soy especialmente aprensivo, pero todo esto me produce escalofríos.

—Tres horas más, como mucho, teniente, y todo habrá terminado —dijo Carrados alegremente—. Ah, ahora tenemos que solucionar otro asunto...

Se acercó al teléfono y preguntó algo; luego hizo otra llamada y habló durante unos minutos con otra persona.

—Todo va tal y como deseábamos... —apuntó entre una llamada y otra, por encima del hombro—. Su hermana ya se ha ido a la cama, señor Hollyer.

Luego cogió el teléfono interno y dio las órdenes precisas a los miembros de su servicio.

—Muy bien —concluyó—. Ahora debemos ponernos en marcha.

Para cuando se prepararon y estuvieron dispuestos a salir, ya había un gran coche esperando en la puerta. El teniente creyó reconocer a Parkinson en el asiento de al lado del conductor, pero no había tiempo que perder en preguntas y deducciones. Las primeras gotas de lluvia ya habían empapado la gravilla, convirtiéndola en una burbujeante marisma, y todo el paisaje temblaba con los relámpagos y los rayos en un trémulo espectáculo de fulgores distantes, mientras que los truenos solo cesaban en su bronco murmullo para estallar cada vez más cerca con amenazador estruendo.

—El espectáculo de rayos y relámpagos: esta es una de las pocas cosas que lamento perderme —apuntó Carrados tranquilamente—, aunque el oído me proporciona un panorama casi completo.

El coche cruzó las puertas de The Turrets salpicando barro, se tambaleó un poco cuando entró en la carretera y, estabilizándose y enderezándose, comenzó a ronronear como satisfecho mientras avanzaba por la carretera desierta.

—¿No vamos a casa de mi hermana directamente? —preguntó de repente Hollyer, después de haber viajado tal vez más de seis millas. Aunque la noche era muy desapacible y oscura, él tenía el don marinero de la orientación.

—No; vamos por Huns cott Green y luego por una pista hasta el huerto de la parte de atrás de la casa —contestó Carrados, y después habló por el interfono a su chófer—. Harris, estate atento para localizar a un hombre con linterna por aquí.

—He visto unos resplandores justo ahí delante, señor —contestó el conductor, y el coche redujo la velocidad y al final se detuvo.

Carrados bajó la ventanilla cuando un hombre ataviado con un impermeable salió de un portalón techado y se acercó al vehículo.

—Inspector Beedel, señor —dijo el personaje, mirando hacia el interior del coche.

—Muy bien, inspector —dijo Carrados—. Entre.

—Tengo a un hombre ahí fuera, señor.

—Creo que también tenemos sitio para él.

—Estamos empapados.

—Todos lo estaremos enseguida.

El teniente se cambió de asiento y los dos bultos empapados se acomodaron en el coche uno al lado del otro. Menos de cinco minutos después el coche se detuvo de nuevo, esta vez en un camino campestre lleno de hierba.

—Ahí delante lo tenemos —anunció Carrados—. El inspector nos mostrará el camino.

El coche giró suavemente y desapareció, alejándose en la noche, mientras Beedel guiaba al grupo hasta unas escalerillas de piedra para saltar el muro. Tras cruzar un par de prados, llegaron a la cerca de Brookbend. Una figura que se recortaba contra el negro follaje intercambió unas palabras con el inspector y luego los llevó entre las sombras del huerto hasta la puerta trasera de la casa.

—Hay un cristal roto junto al picaporte de la puerta del fregadero —dijo Carrados.

—Sí, señor —contestó el inspector—. Ya lo veo. ¿Entramos?

—El señor Hollyer nos abrirá la puerta. Me temo que tendrán que quitarse las botas y la ropa empapada, teniente. No podemos correr ningún riesgo dentro.

Esperaron hasta que la puerta trasera se abrió, y entonces todos se quitaron

la ropa mojada y pasaron a la cocina, donde aún humeaban los rescoldos en la chimenea. El hombre del huerto recogió toda la ropa mojada y desapareció de nuevo.

Carrados se dirigió al teniente.

—Ahora tengo un trabajo bastante delicado para usted, señor Hollyer. Quiero que suba a la habitación de su hermana, la despierte y la lleve a otra habitación, haciendo el menor ruido posible. Dígale lo que quiera para que le haga caso y hágale entender que su propia vida depende de que permanezca en absoluto silencio cuando se quede sola. No se apresure ni se precipite, pero no se detenga, por favor.

Transcurrieron diez minutos por el viejo reloj de cocina que había en el aparador antes de que el joven regresara.

—Me ha costado mucho... —informó, con una risa nerviosa—, pero creo que lo he conseguido. Está en la habitación de invitados.

—Entonces podemos ocupar nuestros puestos. Usted y Parkinson vengan conmigo al dormitorio. Inspector, usted disponga lo que crea oportuno. El señor Carlyle se quedará con usted.

El grupo se dispersó por la casa en silencio. Hollyer se detuvo a mirar con dudas la puerta de la habitación de invitados cuando pasaron por allí, pero el interior de la estancia estaba tan silencioso como una tumba. La habitación a la que se dirigían se encontraba en el otro extremo del pasillo.

—Ya puede meterse en la cama, Hollyer —le dijo Carrados cuando entraron en la estancia y cerraron la puerta—. Ocúltese bien bajo las mantas. Creake tiene que llegar hasta el balcón, ya sabe, y seguramente echará un vistazo al interior de la habitación desde ahí abajo, pero no se atreverá a hacer nada más. Luego, cuando empiece a tirar chinitas, póngase ese batín de su hermana. Y ya le diré yo lo que debe hacer.

Los siguientes sesenta minutos fueron la hora más larga que el teniente tuvo ocasión de vivir jamás. De vez en cuando escuchaba algún susurro entre los dos hombres que se habían escondido tras las cortinas de la ventana, pero, tapado hasta arriba con las mantas, no podía ver nada. Entonces Carrados le dijo:

—Ya está en el jardín.

Algo parecía raspar la pared ligeramente por el exterior. Pero la noche estaba llena de ruidos espantosos y en la casa el mobiliario y los suelos crujían y estallaban, cooperando con el ulular del viento por las chimeneas, el estallido de los truenos y la lluvia que caía a cántaros. Hasta el pulso más tranquilo se habría acelerado en esos momentos, y cuando el momento crucial llegó, y una chinita de repente golpeó el cristal de la ventana con un sonido que la tensa espera magnificó en un aterrador estallido, Hollyer se levantó de la cama de un salto.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo Carrados con voz tensa—. Vamos a esperar a que lance otra piedra. —Y luego le entregó algo—. Aquí tiene un guante de goma. Ya he cortado el cable, pero es mejor que se lo ponga. Permanezca de pie un instante junto a la ventana, accione el picaporte para que la puerta se pueda mover un poco y luego derrúmbese inmediatamente. Vamos.

Otra piedrecita había golpeado el cristal. Hollyer interpretó su papel en cuestión de segundos, y con unos gestos hábiles Carrados le colocó el batín de Millicent al hermano de modo que tendido en el suelo quedara disfrazado a la perfección. Pero entonces se produjo un vacío imprevisto y, dadas las circunstancias, bastante espantoso, porque Creake, de acuerdo con un plan por completo desconocido, siguió lanzando piedrecitas a los cristales hasta que incluso el poco impresionable Parkinson comenzó a temblar.

—Último acto —susurró Carrados, un momento después de que el lanzamiento de piedras hubiera cesado—. Ha rodeado la casa para entrar por detrás. Ni se mueva. Nosotros tenemos que ocultarnos. —Se escondieron entonces tras los cortinajes, y el espíritu de vacío y desolación pareció reinar de nuevo en la casa solitaria.

Desde media docena de lugares, oídos ocultos estaban avizor para captar el más leve sonido. Creake se movía con sigilo, angustiado quizá por algún tipo de escrúpulos ante la inminente tragedia que, por otro lado, no había dudado en pergeñar; se detuvo durante unos instantes ante la puerta de la habitación, y luego la abrió muy despacio, y en aquella luz mortecina confirmó la consumación de sus deseos.

—¡Por fin! —Tales fueron las palabras que los tres intrusos pudieron

escuchar como en un susurro de alivio—. ¡Por fin!

Dio otro paso adelante y dos sombras cayeron sobre sus espaldas, una por cada lado. Los instintos primitivos le obligaron a lanzar un grito de terror y sorpresa, e hizo un movimiento desesperado intentando librarse de aquellas sombras, y durante unos breves instantes casi consiguió meter la mano en el bolsillo. Pero entonces alguien logró que sus muñecas se unieran violentamente y unas esposas metálicas se cerraron en torno a ellas.

—Soy el inspector Beedel —dijo el hombre que tenía a su derecha—. Se le acusa de intentar asesinar a su esposa, Millicent Creake.

—¡Están locos! —replicó aquel desgraciado, haciendo gala de una tranquilidad desesperada—. ¡La ha alcanzado un rayo!

—No, canalla, no la ha alcanzado ningún rayo —exclamó furioso su cuñado, poniéndose en pie—. ¿Quieres verla?

—Le advierto que cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra en un tribunal —añadió el inspector.

Un espantoso grito desde el extremo del pasillo atrajo la atención de todos los presentes.

—¡Señor Carrados —dijo Hollyer—, oh, venga conmigo, enseguida!

El marino permanecía de pie junto a la puerta abierta, con la mirada clavada en el interior de la habitación, y con una pequeña botella en la mano.

—¡Muerta! —exclamó con trágico acento y un sollozo—. Esto estaba a su lado. Muerta justo cuando por fin se había librado de esa alimaña...

El ciego entró en la estancia, aspiró el aire y colocó suavemente la mano sobre el corazón sin latidos.

—Sí —contestó—. Pero eso, aunque suene extraño, no siempre le interesa a la mujer.

⁷ «The Tragedy at Brookbend Cottage», incluido en *Max Carrados*, Methuen & Co., Londres, 1914.

⁸ Se refiere a una cerveza ligera que se puso de moda a principios del siglo XX, utilizada como refresco o tónico, generalmente entre una clientela femenina.

La última hazaña de Harry el Actor⁹

El único hecho significativo que desencadenó el siguiente incidente y que afectó a la vida de Carlyle y Max Carrados fue simplemente este: que habiéndose presentado en el despacho de su amigo en el momento en el que el detective privado estaba a punto de salir de su oficina para ir a la cámara acorazada de Lucas Street, Piccadilly, el ciego insistió en acompañarlo, y durante diez minutos permaneció sentado tranquilamente entre las palmeras del vestíbulo circular del depósito mientras Carlyle se ocupaba de su caja de seguridad en uno de los pequeños compartimentos dispuestos al efecto.

El depósito acorazado de Lucas Street se consideraba entonces (ahora se ha reconvertido en un cine) uno de los lugares más seguros de Londres. La fachada del edificio se construyó de tal modo que representaba una enorme puerta de seguridad, y bajo la designación popular de «The Safe», el lugar se había convertido en sinónimo de todo lo que podía considerarse seguro e inexpugnable. Se daba por hecho que la mitad de las acciones y bonos de las organizaciones financieras de Londres habían pasado por las cajas de seguridad de The Safe en uno u otro momento, al igual que una cantidad también generosa de joyas familiares. Por muy exageradas que pudieran ser estas estimaciones, tenían un fondo de verdad lo suficientemente firme y aurífero como para deslumbrar la imaginación de cualquiera. Cuando las cámaras acorazadas de otros establecimientos más comunes se veían saqueadas con total impunidad o ingeniosamente reventadas por butroneros especializados y bien equipados, los nerviosos clientes de The Safe volvían su mirada con alivio a la seguridad de un establecimiento cuyo modesto reclamo se resumía en su telegráfico anuncio: «Inexpugnable». A este establecimiento se llevaban también los ajueres de joyas de los compromisos

de la alta sociedad y cuando «la familia» decidía viajar al norte —o al sur, o al este o al oeste—, en cualquier momento, en definitiva, cuando la casa de Londres se cerraba, los amplios guardamuebles de la empresa acogían las armaduras familiares como si se tratara de una costumbre inveterada. Y no pocos comerciantes —joyeros, banqueros, marchantes de arte y antigüedades y bisutería de lujo, por ejemplo— también utilizaban habitualmente las instalaciones de The Safe para guardar cualquier material u objeto que no necesitaran tener a mano de inmediato.

El lugar solo tenía una entrada: un ojo de cerradura enorme que contribuía a simular la gran puerta de seguridad de la fachada, a la que ya hemos hecho referencia. El piso principal estaba ocupado por las oficinas normales de la empresa; todas las cajas fuertes y salas de seguridad se hallaban en el sótano, en la cámara acorazada. A esa planta se accedía bien por un ascensor, bien por un tramo de escaleras. En ambos casos el visitante se encontraba al final con unas rejas de increíbles proporciones. Tras sus barrotes había un portero formidable que jamás abandonaba su puesto, y cuya única obligación era abrir y cerrar la reja cuando llegaban y salían los clientes. Después, un pequeño pasillo conducía al vestíbulo central circular... donde precisamente estaba esperando Carrados. Desde esta zona, otra serie de pasillos radiales conducían a las distintas cámaras acorazadas o a las salas de cajas de seguridad, cada una separada del vestíbulo por otra reja apenas menos formidable que la primera. Las puertas de las distintas salas privadas que la empresa ponía a disposición de los clientes, más la del despacho del gerente, completaban el espacio de pared que había entre los distintos pasillos radiales. Todo estaba muy tranquilo, todo tenía un aspecto pulcro y brillante, y todo parecía decididamente inexpugnable.

—¿Pero puede saberse qué...? —fue el molesto comentario de Carrados en aquel momento.

—Lamento haber tenido que dejarte aquí solo tanto tiempo, querido Max —exclamó la voz agitada de Carlyle. Había salido de su compartimento y ya cruzaba el vestíbulo, con la caja de seguridad en la mano—. Un minuto y estoy contigo.

Carrados sonrió y asintió, y volvió a adoptar su expresión natural, que

consistía esencialmente en la de un caballero despreocupado que espera a otro. Hay algo heroico y elegante en escrutar con la mirada lo que se tiene alrededor sin delatar una molesta curiosidad, pero el resto de los sentidos —el oído y el olfato, por ejemplo— pueden concentrarse profundamente mientras el observador adopta la apariencia de estar quedándose dormido.

—Ya está —anunció Carlyle, regresando apresurado junto a su amigo, y poniéndose los guantes de ante gris.

—¿Tienes algo apremiante que hacer ahora?

—No —contestó el detective profesional, con la tranquilidad de una media sorpresa—. Nada en absoluto. ¿Qué propones?

—Es muy agradable este lugar —contestó Carrados tranquilamente—. Un lugar fresco, tranquilo y sosegado, con estas planchas de acero entre nosotros y la polvorienta, sudorosa y agobiante tarde de julio que nos espera ahí arriba. Propongo que nos quedemos aquí unos minutos más.

—Bueno —admitió Carlyle, tomando el asiento más cercano y observando a Carrados como si tuviera la astuta sospecha de que su amigo quería algo más que pasar el rato allí—. Creo que hay gente muy importante que alquila sus cajas de seguridad aquí. Seguro que hay obispos, o algún *jockey* con fortuna, e incluso alguna actriz de comedias musicales. Por desgracia, parece que ahora no hay mucho movimiento.

—Mientras tú estabas en tu cubículo han venido dos hombres —apuntó Carrados sin aparente intención—. El primero cogió el ascensor. Supongo que sería un hombre de mediana edad, un hombre bastante corpulento. Llevaba un bastón, lucía un sombrero de seda y usaba gafas para ver de cerca. El otro bajó por las escaleras. Deduzco que llegó al ascensor justo cuando este había empezado a bajar, y por eso utilizó las escaleras. Bajó deprisa, así que el portero les abrió la reja a los dos a la vez, pero el segundo hombre, aunque parecía más dinámico que el otro, se retrasó unos instantes en el pasillo y el corpulento fue el primero en llegar a su cámara acorazada.

Carlyle, que empezaba a conocer los métodos de su amigo, puso cara de pensar: «Continúa, amigo mío: seguro que quieres llegar a alguna parte». Sin embargo, solo dijo:

—¿Y?

—Cuando saliste, ahora mismo, nuestro segundo hombre abrió muy despacio y en silencio la puerta de su cubículo, solo una rendija. Sin duda estaba mirando. Luego volvió a cerrar cuidadosamente la puerta. No era a ti a quien esperaba, Louis.

—Pues me alegro —dijo Carlyle con alegría—. ¿Algo más, Max?

—Nada más. Aún siguen encerrados.

Ambos amigos permanecieron en silencio durante un momento. Carlyle albergaba un sentimiento de indiscutible perplejidad. La anécdota que había contado su amigo era indescriptiblemente trivial, pero sabía que las minucias que resultaban significativas para Max adquirirían con posterioridad la categoría de indicios cuando llegaba el momento de mirar atrás y reflexionar sobre algún episodio concreto. Las facultades del invidente parecían mantenerlo un paso por delante de todos los demás a medida que el juego avanzaba.

—¿Me estás queriendo decir algo, Max? —preguntó al final.

—Nunca se sabe —contestó Carrados—. Al menos podríamos esperar para verlos marcharse. Están en esas salas con cajas de seguridad. Supongo que cada uno estará en una cámara.

—Sí, yo también lo creo. La práctica habitual es sacar la caja de seguridad, llevarla a una sala privada, abrirla allí y hacer lo que tengas que hacer. Luego la cierras otra vez y la devuelves a la cámara acorazada.

—¡Calla! ¡Ahí está nuestro primer hombre! —susurró Carrados casi emocionado—. No mires, haz como que lees este papel conmigo. —Y abrió un folleto, un anuncio que se sacó del bolsillo, y ambos fingieron estar estudiando conjunta y minuciosamente su contenido.

—Estabas del todo en lo cierto, amigo mío —murmuró Carlyle, señalando un párrafo que se suponía que tenía muchísimo interés—. Sombrero, bastón y gafas. Bien rasurado, un hombretón con la cara colorada. Creo... sí, conozco a ese hombre de vista. Es un editor importante, o eso me han dicho.

—Ahí viene el otro —susurró Carrados.

El editor cruzó el vestíbulo, se reunió con el gerente, cuyo trabajo era cerrar las cámaras, y ambos se perdieron de vista en un pasillo. El otro caballero paseó arriba y abajo durante unos instantes esperando su turno. Carlyle

informó de sus movimientos en voz baja y también lo describió. Era un hombre más joven que el otro, de una altura mediana y bastante bien vestido, con un traje común entre los hombres de negocios, con sombrero verde Alpine y zapatos marrones. Para cuando el detective comenzó a describir su pelo castaño y rizado, su bigote grande y bastante desaliñado, su piel de pelirrojo y su cara pecosa, el primer hombre ya había terminado lo que tenía que hacer y estaba a punto de marcharse.

—De todos modos, no es un cambio de depósito —dijo Carlyle—. Su caja tiene la mitad del tamaño de las otras y seguramente no habrá sido posible cambiarla por otra.

—Bueno, vámonos —dijo Carrados, levantándose—. Aquí ya no hacemos nada.

Llamaron al ascensor y en la escalera de la entrada, junto a la gran cerradura que hacía de puerta, permanecieron durante unos minutos discutiendo una inversión como una pareja de albaceas o un abogado y su cliente que tuvieran distintas opiniones sobre lo que se debía hacer. Cincuenta yardas más allá, un gran sombrero de seda con el ala muy vuelta indicaba que por allí se marchaba el editor, hacia Piccadilly.

El ascensor del establecimiento, a sus espaldas, volvió a activarse y se oyó el golpe de la puerta. El segundo hombre avanzó tranquilamente y salió a la calle sin mirar atrás.

—Cada uno se ha ido por su lado —exclamó Carlyle sin mucho interés—. Esto no es ni la «gallinita ciega» ni el «corre que te pillo», ni siquiera el sencillo pero eficaz juego de carteristas.

—¿De qué color tenía los ojos? —preguntó Carrados.

—¿Pero qué...? ¡No me he fijado! —admitió el otro.

—Parkinson se habría fijado —fue la única y severa respuesta.

—Yo no soy Parkinson —replicó Carlyle, con cierta aspereza—, y, con la franqueza que un amigo le debe a otro, Max, permíteme añadir que aunque profeso una absoluta admiración por tus notables dones, tengo la firme sospecha de que todo este asunto de los dos clientes no es más que un parto de los montes, alimentado por la fantasiosa imaginación de un criminólogo aficionado y excesivamente entusiasta.

Carrados asumió aquella reprimenda con una absoluta comprensión.

—Vamos a tomar un café, Louis —sugirió—. Mehmed está solo una calle más allá.

Mehmed resultó ser un caballero cosmopolita de Moca¹⁰ cuyo establecimiento recordaba a un café extranjero o a un salón de fumar oriental. Un árabe con turbante ofrecía cigarrillos y tazas de café especiadas con azafrán a los clientes, luego decía «salaam» y se retiraba.

—Tú sabes, mi querido amigo —añadió Carlyle, entre sorbo y sorbo de su negrísimo café y preguntándose si en realidad era muy bueno o muy malo—, hablando en serio, que el único detalle sospechoso (esa suposición de que el hombre pelirrojo pecoso esperaba a ver si el otro se marchaba) puede estar abierta a un montón de explicaciones totalmente inocentes.

—Tan inocentes que mañana mismo voy a alquilar una caja de seguridad para mí.

—¿Entonces crees que no hay nada raro?

—Todo lo contrario. Estoy convencido de que hay algo muy raro en el comportamiento de esos dos hombres.

—Entonces, ¿por qué...?

—No pienso guardar nada allí, pero eso me permitirá entrar cuando quiera. Debo recomendarte, Louis, en primer lugar, que saques de tu caja de seguridad todo lo que tengas y cuanto antes, y, en segundo término, que le dejes tu tarjeta de detective al gerente.

Carlyle apartó su taza, convencido ya de que aquel café era verdaderamente un asco.

—Pero, mi querido Max, ese sitio, The Safe... ¡es inexpugnable!

—Cuando estuve en los Estados Unidos, hace tres años, el recepcionista de un hotel se empeñó en hacerme creer que el edificio estaba construido a prueba de incendios. Yo cogí mis cosas de inmediato y me fui a otro sitio. Dos semanas después el hotel se quemó hasta los cimientos. Estaba construido a prueba de incendios, seguro, pero desde luego ni el mobiliario ni los accesorios lo estaban, así que las paredes acabaron derrumbándose.

—Muy ingenioso —admitió Carlyle—, pero ¿por qué te fuiste de ese hotel en realidad? Sabes que no me puedes embaucar con tu sexto sentido

sobrehumano, amigo mío.

Carrados sonrió con satisfacción, y luego indicó al amable camarero que se acercara y llenara de nuevo las tazas de café.

—Tal vez... —contestó el ciego—, tal vez me fui porque vi a mucha gente descuidada y que confiaba ciegamente en que el hotel estaba hecho a prueba de incendios.

—¡Ajá! En eso tienes razón: cuanto mayor es la confianza, mayor es el riesgo. Pero solo si ese exceso de confianza se torna descuido. Ahora bien, Max, ¿tú sabes la seguridad que tiene ese lugar?

—Me han dicho que cierran la puerta por la noche —contestó Carrados con inocente malicia.

—Y esconden la llave bajo el felpudo para que la coja el primero que llegue por la mañana —dijo Carlyle, siguiendo la broma y con el mismo espíritu burlón—. ¡Mi querido amigo! Bueno, déjame decirte que...

—La fortaleza del lugar no está en discusión. En absoluto —admitió su amigo.

—Eso simplifica la discusión. Consideremos un engaño, un timo o un fraude. En este punto, también las precauciones son tan rígidas que mucha gente piensa que los protocolos son un engorro. Confieso que yo no pienso así. Yo creo que esas medidas son medios para proteger mis propiedades y yo firmo y doy mi contraseña sin ningún problema y con plena satisfacción; el gerente compara la firma y coteja la contraseña en su registro antes de darme la primera llave. La firma se quema delante de mi vista en una especie de bandeja que hay allí mismo, y la contraseña la elijo yo y se escribe únicamente en un libro que nadie salvo el gerente puede ver; por otro lado, mi llave es única y solo existe esa.

—¿No hay un duplicado o una llave maestra?

—No. Ni lo uno ni lo otro. Si se pierde una llave, se tiene que llamar a un cerrajero experto para abrir. Luego, también tienes que recordar que los clientes de las cajas de seguridad tampoco son muchos. Los empleados conocen más o menos de vista a todos los clientes, y a cualquier extraño se le mira con lupa. Y bien, Max, ¿mediante qué cúmulo de circunstancias un delincuente podría averiguar mi contraseña, o podría falsificar mi firma, para

conseguir mi llave y parecerse a mi persona? Y, finalmente, ¿cómo podría ese individuo averiguar de antemano si hay algo en mi caja de seguridad que le compense un plan tan elaborado?

Carlyle concluyó su alegato triunfal y estaba tan crecido por la fuerza de sus argumentos que se tragó el contenido de la segunda taza de café antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—En el hotel del que acabo de hablarte, Louis —contestó Carrados—, había un empleado cuya única obligación en caso de alarma era asegurar tres puertas de hierro. La noche del incendio tenía un fortísimo dolor de muelas y abandonó su puesto apenas quince minutos para tomar un medicamento. El hotel tenía el sistema automático de alarma antiincendios más moderno; y se había probado y comprobado el día anterior, pero el electricista no lo encontró todo a su gusto y satisfacción, y se lo había llevado para repararlo y aún no lo había reemplazado. El vigilante nocturno, como se supo al final, tenía permiso para presentarse en el hotel un par de horas más tarde aquella noche concreta, y el bombero del hotel, que dependía de la información del vigilante, no recibió aviso ninguno. Y por último, se produjo al mismo tiempo un gran incendio junto al río y todos los camiones de bomberos se encontraban en el otro extremo de la ciudad.

Carlyle aceptó la explicación con un dubitativo monosílabo. Carrados se inclinó un poco hacia delante.

—Todas esas circunstancias conforman una serie de coincidencias que son puro azar. ¿Es inconcebible, Louis, que una serie de coincidencias incluso más llamativas pudieran darse mediante una planificación?

—¿Estás hablando de nuestro pelirrojo pecoso?

—Tal vez. Aunque no es tan pelirrojo. —La tranquila actitud de Carlyle se tornó repentinamente en estupefacta rigidez—. El bigote era falso.

—¡El bigote era falso! —repitió asombrado el detective—. ¿Y tú cómo lo sabes si no has podido verlo? De verdad, Max, ¡esta vez te has pasado de la raya!

—Si no confiaras tanto en tus queridos y torpes ojitos, tú mismo te acercarías a esa raya de la que hablas —replicó Carrados—. Ese hombre apestaba a maquillaje cinco yardas a la redonda, y el calor y su piel sudorosa

no hacían más que aumentar el olor. Eso, de forma inevitable, sugiere una sola cosa. Busqué con mis sentidos más pruebas de maquillaje y las encontré: todas esas cosas huelen muchísimo. El pelo que describiste era característico de una peluca, de una peluca que se utiliza para ocultar el nacimiento del pelo y es rizada para rebajar la longitud. Todas estas cosas son minucias. Aún no hemos pasado de la fase inicial de las sospechas. Te comentaré otra minucia. Cuando ese hombre se retiró a un compartimento con su caja de seguridad, ni siquiera la abrió. Es probable que no contenga más que un ladrillo y un periódico. A lo único que se dedicó fue a observar.

—A observar al editor.

—Cierto, pero puede que se trate de algo más general. Todo apunta a un plan orquestado y organizado con gran cuidado. Sin embargo, si a ti te parece que todo está correcto...

—Pues sí: a mí me parece que todo está correcto —contestó amablemente Carlyle—. Yo creo que The Safe es casi una institución nacional y, como tal, tengo una fe implícita en las medidas preventivas contra todo tipo de acción de fuerza o engaño que se pergeñen contra ella. —Hasta ese punto, la actitud de Carlyle había sido firme como una roca, pero en ese momento sacó su reloj y lo miró, murmuró algo sobre lo deprisa que transcurría el tiempo, consultó de nuevo su reloj y añadió—: Me temo que he olvidado revisar un par de documentos... Tal vez me ahorraría otro viaje mañana si volviera a The Safe ahora...

—Muy bien —asintió Carrados con impasible gravedad—. Te espero aquí.

Durante veinte minutos Max estuvo allí sentado, tomando de tanto en tanto alguna tacita de café hirviendo y, según todos los indicios, disfrutando del estrafalario ambiente que el señor Mehmed se había empeñado en fingir al imitar en su local un establecimiento del golfo Pérsico.

Por fin regresó Carlyle, disculpándose con efusividad por el tiempo que había tenido a su amigo esperando, pero por otra parte afable y discreto. Cualquiera con ojos podría haberse dado cuenta de que llevaba un paquete de un tamaño parecido al de la caja de seguridad que tenía en The Safe.

Al día siguiente Carrados se presentó en el establecimiento de seguridad con la intención de convertirse en cliente. El gerente le mostró las cámaras

acorazadas y las salas de seguridad, explicándole además las distintas medidas preventivas que se habían tomado para evitar trampas o la fuerza bruta: la solidez de los muros de acero, la construcción de hormigón anticonducción, el fabuloso aislamiento de toda la instalación interna sobre columnas de acero, de modo que el vigilante, mientras estuviera dentro del edificio, podía andar por encima, por debajo y alrededor de los muros exteriores de lo que era en realidad una monstruosa cámara acorazada — aunque desde luego no tenía ninguna relación real con la cerradura publicitaria de la fachada— asombrosamente segura. Y, por último, había un aparato que podía inundar el sótano acorazado con vapor en apenas tres minutos tras el aviso de una alarma. Todos estos detalles eran de dominio público. The Safe era casi un lugar de interés turístico, y sus directores sostenían que ningún daño podía derivarse de hacer gala de su fortaleza.

Acompañado por la sagaz mirada de Parkinson, Carrados prestó una atención curiosa, aunque no muy esperanzadora, a aquellos particulares. Teniendo siempre presente el asunto de aquel hombre taheño, se planteaba una y otra vez la misma cuestión: ¿cómo podría yo robar en este lugar? En cualquier caso, descartaba la fuerza bruta, por inútil e impracticable. Y, cuando se planteaba la posibilidad de un engaño o una añagaza, las simples pero efectivas precauciones que había especificado Carlyle parecían excluir cualquier posibilidad y no ofrecían resquicio alguno.

—Como soy ciego puedo firmar directamente en el libro —le dijo al gerente cuando este le entregó una ficha con ese propósito, junto al resto de las firmas tapadas. La precaución de que no pudiera enterarse de los detalles de otros clientes parecía que podía considerarse perfectamente evitable en este caso.

Pero el gerente de todos modos no se relajó.

—Es nuestra norma fija e invariable, señor, en todos los casos —dijo con perfecta cortesía—. ¿Qué contraseña va a elegir?

Parkinson, esto habría que haberlo dicho, se había quedado en el vestíbulo circular.

—¿Y si la olvido? ¿Qué haríamos entonces?

—En ese caso me temo que tendría que molestarle para que me certificara

su identidad —explicó el gerente—. Pero no suele ocurrir.

—Bien. Entonces elijo la palabra «conspiración».

El gerente escribió la palabra y cerró el libro.

—Aquí tiene su llave, señor. Si me permite, su llavero...

Transcurrió desde entonces una semana y Carrados no había dado con la solución definitiva al problema que él mismo se había planteado. En realidad, había optado por establecer distintas vías mediante las cuales podría acceder a las cajas de seguridad: algunas soluciones eran sencillas y directas, y dependían del azar o de la casualidad para funcionar o no; otras modalidades eran más elaboradas, más seguras en conjunto, pero con más probabilidades de fallar en algún punto de su intrincada planificación. Y, dejando de lado la complicidad con el gerente —una condición que Carrados había comprobado y estaba seguro de que jamás existiría—, todas las posibilidades de saqueo dependían de una relajación de las formalidades que en efecto certificaban la seguridad de la empresa. Carrados tuvo ocasión de visitar varias veces el establecimiento a lo largo de aquella semana, y pudo «ver» con claridad que su análisis era de una verosimilitud aplastante. Sin embargo, no había ningún indicio de debilidad en los métodos profesionales del establecimiento; y tampoco volvió a aparecer el hombre pelirrojo durante ninguna de sus visitas, ni con aquel disfraz ni con ningún otro.

Transcurrió otra semana. Carlyle estaba cada vez más burlón y bromista, y el propio Carrados, aunque no dio su brazo a torcer en ningún momento por lo que a su convicción se refería, tuvo que admitir al final la realidad de la situación. El gerente, con la pertinacia de un hombre meticuloso que había convertido en obsesión la fama de la seguridad de la empresa, simplemente se negaba a comentar siquiera la posibilidad de que pudieran darse supuestos métodos fraudulentos para acceder a las cajas. Carrados, por su parte, no estaba en disposición de formular una hipótesis detallada; sencillamente se retiró de la investigación activa, seguro de que el tiempo le daría la razón y de que bastaría con saber esperar el momento oportuno.

Y el momento oportuno llegó en concreto un viernes por la mañana, diecisiete días después de su primera visita a The Safe. Cuando regresó tarde a casa, aquel jueves por la noche, se le informó de que un hombre llamado Draycott se había presentado en The Turrets con la intención de verle. Al parecer, la cuestión tenía bastante importancia para el visitante, porque había regresado tres horas después con la esperanza de encontrar al señor Carrados ya en casa. Defraudado nuevamente en sus expectativas, había dejado una nota. Carrados abrió el sobre y recorrió con el dedo las siguientes palabras.

Estimado señor:

He mantenido una reunión hoy mismo con el señor Louis Carlyle, que cree que a usted le gustaría verme. Volveré a pasar por aquí mañana por la mañana, digamos a las nueve. Si le parece demasiado temprano o tiene algún inconveniente, le ruego que me haga llegar un mensaje tan pronto como le sea posible.

Sinceramente suyo,

HERBERT DRAYCOTT

P. D.: Tal vez debería añadir que cuento con una caja de seguridad en la cámara acorazada de Lucas Street. H. D.

Una mínima descripción del señor Draycott dejó claro que no era el editor del West End. El visitante, tal y como explicó el criado que había recibido el mensaje, era un hombre delgado, nervudo y de cara afilada. Carrados se sintió agradablemente interesado en aquella extraña circunstancia, que parecía justificar su sospecha de un complot para saquear The Safe.

A la mañana siguiente, cinco minutos antes de las nueve, el señor Draycott se presentó de nuevo en casa de Max Carrados.

—Es muy amable por su parte recibirme tan pronto, señor —dijo con aire de disculpa cuando se encontró al fin ante Carrados—. No conozco bien las formalidades inglesas, porque soy australiano, y pensé que tal vez esta hora

sería demasiado temprana.

—Por lo que a mí se refiere, podría haberme citado incluso un par de horas antes —contestó Carrados—. Y usted también podría haber venido antes, me parece —añadió—, porque creo que no ha dormido mucho esta noche.

—No he dormido nada en absoluto —corrigió el señor Draycott—. Pero resulta extraño que se haya dado cuenta de eso. Según el señor Carlyle... discúlpeme si estoy equivocado, señor... pero me pareció entenderle que era usted ciego.

Carrados sonrió ligeramente ante aquella declaración.

—Oh, sí... —dijo—. Pero eso no tiene ninguna importancia. ¿Cuál es el problema?

—Me temo que es algo más que un problema, señor Carrados.

El hombre tenía una mirada firme, con los ojos semiabiertos, con indicios de una profundidad que uno solo percibe en la mirada de aquellos cuyo trabajo consiste en observar grandes extensiones de tierra o agua; se volvieron hacia el rostro de Carrados con una sosegada resignación y franqueza.

—Me temo que puede llamarse más bien desastre —añadió—. Yo trabajo como ingeniero en el Mount Magdalena, en el distrito de Coolgardie, en Australia. No quiero hacerle perder el tiempo con detalles, así que únicamente le diré que hace unos dos años tuve la oportunidad de adquirir unas acciones en una empresa muy prometedora... oro, ya sabe, tanto en veta como de aluvión. A medida que avanzaban los trabajos fui poniendo cada vez más dinero en la empresa: en aquella época no se podía decir que fuera una inversión aventurada. Los resultados fueron muy buenos (mejores de lo que nos habríamos atrevido a imaginar) pero entre unos trabajos y otros comprobamos que los gastos eran tremendos. Vimos que era un asunto que nos quedaba grande y admitimos que finalmente deberíamos pedir ayuda externa.

Hasta ese momento el relato del señor Draycott había discurrido con cierta tranquilidad, matizada por la reprimida desesperación que parecía dominar al caballero. Pero, en este punto, el repentino recuerdo de su situación transformó su gesto en un frenesí de amargura.

—¡Oh, qué estupidez volver a este asunto una y otra vez...! —dijo desesperado—. ¡No sé qué va a poder hacer usted ni nadie, de todos modos! Me han robado, me han estafado, me han timado y me han arrebatado todo cuanto tenía... —Y atormentado por los recuerdos y la impotencia de su ira, el desgraciado ingeniero golpeó la mesa de roble con el puño hasta que le sangraron los nudillos.

Carrados no dijo ni una palabra hasta que la ira del hombre se hubo aplacado.

—Continúe, por favor, señor Draycott —dijo—. Lo que usted pensaba que debía decirme es exactamente lo que necesito saber.

—Lo siento, señor —se disculpó el hombre, sonrojándose bajo su piel bronceada—. Debería controlarme... Pero todo este asunto me perturba. La pasada noche he tenido tres veces mi revólver en la mano, y tres veces lo he apartado de mí... Bueno, mis socios y yo acordamos que debía venir a Londres para conseguir inversores para nuestro negocio aurífero. Tal vez deberíamos haber buscado en nuestra zona, o en Perth, claro, pero por otra parte, verá, seguramente habrían querido tener el control de la empresa. Hace seis semanas que desembarqué en Inglaterra. Vine con varias muestras del cuarzo y del oro que extraemos, tanto en polvo como en pepitas, el resultado de varias semanas de trabajo, alrededor de doscientas cuarenta onzas en total. Eso incluye la Magdalena Lodestar, nuestra pepita de oro emblemática, una gema de casi siete libras de oro puro.

»Yo había visto un anuncio de esa empresa de seguridad de Lucas Street y me pareció que era el lugar más apropiado para guardar mis muestras. Aparte del oro, tenía todos los papeles y documentos para atraer a los inversores: planos, informes, proyectos, licencias, etc. Y luego, cuando convertí mi carta de crédito, se me entregaron unas ciento cincuenta libras en billetes. Por supuesto, podría haberlo dejado todo en un banco, pero me pareció que era más útil tenerlo, como si dijéramos, a mano, para hacer uso de todo ello en cualquier momento, y contar con una sala privada a la que yo pudiera llevar a cualquier caballero para enseñarle los documentos y las muestras de oro. En ningún momento sospeché que algo pudiera ir mal. Llevé a cabo negociaciones en distintos niveles... me parece que es un mal momento para

hacer negocios aquí. Y entonces, ayer, necesité una cosa que tenía en la caja de seguridad. Fui a Lucas Street, como había hecho media docena de veces antes, abrí mi caja de seguridad, me la llevé a una sala privada y... señor Carrados, ¡estaba vacía!

—¿Totalmente vacía?

—No —dijo riéndose con amargura—. En el fondo había una hoja de papel de estraza. Era el trozo de papel que yo mismo había dejado allí por si acaso necesitaba hacer un paquete. Salvo por ese detalle, cualquiera podría haber pensado que me había equivocado y que, de algún modo, me habían entregado otra caja de seguridad. Eso fue lo primero que pensé.

—Eso no puede ocurrir.

—Yo también lo creo, señor. Y además estaba el papel con mi nombre en la caja vacía. Me resultaba asombroso, me parecía imposible. Creo que me quedé allí paralizado durante algunos minutos... aunque me parecieron horas. Luego volví a cerrar la caja metálica, la devolví a la caja de seguridad, cerré y salí.

—¿Y se fue sin notificar a nadie esa irregularidad?

—Sí, señor Carrados. —Aquellos ojos azules y sinceros lo observaron con dolorosa amabilidad—. Verá: se me ocurrió que debía de haber alguien en la empresa que hubiera cometido ese robo.

—Estaba usted equivocado.

—Eso mismo me dijo el señor Carlyle. Lo único que sabía era que la llave siempre ha estado en mi poder y que no le he dicho la contraseña a nadie. Bueno, todo eso cayó sobre mí como un jarro de agua fría: me pareció estar solo en la mazmorra más oscura de Londres y que ni un alma sabía dónde me encontraba.

—¿Como una especie de moderno Sweeney Todd¹¹?

—He oído que pasan esas cosas en Londres —admitió Draycott—. De todos modos, salí. Fue un error; ahora lo veo. ¿Quién va a creerme...? Si parece un cuento imposible. ¿Por qué me eligieron a mí? ¿Cómo sabían lo que tenía? Si no bebo, ni he abierto la boca, ni nada de nada. Todo esto me martiriza.

—Ellos no le han elegido a usted; usted los ha elegido a ellos —contestó

Carrados—. No importa cómo; y sin duda le creerán. Pero respecto a recuperar algo... —La frase inacabada confirmó al señor Draycott sus más nefastos presagios.

—Tengo el número de los billetes —apuntó, como un último esfuerzo por hallar esperanza—. Podrían interceptarse, ¿no le parece?

—Interceptarse... Sí —admitió Carrados—. ¿Pero qué conseguiríamos con eso? Los bancos y las comisarías de policía recibirán notificación y en todos los bares desde aquí a Land's End cambiarán esos billetes por otros con el garabato de cualquier John Jones en el envés. No, señor Draycott, es horrible, ya lo sé, pero debe irse haciendo a la idea de que tendrá que esperar a que le llegue dinero desde Australia. ¿Dónde está viviendo aquí en Inglaterra?

Draycott se mostró dubitativo.

—He estado en Abbotsford, en Bloomsbury, hasta ahora —dijo, con algún embarazo—. El hecho es, señor Carrados, que yo creo que debería haberle dicho cuál es mi situación antes de consultarle, porque yo... en fin, no veo que tenga muchas posibilidades de pagarle. Sabiendo que tenía tanto dinero en la caja de seguridad, tendría que haberlo vigilado mejor. Ayer fui principalmente a coger algunos billetes. Tengo una factura de una semana de hotel en el bolsillo y... —Se miró los pantalones—, desafortunadamente he gastado algún dinerillo.

—Sin duda eso se podrá resolver con el tiempo —sugirió Max con intención de animarlo.

En vez de contestar, Draycott dejó caer las manos abatido sobre la mesa y se cubrió el rostro con ellas. Transcurrió un minuto en silencio.

—No va a funcionar, señor Carrados —dijo cuando recobró las fuerzas y pudo hablar—. No cuento con ese tiempo. Usted dirá lo que quiera, pero le aseguro que sencillamente no les puedo decir a mis amigos que he perdido todo lo que teníamos y que me envíen más. No podrían hacerlo aunque se lo pidiera. ¿Me entiende, señor? Nuestra empresa es muy valiosa y tenemos una gran fe en ella, pero sacarla adelante está más allá de nuestras posibilidades. Los tres amigos hemos puesto todo lo que teníamos en la empresa. Mientras yo estoy aquí, ellos están trabajando como obreros por un sueldo, y lo único que esperan es que... ¡oh, Dios mío!, lo único que esperan es que les haga

llegar buenas noticias.

Carrados rodeó la mesa de su escritorio y escribió algo en un papel. Luego, sin decir una palabra, le tendió el papel a su visitante.

—¿Qué es esto? —preguntó Draycott, desconcertado—. Es... ¡es un cheque de cien libras!

—Con eso podrá salir del apuro —explicó Carrados con gesto imperturbable—. Un hombre como usted no puede tirar la toalla por un pequeño revés. Envíe un telegrama a sus socios diciéndoles que necesita copias de sus documentos cuanto antes. Se las enviarán, no tema. El oro... ya está perdido. Escríbales y dígaselo todo en la siguiente carta. Cuénteselo todo y añada que, a pesar de lo ocurrido, cree que está muy cerca de lograr su propósito.

El señor Draycott dobló el cheque con gesto pensativo y dubitativo, y luego lo guardó en su cartera.

—No sé si se da cuenta exactamente de lo que ha hecho usted, señor —dijo con una voz extraña—, pero puedo asegurarle que hoy le ha salvado la vida a un hombre. No es por el dinero, señor, sino por los ánimos... y la confianza. Si pudiera ver usted, sabría mucho mejor de lo que puedo expresar cómo me siento por ello.

Carrados dejó escapar una risilla tranquilizadora. Siempre le resultaba divertido oír a la gente explicar cuánto más sabría si tuviera la posibilidad de ver.

—Iremos a Lucas Street y le daremos al gerente de The Safe el susto de su vida —dijo sencillamente—. Andando, señor Draycott; ya he avisado y nuestro coche está preparado.

Pero sucedió que era otro acontecimiento el que estaba destinado a proporcionarle aquella estimulante experiencia al gerente. Cuando el señor Draycott y Max Carrados salieron del coche, delante de The Safe, un taxi se detuvo y de él se apeó Carlyle, que los llamó con un saludo alegre y afectuoso.

—¡Espera un momento, Max! —gritó, mientras se volvía para pagar al conductor, una transacción que llevó a cabo con un aire de digna urbanidad que casi compensaba cualquier pequeño inconveniente pecuniario que

podiera acompañarlo—. Esto sí que es una coincidencia. Cambiemos impresiones. Acabo de recibir un mensaje casi implorante del gerente de The Safe para que me presente aquí de inmediato. Supuse que se trataría del asunto de nuestro amigo el colono, aquí presente, pero en su mensaje no hablaba del señor Draycott, sino del profesor Holmfast Bulge. ¿Será posible que el profesor se haya visto afectado por un problema parecido?

—¿Qué te decía el gerente? —preguntó Carrados.

—Su nota resultaba bastante incoherente, pero me parece que será lo que te digo. ¿Qué habéis hecho?

—Nada —contestó Carrados. Se volvió y, dándole la espalda a The Safe, pareció como si estuviera buscando algo con la mirada al otro lado de la calle—. ¿Hay una tienda de tabaco justo enfrente?

—Sí.

—¿Qué venden en el primer piso?

—Algo llamado Rubbo. Me atrevo a hacer esa sugerencia por la publicidad que aparece en todas las ventanas: «Use Rubbo para todo».

—¿Los cristales de las ventanas están esmerilados?

—Pues sí, hasta la mitad más o menos, señor Misterios.

Carrados regresó a su vehículo para hablar con su mayordomo.

—Mientras estamos en The Safe, Parkinson, cruza la calle y compra una lata, una botella, una caja o un paquete de Rubbo...

—¿Qué es Rubbo, Max? —preguntó Carlyle con insaciable curiosidad.

—Por el momento no lo sabemos. Cuando Parkinson lo compre, Louis, serás el primero en saberlo.

Luego entraron en The Safe y bajaron al sótano, cruzaron las preceptivas rejas y saludaron al vigilante, cuyos ademanes ya dejaban entrever que había algún pequeño problema. Era innecesario especular por qué. En la distancia, amortiguada por los pasillos acorazados, una voz autoritaria retumbaba como una campana escuchada bajo el agua.

—¡A ver!, ¿cuáles son los hechos? —exigía aquella voz, con la causticidad de una impotencia intolerable—. Se me aseguró que no había otra llave igual a la mía; y sin embargo mi caja de seguridad ha sido abierta. Y se me dijo que sin la contraseña sería imposible que una persona no autorizada accediera

a mis propiedades. Mi contraseña, cuidadosamente elegida, era «antropófago», señor. ¿Cree que es una palabra común entre la clase criminal? ¡Y sin embargo mi caja de seguridad está vacía! ¿Cuál es la explicación? ¿Quién es el culpable? ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Dónde está la policía?

—Si considera usted que lo más apropiado es salir a la calle y llamar al primer policía que pase por delante de nuestra institución, permítame decirle, señor, que estoy en total desacuerdo con usted —replicó el gerente, distraído—. Puede usted estar seguro de que se hará todo lo posible para aclarar este misterio. Como le he dicho, ya hemos llamado a un detective privado muy capaz y a uno de nuestros directores.

—Pero eso no es suficiente —insistió el profesor, encendido de ira—. ¿O es que un simple detective privado me va a devolver mis seis mil libras invertidas en bonos japoneses al cuatro y medio por ciento? ¿Acaso ese director suyo va a devolverme mis irremplazables notas sobre «Costumbres maritales en grupos polifiléticos de hombres de las cavernas del Pleistoceno medio»? Exijo que se llame a la Policía de inmediato, y que venga en cuanto sea posible. Y que actúe Scotland Yard. Tiene que procederse a una exhaustiva investigación. Soy cliente suyo desde hace solo seis meses. ¡Y mire cuál es el resultado!

—Ahí tiene usted la clave del misterio, profesor Bulge —interrumpió Carrados con toda tranquilidad.

—¿Quién es este? —preguntó el furibundo profesor a nadie en particular.

—Permítame explicarle... —dijo Carlyle, con amable confianza—. Un servidor es Louis Carlyle, de Bampton Street. Este caballero es el señor Max Carrados, el eminente detective aficionado, especializado en asuntos criminales.

—Les agradeceré cualquier ayuda que puedan prestar a la hora de dilucidar este desafortunadísimo incidente —dijo el profesor rimbombante con aire condescendiente—. Permítanme que les ponga en antecedentes...

—Tal vez si fuéramos al despacho del gerente —sugirió Carrados—, evitaríamos que alguien nos pudiera interrumpir.

—Exacto, exacto —tronó el profesor, aceptando la propuesta por todos los

demás—. Los hechos, señor, son los siguientes: yo soy el desgraciado dueño de una caja de seguridad en esta empresa, en la cual, hace unos meses, deposité (entre otras pertenencias menos importantes) sesenta bonos de la Deuda Imperial Japonesa (el grueso de mi pequeña fortuna) y el manuscrito de una importante obra científica sobre las «Costumbres maritales en grupos polifiléticos de hombres de las cavernas del Pleistoceno medio». Hoy he venido a recoger los cupones, que vencen el día quince, para ingresarlos con una semana de adelanto en mi banco, tal y como es mi costumbre. ¿Y con qué me encuentro? Me encuentro con la caja cerrada y en apariencia intacta, tal y como la dejé hace un mes. Pero está muy lejos de estar intacta, señor. Ha sido abierta, saqueada, esquilada. Ni un solo bono; ni rastro de mis papeles y documentos.

Era evidente que la temperatura del gerente aumentaba a medida que el profesor avanzaba en su discurso, y el hombre estaba ahora a punto de entrar en ebullición.

—Perdone que me oponga de plano a su declaración, profesor Bulge. Se ha referido usted a su visita a nuestro establecimiento hace un mes y ha dicho que esa fue la última vez que vino. Ustedes van a ser testigos de esto, caballeros. Cuando yo digo que el profesor tuvo acceso a su caja de seguridad muy recientemente, es más, el lunes pasado, supongo que reconocerán la importancia que semejante declaración puede tener.

El profesor lanzó aterradoras miradas a todos los rincones del despacho, como un animal furioso, una comparación que se veía aumentada por su apariencia caprina.

—¿Cómo se atreve usted a contradecirme, señor mío? —gritó, dando un golpetazo en la mesa con la mano abierta—. ¡Yo no estuve aquí el lunes!

El gerente se encogió de hombros con gélido espíritu.

—Olvida usted que nuestros empleados también le vieron —apuntó—. ¿Acaso no podemos confiar en nuestros ojos?

—Una suposición habitual, y sin embargo no demasiado fiable... —insinuó Carrados casi en voz baja.

—Yo no puedo estar equivocado —porfió el gerente.

—Entonces seguramente podrá decirme, sin mirarlo, de qué color son los

ojos del profesor Bulge —dijo Carrados.

Se hizo un curioso y expectante silencio durante algunos segundos. El profesor le dio la espalda al gerente y este pasó de las dudas pensativas al embarazo más enojoso.

—La verdad... no lo sé, señor Carrados —confesó con tibieza al final—. No suelo fijarme en esa clase de minucias.

—Entonces sí que puede estar usted equivocado —replicó Carrados con amabilidad, pero con firmeza.

—Pero ese pelo desordenado, esa barba venerable y abundante, la nariz prominente y las cejas pobladas...

—Esas son las características más evidentes y, por tanto, las que resultan más fáciles de falsificar. Son las que llaman la atención. Si quiere usted asegurarse de que nadie le engaña, fíjese en el ojo, y muy especialmente en las manchas del mismo, en la forma de las uñas, en los pliegues de las orejas. Esas cosas no se pueden fingir ni simular.

—¿Está usted sugiriendo que el hombre que vino el lunes no era el profesor Bulge, que era un impostor?

—La conclusión es inevitable. ¿Dónde estuvo usted el lunes, profesor?

—Estuve en los Midlands, dando un ciclo de conferencias. El sábado estuve en Nottingham. El lunes, en Birmingham. No regresé a Londres hasta ayer.

Carrados se volvió otra vez hacia el gerente y señaló a Draycott, que hasta ese momento había permanecido en un segundo plano.

—¿Y este caballero? ¿Vino el lunes pasado también por casualidad?

—No, señor Carrados. Pero le di acceso a su caja de seguridad el martes por la tarde y ayer también.

Draycott negó con la cabeza, con un ademán de impotente tristeza.

—Ayer la encontré vacía —dijo—. Y toda la tarde del martes la pasé en Brighton, intentando ver a un caballero con el que quería hacer negocios.

El gerente se dejó caer en la silla.

—¡Santo Dios, otro! —exclamó débilmente.

—Me temo que este solo es el principio de una lista muy larga —dijo Carrados—. Hay que mirar su libro de clientes.

El gerente se levantó con la intención de protestar.

—Eso no puede ser. Nadie salvo yo mismo o mi sustituto puede ver el libro. Eso sería... ¡inaudito!

—Las circunstancias son inauditas —replicó Carrados.

—Si se ponen dificultades a las investigaciones de estos caballeros, consideraré que estoy en mi derecho de trasladar los hechos al despacho del ministro del Interior —declaró el profesor, hablando hacia el techo con la voz de una trompeta bronceada.

Carrados levantó una mano con ademán pacificador.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo—. Porque, claro... yo soy ciego. Entonces, ¿yo podría...?

—Muy bien —admitió por fin el gerente—. Pero debo pedirles a los demás que se retiren.

Durante cinco minutos Carrados escuchó la lista de los clientes de las cajas de seguridad, a medida que el gerente se la iba leyendo. En alguna ocasión se detenía en el catálogo de nombres para pensar durante unos instantes; de vez en cuando pasaba el dedo por alguna firma y la comparaba con otra. En otras ocasiones se detenía en una contraseña concreta. Pero cuando se acabó la lista por fin, se quedó mirando al vacío como si no hubiera averiguado nada.

—Todo está perfectamente claro y sin embargo es completamente increíble —murmuró Max casi para sí mismo—. ¿Y me asegura que usted y solo usted ha estado al mando en esta oficina durante los últimos seis meses?

—No he faltado ni un solo día este último año.

—¿Y en las comidas?

—Como aquí.

—¿Y nadie ha podido entrar en este despacho sin su conocimiento mientras estaba usted en otra parte?

—Imposible. La puerta está dotada de una imponente cerradura automática de alta sensibilidad. No se puede desbloquear salvo que deliberadamente se desee abrir.

—Y, por lo que usted sabe, ¿nadie ha tenido acceso a este libro?

—No —fue la respuesta.

Carrados se puso en pie y comenzó a ponerse los guantes.

—Entonces tengo que renunciar a proseguir mis investigaciones —dijo con

gélida voz.

—¿Por... por qué? —tartamudeó el gerente.

—Porque tengo firmes motivos para creer que usted me está mintiendo.

—Por favor, señor Carrados, siéntese. Es verdad que cuando me planteó usted la última pregunta... me vino un detalle a la cabeza que..., si lo tomamos literalmente, tal vez podría haber contestado «sí» en vez de «no». Pero en términos generales, tal y como usted expresó la cuestión, la respuesta era «no». Sería absurdo conceder alguna importancia al incidente al que me refiero.

—Permítame que sea yo el que lo juzgue.

—Como usted quiera, señor Carrados. Yo vivo en Windermere Mansions, con mi hermana. Hace unos meses mi hermana conoció a un matrimonio que había venido a vivir al piso de enfrente. El marido era un hombre de mediana edad, un erudito que pasaba la mayor parte de su tiempo estudiando en el Museo Británico. Los gustos de su mujer eran distintos; ella era mucho más joven, alegre, divertida; era una simple muchacha, en realidad, la muchacha más encantadora y sencilla que jamás he visto. Mi hermana Amelia no parecía muy dispuesta...

—Un momento —exclamó Carrados—. ¡Un erudito de mediana edad y una encantadora esposa joven! Sea tan breve como pueda, por favor. Si tenemos alguna posibilidad de aclarar esto, puede ser una cuestión de minutos. ¿La joven venía por aquí, entonces?

—Acompañada de su marido —contestó con formalidad el gerente—. La señora Scott había viajado y tenía la afición de fotografiar todos los lugares a los que iba. Cuando salió a colación cuál era mi oficio, se le ocurrió la estrafalaria idea de que quería añadir fotos de la cámara acorazada a su colección... se entusiasmó como una chiquilla. No había ninguna razón por la que no pudiera hacerlo; este lugar a veces se ha fotografiado con fines publicitarios.

—Y vino con la cámara fotográfica... ¡delante de sus narices!

—No sé qué quiere decir usted con eso de «delante de sus narices». Vino con su esposo una noche, justo antes de cerrar. Claro que trajo la cámara, por supuesto... era cosa de nada.

—¿Y se las arregló para quedarse sola aquí?

—Bueno, yo no utilizaría esa expresión... simplemente... ocurrió. Salí un instante para coger un té y fueron esos momentos...

—¿Durante cuánto tiempo estuvo sola aquí?

—Dos o tres minutos, como mucho. Cuando regresé estaba sentada en mi mesa. A eso es a lo que me refería. La pequeña traviesa se había puesto mis gafas y tenía en las manos el libro... Éramos buenos amigos y le encantaba burlarse de mí. Confieso que me sorprendió, casi instintivamente, ver que había cogido este libro, pero enseguida me di cuenta de que lo tenía al revés.

—Qué lista. No se lo podía llevar. Y la cámara a su lado, con media docena de sus fotografías en película de alta sensibilidad ya tomadas.

—¡Pero si es una muchacha!

—Sí. ¡Tiene veintisiete años y ha vuelto locos a los hombres en todas las ciudades del mundo, desde San Petersburgo a Buenos Aires! Contacte con Scotland Yard y pregunte si puede venir el inspector Beedel.

El administrador resopló por la nariz.

—Llamar a la policía y hacer público todo el caso arruinaría nuestro establecimiento, señor... minaría la confianza de nuestros clientes. No puedo hacerlo sin contar con la autorización de mis superiores.

—Si no lo hace usted, lo hará el profesor.

—Antes de que llegaran ustedes, llamé al único director que se encuentra hoy en la ciudad y le comuniqué los hechos tal y como habían acontecido. Tal vez haya llegado ya. Si tiene usted la bondad de acompañarme arriba, podremos comprobarlo.

Subieron al piso de arriba y Carlyle se les unió por el camino.

—Disculpenme un segundo —dijo el gerente.

Parkinson, que había mantenido una instructiva conversación con el portero del vestíbulo sobre los precios de las tierras, se acercó.

—Lo siento, señor —informó—, pero me ha sido imposible adquirir Rubbo. Parece que la tienda está cerrada.

—Qué lástima, el señor Carlyle estaba deseando tener Rubbo.

—¿Me hacen el favor de pasar por aquí? —dijo el gerente, que reapareció de pronto.

En la sala de juntas encontraron a un caballero de avanzada edad, con el pelo canoso, que había acudido a la llamada del gerente por puro sentido del deber y permanecía en una esquina de la sala vacía con la esperanza de que no se le tuviera en cuenta. Tenía un aspecto de total indefensión y parecía ser profundamente consciente de ello.

—Es un asunto muy enojoso, caballeros —dijo, casi en un susurro, en un tono que pretendía despertar confianza—. Estoy informado y me han dicho que ustedes recomiendan llamar a las autoridades de Scotland Yard. Eso sería desastroso para nuestra institución, que depende sobre todo y especialmente de la confianza implícita del público.

—Es lo único que se puede hacer —contestó Carrados.

—El nombre del señor Carrados nos resulta bien conocido, porque está relacionado con algunos casos muy delicados. ¿No podría ocuparse usted de esto?

—Es imposible. Hay que hacer una investigación exhaustiva. Hay que examinar cada detalle y cada aspecto del caso. Y eso solo lo puede hacer la policía. —Y luego añadió con un tono muy elocuente—: Yo lo único que puedo hacer es poner a la policía en el camino correcto para que resuelva el caso.

—¿Y haría eso por nosotros, señor Carrados?

Max Carrados sonrió con su encanto habitual. Sabía con exactitud cuál era el gran atractivo de sus servicios.

—Mi postura es esta —explicó—. Hasta el momento mi trabajo ha sido totalmente *amateur*. Como tal, he evitado un par de crímenes, he remediado alguna injusticia ocasional y de vez en cuando he sido de alguna ayuda para mi amigo, el detective profesional Louis Carlyle. Pero en este caso no hay ninguna razón en absoluto por la que yo deba ayudar a una empresa privada en un asunto normal de negocios y hacerlo además de manera gratuita. Si quieren alguna información, yo debería exigir unos honorarios, algo simbólico, digamos... cien libras.

El director observó a Carrados como si la fe que tenía en la naturaleza humana hubiera sufrido un duro varapalo.

—Cien libras serían unos honorarios iniciales muy elevados para una

pequeña empresa como la nuestra, señor Carrados —apuntó con voz doliente.

—Y eso, por supuesto, sería independiente de la factura profesional del señor Carlyle —añadió Carrados.

—¿Esa suma depende de alguna actuación concreta? —preguntó el gerente.

—No tengo inconveniente alguno en condicionarla a que yo les entregue a ustedes, para que la policía actúe a continuación, una fotografía y una descripción del ladrón.

Los dos empleados se reunieron en un aparte para decidir. Luego el gerente se acercó a Carrados.

—De acuerdo, señor Carrados, a condición de que todo esto esté resuelto en el plazo de dos días... Si eso no se produce...

—¡No, ni hablar, ni hablar! —exclamó Carlyle con indignación, pero Carrados lo apartó con una sonrisa.

—Aceptamos las condiciones con el mismo espíritu deportivo que las han inspirado. O lo resolvemos en cuarenta y ocho horas o no hay honorarios. El cheque, por supuesto, lo entregarán en cuanto los bienes sustraídos sean recuperados.

—Puede estar usted seguro.

Carrados sacó su agenda, y de ella un sobre con un sello estadounidense, del que extrajo una fotografía.

—Esta es la fotografía —dijo—. El individuo se llama Ulysses K. Groom, pero es más conocido como Harry el Actor. Encontrará su descripción escrita en el envés de la foto.

Cinco minutos después, cuando se quedaron solos, Carlyle expresó su opinión sobre la negociación económica.

—Eres un verdadero sinvergüenza, Max —dijo—, aunque bastante encantador, lo admito. Pero haces esto con la gente solo para divertirte.

—Todo lo contrario —contestó Carrados—, es la gente la que parece querer divertirse conmigo.

—Y esa fotografía, ¿qué? ¿Por qué no me habías dicho nada de ella?

Carrados sacó su reloj y tocó las manecillas.

—Faltan tres minutos para las once. Recibí la fotografía a las ocho y veinte.

—Aun así, hace una hora me has asegurado que no habías hecho nada y que

no tenías nada.

—Y es verdad... por lo que al resultado se refiere. Hasta que no le sonsaqué la clave al gerente en su despacho, me encontraba muy lejos de tener una certeza demostrable.

—Como yo... todavía —dijo de mala gana Carlyle.

—Ahora iremos con ello, Louis. Te lo contaré todo. Nuestro hombre nos lleva dos días de ventaja y las posibilidades de cazarlo son de nueve a uno... en contra. Lo sabemos todo, y el caso ya no tiene para mí ningún interés. Pero es tu caso. Aquí tienes todo el material.

»¿Recuerdas aquella vez en la que el tipo pelirrojo se cruzó en nuestro camino? Yo me lo tomé más en serio que tú. Aquel mismo día envié un cable a Pierson, de la policía de Nueva York. Le pregunté si conocían a algún individuo que se ajustara a esa descripción (puramente orientativa) que hubiera salido de los Estados Unidos: me referí a un hombre educado, experto en el empleo de disfraces, audaz en sus operaciones y especializado en trabajos de guante blanco en bancos y cajas de caudales.

—¿Y por qué te dirigiste concretamente a los Estados Unidos?

—Fue una intuición. Imaginé que debía de ser un angloparlante. La inteligencia y la inventiva del yanqui moderno lo han convertido en un especialista en aparatos ingeniosos, legales o ilegales. Las cerraduras de alta seguridad y los expertos de la ganzúa, las cajas fuertes a prueba de ladrones y los ladrones especializados en cajas fuertes, todos ellos vienen de los Estados Unidos. Así que simplemente probé. Mientras hablábamos aquel día en la puerta de The Safe, y cuando el hombre pasó a nuestro lado, dejé caer las palabras «Nueva York», o más bien «Noo Y'rk».

—Ya lo sé. Pero ni siquiera se giró ni se detuvo.

—Estaba en guardia; y cuando pasó junto a nosotros (aunque con tus ojos no pudieras verlo, Louis), hubo una «pausa psicológica», un instante en el que se detuvo, tal vez durante una décima de segundo; igual que habrías hecho tú con la palabra «Londres» si la escucharas en un país extraño. En todo caso, los porqués y las consecuencias ya no importan. Esta es la historia, en lo esencial.

»Hace dieciocho meses, Harry el Actor consiguió saquear con éxito la caja

fuerte de M'Kenkie, J. F. Higgs & Co., en Cleveland, Ohio. Se acababa de casar con una actriz de vodevil de tercera, avispada pero bastante ligera de cascos, de origen inglés, y necesitaba dinero para su luna de miel. Consiguió alrededor de quinientas libras y con ese dinero vinieron a Europa y se quedaron en Londres durante algunos meses. Esos meses están marcados por el robo de la oficina de correos de Congreave Square, como recordarás. Mientras estudiaba ese tipo de instituciones como las más factibles para sus intereses, la atención del Actor se acabó centrandose en este depósito de seguridad. Posiblemente la idea del reto que de forma implícita se declaraba en el nombre de la institución fue grabándose en su mente hasta llegar a un punto en el que el prurito profesional le incitó a despojarlo de su fama; en cualquier caso, seguramente se sintió atraído por una empresa que no solo le concedería fama, sino también importantes beneficios. La primera parte del plan era apenas una fruslería para el delincuente más habilidoso de los Estados Unidos en cuestión de disfraces. A lo largo de todos estos meses se ha presentado en The Safe encarnando a doce personajes diferentes y ha alquilado doce cajas de seguridad de distintos tamaños. Al mismo tiempo, ha estudiado en profundidad los métodos y costumbres del lugar. En cuanto le fue posible devolvió las llaves para su uso legítimo, habiendo hecho duplicados para sus propios fines delictivos, como es natural. Creo que devolvió cinco durante su primera estancia; otra se devolvió más tarde, con abundancia de excusas y disculpas, a través de un código postal; otra llegó a través de un importante banco de Berlín. Hace seis meses hizo una breve visita al depósito de seguridad, solo para hacerse con otras dos llaves. Una se la quedó desde el principio hasta el final, y las otras dos que restan las consiguió al principio de su segunda estancia larga en Londres, hace tres o cuatro meses.

»Esto nos acerca a la parte más interesante de esta singular empresa. Cuando llegó por última vez a Londres, este individuo tenía fondos procedentes del golpe al correo del Atlantic & South-Central. Al parecer, ha ocupado tres residencias: una casa, con el disfraz de un erudito de cierta edad casado con una esposa joven, que, por supuesto, eran vecinos de nuestro querido amigo el gerente; un punto de observación en el que colocó un

anuncio que decía «Use Rubbo para todo», que sería una tapadera para la vigilancia; y algún lugar más, seguramente un camerino para disfrazarse... este último sitio debe de tener una característica esencial: dos puertas que den a distintas calles.

»Hace unas seis semanas su plan entró en la fase decisiva. La señora Harry, con una desvergüenza absoluta y unas facilidades casi totales, consiguió hacer fotografías de un par de páginas del libro de registros. Estoy completamente seguro de que durante varias semanas todo el mundo que entraba aquí estuvo sometido a observación, pero las fotografías sirvieron para vincular las contraseñas y las llaves con los hombres de carne y hueso en cuyas manos estaban las viejas llaves del Actor: ya lo tenía todo, los nombres, las direcciones, los números de las cajas, sus contraseñas y las firmas. El resto fue sencillo.

—Sí, por Júpiter, un juego de niños para un tipo como ese... —admitió Carlyle, con admiración profesional—. Se las arregló para tener doce ocasiones en las que estudiar la voz, los gestos y la apariencia de sus víctimas. ¿Con cuánto dinero se ha quedado?

—Solo podemos hacer una estimación. Yo he calculado siete visitantes dudosos entre el lunes y el martes pasados. A otros dos los ha ignorado por alguna razón; las dos cajas restantes no han sido saqueadas. Hay un asunto que merece una consideración especial.

—¿De qué se trata, Max?

—El Actor tiene un socio, un hombre llamado Billy el Fondant, pero aparte de él (y de su mujer, claro está) no confía habitualmente en nadie más. Está clarísimo, de todos modos, que al menos siete personas han estado sometidas a una intensa observación. Y se me ha ocurrido...

—¿Sí, Max?

—Me pregunto si Harry habrá reclutado a alguno de nuestros inteligentes ayudantes.

—Difícil —sonrió el detective—. Me parece muy improbable.

—Bueno, no sé... La señora Harry haciendo el personaje de esposa celosa o amante suspicaz podría tal vez...

El rostro sonriente de Carlyle se nubló de repente.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Ahora que recuerdo...

—¿Sí, Louis? —preguntó Carrados, con una sonrisa en su voz.

—Acabo de recordar que tengo que telefonar a un cliente antes de que venga Beedel —concluyó Carlyle, levantándose con cierta premura.

En la puerta casi se tropieza con el abatido director, que estaba retorciéndose las manos en un acto de quejumbrosa impotencia ante una nueva calamidad...

—Señor Carrados —lloriqueó el pobre caballero con voz temblorosa de cordero—, señor Carrados, hay otro cliente... Es sir Benjamin Gump. Insiste en verme. Espero que... espero que usted no nos abandone ahora...

—Tendría que quedarme aquí una semana —replicó Carrados con energía—, y ahora tengo que marcharme. Habrá una procesión de afectados. El señor Carlyle se quedará aquí para apoyarle, estoy seguro.

Dio los buenos días a todos los presentes con un gesto y salió de allí con una asombrosa seguridad en sus movimientos, tanto que hubo quien olvidó su pequeña dolencia. Seguramente no deseaba toparse de nuevo con la embarazosa gratitud de Draycott, porque menos de un minuto después pudieron oír el ruido del motor de su coche alejándose.

—No se preocupe, señor —le dijo Carlyle a su cliente, con impenetrable complacencia—. No se preocupe: yo me quedaré aquí. Lo mejor será ir a ver al señor Benjamin cuanto antes.

El director le dedicó a Carlyle la mirada suplicante y lastimera de un lirón acorralado.

—Está en el sótano —musitó—. Yo me quedaré en la sala de juntas, por si me necesitan.

Carlyle no tuvo dificultad ninguna en descubrir que el centro del problema estaba otra vez en el sótano. Sir Benjamin era expansivo y reservado, desconcertante y decisivo, prolijo y concreto, sucesivamente y con frecuencia al mismo tiempo. Ya había llamado la atención del gerente, del profesor Bulge, de Draycott y de otros dos subordinados para que escucharan su caso, y ahora se encontraban todos envueltos en una torre de Babel de inútiles reiteraciones. El investigador se vio sumido en un torbellino de interrogatorios y hacía todo lo posible por calmar a los demás mientras

intentaba averiguar qué había ocurrido en realidad y cuáles eran los nuevos hechos.

Los últimos acontecimientos resultaron asombrosos. Hacía menos de una hora, sir Benjamin había recibido un paquete que le entregó el mensajero del distrito. Contenía un joyero que en ese momento debería haber estado en una de las cajas de seguridad. Al abrirlo apresuradamente, los increíbles presagios se vieron confirmados. Estaba vacío... es decir, vacío de joyas, porque para añadir más dolor al terrible golpe, alguien había dejado una tarjeta dentro, y en ella el atribulado baronet pudo leer un famoso versículo evangélico, muy adecuado en otros contextos, pero gratuito y ofensivo en ese momento concreto: «No acumuléis tesoros en este mundo...»¹².

La tarjeta pasó de mano en mano y todos exigieron que se pronunciara el detective experto.

—«... donde la polilla y la herrumbre los destruyen, y donde los ladrones perforan las paredes y los roban». Hum... —murmuró Carlyle apesadumbrado—. Es una clave importante, sir Benjamin.

—¿Eh, qué? ¿Qué es esto? —exclamó una voz desde el otro extremo del vestíbulo—. ¿Qué? ¡Maldito sea mi nombre si no tienen ustedes otra llave! ¡Miren esto, caballeros, miren esto! ¿Qué demonios está pasando aquí! ¡Pero bueno, venga! ¡Entrégueme mi caja de seguridad! ¡Quiero saber dónde estoy!

Era el editor, que avanzaba de modo tempestuoso apartando a todo el mundo, agitando en sus narices una réplica de la tarjeta que Carlyle tenía en la mano.

—Bueno, por mis muertos que esto es realmente extraordinario —exclamó el detective, comparando las dos tarjetas—. Usted... usted acaba de recibir esto, señor... señor Berge, ¿verdad?

—Exacto, Berge... «Iceberge» en estos momentos. Por Belcebú que puedo sobrellevar mis pérdidas sin mucho sufrimiento, pero esto... esto es una verdadera tomadura de pelo. Me acaban de entregar esa tarjeta metida en un sobre que debería estar aquí, y tan a salvo como en el Banco de Inglaterra. ¿A qué estamos jugando?, digo yo. A ver, Johnny, date prisa y déjame sacar mi caja de seguridad.

Disciplina y método habían desaparecido por completo del establecimiento.

Ya no quedaba ni rastro de las famosas medidas de seguridad de la empresa. El gerente sumó sus gritos a los del cliente y, como el ayudante no apareció de inmediato, él mismo lo volvió a llamar a voces.

—¡John! ¡Ven aquí y dale al señor Berge acceso a su caja de seguridad de inmediato!

—¡Sí, señor! —asintió temeroso el atribulado ayudante de las llaves, apresurándose con la torpeza de su propio nerviosismo y sus propias preocupaciones—. Es que acaba de entrar un estúpido idiota en el edificio que cree que esto es una consigna para dejar equipajes, en cuanto pueda librarme de él... un forastero.

—Eso no tiene ninguna importancia ahora —contestó el gerente con severidad—. La caja de seguridad del señor Berge es la número 01724.

El asistente y el señor Berge salieron juntos y desaparecieron por el bosque de columnas del vestíbulo. Uno o dos de los que habían escuchado lo que había dicho el ayudante vieron una extraña figura que se dirigía de forma dubitativa hacia ellos. Era evidente que se trataba de un turista alemán de cierta edad, con un aspecto muy peculiar: pelo largo, gafas, estrafalariamente ataviado y envuelto en esa especie de abstracción mental típica de su filosófica nación. Tenía una mano ocupada con una pipa, tan marcadamente teutónica como su propietario, y en la otra llevaba una especie de bolso de mano estampado que habría hecho las delicias de los espectadores en un espectáculo cómico de tercera.

Totalmente inmune a las prevenciones del grupo, el alemán se acercó a ellos y se dirigió al gerente.

—¿Están aquí las cajas de depósito, *nicht wahr?*

—Por supuesto —asintió el gerente con aire altanero—. Pero en estos momentos...

—Su empleado era duro de *gomprensión* —dijo, y tras los turbios cristales de sus gafas le guiñó el ojo con intención humorística—. No sabe cuál es su trabajo. Tengo este bolso...

Expuesto entonces a la vista de todos, el bolso de flores reveló más detalles de sus extraordinarias proporciones. Por un extremo sobresalía el puño de una camisa de franela, como un brazo inerte; por el otro hacía acto de

presencia un cuello raído, con el grotesco aderezo conocido con el nombre de «pajarita». No es extraño que el administrador lo observara con sincero disgusto. The Safe ya estaba alcanzando una reputación suficientemente deplorable en ese momento como para que aquella aparición burlesca viniera a rebajarla aún más en aquella trágica hora.

—Sí, sí... —susurró, intentando apartar de allí al nuevo cliente—; pero está usted en un error. Esto no es una consigna...

—¿No es un depósito de seguridad? *Goot*. Mi bolso... querría dejar en depósito mi bolso hasta que salga mi tren. *Ja?*

—*Nein, nein!* —siseó el angustiado oficinista—. ¡Váyase, señor, váyase ya de una vez! Esto no es un ropero. John, acompaña a este hombre a la salida...

El asistente y el señor Berge ya regresaban tras sus comprobaciones. Habían abierto la caja y no había necesidad de preguntar cuál había sido el resultado. El editor meneaba la cabeza como un buey desconcertado.

—Vacío, ni rastro de nada —gritó en el vestíbulo—. Ha desaparecido todo, no quedan ni las migas.

A aquellos que desconocían el método y las operaciones de la estafa les pareció como si la seguridad financiera de la capital británica se estuviera tambaleando. Se hizo un silencio de estupefacción y entonces todos pudieron oír cómo la gran reja del sótano se cerraba tras la marcha del inoportuno visitante. Pero, como si la tranquilidad fuera imposible aquella mañana de funestos acontecimientos, la presencia del alemán estafalario fue inmediatamente seguida por la llegada de un hombre pulcro y afeitado, ataviado con una rigurosa indumentaria clerical, que había estado esperando a que el intruso teutón se marchara.

—¡El canónigo Petersham! —exclamó el profesor, dirigiéndose a él para saludarlo.

—¡Mi querido profesor Bulge! —le contestó el canónigo—. ¡Usted aquí! Me ha ocurrido una cosa de lo más inquietante. Debo poner mis pertenencias a buen recaudo de inmediato. —Repartió sus atenciones entre el profesor y el gerente al tiempo que monopolizaba a ambos—. Una cosa de lo más inquietante y... y una circunstancia extravagante, desde luego. Mi caja de seguridad, por favor... sí, sí, reverendo Henry Noakes Petersham. Acabo de

recibir en mano una caja, una pequeña caja de poco o ningún valor, pero una caja que yo creía que era única, sí, estaba convencido de que era única, una caja que yo utilizaba para guardar ciertos objetos valiosos de mi familia y que en estos momentos debería estar a buen recaudo en mi caja de seguridad, aquí. Número 7436. Claro, claro... Sí, aquí está mi llave. Pero no es ese el único desconcertante efecto de semejante circunstancia, profesor: la caja contenía... y puedo asegurar que esta es la forma más indecorosa de citar cualquier texto bíblico a un clérigo de mi posición, bueno, aquí está... «No acumuléis tesoros en este mundo...». ¡Tengo un montón de sermones en mi escritorio sobre ese mismo versículo! Y soy muy consciente y estoy especialmente comprometido con la lección, muy necesaria, que se deriva de él. ¡Y aplicármelo precisamente a mí! ¡Es una monstruosidad!

—Caja número 7436, John —ordenó el gerente, con cansada resignación.

El asistente de nuevo se encaminó hacia otra cámara acorazada. Al doblar sin prudencia una esquina, se tropezó con algo, masculló una blasfemia en dos palabras y se volvió asombrado.

—¡Otra vez ese viejo bolsón del maldito forastero! —explicó desde un extremo de la sala, disculpándose ofendido—. ¡Al final lo dejó aquí!

—Súbalo arriba y tírelo a la calle cuando haya terminado —dijo el gerente.

—Sí, un minuto... —repuso John, abstraído—. Espere un minuto. Esto sí que es raro... Hay una etiqueta en el bolso... y antes no me pareció haberla visto: «¿Por qué no mira dentro?».

—¿Por qué no mira dentro? —repitió alguien.

—Eso es lo que dice.

Se hizo otro silencio, fruto del asombro y la perplejidad. Todos quedaron paralizados por la misma impresión intangible de que iban a asistir a un misterio aún más profundo que el que ya conocían. Uno tras otro fueron cruzando el vestíbulo con el gesto consciente de hombres que no se dejaban guiar tanto por la curiosidad como por la idea de que tenían la obligación de ver aquello.

—¡Bueno! ¡Maldita sea mi stampa si esa no es la misma caligrafía de todos los escritos! —exclamó el señor Berge.

—¡Pardiez, me parece que tiene usted razón! —aseguró Carlyle—. Bueno,

¿por qué no miramos dentro?

El asistente, desde su envaramiento, observó los rostros de todos los circundantes y estimó que el veredicto era abrir el bolso: en un santiamén accionó las dos hebillas. La cremallera central no tenía cierre y se abrió sin ninguna dificultad. La camisa de franela, el cuello raro y unos cuantos aderezos más de ese mismo tipo fueron retirados de inmediato y John metió la mano hasta el fondo...

Harry el Actor había cedido a su instinto dramático. El espectáculo aún no había concluido; sí, el botín se iba a entregar y a devolver de forma deliberada, en efecto, porque cuando John, en un acceso de furiosa curiosidad, levantó el bolso y volcó todo el contenido en el suelo, fue como asistir al saqueo de la guarida de un contrabandista, o el sueño hecho realidad de un especulador, o la entrada a la cueva de Aladino, o algo increíblemente lujoso y extravagante. Salieron volando los billetes y se desperdigaron en todas direcciones, rodaron monedas de oro como si no valieran nada, bonos y pagarés en cantidades asombrosas y decenas de miles de acciones y documentos atascaban el torrente de joyas y piedras preciosas en bruto... Una piedra amarilla de gran tamaño le cayó en el pie al canónigo, que se retiró saltando y maldiciendo hacia la pared. Una daga indonesia con empuñadura de rubíes le hizo un corte en la muñeca al gerente cuando intentaba detener el espléndido tesoro. Aquella milagrosa cornucopia siguió derramando riquezas por el suelo, con una tintineante, vibrante, estrepitosa, resonante y revoloteadora profusión, hasta que, como ocurre en el cuadro final de algunos *ballets* populares, acabó con una lluvia dorada que ocultó los detalles del montón de objetos que había debajo con un deslumbrante velo de arena amarilla.

—¡Mi polvo de oro! —dijo Draycott sin apenas resuello.

—Mis billetes de cinco libras, por todos los demonios —exclamó el editor, iniciando su búsqueda entre todo aquel desbarajuste.

—Mis bonos japoneses, mis acciones y todo... y... sí, incluso el manuscrito de mi obra sobre las «Costumbres maritales en grupos polifiléticos de hombres de las cavernas del Pleistoceno medio». ¡Ah! —Una especie de risa compulsiva de placer cerró la contribución del profesor al pandemonio... Y

los testigos del acontecimiento declararon posteriormente que durante unos instantes el eminente científico estuvo ejecutando los primeros movimientos del canacán apoyado en una sola pierna.

—¡Los diamantes de mi esposa, gracias al cielo! —gritó sir Benjamin, con el gesto de un escolar que se libra de una azotaina.

—¿Pero qué demonios significa todo esto? —preguntó desconcertado el canónigo—. Aquí están los objetos personales de mi familia... unas cuantas perlas de nada, la colección de camafeos de mi padre y otras minucias... ¿Pero quién...?

—Tal vez esto pueda darnos alguna explicación —dijo Carlyle, cogiendo el sobre que estaba prendido de la tela del bolso—. La nota va dirigida a «Los siete pecadores ricos». ¿Quieren que se la lea?

Por alguna razón, la respuesta no fue unánime, pero fue mayoritaria y suficiente. Carlyle abrió el sobre.

Mis queridos amigos:

¿No están ustedes contentos? ¿No están felices en este instante? Oh, sí... pero no con la verdadera alegría de la regeneración que es lo único que puede proporcionar el sosiego a una alma afligida. Reflexionen mientras aún estén a tiempo. Despójense de la carga de sus viciosos pecados, pues ¿de qué le servirá al hombre ganar todas las riquezas del mundo si pierde su alma? (Marcos 8, 36).

Oh, amigos míos, se han librado por muy poco. Hasta el viernes de la semana pasada, toda su riqueza estuvo en mis manos pecadoras y yo me regocijaba de mi astucia nefanda; pero ese mismo día acudí con mi esposa, cómplice y pecadora, a escuchar con mundano descreimiento el testimonio de un hermano convertido al Señor, en una reunión del Ejército de Salvación, en Clapham Common, y el Evangelio de repente iluminó nuestro corazón y nuestra alma rebelde, y entonces, allí y en aquel preciso momento, encontramos la salvación. ¡Aleluya!

Lo que hemos hecho para dar fin a nuestro perverso plan, en el que hemos estado trabajando durante meses, solo ha sido por su bien, queridos

amigos, porque son nuestros hermanos aunque estén apartados de nosotros por sus vicios mundanos. Sea esta una lección para todos ustedes. Vendan todo lo que tengan y dónselo a los pobres —a través del Ejército de Salvación, si es posible— y acumulen para ustedes tesoros que ni la polilla ni la herrumbre puedan corromper y los ladrones no puedan ni horadar los muros ni robarlos (Mateo 6, 20).

Afectuosamente, en el espíritu del Señor,

el soldado HENRY,
del Ejército de Salvación

P. D. (breve): Puedo informarles asimismo de que ninguna cámara acorazada es realmente inexpugnable, aunque el depósito de seguridad de Cyrus J. Coy & Co., en la calle 24 Oeste de Nueva York, roza la excelencia. Pero incluso esa podría dejarla limpia si me pusiera manos a la obra... es decir, que podría haberlo hecho en mi otra vida, cuando no era más que un pecador. Respecto a ustedes, les recomiendo que cambien su nombre comercial por «Cacahuete».

U. K. G.

—Esa carta suena a revelación bíblica —murmuró el inspector Beedel, que acababa de llegar justo a tiempo para escuchar la carta que había leído Carlyle.

⁹ «The Last Exploit of Harry the Actor», incluido en *Max Carrados*, Methuen & Co., Londres, 1914.

¹⁰ Al-Mukha, importante población yemení.

¹¹ Legendario asesino en serie victoriano, que había permanecido encarcelado durante quince años injustamente; después cometió los asesinatos, y fue luego ahorcado, aunque en ninguna parte hay constancia, al parecer, de que la ejecución se llevara a cabo en realidad.

12 Mateo 6, 19: «No atesoréis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen, y donde los ladrones perforan las paredes y los roban».

Juegos en la oscuridad¹³

—Esto sí que es gracioso, señor —dijo el inspector Beedel, observando a Carrados con el meditativo respeto que siempre le había inspirado el detective aficionado ciego—; es gracioso, pero parece que no hay nada que ocurra en el extranjero que no deje su huella aquí, en Londres, siempre que uno se tome la molestia de mirar, claro...

—... en el lugar adecuado —añadió Carrados.

—Naturalmente —admitió el inspector—. Pero en el noventa por ciento de los casos no sacamos nada en claro, porque nadie tiene ningún interés particular en investigar aquí, o la cosa ya viene hecha y acabada desde otra parte. Y, bueno, no me refiero a asesinatos comunes o robos de individuos solitarios, sino... —Un humilde tono de orgullo profesional traicionó al tranquilo entusiasta—... a verdaderos crímenes de primer nivel.

—¿Como en el caso de los bonos al cinco por ciento del banco de San Antonio? —sugirió Carrados.

—Ah, tiene usted razón, señor Carrados. —Beedel negó con la cabeza con ademán sombrío, como asumiendo que tal vez en aquella ocasión alguien debería haber investigado—. Un hombre tiene un ataque cardiaco en la oficina de información del representante consular de la Ecuatoria británica y el resultado es la pérdida de doscientas cincuenta mil libras en valores en México. Luego está también aquello del amuleto de jade con una esvástica que se empeñó en Basin y todo lo que se podría haber deducido de aquella pieza en el juicio del asesinato ritual de Kharlov.

—¿Y el embrollo de la West Hampstead Lost Memory y la conspiración de la bomba de Baripur? Todo aquello se podría haber resuelto si alguien lo hubiera investigado.

—Totalmente cierto, señor. Y los tres niños de aquel millonario de Chicago... Cyrus V. Bunting, ¿no se llamaba así?, que fueron secuestrados en pleno día en la puerta del New York Lyric y luego, tres semanas después, una chica sorda escribió con tiza en una pared de Charing Cross dónde se encontraban... Recuerdo haber leído una vez en un artículo de economía que todas las monedas de oro extranjero tienen un hilo que las une directamente con Threadneedle Street¹⁴. Una metáfora, claro, señor, pero bastante ajustada, sin duda alguna. Bueno, me parece que todos los grandes delitos que se cometen en el extranjero dejan su huella aquí, en Londres... aunque para saberlo, como usted dice, hay que mirar en el lugar adecuado.

—Y en el momento justo —añadió Carrados—. El momento justo es a menudo el presente; y el lugar con frecuencia está delante de nuestras narices. Damos un paso en falso... y la oportunidad se ha perdido para siempre.

El inspector asintió y contribuyó con un grave monosílabo al acuerdo entre ambos. El más prosaico de los hombres en el cumplimiento de sus obligaciones comunes pareció sin embargo iluminarse gracias a un latente chispazo de vanidad: dio la impresión de que se tomaba su profesión de un modo romántico... cuando no tenía ningún caso importante entre manos.

—No. Tal vez en un caso entre mil no sea «para siempre». Quizá... —se corrigió el ciego con aire pensativo—. Este duelo perpetuo entre la ley y el criminal en ocasiones me recuerda a una partida de críquet, inspector. La ley está en el terreno de juego, y el criminal lanza la bola. Si la ley comete un error, no coge la bola o la deja caer, el criminal puntúa o tiene otra oportunidad para actuar. Pero, si es él quien falla, porque deja pasar una bola legal o comete alguna acción irregular... ¡se acabó! Sus errores son siempre fatales; los de la ley solo son temporales y recuperables.

—Muy bien, señor —dijo Beedel, levantándose; la conversación había tenido lugar en el estudio de The Turrets, donde Beedel había acudido a consultar a Max Carrados—, muy adecuada su comparación, desde luego. Lo recordaré. Bien, señor: solo espero que ese Guido el Navaja tenga la mala suerte de lanzarnos a nosotros la bola.

El «ese» empleado por el inspector Beedel señalaba casi de forma imperceptible el instintivo desprecio que sentía por Guido. En tanto que

«artesano», Beedel se veía impelido a respetar a Guido por su reputación y su fama, y en consecuencia se había aprovechado de la amistad de Carrados para informarse y colaborar. Como hombre, Guido era extranjero, peor aún: era italiano, y, si hubiera sido por él, el inspector habría opuesto a su sinuosa flexibilidad los métodos rígidos, típicos de la siderurgia británica, de la fuerza que tanto llama la atención al observador imparcial, porque son implacables, muy poco profesionales, bastante convencionales y, eso había que admitirlo, a menudo curiosa e inexplicablemente eficaces.

El delito que por caminos tortuosos había puesto a «il Rasojo» y su banda en conocimiento de Scotland Yard remite al tipo de historias discretamente mencionadas en un suelto por el periodista de sociedad de turno, educadamente descartadas por el astuto lector, y por fin expuestas de forma indiscreta y con todos los detalles en las inevitables y principescas «Colecciones» de la generación posterior. El caso giraba en torno a una inminente boda real, una cierta condesa X (en este punto, el lector puede contar con la discreción del periodista), muy celosa y residente en Viena, y un par de documentos (aquí el biógrafo aristocrático aportaría sus conocimientos) que podrían dar al traste con las nupcias reales. Para conseguir esos documentos, la condesa contrató los servicios de Guido, el canalla más sinvergüenza que pudo encontrar para llevar a cabo semejante misión. Hasta cierto punto —en lo que se refiere al robo de los documentos, para ser precisos—, Guido tuvo éxito, pero a costa de que los agentes de la ley le pisaran los talones. Ese era el inconveniente de emplear a un ladrón para llevar a cabo un trabajo que implica un delito: con independencia de los derechos morales que tuviera la condesa sobre aquellos documentos o sus implicaciones económicas, su cómplice no tenía derecho ninguno a tomarse esa libertad. Guido podía ser arrestado y acusado de media docena de delitos en varias capitales de Europa. Se largó de Viena en el tren del norte con dirección a Cracovia, pero de modo ingenioso consiguió detener el tren en Czaslau y desviarse hasta Chrudim. Para entonces la presa y sus movimientos eran bien conocidos en más de un lugar donde tenían interés en atraparla. La diplomacia aportó sus recursos y la historia de Guido se convirtió en la del zorro acosado, huyendo de matorral en matorral, con todas las madrigueras

cerradas para él. Desde Pardubice se dirigió a Glatz, llegó luego a Breslavia y bajó por el Óder hasta Stettin. Gracias a la generosidad de su patrona tenía fondos suficientes para proseguir su huida, y se reunía con sus cómplices o los abandonaba siempre que la ocasión lo requiriera. Tras unas semanas de acoso, lo descubrieron en Copenhague, y, sin tiempo que perder, lo dejó todo y huyó. Cruzó en ferri a Malmö y allí cogió un tren nocturno hasta Estocolmo, y por la mañana embarcó en Saltsjön para pasar a Turku, con la intención de cruzar a Revel y así regresar a Centroeuropa por rutas menos frecuentadas. Pero en aquel movimiento tampoco tuvo suerte y, aunque lo avisaron con tiempo, gracias a una misteriosa ayuda que hasta entonces lo había protegido, se vio forzado a bajarse del barco de vapor en alguna de las múltiples islas del colmado archipiélago; consiguió llegar a Helsingfors, y en el plazo de cuarenta y ocho horas estaba de nuevo en Frihaven, con sus perseguidores de momento despistados y gozando de unos breves momentos de respiro.

Para apreciar el significado exacto de estas huidas y vagabundeos es necesario recordar cuáles fueron las circunstancias. Guido no estaba zigzagueando por Europa en una inútil búsqueda de aventuras pintorescas, y desde luego no viajaba inspirado por ningún melodramático amor. Para él cada paso era vital, cada desvío o cada retroceso era la consecuencia necesaria de planes ampliamente meditados. Llevaba en su bolsillo los papeles por los que había corrido todos aquellos riesgos. El precio acordado por el servicio era lo bastante elevado como para que mereciera la pena tomarse el tiempo oportuno; pero con el fin de consumar la transacción era necesario que el botín acabara en manos de la mujer que lo había contratado. Siguiéndolo por toda Europa, su patrona esperó con paciencia infinita, aunque a ella también la vigilaban y se veía obligada a esconderse a cada paso. La condesa X era lo suficientemente importante como para que su persona resultara inmune a los potentes y rígidos métodos del servicio secreto de su país, pero todo posible acercamiento de Guido a la condesa se interceptaba. Para Guido el problema era conseguir un respiro lo suficientemente amplio como para poder comunicar su posición a la condesa, y para que esta pudiera acudir a ese lugar o enviarle un intermediario de

confianza. Desde luego, todo el entramado de la intriga podía derrumbarse, pero hasta ese momento Guido había conseguido escabullirse y el tiempo apremiaba...

—Le perdieron la pista en Hutola —dijo Beedel, explicándole las circunstancias del caso a Max Carrados—. Tres días después descubrieron que había regresado a Copenhague, pero para entonces ya se había esfumado. Ahora le han perdido el rastro, salvo por las deducciones que se hacen a partir de los anuncios de esas intrigantes «flores de melocotón» que han aparecido en *The Times*. La condesa, por su parte, se ha apresurado a viajar a París, y Lafayard piensa que todo apunta a una reunión en Londres.

—Supongo que el Ministerio de Exteriores estará deseando hacerles un favor a los austriacos.

—Supongo que sí, señor —admitió Beedel—, pero, desde luego, mis órdenes no vienen de ahí. Lo que nos interesa es que eso sería un gran éxito para nosotros... Aún están un poco escocidos con Scotland Yard por lo de Hans el Flautista.

—Naturalmente —admitió Carrados—. Bueno, veré lo que puedo hacer si se presenta la ocasión. Déjeme que investigue algo y, si lo considera oportuno, pásese por aquí para charlar un rato... Hoy es miércoles... estaré disponible en cualquier caso el viernes por la noche.

Aun no siendo un obseso de las normas y los horarios, el ciego era habitualmente exacto en ese tipo de precisiones. Hay quienes sostienen que cualquier compromiso debe mantenerse a toda costa: hombres que ignorarían una orden dada en el lecho de muerte con tal de acudir a la cita fiel con un mendigo. Carrados no era tan exagerado, y se ceñía a lo importante. «Mi palabra», había dicho en alguna ocasión, «está sujeta a las contingencias y circunstancias, como todo lo que me concierne. Si hago una promesa, es con la condición de que no surja algo más importante que me obligue a actuar en sentido contrario. Esto lo puede entender cualquiera que tenga un mínimo de sensatez». Y, por cierto, en esta ocasión surgió algo que le impidió a Max seguir con el caso de la condesa X y su cómplice viajero...

El viernes por la noche había cogido el teléfono justo antes de cenar para recibir un mensaje que al parecer debía escuchar personalmente. Greatorex, su secretario, había atendido la llamada, pero entró en el estudio para decir que la persona que telefoneaba no le había dado más que su nombre: Brebner. Carrados no conocía a nadie que se llamara así, pero ese tipo de cosas solían ocurrirle, así que se dispuso a escuchar.

—¿Sí? —dijo al auricular—. Soy Max Carrados. ¿Quién es?

—Oh, ¿es usted?, ¿de verdad? El señor Brickwell me dijo que hablara con usted directamente.

—Bueno, pues aquí me tiene. ¿Brickwell? ¿Es usted del Museo Británico?

—Sí. Soy Brebner, del Departamento de Arte Caldeo. Están sudando la gota gorda aquí. Hemos descubierto que alguien ha conseguido meterse en la segunda sala griega interior y ha saqueado algunas de las vitrinas. Estamos en un apuro...

—¿Qué se han llevado? —preguntó Carrados.

—Hasta ahora solo podemos hablar, definitivamente, de alrededor de seis colecciones de monedas griegas... de cien a ciento veinte, más o menos.

—¿Son muy importantes?

La línea le devolvió un cáustico aullido con un aire de risa trágica.

—Vaya, pues sí, yo diría que sí. El ladrón parece que conocía el oficio. Son las monedas más importantes del mejor periodo numismático. Siracusa, Mesina, Crotón, Anfípolis, Eumenes, Evainetos, Kimons. Lo más importante ha desaparecido.

Carrados dejó escapar un gruñido feroz. No había entre aquellas monedas ni una sola que él no hubiera manipulado con fervor numismático.

—¿Qué están haciendo para...? —preguntó.

—El señor Brickwell ha ordenado llamar a Scotland Yard y se nos ha aconsejado que no lo hagamos público todavía. No queremos que lo sepa nadie, si no le importa, señor.

—Sí, eso está bien.

—Es por esa razón por la que solo quería hablar con usted personalmente. Se lo estamos notificando a los principales anticuarios y posibles

coleccionistas a quienes podrían ofrecerles las monedas, o algunas de ellas... si los ladrones creen que no nos hemos dado cuenta todavía. Considerando que se trata de piezas muy especializadas, creemos que no hay ningún peligro de que el botín se venda a un prestamista o a un coleccionista numismático, así que estamos corriendo muy pocos riesgos al no comunicar públicamente la pérdida.

—Sí, probablemente sea así —contestó Carrados—. ¿El señor Brickwell desea que haga algo?

—Solo una cosa, señor: si le ofrecen a usted un lote sospechoso de monedas griegas, u oye hablar de ellas, nos gustaría que les echara un vistazo... quiero decir, que se asegurase de que no son las nuestras y, si piensa usted que lo son, que se lo comunique a Scotland Yard de inmediato.

—Por supuesto —contestó el ciego—. Dígale al señor Brickwell que puede confiar en mí si me entero de algo. Dele recuerdos de mi parte y dígale que siento la pérdida como si fuera una pérdida mía personal... Creo que usted y yo no nos conocemos, ¿verdad, señor Brebner?

—No, señor —dijo la voz telefónica con timidez—, pero espero tener ese placer en el futuro. Tal vez este desgraciado asunto me conceda una oportunidad en ese sentido.

—Es usted muy amable —dijo Carrados para corresponder al cumplido—. De todos modos... Iba a decir que tal vez no conozca usted mi debilidad, pero he pasado muchas horas de agradable placer con esa maravillosa colección. Por eso hablo de un asunto que me atañe de forma personal. Adiós.

Carrados estaba de verdad conmocionado por la pérdida de las monedas antiguas, aunque su preocupación quedó atemperada por una reflexión: las monedas acabarían de manera inevitable regresando al museo. Que su restitución pudiera implicar pagar un rescate de varios miles de libras era el detalle menos relevante de la cuestión. El único pensamiento sobrecogedor era que el botín, por culpa del acoso policial o por ignorancia, pudiera acabar en una fundición. Esa espantosa idea, remota pero posible, era suficiente para quitarle el hambre al animoso ciego.

Esa noche estaba esperando al inspector Beedel, que seguramente vendría obsesionado con su propio caso, pero él era incapaz de apartar de su mente

los detalles que le había comunicado Brebner. Estaba aún muy preocupado por la posibilidad de que destruyeran las monedas, acompañado por el indiferente Greatorex, que se encontraba a su lado, cuando se presentó en el estudio Parkinson. Tras la cena, Carrados había permanecido más tiempo del acostumbrado en el salón, fumando sus perfumados cigarrillos turcos en silencio.

—Una dama desea verle, señor —anunció Parkinson—. Dice que usted seguramente no conocerá su nombre, pero que su caso le interesará mucho.

La modalidad de la comunicación era lo bastante rara como para llamar la atención de ambos hombres.

—Tú tampoco la conoces, Parkinson, ¿verdad? —preguntó Max.

Durante unos breves segundos pareció que al imperturbable Parkinson le había comido la lengua un gato. Luego se entregó a las congojas más ceremoniosas.

—Lamento decir que no puedo recordar su nombre, señor —dijo por fin.

—Lo mejor será que me ocupe yo de ella, señor —sugirió Greatorex con generosa confianza—. Seguramente será una criada.

El generoso ofrecimiento fue declinado con una sonrisa y una negación con la cabeza. Carrados se volvió a su mayordomo.

—Estaré en el estudio, Parkinson. Hazla pasar allí dentro de tres minutos. Tú quédate aquí y fuma otro cigarrillo, Greatorex. Cuando termines, o ya la habré despedido o me habrá interesado mucho lo que tenga que contarme.

Tres minutos después Parkinson abrió la puerta del estudio.

—La dama, señor —anunció.

Si hubiera tenido la posibilidad de ver, Carrados habría tenido la impresión óptica de una mujer joven de generosa figura, ataviada con un vestido sencillo, casi vulgar. Llevaba un velo ligero, pero apenas servía para ocultar el poco atractivo rostro que había debajo. Sus rasgos eran cetrinos y su labio superior parecía un poco oscurecido por un bigotillo algo más que incipiente, típico de las morenas del sur. Y eso no era lo peor, porque una llamativa erupción cutánea parecía haberle atacado diversas partes de la piel. Cuando entró en la sala, hizo un repaso a toda la estancia y a su ocupante con una mirada callada pero incisiva.

—Por favor, tome asiento, señora. ¿Quería verme usted?

El espectro de una modesta y humilde sonrisa pareció revolotear en la boca de la mujer cuando se sentó por fin, y en ese momento su rostro pareció menos atractivo aún. Su mirada se detuvo durante unos instantes en una caja que había sobre la mesa, y cualquiera habría dicho que sus ojos brillaron durante unos segundos. Entonces, contestó:

—¿Usted es el *signor* Carrados, en... en persona?

Carrados asintió con una sonrisa y cambió de posición apenas un milímetro, seguramente para poder captar mejor el curioso acento de la mujer.

—¿El gran coleccionista de antigüedades?

—Algunas cosillas tengo —admitió con precaución.

—Tiene que perdonarme, *signor*, si mi manera de expresarme no es del todo correcta. Yo vivía en Nápoles con mi madre, y alquilábamos habitaciones, principalmente a *gli inglesi* y *gli americani*. Yo entendía algunas palabras, pero cuando me casé y me fui a vivir a Calabria, he perdido mucha... ¿cómo se dice?... práctica. Sí, eso es, he perdido práctica.

—Es excelente —dijo Carrados—. Estoy seguro de que vamos a entendernos a la perfección.

La mujer lanzó una mirada penetrante a su interlocutor, pero la expresión del ciego permanecía tranquila y amable, como siempre. Entonces, la mujer continuó.

—Mi marido se llama Ferraja, Michele Ferraja. Tenemos unas viñas y una pequeña propiedad cerca de Forenzana. —Se detuvo entonces para observarse las puntas de los guantes durante un tiempo tal vez excesivo—. *Signor* —estalló al fin, con cierta vehemencia—, las leyes de mi país no son muy buenas...

—Por lo que yo sé, en ninguna parte lo son —dijo Carrados—. Me temo que su país no es único en eso.

—En Forenzana hay un pobre labriego, Gian Verde, ese es su nombre —continuó la mujer, entregándose a su narración sin reservas—. Estaba un día cavando en la viña, la viña de mi marido, cuando el azadón golpeó contra algo duro. «Vaya», dijo Gian, «¿pero qué tenemos aquí?», y entonces se arrodilló para ver qué era. Era un ánfora de arcilla roja, *signor*, como las que

solían utilizar antiguamente, y estaba llena de monedas de plata.

»Gian es pobre, pero muy sabio. ¿Qué iba a hacer, llamar a las autoridades? No, no. Sabe que todos son unos corruptos. Llevó a mi casa lo que había encontrado y se lo enseñó a mi marido, porque sabe que mi marido es un hombre honrado.

»Mi marido es también un hombre muy decidido. Muy ágil de pensamiento. “Gian”, le dijo, “mantén la boca cerrada. De eso dependerá tu fortuna”. Gian lo comprende, porque confía mucho en mi marido. Y hacen una señal de compromiso mutuo. Y deja las monedas y vuelve a la viña a cavar.

»Mi marido entiende un poco de todas estas cosas, pero no mucho. Fuimos a ver las colecciones de Mesina y de Nápoles, e incluso las de Roma, y allí vimos otras monedas de plata parecidas, y supimos entonces que tenían un grandísimo valor. Son de diferentes tamaños, pero la mayoría serán como una lira, y de un grosor más o menos de dos. Por una parte tienen grabada como la cabeza de una divinidad pagana; y por la otra... oh, son tantas cosas que ya ni me acuerdo.

Con un gesto que parecía hablar de la imposibilidad de abarcar el mundo entero quiso dar a entender la inmensa variedad de dibujos y formas que había en las monedas.

—¿Tal vez una biga o una cuadriga? —sugirió Carrados—. ¿Un águila que lleva en las garras una liebre? ¿Una figura con guirnalda volando, con un trofeo de armas? ¿Algo así?

—Sí, *bene* —exclamó la señora Ferraja—. Usted me entiende, ya me doy cuenta, *signor*. Hemos sido muy precavidos, porque por todas partes hay malvados y leyes injustas. Verá, incluso está prohibido sacar estas cosas fuera del país, pero si intentamos disponer de ellas en casa nos las quitan y nos multan, porque son *tesoro trovato*, es decir, que es un tesoro encontrado y que pertenece al Estado... ¡Pero son monedas que ha encontrado el pobre Gian y que han estado allí enterradas durante siglos, en las tierras de mi marido!

—¿Así que las ha traído a Inglaterra?

—Sí, *signor*. Todo el mundo dice que este país es la tierra de la justicia y de los nobles ricos que compran estas cosas a buen precio. Y como yo hablo un

poco su lengua, pensamos que eso nos ayudaría.

—¿Debo entender entonces que tiene usted aquí las monedas? ¿Puedo verlas?

—Las tiene mi marido. Puedo traérselas a usted, pero primero me tiene que dar su *parola d'onore* de un *signor inglese* de no traicionarnos, ni de hablar de esto con nadie.

Carrados ya había previsto esta eventualidad y decidió aceptarla. Si esa promesa contraída a propósito de un tesoro encontrado lo iba a obligar a ignorar los robos del Museo Británico o no, eso sería un asunto de consideraciones posteriores. La prudencia exigía que investigara la oferta de inmediato y poner reparos a las condiciones de la señora Ferraja podría resultar fatal para cumplir con ese objetivo. Si las monedas eran, como había pocas razones para dudar, el producto del robo, un modesto rescate podía ser el medio más seguro de recuperar y preservar aquel tesoro, siempre en el caso de que Carrados ofreciera sus servicios como intermediario necesario.

—Le prometo lo que me pide, señora —aseguró él en consecuencia.

—Es suficiente —afirmó la mujer—. Ahora le llevaré al lugar donde están las monedas. Es imprescindible que me acompañe usted solo, porque mi marido está muy asustado en este país, ya que no entiende ni una palabra de lo que se habla, y está tan angustiado que gritaría «¡Estamos rodeados!» si me viera acudir con dos extraños a la casa. Oh, cada vez está más angustiado y temeroso, mi marido. Imagínese: tiene constantemente en el fuego un caldero de plomo derretido y no dudaría en arrojar en él todo el tesoro y destruirlo para siempre si se creyera en peligro.

—Vaya... —murmuró Carrados para sí—. ¡Una precaución extraordinaria para un simple agricultor de Calabria! Muy bien —asintió al final en voz alta—. Iré con usted y solo. ¿Dónde está ese lugar?

La señora Ferraja buscó algo en un monedero viejo que sacó de su bolso raído y sacó un pedazo de papel.

—Como la gente a veces no entiende mi forma de hablar... —explicó—. *Sette, Herringbone...*

—¿Le importa...? —dijo Carrados, tendiendo la mano. Cogió el papel y tocó la escritura con la yema de los dedos—. Ah, sí: en el número 7 de

Heronsbourne Place. Está al final de Heronsbourne Park, ¿no? —Y como si no se diera cuenta, dejó el papel en su escritorio mientras hablaba y se levantaba—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí, señora Ferraja?

La señora Ferraja observó la acción descuidada de Max con una discreta sonrisa que no se tradujo en su voz.

—En autobús. Primero uno, y luego otro, preguntando cada vez que cambiaba. Oh, ha sido un viaje interminable —suspiró la mujer.

—Mi conductor no trabaja esta noche... y no esperaba tener que salir, pero llamaré a un taxi y lo tendremos a la puerta en un momento. —Despachó las órdenes de inmediato y luego, cogiendo el teléfono interno de la casa, se puso en contacto con Greatorex.

—Voy a dar un paseo a Heronsbourne Park —le dijo—. No me esperes, Greatorex, pero si viene alguien diciendo que quiere verme, dile que supongo que no estaré fuera más de una hora.

Parkinson estaba deambulando en el vestíbulo. Con una obsequiosidad bastante inusual, le entregaba a su señor una serie de objetos que nadie le había pedido. Los rasgos escasamente atractivos de la señora Ferraja parecían ejercer una secreta fascinación sobre este criado por lo general complaciente, porque en varias ocasiones la dama detectó en sus ojos la mirada huidiza del culpable. Pero las incongruencias del mayordomo apenas si retrasaron un par de minutos la apertura de la puerta.

—¿No quiere que le acompañe, señor? —preguntó, expresando claramente en su tono de voz que sería mucho mejor que lo hiciera.

—En esta ocasión no, Parkinson.

—Muy bien, señor. ¿Se le puede llamar a una dirección concreta en caso de que sea requerido, señor?

—El señor Greatorex tiene instrucciones al respecto.

Parkinson se hizo a un lado: todos sus recursos se habían agotado. La señora Ferraja dejó escapar una risilla burlesca cuando ambos bajaban la escalera para dirigirse hacia el taxi.

—Me parece que su mayordomo cree que voy a comérmelo a usted, *signor Carrados* —dijo con indisimulada alegría.

Carrados, que conocía la clave del desasosiego de su ayudante,

habitualmente imperturbable —pues él mismo había reconocido en la señora Ferraja a la angelical Nina Brun, famosa por el incidente del tetradracma siciliano, desde el mismo momento en que abrió la boca—, no tuvo más remedio que admitir el valor de la audacia de aquella mujer. Pero no fue hasta media hora más tarde cuando Parkinson se dio cuenta de todo. El inspector Beedel acababa de llegar y estaba hablando con Greatorex cuando el responsable mayordomo, que había estado escrutando su memoria en soledad, los interrumpió, más conmocionado que nunca en su vida, y sin apenas resuello dijo:

—¡Las orejas, señor, eran las orejas! ¡La he cogido por las orejas! — exclamó, y luego dio paso a su relato de sospecha y reconocimiento y a sus temores presentes.

Entretanto, las dos personas que eran objeto de su preocupación ya habían subido al taxi.

—Al 7 de Heronsbourne Place —le dijo Carrados al conductor.

—No, no... —terció la mujer con firmeza—..., déjenos al principio de la calle. No está lejos y podremos ir andando. Mi marido se volverá loco si, estando solo, piensa que el taxi es un coche de la policía... ¿Quién sabe qué podría hacer?

—Bien. Brakedge Road, al final de Heronsbourne Place —corrigió Max Carrados.

Entre los curiosos sobre este tipo de asuntos, Heronsbourne Place tenía fama de ser la zona residencial más apartada y solitaria de la almendra central londinense. Semejante distinción se debía, es innecesario decirlo, a que era un callejón sin salida. Por un extremo estaba delimitado por el parque de Heronsbourne, aunque no contaba en realidad con ningún acceso a esa zona recreativa. El lugar estaba ocupado enteramente por pequeñas casitas poco ostentosas, a medio camino entre la villa y el *cottage*, algunas aisladas y otras pareadas, pero todas con el aderezo de jardines umbríos y amplios que ofrecían una cierta coherencia con el entorno. El agente inmobiliario local describía el lugar como un «mundo deliciosamente antiguo» o «absolutamente moderno», dependiendo de las necesidades de los interesados.

El taxi fue despedido en la esquina y la señora Ferraja guio a su acompañante por el silencioso y desierto lugar. Había empezado a hablar con renovado vigor, pero su incesante verborrea solo sirvió para que Carrados confirmara el hecho ineludible de que aquella mujer iba disfrazada.

—Espero que no se le despiste la casa por estar pendiente de mí... número 7, señora Ferraja... —indicó.

—No, por supuesto que no —replicó la mujer enseguida—. Está un poco más allá. Los números empiezan por el otro extremo. Pero ya casi estamos. *Ecco!*

Se detuvo frente a una cancela y la abrió, guiando aún a Max Carrados. Cruzaron el jardín, húmedo y perfumado con los destilados aromas del rocío nocturno. Mientras la mujer volvía a cerrar la cancela, Max se aventuró a avanzar un poco. Se le cayó el sombrero.

—Oh, qué torpeza... —dijo a modo de disculpa, recogéndolo del escalón en que había caído—. Mis viejos impulsos y mis actuales imposibilidades; en fin, señora Ferraja...

—La prudencia se aprende por experiencia —dijo la señora, sabiamente. Apenas podía saber, pobre mujer, que mientras profería ese manido aforismo, amparado por la oscuridad y por su sombrero, Max Carrados acababa de destrozar su anillo de sello raspando un siete dorado en el escalón del jardín, para fijar su localización en caso de que fuera necesario. Un callejón sin salida que se numeraba desde el extremo que estaba cerrado sin duda merecería una investigación.

—Raras veces —replicó Max al refrán de la mujer—. Uno siempre acaba arriesgándose. ¿Ya estamos...?

La señora Ferraja abrió la puerta principal con una llave. Luego la sacó de la cerradura y permitió que Carrados avanzara a lo largo de un estrecho vestíbulo. La estancia en la que entraron estaba en la parte trasera de la casa, y desde ese lugar por lo tanto se veía el parque. La puerta se cerró tras ellos.

—¡El famoso señor Carrados! —anunció la señora Ferraja, con un tonillo de triunfo en su voz. Saludó con la mano en dirección a un hombre enjuto y sombrío que se encontraba junto a la puerta cuando entraron—. Mi marido —dijo a modo de presentación.

—Le damos la bienvenida más fraternal a nuestra humilde morada — comentó el hombre, con el mismo tono burlón—. ¡Esto es maravilloso!

—El todavía más famoso monsieur Dompierre, ¿me equivoco? —replicó Carrados amablemente—. Es un honor conocerle.

—¡Usted lo sabía! —exclamó el Dompierre de su primer caso con aire incrédulo—. Mira, Fogonero, estabas en lo cierto y te debo cien liras. ¿Quién te reconoció, Nina?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó la verdadera señora Dompierre, con gesto confuso—. Supongo que el propio ciego.

—No halaga usted mucho a su encantadora esposa si supone que uno puede olvidarla tan pronto —terció Carrados—. ¡Y eso que es usted francés, Dompierre!

—Lo sabía, señor Carrados —insistió Dompierre—, y sin embargo ha venido. Es usted un héroe o un loco.

—Un entusiasta..., que es la palabra que sirve para ambas cosas —contestó la mujer—. ¿Qué te dije? ¿Qué pasaba si nos reconocía? ¿Lo ves?

—Exagera usted mucho, señor Dompierre —terció Carrados—. Quizá pueda colaborar con su empresa. Tal vez lamente las circunstancias y la necesidad, pero estoy aquí para hacer todo lo que esté en mi mano. Permítame ver los objetos de los que me ha hablado la señora y luego consideraremos los detalles y el precio, tanto para mí como para otros.

No hubo una contestación inmediata. De la garganta de Dompierre salió una risilla ahogada y de la de su señora, una carcajada que acompañó un gesto de desprecio. Aquella fue una de las escasísimas ocasiones en la vida de Max Carrados en que se encontró totalmente perdido. Por instinto giró su rostro hacia el otro ocupante de la estancia, al que habían llamado Fogonero, y a quien había situado con claridad junto a la ventana.

—Este desafortunado asunto por fin me ha concedido la oportunidad de conocer a este caballero —dijo una voz familiar.

Durante un terrible instante el universo se paralizó en torno a Carrados. Entonces, con el estrépito y el escándalo de un abrumador tumulto mental, toda la estrategia se le reveló sin ninguna duda, como las secciones de un gigantesco puzle que se ordena delante de uno.

¡No había habido ningún robo en el Museo Británico! Aquella trama era tan ficticia como el cuento, intencionadamente falso e infantil, del tesoro encontrado. Carrados reconoció entonces que una historia habría sido del todo ineficaz sin la otra, y que las dos juntas habían resultado convincentes; y, mientras asumía con dolor lo humillante de la situación, no podía evitar sentir una pizca de admiración ante lo ingenioso —la elaboración de hipótesis sobre las posibles inferencias— del plan. De nuevo, era el conocido artificio del grave peligro enmascarado tras una aparente trampa preparada con torpeza. ¡Y él había caído como un tonto!

—Así que usted es... —añadió aquella misma voz— Carrados, Max Carrados, de cuya perspicacia depende nuestro Gobierno (nuestro Gobierno actual, digamos para ser justos) para capturar a los indeseables extranjeros... Mi país, ¡oh, mi país!

—¿De verdad es el señor Carrados? —preguntó Dompierre con un educado sarcasmo—. ¿Estás segura, Nina, de que no nos has traído a un poli de Scotland Yard?

—¡Basta! Ya está aquí, aquí lo tenéis: ¿qué más queréis? No os burléis del pobre ciego —replicó la señora Dompierre, con una dudosa amabilidad.

—Eso era exactamente lo que me estaba preguntando —dijo Carrados con tranquilidad—. Estoy aquí... ¿Qué quieren de mí? Tal vez usted, señor Fogonero...

—Discúlpeme. Fogonero es un apelativo meramente coloquial cuyos orígenes están en un incidente nimio de mi carrera relacionado con un barco... El caso ilustra bien la debilidad infantil de las clases criminales para otorgar alias, junto con su lamentable incapacidad para la invención. Mi nombre real es Montmorency, señor Carrados: Eustace Montmorency.

—Gracias, señor Montmorency —dijo Carrados con gesto grave—. Estamos en lados opuestos de la mesa de juego esta noche, pero me habría sentido orgulloso de haber estado con usted en el cuarto de calderas del Benvenuto.

—Fue un placer —murmuró el caballero inglés—. Ahora tenemos otros negocios entre manos.

—Oh, desde luego —admitió Carrados—. No me estaba quejando. Pero

creo que ya es hora de que se me diga, y me estoy dirigiendo a usted, por qué se me ha engañado con un señuelo y con qué propósito.

El señor Montmorency se volvió hacia su cómplice.

—Dompierre —señaló, con gran claridad—, ¿por qué demonios el señor Carrados está de pie?

—Ah, oh, cielos... —exclamó la señora Dompierre con aire de trágica resignación, dejándose caer en un sofá.

—*Scusi* —farfulló Dompierre, y con elegancia burlesca le acercó una silla al invitado.

—Su curiosidad es natural —añadió el señor Montmorency, lanzando una gélida mirada a las bufonadas de su cómplice—, aunque realmente creo que a estas alturas ya debería haber sospechado la verdad. De hecho, estoy seguro de que ya lo sabe, señor Carrados, y solo está intentando ganar tiempo. Por esa razón, porque así se convencerá de que no hay nada que temer, no me importa satisfacer su curiosidad.

—Será mejor que te des prisa —murmuró Dompierre con cierta inquietud.

—Gracias, Bill —dijo el inglés, con divertido descaro—. No olvidaré informar de tus habilidades al Rasojo. Sí, señor Carrados, como usted ya habrá supuesto, es por el asunto de la condesa X por lo que usted ha acabado metido en este lío. Estoy seguro de que apreciará el halago que subyace en esta reclusión temporal. Cuando las circunstancias favorecieron nuestros planes y Londres se convirtió en el lugar inevitable del encuentro, usted y solo usted se interpuso en nuestro camino. Imaginamos que la policía acabaría consultándole y, francamente, temíamos su intervención. Y, en efecto, fueron a consultarle. Supimos que el inspector Beedel le visitó hace un par de días y que no tenía ningún otro caso entre manos. Era importantísimo que usted no hiciera absolutamente nada en tres días. Y por eso está usted aquí.

—Comprendo —asintió Carrados—. Y, ahora que me tienen aquí, ¿cómo piensan retenerme?

—Por supuesto, hemos estado pensando en ello. De hecho, hemos alquilado esta casa amueblada con esa única intención. Podemos hacer tres cosas. La primera, bastante agradable, depende de su buena voluntad. La segunda, más

drástica, la pondremos en marcha si se niega. Y la tercera... pero, de verdad, señor Carrados, espero que no me obligue siquiera a hablar de esa tercera opción. Comprenderá usted que para mí es bastante embarazoso contemplar la idea de que dos hombres en plenas facultades tengan que utilizar siquiera la más mínima fuerza física contra una persona ciega e impotente. Espero que sea usted razonable y acepte lo inevitable.

—Lo inevitable es la única cosa que invariablemente acepto —contestó Carrados—. ¿De qué se trata?

—Tiene que escribir una nota a su secretario explicando que lo que ha averiguado en el número 7 de Heronsbourne Place hace imprescindible que usted viaje de inmediato al extranjero durante unos cuantos días. Por cierto, señor Carrados, aunque esta casa está en Heronsbourne Place, no es el número 7.

—Vaya, vaya por Dios —suspiró el prisionero—, parece que no tengo salida y que me han cogido en todas.

—Una precaución elemental. La idea de sugerir una calle distinta la rechazamos por considerarla demasiado arriesgada cuando lo trajéramos aquí. Continuemos: para que su mensaje tenga verosimilitud, ordenará a Parkinson que tome el primer barco mañana con todo lo necesario para una corta estancia en el extranjero, y que espere en Mascot, como siempre, hasta que usted llegue allí.

—Muy convincente —asintió Carrados—. ¿Y dónde voy a estar en realidad?

—En una encantadora cabaña totalmente aislada en la costa sur. Atenderemos todas sus necesidades. Hay una barca. Puede ir a remar o a pescar, si quiere. Lo llevaremos en coche y, cuando todo termine, lo dejaremos en su puerta. Será una agradable estancia de unos cuantos días. Yo a veces paso temporadas allí.

—Su recomendación resulta interesante. Suponga, aunque sea solo por curiosidad, que me niego a ir.

—Acabará yendo de todos modos, pero se le tratará de acuerdo con su comportamiento. El coche que lo va a trasladar está esperando en este momento en un punto acordado al otro lado del parque. Saldremos por el

jardín trasero, cruzaremos el parque y lo meteremos en el coche... quiera o no quiera.

—¿Y si me resisto?

El hombre que casi humorísticamente se había llamado a sí mismo Eustace Montmorency se encogió de hombros.

—No sea idiota —dijo con amabilidad—. Usted sabe con quién está tratando y el tipo de riesgos que estamos corriendo. Si se atreve a gritar o a ponernos en peligro en un momento tan crítico, no dudaremos en silenciarlo del modo más efectivo.

El ciego sabía que no era una amenaza vana. A pesar del aire de humor y diversión que parecía envolver todo el asunto, Max sabía que estaba en manos de hombres desesperados que actuarían con sangre fría. La ventana tenía cortinas y estaba cerrada a cal y canto, y la puerta tenía la llave echada. Y era muy posible que una de aquellas personas estuviera apuntándole con un revólver; era más que seguro que sus carceleros tenían acceso a ese tipo de armas.

—Dígame qué tengo que escribir —dijo al final, con tono de rendición en la voz.

Dompierre se ensortijó los bigotes en señal de aprobación. La mujer dejó escapar una risa desde su sofá y cogió un libro, observando a Montmorency por encima de las páginas. Y, respecto al otro hombre, este ocultó su satisfacción encargándose de los aspectos prácticos del caso, colocando en la mesa que había delante de Carrados todos los accesorios para la escritura.

—Escriba con sus propias palabras el mensaje que acabo de indicarle.

—Tal vez parecería bastante más natural que yo escribiera la nota en una página de la agenda que siempre llevo conmigo... —sugirió Carrados.

—¿Y por qué quiere que parezca más natural? —preguntó Montmorency, con una suspicacia apenas disimulada.

—Bueno, si su plan sale mal y eso va a repercutir en mí... entonces me interesa que salga bien, sí —contestó.

—¡Muy bien! —dijo entre risas Dompierre, y procuró evitar la gélida mirada del señor Montmorency encendiendo la lámpara eléctrica de mesa para iluminar al ciego. La señora Dompierre se rio de un modo estridente.

—Gracias, señor —dijo Carrados—, lo ha hecho usted perfectamente. Lo que para ustedes es luz, para mí es calor... calor, energía, inspiración. Ahora, vayamos al asunto.

Sacó la agenda de la que había hablado y tranquilamente procedió a abrirla sobre la mesa que tenía delante. Mientras tanto, su mirada agradable y sosegada recorrió la estancia de un modo por el que resultaba difícil creer que existieran unas persianas de impenetrable oscuridad entre sus ojos y el mundo. Su mirada se detuvo durante un instante en los dos hombres que se encontraban delante de la mesa, descubrió también que la señora Dompierre estaba recostada en un sofá, a su derecha, y calculó las proporciones de aquella estancia alargada y estrecha. Sus ojos parecieron distinguir también la posición de la ventana, en un extremo, y la puerta casi en el otro, e incluso pareció que había podido distinguir la posición de la bombilla eléctrica que pendía del techo, y que hasta ese momento había sido la única fuente de iluminación de la estancia.

—¿Prefiere el lápiz? —preguntó Montmorency.

—Lo uso generalmente para tomar apuntes casuales... Pero para ocasiones como esta... —añadió, tocando la punta del lapicero para valorar si estaba afilado.

Atentos a cualquier indicio de rebelión, los carceleros observaron a Carrados cuando este sacó de su bolsillo una insignificante navajita y comenzó a afilar el lapicero. ¿Acaso se le pasó por la cabeza dejarse llevar por la locura y forzar la resolución del caso con aquella arma ridícula? Dompierre retorció el rostro en una expresión más feroz y llevó la mano al mango de su puñal con desconfianza. Montmorency observó durante unos instantes, y luego, silbando levemente para sí mismo, se acercó a la ventana, evitando la mirada escrutadora de Nina.

Entonces, de un modo repentino y sobrecogedor... ocurrió, y ocurrió del modo más inesperado.

Carrados había estado dando los últimos cortes al lapicero, afilándolo sobre la mesa. No había hecho ningún movimiento repentino, ningún gesto violento que pudiera alertar a sus captores; simplemente, la pequeña hoja afilada había ido acercándose cada vez más al cable de la luz... y de repente, por sorpresa,

toda la habitación quedó en la más absoluta oscuridad.

—¡A la puerta, Dom! —gritó Montmorency de inmediato—. Yo estoy en la ventana. No le dejes pasar y todo irá bien.

—Ya estoy en la puerta —respondió Dompierre.

—No intentaré pasar —dijo la voz pausada de Carrados desde un extremo de la estancia—. Estamos exactamente donde yo quería que estuviéramos. Ambos están en mi punto de mira. Si alguien se mueve, le dispararé... y recuerden que dispararé a lo primero que oiga moverse: no me guió por la vista, sino por el sonido.

—Pero... ¿pero qué significa esto? —tartamudeó Montmorency, ahogando el grito de la señora Dompierre.

—Esto significa que ahora estamos en igualdad de condiciones: tres hombres ciegos en una habitación a oscuras. La ventaja numérica que poseen ustedes se equilibra por el hecho de que están fuera de su elemento... y yo estoy en el mío.

—Dom —susurró Montmorency en mitad de la oscuridad—, enciende una cerilla. Yo no tengo.

—Yo en su lugar no lo haría, Dompierre —advirtió Carrados, con una breve risa—. Podría resultar peligroso. —Enseguida, su voz adquirió tonos más lúgubres—. Suelte esa caja de cerillas —gritó—. ¡Está jugando al borde de su tumba, estúpido! Que la suelte le digo; ¡quiero oír cómo cae al suelo!

Se escuchó un suspiro... casi demasiado corto como para llamarlo una pausa, y luego el leve golpecito de algo que caía sobre la alfombra junto a la puerta. Los dos carceleros parecían estar conteniendo la respiración.

—Muy bien... —La voz agradable de Max recuperó su control habitual—. ¿Por qué no podemos hacer que las cosas sean más agradables? Me disgustaría mucho tener que disparar, pero creo que ustedes no han comprendido exactamente cuál es la situación. Recuerden que no correré el menor riesgo. Y usted, señor Montmorency, recuerde también, por favor, que hay gatillos automáticos tan sensibles que se disparan al menor roce. Se lo recuerdo por su propio bien, porque, si se equivoca e intenta atacarme en la oscuridad, el ruido me dará una décima de segundo de ventaja: lo suficiente como para acabar con usted. ¿Conocen por casualidad el local de Zinghi en

Mercer Street?

—¿La galería de tiro? —preguntó el señor Montmorency un poco abatido.

—La misma. Si salen de esta vivos y están interesados, tal vez puedan pedirle a Zinghi que les muestre mi tarjeta, porque las guarda. Siete disparos a veinte yardas: el objetivo lo componen cuatro relojes, ninguno de ellos hacía tanto ruido como los que llevan ustedes. Lo guarda como una curiosidad.

—Yo no llevo reloj —murmuró Dompierre, expresando sus pensamientos en voz alta.

—No, señor Dompierre, pero lleva un corazón, y no precisamente en la manga —dijo Carrados—. Y ahora mismo está latiendo tan fuerte como el reloj del señor Montmorency. También ocupa un lugar central, así que me equivocaré menos al disparar. Así está bien, ahora respire con naturalidad —dijo, porque el infeliz Dompierre había dejado escapar un jadeo de angustia y aprensión—. Un reloj o un corazón no representan ninguna diferencia para mí, y contener durante mucho rato la respiración puede resultar realmente doloroso.

—*Monsieur* —dijo Dompierre angustiado—, no teníamos ninguna intención de hacerle daño, se lo juro. Ese hombre no ha dicho más que tonterías. Como mucho, solo le habríamos atado y amordazado, señor. Cuidado: matar a una persona es muy grave...

—Para usted; no para mí —fue la amable contestación de Max—. Si ustedes me matan, serán ahorcados por ello. Pero, si yo les mato, me condecorarán. Pueden imaginar la escena: un tribunal amigable y comprensivo, la enumeración de sus villanías y crímenes, la historia de mis sufrimientos y humillaciones. Y luego, con pasos dubitativos y manos temblorosas, el ciego inválido se dirige al estrado para declarar. ¡Oh, qué conmoción! No, no: no es muy justo, ya lo sé, pero creo que puedo matarles a todos ustedes con la absoluta certeza de que se me eximirá de cualquier responsabilidad. Por favor, no jugueteen con los pies, señor Dompierre. Ya sé que no se está moviendo, pero podría cometer un error y dispararle...

—Antes de morir —dijo Montmorency, y por alguna razón dejó escapar en la oscuridad una carcajada poco convincente—, antes de morir, señor

Carrados, me encantaría saber realmente qué ha hecho para que se fuera la luz. ¿No ha sido una casualidad?

—Sería muy poco generoso por mi parte pensar que está usted intentando ganar tiempo. Debería saber usted qué ha ocurrido. Pero, como no tengo nada que temer por retrasar las cosas un poco, no me importa decírselo. Tenía en la mano una navajita muy afilada... inútil, como usted imaginará, si quisiera utilizarla como arma; delante de mis narices tenía el cable de la lámpara eléctrica. Lo único que tenía que hacer era conectar la navaja con el cable y provocar un cortocircuito. Todas las luces de la casa se apagaron y en el cuadro eléctrico del vestíbulo encontrará usted un fusible quemado. Usted, tal vez... pero la experiencia del señor Dompierre en el mundo del dorado y el plateado debería de haberle enseñado algo sobre los elementos básicos de la electricidad.

—¿Y cómo sabía usted que hay un cuadro eléctrico en el vestíbulo? —preguntó Dompierre, con amargo resentimiento.

—Mi querido Dompierre, ¿por qué pierde el tiempo con esas preguntas tan vanas? —replicó Max Carrados—. ¿Eso qué importa? Podría estar en el sótano, ¿qué más da?

—Cierto —terció Montmorency—. Lo único que ahora nos importa...

—Pero está en el vestíbulo... a nueve pies de altura, en la pared... —farfulló Dompierre, con rencor—, y, sin embargo, él, que es ciego...

—Lo único que ahora importa —repitió el inglés, ignorando con toda su crudeza las palabras de su compinche— es saber qué piensa hacer al final, señor Carrados.

—El final es difícil de prever —fue la contestación—. Por ahora me interesa mantener la situación tal y como está. Puede que las primeras luces del amanecer nos encuentren así, en esta situación. Pero no, porque nosotros sabemos que la habitación está cerrada a cal y canto, y condenada a una total y absoluta oscuridad permanente. Puede que al amanecer Dompierre se caiga redondo de sueño contra la puerta. Yo, por desgracia, malinterpretaré sus intenciones y le pegaré un tiro... oh, perdón, señora, debería haber recordado que usted... pero, por favor, no se mueva.

—Le ruego, señor...

—No me ruegue nada y quédese sentada sin moverse. Muy probablemente será el señor Montmorency quien primero caiga rendido por el sueño, después de todo.

—Entonces anticiparemos ese inconveniente —dijo el caballero citado, hablando con renovado brío—. Jugaremos la última mano de la partida con las cartas sobre la mesa, si le parece. Nina, el señor Carrados no te hará daño pase lo que pase; de eso puedes estar segura. Cuando llegue el momento, levántate y...

—Una consideración... —interrumpió Carrados con firme decisión—. Mi situación es tan precaria que no pienso correr riesgos. Como usted dice, no voy a herir a la señora Dompierre, así que por lo tanto ustedes dos, los caballeros, serán rehenes de su buen comportamiento. Si ella se levanta del sofá, usted, Dompierre, caerá. Y si se atreve a dar un paso, el señor Montmorency será el siguiente.

—Tú no te muevas, *carissima* —dijo el marido, angustiado y con aterrada ansiedad—. Podría equivocarse y dispararte a ti. Encontraremos algún modo de...

—¡No se atreverá, señor Carrados! —gritó Montmorency, por primera vez decidido a mostrar indicios de no amedrentarse en aquel duelo de nervios—. No se atreverá a disparar, Dompierre. ¡A sangre fría y sin mediar provocación! ¡Ningún jurado le creería!

—Este caballero tampoco le hace justicia, señora —dijo el ciego, con irónica galantería—. Puede que la acción sea un poco despótica, lo admito, pero cuando usted, apropiadamente vestida y con su verdadero rostro, suba al estrado y yo diga: «Caballeros del jurado, ¿cuál es mi crimen? ¡He convertido a la señora Dompierre en una mujer viuda!». Entonces, ¿dudará usted de la gratitud de todo el mundo por mi acción? Le aseguro que no todos mis conciudadanos son murciélagos o monjes, señora.

Dompierre respiraba con ansiedad, mientras desde el sofá llegaron sonidos de una emoción sofocada, pero sería difícil asegurar si la dama estaba anegada en un paroxismo de sollozos o de risas.

Había pasado tal vez una hora desde la florida representación con la que la señora Dompierre había cerrado la trampa en la que había caído el detective ciego.

Los minutos habían transcurrido pero la escena permanecía inalterable en el interior de la casa, aunque dos de los ocupantes de la estancia se estaban devanando los sesos para dar con una manera de darle la vuelta a la situación en su provecho. Hasta ese momento, la terrible omnisciencia del ciego en la oscuridad y el respeto por su puntería temor que él mismo se había encargado de infundirles, dominaban la situación. Pero aún no había salido el as de la baraja, y por fin llegó el momento en el que los delincuentes habían depositado todas sus desesperadas esperanzas.

Hubo ruidos y movimientos en el vestíbulo, fuera de la estancia, y no eran los primeros, pero Carrados se había mostrado extrañamente indiferente a la nueva complicación. Ciertamente, Montmorency había hablado bastante alto y dando voces con la esperanza de alertar sobre el peligroso momento que estaban viviendo. Pero ahora estaba claro que iba a ocurrir algo y para los delincuentes eso solo podía significar una cosa. Montmorency se dispuso a dar instrucciones de inmediato...

—¡Agáchate, Dom! —gritó—. ¡Tírate al suelo! ¡Entra, Guido! ¡Rompe la puerta! ¡Estamos retenidos!

Se produjo una respuesta inmediata. La puerta, bajo la presión de los golpes de un ariete humano, reventó con un estallido. Los intrusos —cuatro o cinco hombres serían— se quedaron petrificados en el umbral durante un instante, asombrados por la extraordinaria escena que la luz del pasillo y sus propias linternas revelaron.

Con las caras pegadas al suelo, para presentar la menor superficie de blanco a la puntería de Carrados, Dompierre y Montmorency permanecían tendidos en el suelo, uno junto a la ventana y el otro junto a la puerta. En el sofá, con la cabeza oculta en los cojines, la señora Dompierre intentaba ocultarse a la sucesión de gritos y violencia que preveía. Carrados... bueno, Carrados no se había movido: estaba con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados, y sonreía plácidamente ante la llegada de los nuevos visitantes.

Por su actitud, comparada con la extravagancia de todos los que le rodeaban, daba la impresión de ser una complaciente divinidad moderna que estuviera presidiendo algún grotesco ceremonial de adoración pagana.

—Vaya, inspector Beedel. No podía esperarme, ¿verdad?

Ese fue su saludo.

¹³ «The Game Played in the Dark», incluido en *Max Carrados*, Methuen & Co., Londres, 1914.

¹⁴ En este lugar de Londres se encuentra el Banco de Inglaterra. Puede que Bramah, como periodista que era, tuviese acceso a los extraños casos que se citan, de los que no parece haber quedado rastro alguno.

La desaparición de Marie Severe¹⁵

—Me pregunto si estaría interesado en el caso de Marie Severe, señor Carrados.

Si los ojos de Max hubieran estado acostumbrados a expresar emociones, sin duda habrían pestañeado de incredulidad ante el inspector Beedel, que le presentó a su amigo de semejante modo el caso de la escolar de Swanstead on Thames cuya inexplicable desaparición, dos semanas antes, había llenado columnas enteras de los periódicos con emocionantes especulaciones, hasta que la absoluta imposibilidad de mantener la tensión informativa por carencia total de pistas había relegado finalmente a la pobre Marie Severe a la oscuridad de un suelto sin importancia.

—Si le interesa a usted, seguro que a mí también, inspector —dijo el ciego con su energía habitual—. ¿Aún están en ello, entonces?

—Claro que, sí, señor. Lo tengo entre manos, pero por lo que sabemos... bueno, «sabemos» es tal vez una palabra excesiva...

—Ah, sí... —comentó Carrados—. Recuerdo que había muy pocas pistas...

—No creo haber tenido jamás un caso de este tipo con menos pistas válidas, señor. Por el rastro que dejó, la chica podía haberse desvanecido perfectamente, y desde ese día hasta hoy, con la excepción de aquella nota impresa que recibió su madre (¿lo recuerda, señor Carrados?), no hemos tenido ni la menor pista en la que valga la pena gastar las suelas de los zapatos.

—Así que entiendo que sí ha tenido muchas pistas, pero ninguna que...

El inspector Beedel esbozó un gesto de resignada desesperación. Dejaba traslucir la paciente exasperación de un hombre responsable que lleva mucho tiempo penando.

—Hay que decir que el caso estuvo bastante tiempo en el candelero, señor. Dudo que haya habido un caso más llamativo y popular en años. Mire, yo estoy a favor de dar publicidad cuando las circunstancias sugieren que las fotografías o las descripciones pueden arrojar alguna luz sobre los hechos, pero a veces resulta bastante incómodo para aquellos que tienen que resolver el caso. «La han visto en Northampton», «Se la ha visto en Ealing», «Se dice que la han visto en West Croydon», «Una chica que se ajusta a esa descripción fue vista en el vestíbulo de Charing Cross», «Un individuo sospechoso con una chica que se le parecía ha sido visto en Victoria Dock, en Hull», «Alguien la ha visto y ha hablado con ella cerca de Chorley, Lancs», «La avistaron a bordo de un lujoso coche en la carretera de Portsmouth», «Se asegura que ha visitado un museo en Watford»... Se han seguido todas las pistas con sumo cuidado, como si creyéramos que todas y cada una fuera real.

—Y no han conseguido nada, ¿no?

El inspector miró a su alrededor. Sabía a la perfección que se encontraban solos en el estudio de The Turrets, pero ese gesto se había convertido casi en una costumbre.

—Señor Carrados, ante usted no me importa admitir que la única hipótesis que considero plausible es que el padre de la niña fuera hasta allí aquel día y se la llevara. ¿Dónde está? ¿Está viva o muerta? No puedo decirlo, pero que el padre está en el ajo, de eso estoy firmemente convencido. Y es más —añadió con intencionada lentitud—, espero que así sea.

—¿Y por qué? —preguntó Carrados.

Beedel se palpó el pecho y, metiendo la mano en el bolsillo, sacó una formidable cartera, y de uno de sus innumerables compartimentos extrajo una serie de fotografías protegidas por un sobre de papel transparente y brillante.

—Si pudiera sacar alguna conclusión de lo que significa este retrato, es seguro que entendería mejor lo que quiero decir, señor Carrados —contestó con amabilidad.

Carrados negó con la cabeza, pero de todos modos tendió la mano para coger la fotografía.

—Me temo que no servirá de mucho —confesó tras tocarla—. Una impresión de este tipo es de las pocas cosas que no ofrece ningún tipo de

gradación para el sentido del tacto. No, no... —dijo mientras pasaba las yemas de los dedos por el papel—, es una superficie de gelatina de cloruro, con una uniformidad matemática, inspector: para mí no es nada más. Ahora bien, si tuviéramos el negativo...

—Estoy seguro de que podríamos conseguirlo si lo desea, señor Carrados. De todos modos, me atrevo a decir que habrá «visto» a esta muchacha en alguno de los periódicos. Tiene diez años y es alta... al menos bastante alta para su edad. Esta foto es la última que le hicieron, este mismo año, y me han dicho que está igual.

—¿Cómo la describiría usted, señor inspector?

—No soy muy bueno en ese tipo de cosas —dijo el policía con una extraña timidez—, pero es una fotografía encantadora. Está muy derecha y envarada, y sin embargo posee una especie de gracia que recuerda a la de un animalillo silvestre. Es una fotografía del rostro, y parece que lo mire a uno directamente, con una expresión que es en parte seria y en parte divertida, y con la nobleza y la gracia que podría tener cualquier princesa. Yo tengo hijos, ¿sabe, señor Carrados?, y por supuesto creo que son los más guapos y agradables del mundo, pero esta niña... esta niña es una cosa distinta. Tiene el pelo rizado, aunque sin tirabuzones, y por las descripciones sabemos que es morena. Tiene los ojos castaños y cejas finas; su piel es de un color como tostado brillante, digamos, y tiene los dientes pequeños y bien formados. Por supuesto, tenemos una descripción completa de lo que llevaba puesto y demás detalles...

—Claro, claro... —asintió Carrados, casi distraído—. El estudio de los fotógrafos Van Brown, ¿eh? Esa gente tiene dinero entonces, ¿verdad?

—Oh, sí... Una casa muy bonita y una buena posición, sí... La señora Severe, quiero decir. Recordará usted que consiguió el divorcio de su marido hace cuatro o cinco años. He estudiado los pormenores y no se puede decir que fuera un caso difícil, pero la señora parecía decidida a separarse y al final el señor Severe no protestó. La mujer tenía quinientas o seiscientas libras anuales propias, pero él no tenía más que su salario, y a partir del divorcio el hombre ha caído en picado. Está casi en las últimas ahora y va viviendo como puede.

—¿Qué sospechas tiene contra él?

—Bueno, apenas se puede decir que haya sospechas, porque no hay pruebas de que se le haya visto con la niña, ni hay nada que lo relacione con ella después de la desaparición. En todo caso, es una hipótesis de trabajo. Si el secuestro fuera el acto de un delincuente o de un maniaco, la experiencia nos dice que ya deberíamos haberla encontrado, viva o muerta. La señora Severe está convencida de que ha sido su marido. Por supuesto, el juez le dio la custodia de Marie. Su marido pidió que le dejaran verla de vez en cuando, y al principio una criada llevaba a la niña a tomar el té con él una vez al mes. Iban al apartamento del caballero. Luego pidió verla en un parque o en una galería. Para entonces ya no tenía un apartamento decente, ¿comprende, señor? Al final, la criada dijo que el hombre andaba tan andrajoso que le daba vergüenza que vieran a la niña con él, aunque también dijo que nunca le pareció que estuviera borracho y que siempre fue cariñoso con Marie, que solía llevarle un juguete o algo siempre, incluso aunque parecía que ni siquiera tenía seis peniques para él mismo. Poco después esas visitas se interrumpieron por completo. Y luego, hace cosa de un mes, los dos, marido y mujer, se encontraron casualmente en la calle. El hombre dijo que esperaba que su situación mejorara pronto, y volvió a solicitar las visitas a la niña. No sé cómo quedaron las cosas, pero dio la casualidad de que la señora Severe iba acompañada de una amiga, una mujer de mediana edad americana llamada señorita Julp, que al parecer está viviendo con ella ahora, y esa mujer (bastante mandona, esa Cornelia Julp, debo decir) se metió en la conversación y dio su opinión, hasta que el señor Severe debió de enfadarse por algo y debió de sobrepasarse en algún momento. Al final, la señora Severe tuvo la desafortunada idea de solventar la cuestión dándole a su marido un billete. Dice que su marido tenía un aspecto espantoso, como no lo había visto jamás. Entonces, el señor Severe, furioso, rompió el billete y lo hizo añicos y tiró los trozos a una alcantarilla que había cerca, se limpió las manos con su pañuelo, saludó con el sombrero y se alejó sin decir ni media palabra. Esa fue la última vez que la mujer lo vio, pero asegura que desde aquel momento tuvo miedo de que pudiera ocurrir algo.

—Y ocurrió algo y por tanto, naturalmente, debió de ser cosa del señor

Severe —sugirió Carrados.

—Algo así es lo que pensamos, debo admitirlo, señor —asintió el inspector—. De todos modos, las opiniones de la señora Severe no son lo único que tenemos. Los datos con los que contamos sobre los movimientos de su marido la tarde en cuestión (digamos entre las doce y media y las cuatro, en concreto) no son satisfactorios. Últimamente ha estado viviendo en un piso miserable por la calle de Red Lion. Dice que salió a las doce y regresó a las cinco: eso no lo niega. Dice que pasó ese rato caminando por las calles y en las salas de lectura del Holborn, pero no puede citar a nadie que lo viera durante esas cinco horas. Por otra parte, un empleado de la estación de Swanstead lo identificó como uno de los pasajeros que se bajó allí del tren de las 13:17 aquella misma tarde.

—¿Lo identificó por las fotos de los periódicos?

—En primera instancia, sí, señor Carrados. Después, en persona.

—¿Hablaron o fue una identificación meramente visual?

—Solo lo vio...

—Supongo que le llamaría la atención por el extraordinario hecho de que el pasajero llevaba sombrero y corbata... como en la fotografía, o tuvo la idea de fijarse en él minuciosamente por algo indescriptiblemente sospechoso en el modo en el que el pasajero le entregó el billete. Puede que sea cierto, Beedel, lo admito, pero desconfío muchísimo del peso que puedan tener esas identificaciones casuales, tan abundantes en nuestros días. ¿Usted está satisfecho con esa historia, señor Beedel?

—Bueno, solo como aportación que podría confirmar otras pruebas mejores, señor. Hasta que encontremos a la chica o tengamos alguna pista de ella, estamos condenados a tener en cuenta estas aportaciones con la esperanza de encontrar un buen hilo del que tirar. Bueno, y luego está la carta que recibió la señora Severe.

—¿La tiene aquí?

—El inspector cogió la cartera que aún no había devuelto a su bolsillo y rebuscó en otro departamento.

—Es una carta muy extraña —comentó, mientras le entregaba el sobre al señor Carrados y esperaba su opinión.

El ciego pasó las yemas de los dedos por el papel y de inmediato comprendió por qué aquella carta era especial. Los renglones estaban impresos, pero no de forma consecutiva, y cada letra iba seguida de un espacio en blanco. Era evidente que alguien había recortado las letras de otra hoja y las había pegado en el sobre para componer la dirección.

—«Londres, E. C., 5:30 p. m., 15 de mayo...» —leyó Carrados en el matasellos.

—El día del secuestro. Hay un tren que sale de Swanstead y llega a Lambeth Bridge a las 16:47 —apuntó Beedel.

—¿Qué estaba haciendo ese empleado de la estación suyo cuando partió el tren?

—No trabajaba, señor.

Carrados sacó la carta del sobre y la leyó igual que había hecho con el sobre, pero tocando con mayor lentitud, porque la impresión era más pequeña. El tipo de letra y de papel sugerían de nuevo un origen periodístico. En la mayoría de los casos el autor había encontrado las palabras enteras.

—«No se asusten» —decía el mensaje compuesto—. «La muchacha está en buenas manos. El único riesgo radica en seguir buscándola. Esperen y regresará a casa sana y salva». ¿Han identificado el periódico del que se extrajeron estas palabras?

—Sí —contestó el inspector—, todas están recortadas del *The Times* del 13 de mayo. Lo que aparece en la parte posterior de los recortes nos lo confirma absolutamente. Todo parece muy bien organizado y premeditado, señor Carrados.

—Todo el incidente apunta a eso. La fecha del periódico no significa mucho, pero la deliberada selección de las palabras, el modo tan cuidadoso en el que han sido recortadas y alineadas, todo ello unido al momento y la hora en que la chica desapareció y la hora en la que fue enviada la carta... sí, creo que puede dar por sentado que hubo premeditación, inspector.

—El papel es de lo más común; un envío desde Londres y el método de un hombre que usa recortes porque teme que, aunque lo disimule, su caligrafía podría delatarlo.

Carrados asintió.

—El señor Severe no puede estar pensando en retener durante mucho tiempo a la niña —apuntó casi de pasada—. ¿Qué motivación podría tener?

—La señora Severe está convencida de que lo ha hecho para herirla, como una venganza.

—¿Y esta carta sería para tranquilizarla?

El inspector se mordió el labio mientras sonreía ante aquel envite.

—Puede que también quiera que se suspenda la búsqueda —sugirió.

—Entonces, ¿diríamos que esta carta es para tranquilizarla?

—En cierto sentido, sí, es para eso. Nos ha permitido establecer que el caso no es una huida ocasional ni una fuga. Claro, hay una alternativa que naturalmente no le hemos comunicado.

—¿Y es...?

—Que sea otro caso de Thelby Wood¹⁶, señor Carrados. El enamoramiento maniático de alguien que podría ser cualquiera, quien menos se sospeche. Algún hombre de buena posición, un amigo y vecino tal vez, que haya visto a esa jovencísima criatura (la amiguita del colegio de sus propias hijas o la niña que se sienta en la iglesia delante de él) y se convierta en esclavo de su imaginación perturbada hasta que acaba arriesgándolo todo para hacerse con el objeto de su deseo. Un tipo de hombre primitivo, se podría decir, e incluso peor, un sátiro o un gorila.

—Me pregunto —apuntó Carrados pensativamente— si usted también ha pensado en dejarlo todo y convertirse en monje, inspector. O en un estilista sobre una columna.

Beedel dejó escapar una risa leve y luego se rascó la barbilla con el mismo espíritu contemplativo.

—Creo que sé a lo que se refiere usted, señor —admitió—. Aquello fue una página negra. Pero... —añadió con saludable filosofía—, después de todo, es solo una página en un libro bastante más largo. Y, si yo estuviera en un monasterio, se habrían cometido dos o tres crímenes que yo he contribuido a que no se cometieran.

—Incluso le habría sido imposible impedir que me partieran el cráneo, inspector. Muy cierto. Debemos dejar el mundo tal y como lo encontramos y, respecto a nosotros, ser como somos. Y ojalá pudiera estar de acuerdo con

usted respecto al señor Severe. Sería una perspectiva más halagadora: el rencor y la venganza al menos son motivos humanos decentes. Por desgracia, la única pista que puedo ofrecer es una pista negativa. —Señaló los recortes de papel sobre la hoja que Beedel le había entregado—. Este fotomontaje cuesta aproximadamente seis peniques, pero se puede comprar un bote de pegamento por un penique.

—Bueno, señor —dijo Beedel—, pensé estudiar eso, pero esperé a que viera la carta tal y como estaba. Después de todo, no me pareció un asunto del que se pudiera sacar mucho.

—Muy cierto —admitió Max—, no hay nada personal ni concreto en esa carta. Puede sugerir que se trata de un fotógrafo, aficionado o profesional, pero sería ridículo sospechar nada a partir de esto. El señor Severe, de todos modos... Hay cientos de posibilidades. Yo lo descartaría, de momento.

—¿No podemos sacar nada más de esa carta?

—Puede ser, pero en estos momentos parece bastante inane. ¿Por qué manos ha pasado?

—Me la dio la señora Severe y ha estado en mi posesión desde entonces.

—¿No se la ha dejado a ningún farmacéutico o químico para algo?

—No, señor, les di una copia del texto a algunos periodistas, pero no la ha tocado nadie más que yo.

—Muy bien. ¿Le importaría dejármela unos días?

El inspector Beedel expresó su total e inmediata disposición, y habría añadido su agradecimiento, por el servicio que le estaba prestando Max Carrados, pero el ciego lo interrumpió...

—No espere nada definitivo, inspector —le advirtió—. Me temo que esto se resolverá casi por casualidad. Solo un golpe de suerte puede darnos el tanto ganador, pero puede ir también en sentido contrario. En cualquier caso, no hay ninguna razón para que no me dé un paseo en coche por Swanstead uno de estos días, cuando salga. Si surge alguna noticia nueva antes de que yo le avise, llámeme por teléfono. Pero, dígame: ¿dónde ocurrió esto exactamente?

Los hechos concretos que rodeaban la desaparición de Marie Severe constituían el verdadero misterio del caso. Arling Avenue, en Swanstead, era

una de esas tranquilas calles de barrio donde es imposible imaginar que nada pueda ocurrir con prisas y precipitación, más allá de la entrega de algún telegrama, de vez en cuando, al contratista del barrio. Las casas, aisladas unas de otras por sus preceptivas verjas o jardines, se habían construido aquí y allí, dispersas, a lo largo de la calle, y no todas a un tiempo, pero incluso las más modernas tenían ahora cierta solera, y los solares vacíos entre ellas habían pasado de ser «lugares de interés» para la construcción a convertirse en jardines de paso o campos de botones de oro y margaritas, de modo que Arling Avenue continuaba siendo una barriada agradabilísima y exclusiva. Uno de los lados de la calle estaba sin construir y tenía el aspecto de un gran prado donde creciera el heno y animales de verdad pastaran en la época correspondiente. Los vecinos de Arling Avenue nunca dejaban de mostrar a sus visitas esta prueba ineludible de su entorno campestre. Ese ambiente rural también se dejaba ver en Homewood, la escuela de Arling Avenue para niños y niñas que las señoritas Chibwell habían regentado con éxito y discreción hasta que ocurrió el asunto de la familia Severe; entonces y de repente se convirtieron en el centro de todos los focos y de una aterradora publicidad.

La casa de la señora Severe, The Hollies, era la primera de la calle, en el sentido de que solía afrontarse la entrada de la calle desde la estación. Beedel arrancó una hoja de papel y dibujó a grandes rasgos un plano del vecindario al tiempo que explicaba la situación de algunos detalles concretos. Al lado de The Hollies estaba Arling Lodge. Después de Arling Lodge había uno de esos solares vacíos, y luego estaba la casa siguiente; ese solar entre Arling Lodge y la casa siguiente era más bien un claro herboso, y sin vallar por la parte de la carretera; y en ese punto fue donde el inspector subrayó el lugar clave, y lo marcó finalmente con una inquietante X. Originalmente aquel claro sin duda había sido el lugar donde se había proyectado otra calle, pero el plan al parecer había quedado en nada. De vez en cuando, una pequeña cuadrilla de muchachos con vocación expedicionaria, y con el ficticio optimismo de la juventud, se aventuraba en aquella pequeña selva enmarañada de hierbas altas con la esperanza de encontrar moras por allí; de vez en cuando algún tapicero de paso o algún gitano vagabundo lo consideraba como el lugar apropiado para echarse una siesta, pero su uso verdaderamente legítimo parecía ser el de

proporcionar un acceso lateral al jardín de Arling Lodge. El inspector dibujó la puerta del jardín cuando se acordó, y especificó que esa puerta rara vez se utilizaba y siempre estaba cerrada. Luego prosiguió dibujando la avenida hasta llegar a la escuela, indicando todas las casas y otras características del barrio. La longitud total de la calle no sobrepasaba las doscientas yardas.

Pocos minutos después de las dos de la tarde, el día de la desaparición, Marie Severe salió, como era habitual, de la escuela de la señorita Chibwell. Desde el incidente del desafortunado encuentro con su exmarido, la señora Severe había considerado que era necesario vigilar con más cautela a su niña. A partir de ese instante, Marie nunca salía sola, nunca, salvo cuando recorría el pequeño camino que la conducía a la escuela y cuando regresaba, porque en aquella calle recta, a plena luz del día, era ridículo imaginar que nada pudiera ocurrir. Era ridículo, pero de todos modos su madre, un tanto inquieta, solía acompañar hasta la cancela del jardín a la pequeña y la veía marcharse hasta que la figura de la niña desaparecía de su vista, tras el último y lejano adiós, en el patio de la escuela.

—Y eso habría ocurrido también aquel día —explicó el inspector Beedel— si no hubiera sido porque se encontraron en la puerta del jardín a un comerciante con quien la señora Severe quería hablar. La señora miró calle arriba y en ese momento la señorita Chibwell estaba en la puerta del colegio. No había nadie más en la calle, así que no resulta extraño que la señora Severe regresara de nuevo a la casa sin preocuparse más del asunto.

»Esa fue la última vez que se vio a Marie. En realidad, la señorita Chibwell se metió en el patio de la escuela casi cuando la señora Severe se metió en su casa. Cuando la niña no se presentó aquella tarde, la maestra no se inquietó. Es un poco miope y aunque había visto a la niña y a su madre en la puerta de su casa, pensó que irían juntas a algún sitio. Así que hasta las cuatro, cuando Marie no regresó a casa, no saltaron las alarmas.

Las largas narraciones no cuadraban bien con la actitud mental del inspector Beedel. Hacía frecuentes pausas, como si quisiera invitar a una interrupción o a que se le plantearan dudas. A veces Carrados ignoraba las pausas y otras le parecía más adecuado utilizarlas.

—Lo que se deduce es que había alguien acechando en este sitio, justo

después de Arling Lodge, ¿no? —dijo, ante el silencio del inspector.

—Creo que es razonable suponerlo, señor. Una acción premeditada, podemos decir. Si duda estaban esperando la ocasión propicia y fue esa. En cualquier caso —dijo, golpeando con el dedo la X del papel que Carrados tenía en la mano—, ese es el último rastro del que podemos fiarnos.

—¿Se refiere al rastro...?

—Sí, señor Carrados. Llevamos a uno de nuestros perros a la mañana siguiente y lo pusimos sobre el rastro. Le dimos a oler una bota de la niña y desde la puerta nos llevó sin ninguna duda hasta donde he marcado esa X. Y allí se acabó todo. No me cabe la menor duda de que cogieron allí a la niña y se la llevaron. Es una cosa curiosísima. Es casi imposible que lo hicieran sin pasar junto a alguna casa. Las vallas de toda la zona son de tal altura que es increíble que ningún hombre haya podido transportar una carga insensible, o poco cooperadora, sin haberla dejado al menos una vez en el suelo durante el proceso. Si hemos de confiar en nuestros perros, la niña no volvió a pisar el suelo. Se tuvo que utilizar algún tipo de vehículo. No encontramos huellas de ruedas y nadie parece haber visto nada en aquellos momentos que pudiera darnos una pista.

—Está usted decidido a dejarme perplejo, inspector —sonrió Carrados.

—En esas estoy yo, señor —dijo el detective.

—Y le conozco demasiado bien como para preguntarle si ha intentado investigar esto o aquello...

—Lo he hecho todo —admitió Beedel con modestia.

—¿Y este punto X se puede ver desde alguna casa?

—Ahí está Arling Lodge. Hay una ventana que da a esa zona, pero los árboles son demasiado tupidos como para poder ver nada. Además, es solo una ventana de un pasillo. El doctor Ellerslie me llevó hasta esa ventana para poder mirar..

—Ellerslie... ¿El doctor Ellerslie?

—El caballero que vive ahí. Aunque no siempre se queda allí; por lo que entiendo, tiene esa casa como residencia para el fin de semana. Le gusta salir en barco, me parece. Su trabajo habitual lo tiene en Londres.

—¿Se refiere a Prescott Ellerslie, de Harley Street? ¿Lo conoce?

—El mismo, señor Carrados.

—Oh, es un hombre muy conocido. Tiene una gran reputación como cirujano de peritonitis. Nada menos que cincuenta guineas por caso, inspector. —Tal vez los honorarios no impresionaban en exceso al señor Carrados, pero sin duda pensaba que eso podría interesar al inspector Beedel —. Y la otra casa, la que está después del solar... ¿Lyncote?

—Ahí vive un coronel del ejército indio retirado, el coronel Doige.

—¿Y desde su casa se ve también el lugar que nos interesa?

—No, está bastante apartada del sitio. No se ve.

El suspicaz dedo de Carrados se detuvo ligeramente sobre un detalle del plano que fue revisado con minuciosidad. El lapicero del inspector añadió entonces una línea de puntos que conducía desde la puerta de The Hollies hasta la X.

—Este es el rastro del perro —explicó Beedel, siguiendo el movimiento del dedo de Carrados—. Como habrá notado, la chica giró con brusquedad, salió de la calle y se metió en este solar en un ángulo recto...

—Estaba pensando justo en eso.

—Algo le llamó la atención de repente o alguien la llamó para que fuera allí... me pregunto qué sería, señor Carrados.

—Yo también... —repitió el ciego, llevándose la nota anónima una vez más a la nariz.

Max Carrados con frecuencia aseguraba que encontraba la inspiración junto a la luz y el resplandor, unas fuentes de energía a las que sus ojos muertos no eran sensibles, pero cuando quería trabajar con cualquier otra persona y gozar de una notable ventaja respecto a todos los demás no era raro que escogiera la oscuridad. Por tanto, era de noche cuando, de acuerdo con la promesa que le había hecho a Beedel, emprendió un paseo en coche por Swanstead; o, más exactamente, era de madrugada, porque el reloj de la torre cuadrada acosada por la hiedra de la iglesia parroquial dio las dos justo cuando el coche entró por el puente combado que une Middlesex y Surrey.

—Aquí está bien, Harris; espere aquí —dijo poco después. Sabía que había árboles y amplios espacios abiertos a ambos lados. La estación quedaba justo detrás, y desde la estación a Arling Avenue había un paso. Incluso a esa hora,

Arling Avenue podía haberse despertado por culpa del ruido de un coche extraño y de unas proporciones bastante notables. El versátil Harris aprovechó del mejor modo la circunstancia y se puso a dormir, para soñar con una tienda de bicicletas y salones de té donde pudiera dedicarse a criar gallinas wyandotte. Con Parkinson a su lado, Carrados decidió caminar lentamente por Arling Avenue. Lo que faltaba en el mapa de Beedel lo suplían los ojos de Parkinson; en un plano más sutil, en la noche húmeda y cálida, plena de sonidos acallados y perfumes terrestres, aparecían otros detalles, como si un hábil dibujante estuviera completando el plano del conocimiento del ciego.

Avanzaron por la avenida, hasta el final, y luego regresaron hasta el solar con maleza donde se había evaporado el rastro de Marie Severe.

—Yo me quedaré aquí. Usted vuelva a la calle principal y espéreme. Puede que me entretenga un buen rato. Si le necesito, oirá el silbido.

—Muy bien, señor. —Parkinson sabía desde hacía mucho tiempo que había ocasiones en las que su patrón no quería tener a nadie alrededor, mirando, porque iba a hacer su trabajo, y con magnífica impasibilidad el mayordomo se alejó sin mostrar ni la más mínima curiosidad. Ni siquiera se le ocurrió preguntar. Pero durante casi media hora las criaturas más curiosas de la noche otearon desde los árboles, o desde el suelo, dependiendo de su naturaleza, para observar las extrañas actitudes y la silenciosa persistencia del molesto intruso nocturno que perturbaba la soledad cuando cruzaba de un lado a otro, una y otra vez, su pequeño reino, y estudiaba sus fronteras y exploraba cada esquina de sus pequeños matorrales. Un simple pétalo recogido junto a la puerta cerrada del jardín de Arling Lodge parecía una ridícula recompensa para semejante perseverancia, pero debe entenderse que la paciente búsqueda no había sido en vano, porque inmediatamente después de aquel descubrimiento Carrados abandonó el solar y, con el alegre descaro que caracterizaba sus métodos, abrió la cancela del jardín del doctor Ellerslie y se adentró lentamente pero con decisión en la propiedad, avanzando junto a la valla.

«Un hombre ciego», había contestado en cierta ocasión a las nerviosas protestas del señor Carlyle, «un hombre ciego tiene en su cara una excusa

suficiente para cualquier indiscreción».

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando, junto a la luz de la farola que había en una esquina de la calle y la carretera, Parkinson vio aproximarse a su patrón. Pero para disgusto del criado paciente y excelente, en momento Carrados dio media vuelta y regresó sobre sus pasos con el mismo ademán tranquilo y seguro. En realidad, al ciego se le había ocurrido otra idea y continuó caminando arriba y abajo por la acera mientras reflexionaba.

—Oh, ¡señor...!

Se detuvo de repente, pero sin revelar sorpresa alguna, sin el sobresalto que pocos pueden evitar cuando alguien les llama en la oscuridad por sorpresa. La oscuridad era eterna para Max Carrados y, en realidad, ¿acaso era una sorpresa? ¿Acaso Max ignoraba que una figura oscura había aparecido junto a la cancela de The Hollies durante su recorrido?

—Le he visto caminando arriba y abajo a estas horas y me preguntaba si... me preguntaba si sabría usted algo...

—¿Quién es usted?

—Soy la señora Severe. Mi pequeña Marie desapareció aquí hace dos semanas. Seguro que ha oído usted hablar de ello. Todo el mundo lo sabe.

—Sí, lo sé —admitió—. Me lo dijo el inspector Beedel.

—¡Ah, el inspector Beedel! —Había un evidente tono de decepción en su voz—. Es muy amable y me prometió... pero no ha averiguado nada, y los días pasan y pasan... —repitió con amargura.

—¡Ida! ¡Ida! —Alguien la estaba llamando desde las ventanas de arriba, pero Carrados estaba hablando y la señora Severe sencillamente agitó la mano hacia atrás, dirigiéndose a la persona que la llamaba, sin responder.

—¿Le gustaban mucho las flores a la niña?

—Oh, sí, ya lo creo... —Aquel agradabilísimo recuerdo rebajó su sentimiento de angustia y, por un momento, pareció alegre y sonriente—. Le encantaban las flores. A veces metía toda la cara en un ramo de flores y parecía que quisiera beberse el perfume. Se puede decir que casi vivía en el jardín. Para ella las flores eran más importantes que los juguetes o las muñecas, desde luego. ¿Pero cómo lo sabe?

—Solo lo suponía.

—¡Ida! ¡Ida! —Aquella voz, bastante insistente y quejumbrosamente nasal, volvió a surgir en la oscuridad y esta vez la señora Severe contestó.

—Sí, querida, enseguida voy... —respondió, pero demorándose aún, sin embargo, para averiguar si podía esperar algo de aquel visitante extemporáneo.

—¿Había estado Marie enferma últimamente? —Carrados paralizó a la mujer con aquella pregunta.

—¿Enferma? Oh, no... —La respuesta fue inmediata y vehemente. Y lo dijo casi con resentimiento, y pareció que el orgullo de la madre residiera precisamente en la impecable salud de su niña.

—¿Nada que exigiera los servicios de un médico?

—Marie nunca ha necesitado los servicios de un médico. —El tono, ahora distante y contenido, dejó muy claro que la señora Severe había dado por terminada la conversación sobre aquel asunto—. Mi niña, y me alegra poder decirlo, no sabe lo que es una enfermedad —añadió con clara intención.

—¡Ida! ¡Ah, estás aquí...! —La presencia de la otra mujer de mediana edad, estrafalariamente vestida y de rostro afilado, que caminaba arrastrando las zapatillas por el camino del jardín, acabó por rematar la conversación.

—¡Qué susto me has dado, cariño! ¡Vaya!, pero ¿quién...?

—Buenas noches —dijo la señora Severe, volviéndose hacia la casa.

Carrados saludó con el sombrero y reinició su caminata interrumpida. No había buscado aquella conversación y no hizo ningún esfuerzo por prolongarla, dado que, en su opinión, había poco que pudiera extraerse de aquella fuente.

—Un extraño arrebató de orgullo maternal —apuntó con su habitual gesto de indiferencia cuando se reunió con Parkinson.

Alrededor de las cinco en punto de aquel mismo día —las cinco de la tarde, se entiende—, el inspector Beedel recibió una llamada telefónica.

—Oh, no tengo ninguna novedad, señor Carrados —dijo, cuando supo quién era la persona que lo llamaba—. No se me olvida que debo

comunicárselo cuando las haya...

—Pero yo creo que es posible que las haya —contestó Max Carrados—. O, al menos, podría haberlas si fuera usted a Arling Lodge e insistiera en ver a la niña que durmió allí ayer por la noche.

—¿Arling Lodge? ¿La casa del doctor Ellerslie? No me estará diciendo, señor, que...

—Es solo para que se quede tranquilo. El doctor Ellerslie es viudo y no tiene hijos. Marie Severe fue drogada con fronalal¹⁷ rociado en algunas flores que le dieron. El fronalal es un nuevo anestésico, prácticamente desconocido fuera de los círculos médicos. Metieron a la niña en el jardín de Arling Lodge y luego en la casa. El ramo de flores estuvo tirado algún tiempo en el interior del jardín, probablemente mientras volvían a cerrar la cancela. El pelo de la niña se enredó en una zarza a seis yardas de la puerta trasera, junto al camino que llega hasta allí. Ellerslie había despedido antes a las dos personas que se ocupan de la casa: un ama de llaves y su marido, que cuida el jardín. Esa carta, por cierto, se puede asociar al fronalal. Ahora ya tiene todo lo que necesita, inspector, y espero por Dios estar en lo cierto.

—Pero... Dios bendito, señor Carrados, ¡esto es terrible! —dijo Beedel, horrorizado y espantado a pesar de su amplia experiencia en los aspectos más lamentables de la humanidad—. ¡Un hombre de su posición! ¿Es un perverso?

—No lo sé. Para serle franco, inspector, no he ido ni una pulgada más allá de lo necesario para estar seguro. Utilice la información que le he dado como mejor le parezca, pero no quiero tener nada más que ver con este caso. No es muy agradable haber descubierto el delito en un hombre como Ellerslie: una máquina insensible y precisa en el quirófano, según dicen, pero un hombre que estaba haciendo un buen trabajo, salvando vidas todos los días. Bueno, que estoy harto, Beedel, eso es todo.

—Lo comprendo, señor. Sin embargo, está la otra parte, ¿no?, en fin... Por supuesto, mantendré su nombre fuera del caso, como usted desea, pero me van a atribuir unos méritos que no debería aceptar. Si uno lleva semanas sin hacer nada, los periódicos siempre son más elogiosos cuando uno hace algo.

—Me temo que tendrá que lidiar solo con eso —replicó Carrados sin más.

Se escuchó una amable risa de asentimiento al otro lado del teléfono y una referencia a la deuda que contraía con su comunicante. Y luego:

—Bueno, reuniré el operativo necesario y acabaremos con esto de inmediato, señor.

—Sí. Adiós —dijo Carrados. Colgó el auricular con la única satisfacción que había experimentado desde que había señalado a Ellerslie: la satisfacción de haberlo cazado. El asunto era repugnante en sí mismo y, para añadir otro elemento de disgusto, por un par de circunstancias que había tenido ocasión de conocer en el pasado, tenía un verdadero respeto por el cirujano al que algunos calificaban de brutal, pero al que todo el mundo consideraba excepcionalmente eficaz. Habría sido un asunto mucho más agradable para el ciego eximirlo que implicarlo. Se dirigió a una bandeja con monedas sicilianas del periodo independiente para quitarse el mal sabor de boca y juró que no leería ni una sola palabra de lo que se dijera sobre el caso.

—Hay un caballero que desea verle, señor. Dice llamarse Severe.

Y ocurrió que, alrededor de una hora después de que hubiera archivado definitivamente su interés por el caso, Max Carrados se vio otra vez sumergido en sus turbulentas aguas. Si el señor Severe hubiera sido un mero suplicante acomodado, tal vez... pero el ciego tenía un espíritu lo suficientemente vagabundo para conceder toda su simpatía y compasión a una persona que —por el contrario, lo sabía— se encontraba en graves dificultades económicas. Con un destello de imaginación, fue capaz de ver al pobre desgraciado caminando desde la calle Red Lion hasta Richmond y, tras decirle que no se le recibiría, volviendo desde Richmond a la calle Red Lion, porque no tenía ni seis peniques para gastar, el hombre que siempre le llevaba un juguete...

—Son casi las siete, ¿no, Parkinson? El señor Severe se quedará y cenará conmigo. —Estas fueron casi las primeras palabras que escuchó el visitante.

—Muy bien, señor.

—¿Yo? ¿Cenar? —preguntó el señor Severe rápidamente—. No, no. De verdad que no...

—Ojalá fuera usted tan amable de hacerme compañía —dijo Carrados con humilde determinación. Parkinson se retiró, sabiendo que las cosas se harían

como decía su patrón—. Estoy bastante solo, señor Severe, y mi egoísmo lo demuestro invitando a cenar a la gente. Si una persona me visita durante el desayuno, tiene que quedarse a desayunar; si llega a la hora de la comida, tiene que quedarse a comer, y así sucesivamente.

—Sus amigos, sin duda... —aventuró el señor Severe con latente amargura.

—Bueno, estoy inclinado a calificar como amigo a cualquiera que tenga a bien iluminar mi oscuridad. Usted también lo haría en mis circunstancias, seguro.

Y entonces, de un modo bastante inconsciente, con ese amable trato, los años de degradación social fueron desapareciendo en el señor Severe y se encontró aceptando la invitación con las frases convencionales de turno y hablando a su anfitrión exactamente como si fueran dos hombres que hubieran compartido un mismo mundo en los viejos tiempos. Sospechando lo que había llevado a su casa a aquel hombre y sabiendo que eso importaba poco o nada, Carrados mantuvo a su invitado lejos del asunto de la desaparición de su hija hasta que volvieron a estar solos, tras la cena. Entonces, para no retrasar más el tema, Severe lo planteó con una pregunta directa:

—¿Scotland Yard le ha consultado a propósito de Marie, señor Carrados?

—¿No está eso en los periódicos?

—No lo sé —contestó Severe—, pero no me fío de los periódicos. Entre la gente con la que yo trato hay mucha información que nunca aparece en la prensa. A veces no son más que fantasías, naturalmente, pero con bastante frecuencia tienen fundamento. En estos momentos soy casi una persona famosa entre mis conocidos... yo soy un don nadie sin importancia en la ciudad, naturalmente, pero mi identidad ha salido a la luz, y todo lo que guarda relación con el famoso caso Severe me persigue. He oído que el inspector Beedel, que tiene el caso entre manos, le ha consultado algo. Así que se deduce que usted está colaborando...

—¿Y si así fuera? —preguntó Carrados.

—Si así fuera... —añadió su invitado—, tendría algo que decirle, señor Carrados. A Beedel se le ha metido en su dura y torpe mollera que yo debo de ser el secuestrador de mi hija porque, según las líneas de investigación

ortodoxas y los «móviles», no es capaz de imaginar que pudiera ser nadie más. En realidad, señor Carrados, yo quiero muchísimo a mi hijita, demasiado como para sacarla de su cómodo hogar. Mi desafortunada esposa puede tener sus defectos, y no me importa admitir que los tiene, graves defectos y muchos, además, pero al menos ha podido proporcionarle a Marie una vida decente. Cuando supe de la desaparición de mi niña (ya estaba en los periódicos a la mañana siguiente), creí que me volvía loco. Leía con pavor toda la prensa esperando que anunciaran que se había encontrado el cuerpo y para leer los detalles espantosos de rigor sobre un asesinato bestial y enloquecido. Busqué en mis bolsillos y solo encontré un chelín y unos cuantos peniques. Sin tener una idea clara de lo que se suponía que tenía que hacer, me fui a la estación y me gasté el dinero en un billete de tercera a Swanstead.

—Oh —interrumpió Carrados—, ¿el que llega a las 13:17?

Severe se rio con aire desdeñoso.

—¿Lo dice usted por el empleado de los ferrocarriles? —dijo—. Sí; ese espabilado simplemente adelantó su experiencia veinticuatro horas cuando días después vio que podía sacar algún beneficio. Oh, me atrevería a decir que realmente lo pensó entonces. Respecto a mí, antes de llegar a Swanstead ya me di cuenta de que había metido la pata. Pero, de todos modos, ¿qué podía hacer ya? Nada que el guardia local menos eficiente no pudiera hacer mucho mejor. Lo último que quería era encontrarme con Ida... con la señora Severe. Apenas salí de la estación, giré a la derecha, en vez de a la izquierda, y me vine caminando a la ciudad.

—¿Y ha venido ahora, quince días después, o más, a contarme eso, señor Severe?

—He venido para saber si puedo confiar en Beedel. Al principio no me importaba un pimiento lo que pensarán, porque a cada momento esperaba oír lo peor. Pero puede que eso no haya ocurrido. Han transcurrido dos semanas sin que se haya descubierto nada, así que la niña puede estar viva en alguna parte. Si usted se ocupa del caso, tal vez haya alguna posibilidad... siempre que no les haya permitido que le metan en la cabeza que yo he tenido algo que ver con el asunto.

—Yo no creo que usted haya tenido nada que ver con el asunto, señor Severe, y creo que Marie está todavía viva.

—Gracias a Dios... —dijo Severe con una repentina vehemencia—. Me alegra mucho, muchísimo, oírle expresar esa opinión, señor Carrados. No creo que pueda ver mucho a la niña en adelante ni que le enseñen a respetar de verdad el quinto mandamiento¹⁸. De todos modos, el alivio que me proporciona escuchar esto me hará estar en deuda con usted toda la vida... Nervioso como soy, me conformaré con eso. No quiero preguntarle por sus claves o sus ideas... pero le diré una cosa. Puede que le divierta. Mi sospecha, hace unos días, de lo que pudo haber ocurrido...

—¿Sí? —dijo el anfitrión, para animar a su invitado.

—Son ideas locas que tiene uno en estas circunstancias. Mi exesposa es, si me permite que lo diga, la criatura más cariñosa y amorosa que hay en el mundo. Dicho esto, no me cuesta admitir que no existe una mujer más terca, crédula, desatinada y excéntrica. No hay una moda tonta y pasajera que no adopte... y, lo que es aún más trágico, en la que no crea absolutamente, desde la leche con ozono a los aullidos rítmicos. Hace algún tiempo se metió en la ciencia cristiana¹⁹. Una arpía atroz llamada Julp (una «sanadora» profesional) se le pegó y desde entonces la tiene dominada. Bueno, pues aunque parezca solo una fantasía, estoy por creer que Marie cayó enferma y bajo esa bienintencionada pero grotesca actividad curandera... murió. Luego, para ocultar el fracaso de sus ideas o porque les entró pánico...

Entonces Carrados le interrumpió, un acto poco educado que rara vez cometía.

—Sí, sí, comprendo —dijo de forma apresurada—. Pero su hija nunca enferma, ¿no es así?

—¿Que nunca enferma? ¿Marie? ¡Oh, no...! En los últimos seis meses he...

—Pero la señora Severe me dijo en concreto (estas fueron sus palabras) que «Marie no sabe lo que es una enfermedad».

—Esa es su cantinela. Sostienen que la enfermedad no existe, así que para ellas no tiene ningún significado. Pero yo describiría a Marie como una niña delicada en general... con ataques biliosos y todo eso.

—Ciencia cristiana... problemas gástricos... ¿y Prescott Ellerslie? ¡Santo

cielo! Esto lo explica casi todo...

—Nada malo, espero... —aventuró el señor Severe.

—Espere.

Severe se preguntó qué extraordinario giro estaría tomando el asunto pero, como no se le dieron pistas ni incentivos para hacer nada, simplemente esperó. Sin embargo, el café, bastante más aromático que el que se ofrecía en su albergue nocturno, junto a los gruesos puros egipcios de sutiles aromas, de algún modo consiguieron que el tiempo pasara más rápido. Cinco minutos duró la ausencia de Carrados.

—No es nada malo, salvo un desafortunado descuido —apuntó cuando regresó—. Ya es demasiado tarde para encontrar al inspector Beedel en su trabajo, así que debemos intentar remediar las cosas por nuestra cuenta, si podemos. Tengo que pedirle que venga conmigo. He ordenado que preparen el coche y ya le contaré por el camino lo que vamos a hacer.

—Estaré encantado si puedo ayudarle en algo —dijo Severe.

—Espero que sí. Y, en cuanto a la posibilidad de que algo haya ido mal en lo que respecta a Marie —añadió Carrados con intención—, creo que descubriremos que se ha hecho lo único necesario para su futuro bienestar.

—Eso es todo lo que pido —dijo el señor Severe.

—Pero eso no es lo único que pido yo —replicó el ciego casi enojado; en esta ocasión no iba a haber nada clandestino en la visita a Arling Avenue. Por el contrario, la velocidad a la que se desplazaban hizo necesario que sonara la bocina en varias ocasiones para anunciar su paso.

Por otra parte, si hubiera sido una carrera, habrían tenido la satisfacción de conseguir un gran éxito.

Los ademanes de la criada que abrió la puerta en Arling Lodge —más propios de una enfermera bien adiestrada que de una empleada doméstica— dejaron claro a Carrados, aparte de otras sugerencias y señales, que la catástrofe de la llegada de Beedel aún no se había producido. Cuando la joven de la puerta comenzó a mentir respecto a lo que se le preguntaba —conscientemente pero con una evidente inexperiencia—, el visitante se limitó a aceptar las explicaciones y escribió unas cuantas palabras en su tarjeta.

—Cuando regrese el doctor Ellerslie, ¿querría entregarle por favor esta

tarjeta inmediatamente? —dijo—. Esperaré.

Puede deducirse que el regreso del gran especialista había sido calculado de forma providencial, porque Carrados apenas se había sentado cuando Prescott Ellerslie entró en la sala con la tarjeta de visita en la mano.

—¿Señor Carrados? —preguntó—. ¿Querría explicarme esta petición, bastante extraña, me parece, de reunirse conmigo?

—Por supuesto —replicó Carrados—. El texto se debe a la necesidad de que nos atienda cuanto antes. Esta conversación es el resultado de mi deseo de ayudarle.

—Gracias —dijo Ellerslie con neutra cortesía—. ¿Y en qué puedo servirles?

—Está a punto de llegar el inspector Beedel, de Scotland Yard; esta vez no es para comprobar qué se ve desde su ventana, sino para exigirle que suelte a la desaparecida Marie Severe y, si usted se niega a admitir que sabe algo de la niña, ejercerá toda su autoridad para registrar la casa.

—Oh, vaya... —replicó el doctor con una asombrosa compostura—. Y si la situación se desarrolla tal y como usted ha precisado, ¿cómo se propone ayudarme?

—Eso depende un poco de cómo explique usted las circunstancias del caso.

—¡A buen seguro entre el señor Carrados y Scotland Yard no hay nada que pueda quedar sin explicación!

—Un servidor solo puede hablar por sí mismo —replicó el ciego con un buen humor impasible—. Y, en cuanto a usted, hay varias cosas que debe explicar. Es probable que no tengamos mucho tiempo antes de que llegue el inspector, pero tendremos el suficiente si está usted dispuesto...

—Muy bien —asintió Ellerslie—. Está usted absolutamente en lo cierto al pensar que Marie Severe está en esta casa. Yo mismo la traje aquí... pero no para nada malo, sino para remediar una antigua y penosa enfermedad. Supongo que ya lo suponía usted...

—No en esos términos —replicó Carrados con amabilidad.

—Sin embargo, así es. Hace diez años, una niña dulce y preciosa, mi única hija, fue despiadadamente conducida a la muerte por una mujer ignorante y crédula que se había hecho cargo de ella, y solo en virtud de su

fe. Esa religión se llamaba ciencia cristiana. Se me presentó la oportunidad y, a día de hoy, estoy en condiciones de declararme culpable de haber atentado contra todas las formalidades sociales y legales al secuestrar a Marie Severe y evitarle ese mismo destino.

Carrados asintió con gesto grave.

—Sí —dijo—. Eso es lo que quería saber.

—Yo solía ver a esa niña cuando iba a la escuela, siempre que estaba yo aquí... —continuó el doctor con aire melancólico—, y no tardé en empezar a vigilarla para saber a qué horas iba a pasar. Era de todas las criaturas vivientes la más alegre y la más viva, resplandeciente y vibrante con la fuerza de la alegría de vivir, un pequeño ser con una gracia maravillosa, delicadeza y encanto. Cuando la conocí un poco, supe que tenía esas maneras distinguidas que se suelen asociar irracionalmente solo con los hijos de la grandeza y la riqueza: una joven nobleza. En muchas cosas me recordaba constantemente a la pequeña niña que perdí; en otros sentidos, me atraía por lo diferente que era. Así pues, señor Carrados, por eso me interesaba Marie Severe.

»Yo no conozco a los Severe y nunca he hablado con su madre. Creo que solo lleva viviendo aquí un año y, en cualquier caso, yo apenas tengo vida social en Swanstead. Pero hace unos pocos meses mi buena y valiosísima ama de llaves se hizo amiga de una de las acompañantes de la señora Severe, una persona de mediana edad, muy seria, que había entrado en la familia en calidad de cuidadora de Marie. La amistad con esta señora fue casi natural, porque nuestros jardines son colindantes, y se desarrolló hasta el punto de que las dos acabaron tomando juntas el té en alguna ocasión. Mi señora Glass es una vieja parlanchina. Le confesaré que mis mayores problemas con ella han radicado en averiguar cómo conseguir que esté callada. En este caso, la dejé hablar y dirigí la conversación por donde me interesaba. Por ella supe que mis vecinos eran adeptos de la ciencia cristiana y que tenían a una de esas llamadas “sanadoras” viviendo con ellos. La información me infundió un terror repentino.

»“Así que nunca están enfermos, ¿verdad?”, pregunté, sin darle mucha importancia.

»La señora Severe no había estado enferma desde que había abrazado la ciencia cristiana, y la señorita Julp fue descrita en una frase que obviamente era de su propia cosecha como “completamente autónoma”. Los criados podían visitar a los médicos, si lo deseaban, aunque se les presionaba ferozmente para que olvidaran los “trucos” de la medicina y para disipar lo que consideraban una mera “ilusión”.

—¿Pero no hay una niña en la familia? —pregunté.

—Al parecer Marie había sufrido de vez en cuando la «ilusión» de que no se sentía bien: había tenido dolores. Con el tratamiento espiritual de la señorita Julp, la «alucinación» de la niña se había disipado. La señora Glass se había reído de semejantes ideas, se dio por enterada y se despidió de su amiga reconociendo su talento para contar chistes. La devota señorita Julp se había hecho con las riendas y, tan pronto como su señora se daba la vuelta, se encargaba de la salud de Marie según sus propias y simples nociones. Bajo esta doble influencia la niña había conseguido salir adelante, pero las dos mujeres habían mantenido conversaciones inquietantes sobre qué pasaría si la niña caía «de verdad enferma». Yo conseguí que mi ama me informara de los detalles de las dolencias que aquejaban a la niña: sus síntomas, la frecuencia de los mismos, etc. Al parecer era un tema que agradaba a mi maternal ancianita y a la señorita Julp, y yo no podía tener una informante mejor. Supe muchas cosas a través de su charla. Y eso no me tranquilizaba.

»A partir de entonces, sin dejar traslucir mi interés en el caso, busqué nuevas oportunidades para ver a la niña. Induje a la señora Glass a sugerir a la señorita Julp que la señorita Marie podía venir cuando quisiera aquí, a ver el jardín: es un jardín grande y laberíntico, un lugar por el que a una niña aventurera le encantaría deambular, y esta niña, en concreto, tal y como supe después, estaba apasionadamente enamorada de las flores, las plantas, los pájaros y los pequeños animalillos. Tengo un par de ardillas domesticadas y decidí traerlas aquí. Puede suponer usted lo encantada que estaba la niña cuando las conoció. Yo le daba nueces para que ella alimentara a las ardillas y desde entonces nos hicimos muy buenos amigos. Mientras tanto, yo la estudiaba y examinaba sin que se diera cuenta. No creo que ni siquiera sospechara que soy médico. El resultado de mis indagaciones confirmó mis

sospechas de que todo apuntaba a lo que imaginaba. ¡Y la trágica ironía de la situación era que una apendicitis había sido lo que había matado precisamente a mi propia niña!

—Así que era apendicitis...

—Sí. Era una apendicitis de ese tipo maligno y equívoco que ataca sobre todo a los niños. Esa dolencia, en apariencia insignificante, aparece a intervalos ocasionales, a veces de semanas; no es más que una inflamación del apéndice, pero la enfermedad suele derivar inevitablemente en una peritonitis general supurante. No tardó en producirse otra «ilusión», según la madre y la señorita Julp, otro «ataque de bilis», según mi enfermera, parecido a todos los que ya había experimentado, pero en apariencia más fuerte. Aunque las seguidoras de la ciencia cristiana se lo discutirían, Hanna le daba medicamentos de forma subrepticia. Esta vez, sin embargo, la enfermedad no remitió. Pero aún no había síntomas alarmantes de verdad para que el afecto natural de la madre hiciera tambalearse sus convicciones, nada suficientemente grave para que se rebelara contra la señorita Julp. Si el pulso llegaba a 140, eso sería lo último que sabrían de la niña.

—¿Y entonces?

Ellerslie iba de un lado a otro de la estancia, dando grandes zancadas, y atacado por una violenta indignación, pero Carrados solo tenía en mente que el inspector Beedel estaba a punto de llegar.

—Entonces la niña moriría. De repente y sin ceremonias, esa preciosa vida joven, que en diez minutos podría quedar inmune a ese peligro para siempre, sería barrida de la faz de la tierra: moriría para demostrar que la apendicitis no existe y que todo está en la mente. Si yo estaba en lo cierto, no habría razonamiento que hiciera variar la decisión de la madre. Y la muerte sería inevitable, y también totalmente inesperada.

»¿Qué podía hacer yo, pensará usted, señor Carrados, en esta situación de emergencia? Yo ya había lidiado con estos fanáticos con anterioridad y sabía que si adoptaba una actitud poco normal, como la de ir a ver a la señora Severe, como mucho me encontraría con una educada incredulidad y un ejemplar de las inmortales obras de la señora Mary Baker Eddy. Y si actuaba así, cualquier otra cosa que pretendiera hacer después ya sería muy

arriesgada, si no imposible. Usted, eso es lo que creo, es un hombre piadoso. ¿Qué podía hacer, señor Carrados?

—Lo que hizo —dijo Max— es casi lo más peligroso que puede hacer un médico.

—Oh, no... —contestó Ellerslie—. Un médico hace cosas mucho más peligrosas cuando opera una septicemia infecciosa, o cuando entra en una casa con fiebres. Ya: usted se refiere a la carrera y la reputación; pero créame, señor Carrados, la vida es tan importante como la manera de vivir, y todos los médicos hacemos este tipo de cosas a diario. Bueno, como muchos otros hombres normales, soy un poco maniático y un poco místico. Por muy increíble que pueda parecer mañana, creo que, aun a riesgo de perjudicar mi carrera profesional, y aun a riesgo de ser seguramente procesado y encarcelado, lo mejor que he podido hacer en mi vida ha sido salvar la de esa niña. En otro lugar tal vez otro buen hombre habría ocupado mi posición, pero el que estaba aquí era yo, y estaba solo.

—Bueno, ¿lo hizo? —interpeló Carrados—. Le recuerdo que el tiempo apremia y que quiero conocer los hechos.

—Sí, lo hice. No me entretendré contándole las precauciones que tomé para proteger a la niña o el plan que había trazado para devolverla. Pensé que tenía bastantes posibilidades de que no me descubrieran y, por lo que veo, tengo que agradecerle a usted que no haya sido así. Marie no tiene ni la menor idea de dónde está y cuando yo entro en su habitación lo hago bien disfrazado. Piensa que ha tenido un accidente.

—Naturalmente, ha tenido ayuda.

—He tenido la voluntariosa asistencia de una ayudante y de dos enfermeras, pero toda la responsabilidad es mía. Me las he arreglado para enviar a la señora Glass y a su marido de vacaciones, para poderlos mantener alejados. Lo hice una vez que estuve decidido a llevar a cabo la operación. Para justificar lo que estaba a punto de hacer no había que cometer ningún error sobre la urgencia y la necesidad de hacerlo. Tuve que efectuar una prueba final.

»Hace menos de tres semanas, una tarde vi que la señora Glass y la niña venían a casa. Poco después la señora Glass llamó a la puerta. Preguntó si la

niña podía tomar el té con ella y, como la señora Severe y su amiga iban a estar fuera hasta tarde, si la señorita Marie podía quedarse. No había ninguna necesidad de pedirme permiso, como bien sabía ella, pero mi ama de llaves es muy tradicional en sus ideas sobre los deberes domésticos. Por supuesto, yo di permiso de inmediato, pero sugerí que Marie tomara el té conmigo; y eso hicimos.

»Antes del té, Marie pasó un buen rato entretenida en el jardín. Le pedí que me cortara un ramo de flores y cuando vino con ellas noté que se había arañado un brazo con una espina. Terminé enseguida con el té, porque para entonces ya había decidido qué hacer. Cuando acabamos, sin tocar siquiera la campana, le puse una silla delante de la chimenea y me senté enfrente de ella. Había una historia real sobre un ganso muy listo que yo había prometido contarle...

»“Pero es que te vas a dormir, Marie”, le dije, mirándola con fijeza. “Es por el calor del fuego”.

»“Por eso será”, admitió soñolienta. “Ay, qué tonta soy. Casi no puedo ni mantener los ojos abiertos”.

»“Vas a dormirte”, repetí. “Estás muy muy cansada”. Levanté la mano y la puse lentamente frente a su carita. “Ya casi ni puedes ver mi mano. Tus ojos se cierran. Cuando deje de hablar, caerás sumida en un profundo sueño”. Aparté mi mano y cayó rendida.

»Yo ya había preparado mis cosas y lo tenía todo listo. De su brazo, donde la punzada de la aguja quedó enmascarada por el arañazo de los rosales, conseguí unas gotas de sangre. Luego apliqué un hemostático y pude comprobar con un examen más minucioso algunos de los síntomas que ya había intuido. Cuando la niña se despertó, pocos minutos después, no tenía ni la más remota idea de lo que había ocurrido.

»“Vaya”, dije yo en ese momento, cuando la niña despertó, “¡no creo que te hayas enterado de nada de lo que le pasó al pobre Solomon!”²⁰.

»Sin dilación, hice varias pruebas de laboratorio con la sangre que había conseguido. El resultado, en combinación con otros síntomas advertidos, era concluyente. Decidí tomar cartas en el asunto por mi cuenta en ese mismo momento. La operación en sí misma fue sencilla y un perfecto éxito. El

estado de la niña demostró que lo que hice era absolutamente urgente. Ahora Marie Severe probablemente vivirá más que su madre... sobre todo si esa mujer sigue confiando en la ciencia cristiana. Y respecto a las consecuencias que pueda haber para mí... lo siento, pero no me arrepiento.

—Toda una sorpresa, ¿eh, inspector?

El inspector Beedel, acompañado de la señora Severe y —si el grado comparativo puede utilizarse para indicar su importancia relativa— más acompañado aún por la señorita Julp, había llegado a Arling Lodge y le habían indicado que pasara inmediatamente. Fue Carrados quien le dio la bienvenida de ese modo.

Beedel miró a su amigo y luego al doctor Ellerslie. Siguiendo una costumbre casi inconsciente, el inspector incluso miró a un lado y a otro calculando las medidas de la estancia, registrando la posición de la puerta y la ventana, y los principales objetos del mobiliario. Su mente trabajaba con bastante lentitud, pero siempre de un modo lógico y, en los casos donde bastaba una «inteligencia sólida», normalmente tenía éxito. Se había presentado con la señora Severe para identificar a Marie, a quien él nunca había visto, y sus hombres permanecían en el exterior, atentos al sonido del silbato en caso de que surgiera cualquier contingencia. Comprendió entonces que podría tener que modificar su actuación y decidió proceder con cautela.

—Bueno, señor —admitió—, no esperaba verle aquí.

—No lo tenía previsto. Señora Severe... —dijo Max, y le hizo una leve reverencia—, creo que usted y yo ya nos conocemos, al menos de modo informal. Su amiga, la señorita Julp, ¿o me estoy equivocando? Es fabuloso que estemos todos aquí.

—Sí, así me llamo, señor —replicó la recalcitrante Cornelia Julp—, pero no recuerdo...

—En la puerta, de madrugada... muy de madrugada, la pasada noche, señorita Julp. Reconozco sus pasos. —La señorita Julp había lanzado una mirada de recatada timidez ante aquella apreciación—. Porque le aseguro, mi

querida señorita, que, aunque la oí, efectivamente no la vi. Bueno, inspector: he descubierto que estaba equivocado y le he equivocado a usted. El error fue mío: un gravísimo error. Y usted estaba en lo cierto. La señora Severe estaba en lo cierto. El doctor Ellerslie estaba indiscutiblemente en lo cierto. Y hablo por él porque fui yo quien atribuyó un motivo deplorable a sus acciones. Marie Severe se encuentra en esta casa, pero fue acogida aquí por el doctor Ellerslie en su condición de profesional de la medicina y estableciendo una relación estricta de médico y paciente... El señor Severe, al final, ha admitido que él es el único culpable. Como ve, usted estaba en lo cierto después de todo.

—¡Arthur! ¡Oh! —exclamó la señora, profundamente conmovida.

—Pero ¿por qué? —exigió la otra mujer con hostilidad—. ¿Por qué iba ese señor a querer retenerla aquí?

—El señor Severe estaba muy preocupado por la salud de su hija —contestó Carrados con seriedad—. Dice que, temiendo que se tratara de algo serio, la puso en manos de este eminente especialista, que descubrió que la niña estaba en una situación peligrosísima, casi crítica, que solo podía remediarse mediante una operación urgente. El doctor Ellerslie ha salvado la vida de su hija, señora Severe.

—¡Paparruchas! —gritó la señorita Julp con un ataque de nervios—. Esto es un ultraje... ¡un crimen atroz! ¡Una operación! No había ningún problema... ¡no podía haberlo estando yo aquí! ¡Ha cometido un crimen, doctor Ellerslie! ¡Dios mío! ¡Pero esto no quedará así!

La señora Severe se desplomó en una silla, pálida y temblorosa.

—No me lo puedo creer... —consiguió articular al fin—. Es un delito. El doctor Ellerslie no tenía... ningún doctor tenía derecho a hacer esto. El señor Severe no tiene autoridad tampoco para hacerlo. Los tribunales me dieron la custodia única de Marie.

—Discúlpeme... —terció Carrados con la amabilidad de quien se controla absolutamente y tiene conocimientos sobre el tema—, discúlpeme, pero ¿había usted informado al doctor Ellerslie sobre ese asunto legal?

—No —admitió la señora Severe con una leve sorpresa—. No. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Cierto. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero ¿tenía usted alguna idea de que el doctor Ellerslie estuviera al tanto de los detalles de sus infelices diferencias domésticas?

—No lo creo, en absoluto. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con...?

—Solo esto: ¿por qué debería el doctor Ellerslie cuestionar la autoridad de un padre que trae a su hija a la consulta? Esto demuestra como mínimo que él era el único que parecía preocupado por el bienestar de la niña. Lo único que el doctor Ellerslie podía sospechar era que la desautorizada fuera usted, señora Severe. Un doctor no puede dedicarse a investigar los asuntos particulares de una familia cuando tiene que llevar a cabo una operación quirúrgica urgente.

—Pero todo este tiempo... esta angustia... esta espera horrible... Debe de haber oído algo...

Carrados se encogió de hombros y pareció estar mirando por la estancia hacia donde su anfitrión había permanecido hasta entonces de pie e impertérrito.

—Efectivamente, lo sabía, señora Severe. Era imposible no saberlo. Pero también sabía algo más, y para un médico los intereses de su paciente son lo más importante y están más allá de cualquier consideración. Si se dan las circunstancias en las que deba explicar mi conducta, estaré preparado para justificar mi silencio.

—Ya lo creo que se darán las circunstancias, y muy pronto, no lo dude — chilló la incontenible señorita Julp—. Hay una cosa más en este asunto, Ida, que tenemos que ver... Es una idea ridícula meter a tu marido en esto. Yo nunca creí que estuviera en el ajo. Es un hombre demasiado pusilánime para tener los nervios suficientes y hacer esto. ¿Y dónde está ahora, además, Arthur Severe? Se ha ido, claro; ha abandonado el país y a expensas de otros.

—En absoluto —dijo Carrados muy amablemente—. Ya que usted pregunta, señorita Julp... ¡Señor Severe! —dijo alzando la voz.

Se abrió la puerta y entró el señor Severe en la estancia, con una gran calma y sangre fría. Hizo una leve reverencia a su mujer y asintió también a los gestos de los policías.

—Bueno, inspector... —empezó—, al final me ha acorralado, lo admito.

—No estoy tan seguro de eso... —replicó brevemente Beedel.

—Oh, vamos. Es usted demasiado modesto. Ha pulverizado usted mi insostenible coartada. La carta con las letras pegadas indudablemente era mía. Y Grigson, su testigo seguro e irrefutable de la estación también cuenta, inspector. No hay testimonio más convincente que el de Grigson, lo entiendo.

Beedel se rascó la barbilla pensativo, pero no contestó. Las cosas parecían haber llegado a un punto muerto.

—Tal vez podamos sentarnos todos y conversar —sugirió el doctor, para romper el silencio—. Somos muchos, pero creo que hay sitio para todos.

—Si no estuviera muerta de cansancio no me sentaría en la casa de un hombre que se llama doctor a sí mismo —se excusó la señorita Julp. Y luego se sentó con mal humor. Al hacerlo de modo tan violento, soltó un gritillo, un agudo ¡ay! de dolor y temor, y la mujer volvió a ponerse de pie, se giró y miró con suspicacia la silla de la que acababa de saltar.

—Es una aguja, Cornelia —dijo la señora Severe, que estaba en la silla de al lado—. Mírala, aquí está.

—Vaya por Dios, ¡qué mala suerte! —exclamó Ellerslie, observando lo ocurrido—; es una de mis agujas quirúrgicas. Espero que mis enfermeras la hayan esterilizado después de la última operación.

—¿Pero qué dice? —exclamó la señorita Julp aterrada.

—Bueno —añadió el doctor con tranquilidad—, quiero decir que hay algo llamado infección. Al menos para mí... —añadió— existe algo llamado septicemia. Para usted, afortunadamente, esas cosas no existen. Igual que el dolor, que tampoco existe... —añadió con gesto meditativo.

—¿Me está usted diciendo —preguntó la señorita Julp con aterrada lentitud— que por culpa de su incompetencia, de su criminal incompetencia, estoy corriendo el riesgo de una infección?

—¡Cornelia! —exclamó la señora Severe con el rostro blanco de incredulidad.

—¡Por supuesto que no! —contestó el cirujano—. ¿Cómo va a correr usted ningún riesgo de infección si eso no existe?

—No me importa si existe o no...

—¡Cornelia! —repitió su devota discípula horrorizada.

—Cállate, Ida. Esto es asunto mío. Esto no es como una enfermedad normal... Siempre me ha dado terror la septicemia. He tenido incluso pesadillas con eso. Mi padre murió por septicemia. Hubo que ponerle tubos de cristal en las venas, y murió una noche. Oh, no puedo ni pensar en ello. No creo en nada más, pero en la septicemia...

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Le digo una cosa, doctor... —declaró finalmente, descendiendo de pronto a los asuntos más prácticos—. Si caigo enferma por esto, armaré un escándalo de mil demonios, y tendrá que enfrentarse también a otros muchos y considerables perjuicios.

—Bueno, pero si eso es un asunto de nada... —protestó el doctor Ellerslie—. Si me permite usted inspeccionar la zona...

La señorita Julp se puso tan roja como se puede poner una señorita de cuarenta y cinco años de piel morena.

—¿Cómo que quiere inspeccionar la zona...? —replicó la mujer—. Esto es...

—¡Oh, Cornelia! —exclamó la señora Severe en tono de reproche, con lágrimas de desilusión en los ojos—, ¿de verdad vas a traicionar los grandes principios que me has enseñado?

—Tengo a una enfermera experta —sugirió el médico—; ella lo hará tan bien como yo.

—¿De verdad vas a...? —preguntó la señora Severe, porque no cabía la menor duda de que la señorita Julp quería solucionarlo tan pronto como fuera posible.

—No niego ni una coma de mis principios, Ida —apuntó—. Pero uno tiene que diferenciar. Hay enfermedades naturales y enfermedades no naturales. Decimos que no existe la muerte, pero nadie niega que los seguidores de la ciencia cristiana, y esto es un hecho, en términos generales, también mueren. Tal vez esto te supere, querida, pero confío en que algún día veas la luz de este profundo misterio.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Severe con gélido desdén—. En este momento lo único que veo es que aplicas una ley para ti y otra para los demás.

—Después de todo —terció el doctor Ellerslie—, esta enojosa conversación

no debió surgir nunca. Creo que el objeto punzante no es más que una de las agujas de zurcir de la señora Glass. ¡Qué descuidada! No tiene nada que temer, señorita Julp.

—¡Oh, maldito cobarde! —exclamó la señorita Julp casi en un ahogo—. ¡Maldito cobarde! ¡No quiero estar aquí ni un segundo más! ¡Me voy a casa!

—No seré yo quien te lo impida —dijo la señora Severe mientras la otra se iba—. Tu casa está en Chicago, ¿no es así? Ann te ayudará a hacer las maletas.

Carrados se levantó y le puso la mano en el hombro a Beedel.

—Usted y yo ya sobramos aquí, inspector —susurró—. El caso está resuelto. —Y ambos salieron juntos de la casa.

La señora Severe buscó con la mirada a su antiguo marido, titubeó un poco y al final se dirigió a él.

—Hay muchas cosas en todo esto que sigo sin entender —dijo—, pero, si no me equivoco, ¿estás dispuesto a ir a la cárcel por cubrirle las espaldas al hombre que ha curado a nuestra hija?

Severe se sonrojó un poco. Luego murmuró una contestación firme y segura.

—Iría al infierno por este hombre, que ha sido providencial para Marie —dijo casi entre dientes.

—Oh —exclamó la señora Severe con un pequeño gritillo—. Ojalá... nunca dijiste que irías al infierno por mí.

El mendigo miró fijamente a su exmujer. Entonces, una curiosa mirada, una media sonrisa de ternura y de humor burlón se dibujó en sus rasgos.

—Querida mía —contestó con seriedad—, tal vez no te lo dije nunca. ¡Pero lo pensé muchas veces!

El doctor Ellerslie, que había acompañado a la puerta a Max y al inspector, se volvió.

—Parece que Marie está despierta —dijo—. ¿Quiere subir a verla ahora, señora Severe?

Con una tímida sonrisa, la mujer enlazó su brazo en el del hombre andrajoso.

—Debes subir conmigo, Arthur —le ordenó.

15 «The Disappearance of Marie Severe», incluido en *The Eyes of Max Carrados*, Grant Richards, Londres, 1923.

16 Como otros casos citados en las aventuras de Max Carrados, también este parece ser ficción.

17 *Phronolal*, en el original. Se trata de un medicamento ficticio.

18 En las variantes cristianas ortodoxas y protestantes el quinto mandamiento es «Honrarás a tu padre y a tu madre», a diferencia de las variantes luteranas y católicas, donde esa posición corresponde al mandamiento «No matarás». El señor Severe, naturalmente, hace referencia a la poca esperanza en que se enseñe a su hija a honrar a su padre.

19 La cienciología cristiana o ciencia cristiana fue fundada por Mary Baker Eddy, autora de *Ciencia y salud con clave de las Escrituras* (1875); la teoría de esta pseudoreligión se ajusta a lo que se cuenta en este capítulo. La cienciología de L. Ron Hubbard, nacida a mediados del siglo XX e inspirada en la ciencia ficción y los extraterrestres, no guarda relación alguna con la doctrina de Mary Baker Eddy.

20 Personaje de los cuentos infantiles y las canciones que narraba la famosa Mamá Ganso.

El caso de los champiñones envenenados²¹

En un mes de noviembre de hace pocos años, los lectores de diarios que tienen la costumbre de sentirse atraídos por asuntos curiosos e insignificantes tuvieron la oportunidad de conocer la tragedia de un estudiante de St. Abbots; el caso apareció en la prensa con titulares del tipo de «Un plato mortal de champiñones», «Cómo distinguir las setas venenosas» o cosas parecidas e igual de llamativas.

Los hechos relativos a la muerte de Charlie Winpole eran sencillos y clarísimos, y el jurado designado para investigar la causa no tuvo ninguna duda a la hora de dar un veredicto de acuerdo con las pruebas médicas. Los testigos que tenían verdaderamente algo sustancial que aportar eran solo dos, la señora Dupreen y el doctor Robert Wilberforce Slark. En un par de horas se ofrecieron todos los detalles de una investigación que se consideró en términos generales como una pura formalidad y no contó con la paciencia de una persona interesada que difiriera la conclusión, aparentemente inevitable, forzando la necesidad de un aplazamiento.

Irene Dupreen testificó que era viuda de un médico y que vivía con su hermano en Hazlehurst, Chesset Avenue, St. Abbots. El finado era su sobrino, hijo único y huérfano, de doce años de edad. El muchacho había pasado por los tribunales de familia, y los jueces habían nombrado a la señora Dupreen como tutora, y habían acordado una asignación concreta para los gastos de manutención y educación. Dicha asignación cesaría, naturalmente, con la muerte del sobrino.

Respecto a los detalles del caso, la señora Dupreen explicó que el muchacho había pasado unos días con un resfriado bastante molesto. No pensó de todos modos que fuera necesario llamar a un médico, porque

resultaba evidente que era un caso de gripe común y leve. La mujer le había dicho que no fuera al colegio y lo metió en la cama. El miércoles, un día antes de su muerte, se encontraba casi recuperado, con buen pulso y sin fiebre pero, como parecía que hacía frío, la mujer decidió que se quedara en la cama, por prudencia y precaución. El muchacho tenía buen apetito, pero no le apeteció la cena que tenían prevista, así que la mujer le preguntó, antes de salir por la tarde, si había algo especial que quisiera cenar aquella noche. El niño dijo que le encantaría cenar champiñones, que era una comida que le gustaba mucho.

—Me dio la risa y le di un tirón de orejas —prosiguió la testigo, conmovida por los recuerdos—, y le pregunté si era esa la idea que tenía él de un plato adecuado para un convaleciente. Pero no creí que aquello importara realmente en aquel momento, así que fui a varias tiendas para comprar los champiñones. En todos los sitios me dijeron que ya no era temporada, pero al final encontré unos pocos en Lackington's, la tienda de Park Road. Solo compré media libra; a nadie más de la familia le gustaban los champiñones y pensé que estaban ya bastante secos y que eran un poco caros.

La relación entre los champiñones y la muerte del pobre muchacho parecía evidente. Cuando la señora Dupreen subió a la habitación después de cenar, se encontró a Charlie aparentemente dormido y respiraba profundamente. Retiró la bandeja en silencio y, sin molestarlo, apagó el gas y cerró la puerta. A medianoche la mujer se despertó de repente, sobresaltada por algo. Durante unos instantes permaneció un tanto aturdida, escuchando en silencio. Luego se oyó un ruido procedente de la habitación del muchacho. Cuando abrió la puerta, se horrorizó al ver a su sobrino tendido en el suelo presa de un ataque y con convulsiones. Tenía los ojos abiertos y dilatados de forma desorbitada; con una mano se aferraba a las sábanas que había arrastrado con él hasta el suelo, y en la otra agitaba una botella de agua, vacía, que solía tener junto a su cama. La mujer gritó pidiendo ayuda, y su hermano y luego la criada no tardaron en aparecer. Envió a la criada a buscar unas hojas de mostaza que guardaba en el botiquín y le dijo a su hermano que fuera a buscar al primer médico que encontrara. Ya había conseguido levantar a su sobrino hasta la

cama de nuevo. Antes de que llegara el médico, que tardó aproximadamente media hora, el muchacho había muerto.

Como respuesta a una interpelación, la testigo señaló que ella no había visto a su sobrino entre el momento en el que retiró la bandeja y el instante en el que lo encontró ya enfermo y en el suelo. Aparte de la tía, la única persona que vio al chico pocas horas antes de su muerte fue el hermano de la mujer, Philip Loudham, que fue quien le subió la cena. Al bajar, había comentado: «El muchacho parece que ya está bastante despabilado».

El doctor Slark fue el siguiente testigo. Su testimonio se ceñía al hecho de que, el jueves de madrugada, a eso de las tres y cuarto, un hombre se presentó en su casa solicitando sus servicios para que acudiera a Hazlehurst. Ahora sabía que dicho caballero era Philip Loudham. Creyó entender que se trataba de un ataque de convulsiones y se dispuso para afrontar esa contingencia, pero cuando llegó se encontró con que el paciente ya había muerto. De todos modos examinó el cuerpo y, por lo que le dijeron y por el resultado de su examen, no tuvo la menor duda a la hora de determinar que se trataba de un caso de envenenamiento por consumo de setas. No vio ninguna razón para sospechar de otro alimento, excepto de los champiñones, pues todos los síntomas apuntaban a la burina, el principio venenoso de la *Amanita bhuroides*, o bonete negro, como se llama popularmente, por su supuesto parecido con el tocado que llevan los jueces cuando firman una sentencia de muerte, y debido a su fama siniestra y bien conocida. Ese hongo es mortal de necesidad.

Prosiguiendo con su testimonio, el doctor Slark explicó que el bonete negro solo desarrolla su apariencia distintiva en la madurez. Hasta que llega a ese estadio, guarda mucha similitud con la *Agaricus campestris*, o champiñón común. Era cierto, dijo, que las laminillas eran más pálidas de lo que uno podría esperar en un champiñón, y que existían otras levísimas diferencias de tipo técnico, pero todas podían pasarse por alto si el que las recogía no prestaba más que una atención superficial. El tema de los hongos comestibles y venenosos es siempre muy complejo y no siempre se ha entendido bien. El médico, personalmente, dudaba muchísimo de que los verdaderos champiñones hubieran sido alguna vez responsables de los casos de

envenenamiento que en muchas ocasiones se les atribuían. Tras un análisis científico, estaba seguro de que la causa había sido el envenenamiento por uno u otro de los muchos hongos venenosos que se pueden confundir fácilmente con las variedades comestibles. Era posible preparar un lecho artificial, plantar semillas adecuadas y, sin embargo, recoger una cosecha de hongos con apariencia de champiñones pero de una virulencia inusitada. Por otra parte, los componentes nocivos de muchos hongos venenosos se eliminaban en el proceso de cocción. No existía un modo fácil de discriminar entre las setas buenas y las malas, salvo por la identificación clara y exacta de las distintas variedades. La prueba de la sal y la prueba de la cuchara de plata eran tonterías, y cuanto antes cayeran en el olvido, mejor. Las setas con apariencia de champiñón que se encontraban en los bosques o crecían junto a los árboles o en las cercas deberían siempre observarse con la mayor prudencia.

El testimonio del doctor Slark dio por cerrado el caso y la citación de testigos, pero, antes de que se reuniera el jurado, el juez anunció que otra persona había expresado también su deseo de ser escuchada. No había ninguna razón por la que no se pudiera aceptar otro testimonio que se les ofreciera y, como el nombre del solicitante se había mencionado en la causa, era justo y necesario que dicha persona tuviera la oportunidad de hacerse oír públicamente.

Así pues, el señor Lackington subió al estrado e hizo el juramento preceptivo. Dijo que era frutero y verdulero, y que tenía su tienda en Park Road, en St. Abbots. Recordaba a la perfección que la señora Dupreen había ido a su tienda dos días antes. La cesta de champiñones de la que se le entregaron unos ejemplares consistía en un pequeño lote de aproximadamente seis libras: un lote que le había suministrado un granjero de una aldea cercana, con quien solía tener trato y negocios frecuentes. Todo el lote de champiñones se había vendido, y no había habido ningún otro caso de intoxicación. Para él era un asunto de la mayor importancia, como comerciante, que en el futuro no se asociara su nombre con un caso de muerte por intoxicación. Por eso quería que se escuchara su testimonio. Y no solo por los champiñones, sino también por toda su mercancía en general: la gente

dudaría de comprarle género si se daba por hecho que vendía productos nocivos o en mal estado.

El juez de instrucción, que intervino en este punto, señaló que él también podía asegurar al jurado que, en caso de que se demostrase que el fallecido había muerto por los efectos de los champiñones o de cualquier cosa que contuvieran, no había prueba evidente de que el suceso no hubiera sido pura coincidencia o mala suerte.

El señor Lackington le agradeció aquella declaración, pero dijo que de todos modos seguramente cogería mala fama. Se había dedicado al comercio en St. Abbots durante los últimos veintisiete años y durante ese tiempo había manipulado y comerciado con varias toneladas de champiñones sin una sola queja. Admitió, en respuesta a una pregunta, que en efecto no había revisado cada champiñón de la media libra que le vendió a la señora Dupreen, pero que los pesó, y estaba seguro de que, si hubiera habido un bonete negro entre ellos, lo habría detectado. ¿Acaso no podía haber sido algún utensilio de cocina la razón de la intoxicación mortal?

El doctor Slark negó con la cabeza y se le escuchó decir que no podía aceptar esa teoría de ningún modo.

A continuación, el señor Lackington preguntó si no cabía la posibilidad de que el fallecido, sin duda un chico curioso y temerario, y tan imprudente como la mayoría de los muchachos, sintiéndose bien de nuevo y estando recluido en casa, hubiera aprovechado la ausencia de su tía y hubiera comido algo con las tristes consecuencias que se conocían. Y también se había hablado de un botiquín. ¿No podía haber ingerido alguna pastilla de trional o veronal o algo de ese tipo creyendo que eran caramelos? Todo aquello no hizo más que provocar la risa del doctor Slark, pero para el comerciante era un asunto muy serio.

El doctor Slark se disculpó por sonreír —no se había reído— y apuntó con firmeza que el caso era muy serio para todos los implicados. Ante la referencia al trional y al veronal en relación con el caso el médico admitió que por un momento había olvidado la situación en que estaban. Dijo que, dadas las circunstancias, tal vez el juez podría considerar la idea de ordenar un examen más detallado del cuerpo.

Después de cierto debate, el juez remarcó que en la mayoría de los casos la repetición de los análisis era innecesaria, pero, en vista de lo que se podía deducir de los testimonios, decidió que sería mejor para todos que se llevara a cabo una autopsia completa. Las pesquisas judiciales quedaban por tanto aplazadas.

Una semana más tarde la mayoría de aquellos que habían participado en la primera investigación se volvieron a reunir en el salón consistorial de St. Abbots, que servía como juzgado del juez de instrucción. Solo habló un testigo, y su testimonio fue breve y concluyente.

El doctor Herbert Ingpenny, especialista en Patología del Hospital de St. Martin, afirmó que había llevado a cabo el examen del contenido del estómago y las vísceras del fallecido. Encontró pruebas de la presencia del veneno denominado burina en suficiente cantidad para causar la muerte del muchacho, y los síntomas, tal y como los describieron el doctor Slark y la señora Dupreen en el transcurso de la sesión anterior, eran coherentes con el envenenamiento por burina. La burina solo se genera de modo natural en la seta *Amanita bhuroides*. La quinta parte de un grano puede ser fatal para una persona adulta; en otras palabras, un solo hongo en el plato podría envenenar a tres personas. Un muchacho, sobre todo si está débil debido a una enfermedad, sería incluso más susceptible. No había en el estómago del muchacho ninguna otra sustancia dañina.

El doctor Ingpenny concluyó diciendo que respaldaba las conclusiones generales de su colega sobre el tema de los champiñones y otros hongos, y el jurado, después de una honrada sugerencia del juez de instrucción, dio a conocer su veredicto de acuerdo con las pruebas médicas.

Era una conclusión previsible para cualquiera que conociera los hechos o hubiera seguido el caso y las pruebas presentadas. Sin embargo, cinco días después Philip Loudham fue arrestado repentinamente y acusado de un espantoso crimen: haber asesinado a su sobrino.

Y es en este punto donde Max Carrados hace su primera aparición en la tragedia de Winpole.

Pocos días después del arresto, con un espíritu particularmente cosmopolita y teniendo varias horas libres, sin exigencias que no pudiera delegar en sus

empleados, el señor Carlyle se dispuso a buscar algún tipo de solaz social y, con benevolente condescendencia, recordó de forma muy oportuna la existencia de su sobrina, que vivía en Groat's Heath.

«Elsie estará encantada», se dijo a sí mismo. «Apenas sale de casa, supongo. Si llego a las cuatro, podré pasar un par de horas con ella».

La señora Bellmark se mostró desde luego encantada, pero parecía aún más sorprendida, y tras aquella sorpresa había una extraña efervescencia nerviosa que incluso al propio señor Carlyle y su complaciente autoestima le pareció desproporcionada. La razón no podía ocultarse durante mucho tiempo.

—¿Te has encontrado a alguien, tío Louis? —fue prácticamente su primera pregunta.

—¿Si me he encontrado a alguien? ¿Dónde? —repitió el señor Carlyle con su habitual precisión—. Hum... no, no puedo decir que me haya encontrado a nadie en particular. Claro que...

—He tenido una visita y va a volver a la hora del té. ¡Adivina quién es! No lo vas a adivinar. ¡El señor Carrados!

—¡Max Carrados! —exclamó su tío, asombrado—. No me digas... Bueno, bendita sea mi alma, Elsie, casi se me había olvidado que lo conocías. Eso debió de ocurrir hace siglos. ¿Qué demonios está haciendo Max en Groat's Heath?

—Eso es lo extraordinario... —contestó la señora Bellmark—. Me dijo que había venido aquí a buscar champiñones.

—¿Champiñones?

—Sí. Eso es lo que dijo. Me preguntó si sabía que hubiera bosques por aquí cerca a los que pudiera ir, y le dije que había un bosque al final de Stonecut Lane.

—Pero, mi querida chiquilla, ¿es que no sabes que los champiñones que crecen en los bosques o incluso junto a los árboles son muy peligrosos? —exclamó el señor Carlyle—. Pueden parecer champiñones, pero seguramente sean venenosos.

—No lo sabía —admitió la señora Bellmark—. Pero, si son venenosos, supongo que el señor Carrados lo sabrá.

—No lo creo... ¡ir al bosque, ya ves! Da la casualidad de que he estado

trabajando últimamente en ese tema. Pero, en cualquier caso, ¿dices que va a volver?

—Me preguntó si podía pasarse por aquí para tomar el té a su regreso, y por supuesto le dije: «Por supuesto».

—Por supuesto —dijo también el señor Carlyle—. Habrá venido en coche, supongo.

—Sí, en un coche grande, gris. Venía el señor Parkinson con él.

El señor Carlyle estaba un poco perplejo, como le solía ocurrir con las andanzas de su amigo, pero no era su costumbre darle vueltas a nada que supusiera tener que reconocer tal perplejidad. El tema de Carrados y su excéntrica visita por lo tanto se aplazó hasta que el ruido del formidable coche invadió el ambiente de la tranquila barriada y poco después hizo su aparición el detective aficionado ciego. Con una mirada de complicidad a su sobrina, Carlyle se había apostado en un extremo de la sala, donde permanecía en silencio y sin apenas respirar.

Carrados fue recibido con una sonrisa por su anfitriona y luego hizo una leve seña en dirección al juguete invitado.

—Bueno, Louis —dijo—, nos hemos cazado mutuamente.

La señora Bellmark se quedó perceptiblemente sorprendida, pero aplaudió de manera musical ante el fracaso de la conspiración de su tío.

—Extraordinario —admitió el señor Carlyle, acercándose a ellos.

—No tanto —fue la breve contestación—. Su joven doncella —dijo, dirigiéndose a la señora Bellmark— ha dicho que estaba aquí su tío cuando me ha abierto la puerta.

—¿Es verdad, Max, que has ido... bueno... a Stonecut Wood para coger champiñones? —preguntó el señor Carlyle.

—¿Te lo ha dicho la señora Bellmark?

—Sí. ¿Has tenido suerte?

—Parkinson ha encontrado algunos hongos que, me asegura, se parecen a los champiñones.

El señor Carlyle lanzó una mirada triunfal a su sobrina.

—Me encantaría ver esos champiñones. ¿Sabes? Me parece que ha sido una suerte para ti encontrarme aquí.

—Siempre es una suerte encontrarme contigo —contestó Carrados—. Te los enseñaré. Están en el coche. ¿Quieres que te llevemos a la ciudad?

—Si te vas a ir muy pronto... No, no, Elsie —dijo, contestando al «¡Oh!» de su sobrina—, pero tengo que irme enseguida después del té. Todavía tengo que arreglar unos detalles de un caso importante que estoy resolviendo. Y resulta bastante a propósito, además. ¿Sabes algo del asunto Winpole, Max?

—No —admitió Carrados, sin ninguna muestra apreciable de interés en el caso—. ¿Tú sí?

—Sí —contestó el señor Carlyle con una severidad tajante—. Sí, creo que puedo decir que sí conozco el caso. De hecho, fui yo quien consiguió la prueba que obligó a las autoridades a formular una acusación contra Loudham.

—Oh, cuéntenoslo —exclamó Elsie—. Solo he visto algunas noticias en el *Indicator*.

El señor Carlyle pareció dudar; un poco acuciado por su sobrina, presumió de estar muy al tanto y finalmente cedió.

—Pero ni una palabra de esto a nadie, Elsie —dijo—. Algunas de las pruebas no se presentarán hasta la semana que viene y el asunto es desde luego muy serio.

—Ni una palabra —dijo la dama—. ¡Qué interesante! ¡Empieza!

—Bueno, como sabéis, desde luego, el jurado y el juez de instrucción (muy adecuadamente, de acuerdo con las pruebas que tenían delante) dieron un veredicto de muerte accidental. Dadas las circunstancias era una consecuencia de los métodos comerciales o de la mala práctica o del poco conocimiento o lo que fuera del hombre que vendió los champiñones, un comerciante llamado Lackington. Lackington vino a verme, y con una pertinacia verdaderamente notable frente a todas las pruebas, insistió en que no había cometido aquel error fatal, porque al pesar aquella cantidad tan pequeña de champiñones, media libra, sin duda se habría dado cuenta de inmediato si hubiera habido algo raro.

—Pero tío Louis, el médico dijo que...

—Sí, mi querida Elsie, sabemos lo que dijo el doctor, pero, para bien o para mal, la experiencia y el conocimiento práctico de Lackington lo respaldan

frente a generalidades teóricas. En circunstancias normales no se habría resuelto nada en contrario, pero da la casualidad de que Lackington tiene como inquilino a un joven periodista del diario local, y como vecino, a un químico farmacéutico. Estos tres hombres conversaron sobre el tema en más de una ocasión: Lackington estaba muy preocupado por el daño que se le había hecho a su reputación, el periodista incidió en el tema con noticias sensacionalistas y el farmacéutico contribuyó con su cuota de conocimientos prácticos. Unos días después salieron a la luz una serie de circunstancias que podían ser serias o inanes, dependiendo de cómo se desarrollaran los acontecimientos y el modo en que se presentaran.

»Los principales puntos eran dos: la asignación que la señora Dupreen recibía por el cuidado y mantenimiento de Charlie Winpole cesaría con su muerte, tal y como le había dicho al jurado. Lo que no mencionó fue que el muchacho muerto habría recibido una herencia de unas quince mil libras cuando se hiciera mayor de edad y que, una vez muerto, esa fortuna quedaba en manos de sus dos familiares más cercanos, esto es: la propia señora Dupreen y su hermano Philip.

»La señora Dupreen no tenía una situación acomodada. Philip Loudham también era pobre y no tenía ingresos habituales. Había intentado poner en marcha varios negocios y ahora, a los treinta y cinco años, desperdiciaba su vida principalmente escribiendo poesías y pintando acuarelas, dos actividades que no le proporcionaban dinero alguno, por lo que se sabía.

»Philip Loudham, eso estaba aclarado, era la persona que había subido la comida que había desatado la tragedia.

»Philip Loudham, eso también se demostró, tenía deudas y estaba muy apurado y con gran necesidad de dinero. Se da por hecho que había una mujer involucrada en el caso... supongo que no necesito decir nada más, Elsie.

—¿Y quién es ella? —preguntó la señora Bellmark con gran interés.

—No lo sabemos todavía. Una mujer casada, se rumorea, lamento decirlo. Pero eso importa poco... y menos a ti, Elsie. Continuemos: la señora Dupreen regresó de hacer la compra aquella tarde alrededor de las tres. Menos de media hora después Loudham salió de casa y fue a la estación, compró un billete de ida y vuelta a Euston. Se marchó en el tren de las 15:41 y regresó a

St. Abbots a las 17:43. Eso significa que tuvo apenas una hora para hacer lo que tuviera que hacer. ¿Y qué tenía que hacer?

»El vecino farmacéutico de Lackington le había proporcionado la información de que, aunque la burina solo aparece en la naturaleza en esa única forma, puede aislarse a partir de los otros componentes de los hongos y manejarse como cualquier otro veneno líquido. Pero se trataba de un producto excepcional, porque no tenía usos comerciales y probablemente ni media docena de farmacéuticos en Londres lo tuvieran en sus estantes. Él mismo, por ejemplo, nunca lo había tenido en su farmacia y nadie se lo había pedido.

»Con esta prueba sugerente, pero de ningún modo convincente —añadió el señor Carlyle—, el joven periodista amigo de Lackington se presentó en el despacho del editor de *The Morning Indicator*, para el que ejercía de corresponsal en St. Abbots, y le dijo que tenía una exclusiva. El trío de amigos había llegado lo más lejos posible. El editor del *Indicator* decidió indagar en el asunto y me pidió que investigara el caso. Y esta es mi relación con este suceso.

—Oh, ¿así es como se enteran los periódicos de las cosas? —comentó la señora Bellmark—. Me lo había preguntado a menudo...

—Es una de las maneras —contestó su tío.

—Influencia americana —añadió Carrados—. Allí se utiliza demasiado.

—Debe de ser espantoso —dijo su anfitriona—. ¡Y esos métodos de la Policía! ¡En esas obras de teatro que vienen de los Estados Unidos...! —La entrada de la encantadora doncella para traer el té fue la razón de que se volviera a hablar de asuntos comunes. La conversación, en deferencia a los escrúpulos del señor Carlyle, prácticamente se suspendió hasta que la puerta se cerró tras la salida de la criada.

—Mi primer objetivo —prosiguió el detective, después de servir el té— fue naturalmente descubrir si entre los químicos farmacéuticos de Londres se había vendido alguna cantidad de burina que coincidiera con una visita de Philip Loudham. Si esta línea de investigación fallaba, los mismísimos fundamentos del edificio de mis sospechas de su culpabilidad se irían al traste; pero si yo estaba en lo cierto... bueno, y efectivamente estaba en lo

cierto. En una calle cercana a Caistor Square, en Tottenham Court Road con Trenion Street, encontramos a un hombre llamado Lightcraft que de inmediato recordó haber hecho esa venta. Como la burina es un veneno muy peligroso, la transacción tuvo que registrarse, y en el libro de ventas de Lightcraft se encontraba esa prueba irrefutable. El miércoles, el día seis del mes, un hombre que firmó como J. D. Williams y que dijo vivir en el 25 de Chalcott Place, compró cuatro dracmas, esto es, alrededor de quince gramos, de burina. Lightcraft dijo que la venta se había realizado en torno a las cuatro y media. Fui entonces al 25 de Chalcott Place y descubrí que era una pequeña pensión. No conocían a nadie que se llamara Williams y que viviera allí.

Si el tono conclusivo del señor Carlyle tenía fundamento, Philip Loudham estaba entre la espada y la pared. La señora Bellmark aportó la esperada y obligatoria nota de admiración.

—¡Bueno! ¡Es asombroso! —fue la forma que adquirió su fascinación.

—¿Según la ley el químico farmacéutico tiene que conocer al comprador? —preguntó Carrados.

—Sí —asintió el señor Carlyle—, y por esa razón nuestro amigo Lightcraft puede haberse metido en un pequeño lío. Pero, como él dice, y tenemos que admitir que hay alguna verdad en sus palabras, ¿quién puede definir lo que significa «conocer» a alguien en nuestros días? Conoce a cien personas como clientes habituales u ocasionales y nunca ha sabido cómo se llaman; un buen número de nombres y direcciones representan para él otros tantos clientes ocasionales o habituales a los que no ha visto jamás. Ese J. D. Williams entró con la mayor confianza y en todos los sentidos parecía conocer a Lightcraft. Su rostro le resultaba familiar y Lightcraft fue tal vez un poco imprudente a la hora de suponer que efectivamente lo conocía. En fin, Max: se pueden entender las circunstancias. La competencia es fuerte, sobre todo entre los farmacéuticos privados, y uno puede perder un cliente por dar un mal servicio. Todo el mundo tiene que vivir.

«Excepto Charlie Winpole», pensó Max Carrados, pero decidió guardarse la idea.

—¿Y has consultado sobre la burina en otras tiendas? —preguntó, en vez de expresar aquel comentario sobre Charlie Winpole.

—No —contestó Carlyle—, no he preguntado. Eso habría sido un indicio, por supuesto, pero después de dar con ese establecimiento, los demás carecían de importancia. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada. Simplemente, ¿no crees que tuvo mucha suerte de librarse al principio de las acusaciones de nuestra policía de St. Abbots?

—Sí, sí... tal vez. Pero eso ya no nos interesa. Lo importante es que se ha descubierto al autor de un asesinato especialmente siniestro y alevoso. Cuando uno considera las circunstancias, te lo juro, creo que jamás he desenmascarado a un rufián más ingenioso y con más sangre fría.

—Entonces, ¿ha confesado, tío?

—Confesado... mi querida Elsie —dijo Carlyle, con una sonrisa complaciente—, no, no ha confesado. Este tipo de gente nunca confiesa nada. Por el contrario, ha reafirmado su absoluta inocencia con una exhibición de indignación considerable. ¿Y qué otra cosa podía hacer? Se le pidió que detallara sus movimientos entre las 16:15 y las 17:00 de aquella tarde. ¡Pardiez!, el tipo estaba tan seguro de la fiabilidad de sus planes que ni siquiera se tomó la molestia de pensar en ello. Primero negó que hubiera salido de St. Abbots en absoluto. Luego recordó algo. Recordó que había bajado a la ciudad por la tarde para hacer un par de cosas. ¿Qué cosas? Bueno, sobre todo comprar material de papelería. ¿A qué papelería fue? A una tienda de Oxford Street; no recordaba el nombre. ¿Y podría decir dónde estaba? Creía que sí. ¿Podría identificar al dependiente? No, no recordaba su cara en absoluto. ¿Tenía la factura? No, nunca guardaba las facturas pequeñas. ¿Cuánto dinero se gastó? Alrededor de tres o cuatro chelines. Y el precio de regreso a Euston fue de tres chelines y ocho peniques. ¿No era un viaje un tanto ridículo? Pues sí, tenía que admitir que sí. Tres o cuatro chelines de artículos de papelería eran un paquete mediano. ¿Se lo había hecho enviar? No; se lo había llevado. ¿Llevaba tres o cuatro chelines en material de papelería... en el bolsillo? No, en un paquete. ¿Era demasiado grande para llevarlo en el bolsillo? Sí. Dos testigos independientes podían testificar que no llevaba ningún paquete consigo. Había gente de la ciudad que había viajado en el mismo tren, en el mismo vagón que él. ¿Insistía en que había ido a comprar artículos de papelería? Se negó a decir nada más... y

es lo mejor que pudo hacer.

—¿Y Lightcraft lo identificó?

—Hum, bueno... no con tanta seguridad como nos habría gustado. Verás, ya habían pasado quince días. El hombre que compró el veneno llevaba bigote... postizo, claramente, pero Lightcraft dijo que había mucho parecido entre ambos y que la complejión de los dos tipos era similar.

—Preveo que la memoria acomodaticia del señor Lightcraft en lo que a los rostros se refiere tendrá que someterse a una dura revisión en un interrogatorio —dijo Carrados, como si estuviera ya disfrutando de esa perspectiva.

—Eso compensará la desafortunada mala memoria del señor Philip Loudham para recordar lugares y personas, Max —replicó el señor Carlyle, soltando su invectiva con su habitual e inimitable aplomo.

Carrados se levantó con una sonriente reverencia ante la perspicacia de aquella contestación.

—Seré generoso, señora Bellmark —dijo— y me llevaré a su tío de aquí inmediatamente, con el recuerdo de esas palabras en sus oídos... y todas mis aplastantes respuestas silenciadas.

—¡Las cinco y media! —exclamó el señor Carlyle, sacando su imponente reloj de oro—. Tenemos... bueno, en fin, tengo que... ¿Te importa pensar en tus respuestas en el coche, Max?

—Espero que no lleguen ustedes a las manos —murmuró la dama. Y luego añadió—: ¿Cuándo se reanudará el juicio, tío Louis?

—¿La vista? Oh, a primeros de enero.

—Tengo que recordarlo para enterarme. —Seguramente estuviera pensando que su tío Louis participaría de algún modo en los procedimientos. En cualquier caso, el señor Carlyle pareció complacido, pero, cuando terminaron las despedidas y la puerta se cerró, la señora Bellmark se quedó preguntándose qué significaba aquella enigmática sonrisa en el rostro de Max Carrados.

Antes de que hubieran recorrido un par de millas, el señor Carlyle recordó de repente los champiñones sospechosos que había cogido su amigo y le pidió verlos. Se le mostraron unos pocos para que los inspeccionara. Los

devolvió con ademán escéptico.

—Las láminas inferiores son demasiado pálidas para ser verdaderos champiñones, Max —dijo con aire de sabelotodo—. Es mejor que no te arriesgues. ¿Puedo tirarlos por la ventana?

—No —dijo Carrados, y con la mano impidió aquella amenazante actitud—. No. Quiero darles un uso, Louis, aunque no será culinario. Estás totalmente en lo cierto: seguramente sean venenosos. Solo quiero estudiarlos por... por un caso en el que estoy interesado.

—¿Un caso! ¡No me estarás diciendo que hay otro caso de envenenamiento por champiñones!

—No. Es el mismo.

—Pero... pero dijiste...

—Dije que no lo sabía todo. Y es cierto. Todavía no lo sé todo. Pero sé bastante más de lo que sabía entonces.

—¿Quieres decir que Scotland Yard...?

—No, Louis. —Parecía que Max Carrados se estaba divirtiendo con aquella situación—. Estoy en el lado contrario.

—¿Estás del otro lado! ¡Y permites que hable y hable de todo el caso y de mi acusación! Bueno, ¡de verdad, Max!

—Pero ahora tú ya no estás en el caso. El fiscal se ha hecho cargo de todo, ¿no?

—Sí, cierto, cierto. Pero, de todos modos, me siento condenadamente mal...

—Entonces te daré todo el caso para la defensa y así iremos juntos. En realidad, confiaba en que me ayudaras.

—¿Con la defensa? Yo... ¿después de aportar las pruebas al Ministerio Público para actuar como acusación?

—¿Por qué no? ¿No querrás que cuelguen a Philip Loudham...? Sobre todo porque es inocente, ¿no?

—Yo no quiero que cuelguen a nadie —protestó el señor Carlyle—. Al menos... como individuo particular.

—Fantástico. Bueno, supón que tú y yo descubrimos los hechos reales del caso y tenemos que decidir qué hacer. Lo más habitual es que la acusación exagere todos los detalles contra el reo y que contradiga todas sus coartadas;

la defensa, en cambio, propondrá pruebas ficticias de inocencia y procurará subestimar todo lo que ponga en peligro a su cliente; mientras, ambas partes y sus testigos tratarán de convencer a los miembros del jurado para que asuman y acepten la versión que ellos proponen. Eso no siempre acaba en imparcialidad o en verdadera justicia. Ahora bien, tú y yo somos dos hombres razonables, Louis...

—Espero que sí —admitió el señor Carlyle—, espero que sí.

—Tú puedes negar las acusaciones del Ministerio Público, y yo puedo exponer la debilidad de la defensa, y así, entre los dos, podremos llegar a la verdad.

—Me da la impresión de que se trata de un procedimiento bastante irregular. Pero estoy deseando escuchar tu defensa, de todos modos.

—Conocerás todo lo que sé hasta el momento. Una coartada, naturalmente.

—¡Ah! —exclamó el señor Carlyle levantando las manos.

—Muy recientemente, de hecho fue ayer mismo, vino a visitarme una señora con un cierto aire de secretismo. Vino con la recomendación de un conocido mutuo, el profesor de griego Fromow. Cuando estuvimos solos, me pidió, me suplicó en realidad, que le dijera qué podía hacer. Unas pocas horas antes, la señora Dupreen había ido a Londres a verla con el cuento del arresto del joven Loudham. Entonces salió a relucir toda la historia. Esta mujer... bueno, Louis, su nombre es Guestling, vive en una localidad cercana a Surrey y está casada. Su marido, según su propia versión, y yo desde luego he oído algo al respecto en alguna otra parte, la ha conducido a la escandalosa vida que lleva; ese hombre es un caballero admirable y educadísimo en sociedad, y un cerdo intolerable en casa, deduzco. Hace un año, más o menos, la señora Guestling conoció a Loudham, que se encontraba en los alrededores de su localidad pintando sus bonitos e invendibles caminos campestres y sus dorados atardeceres. Y ocurrió lo inevitable o, para aceptar las excusas de la dama, lo inevitable a medias. El señor Guestling, que a sus escasas virtudes domésticas puede añadir unos celos infinitos, prohibió aquella relación y en consecuencia los dos acabaron viéndose a hurtadillas y furtivamente en la ciudad. Si alguno de los dos hubiera tenido dinero suficiente, podrían haber impedido que el hado jugara con su destino, y podrían haberse fugado, pero

ella no tenía nada y él tenía menos aún, y ambos, supongo, eran pobrecillos mortales cuando se trataba de hacer cualquier cosa que implicara valor y coraje en este mundo censor. Así que se fueron alejando, poco a poco, pero no abandonaron el barco totalmente.

—Nada mejor que asegurarse una fortuna, por las buenas o por las malas: un formidable incentivo para un hombre débil y desesperado, Max —dijo Carlyle con frialdad.

—Esa es la motivación que quiero hacerte ver. Pero, como tú insistirás en tu versión, te diré que también es un motivo para que una pareja débil y alocada aproveche cada breve instante y cada ocasión que tenga para encontrarse en secreto. El miércoles, día seis, esta mujer regresaba de una visita a casa de unos amigos en los Midlands. Pensó que era una oportunidad para ver a su amante y en la mañana del día seis apareció un mensaje en la columna de anuncios personales de *The Daily Telegraph* (su canal de comunicación habitual) concertando una cita. Todo esto puede comprobarse por la irrefutable prueba del anuncio en el periódico. Philip Loudham acudió a la cita y durante media hora esa pareja tristemente feliz se sentó a hacer manitas en la desolada y desierta sala de espera de la estación de Bishop's Road. Aquella media hora duró desde las 16:14 hasta las 16:45. Después de que Loudham viera a la señora Guestling coger el tren de Praed Street Station en dirección a la estación Victoria, regresó a Euston y llegó a St. Abbots a las 17:07.

—¿Eso puede demostrarse? Sobre todo: ¿puede demostrarse el tiempo que pasaron juntos?

—En absoluto. Escogieron la sala de espera de la estación de Bishop's Road porque está solitaria y apartada, y al parecer consiguieron lo que buscaban. Ni un alma los vio mientras estuvieron allí.

—Entonces, por Júpiter, Max... —exclamó enojado el señor Carlyle—, ¡acabas de colgar a tu cliente!

Carrados no pudo evitar una sonrisa ante aquella trágica expresión de triunfo.

—Bueno, examinemos antes la cuerda —dijo Max, con su habitual aire imperturbable.

—Pues aquí la tengo... —El investigador privado sacó de su agenda una prueba aparentemente nimia y trivial, y se la puso en la mano a su amigo: era el billete de color salmón de un autobús de la London General—. De Royal Oak, la parada más cercana a Paddington, a Tottenham Court Road, el punto más cercano a Trenion Street —añadió con elocuencia.

—Sí —asintió Carrados, cogiendo el billete.

—Al hombre que compró la burina se le cayó este billete en el suelo de la tienda. Al salir dejó la puerta abierta y Lightcraft se acercó a cerrarla. Entonces vio que se le había caído el billete y lo recogió, porque recordaba perfectamente que no estaba allí antes. Luego lo tiró a la papelera que tiene bajo el mostrador, y allí fue donde lo encontramos cuando fui a visitarlo.

—La memoria del señor Lightcraft me fascina, Louis —fue el comentario imperturbable del ciego—. ¿Qué te parece si nos dejamos caer por su casa y charlamos un poco con él?

—¿Realmente crees que se puede sacar algo más en claro? —preguntó Carlyle de forma dubitativa—. Te puedo asegurar que le he sacado todo lo que tenía.

—Seguro. Pero tú y yo nos aproximaremos a la experiencia del señor Lightcraft desde distintos ángulos. Tú estabas buscando una prueba para demostrar que el joven Loudham era culpable. Yo busco la prueba que demuestre su inocencia.

—Muy bien, Max —admitió su compañero—. Solo te pido que no me culpes si tu indagación resulta tan terriblemente negativa e inútil para tu cliente como lo que te contó la señora G. ¿Debo decirte qué verosimilitud le dará el jurado a la explicación de las supuestas pruebas de la dama?

—No, gracias —dijo Carrados, medio adormilado en su rincón del asiento trasero del coche—. Lo sé. Ya se lo dije yo.

—Ah, estupendo. No necesito informarte, entonces. —Y eximido de esa satisfacción, el señor Carlyle se refugió también en su propio rincón, donde se entregó a un enojo particular contra la malicia de Max Carrados, hasta que el vehículo se detuvo ante un abigarrado y variopinto escaparate farmacéutico que le indicó dónde se encontraban.

El señor Lightcraft no fingió que le agradara ver a aquellas dos personas.

Durante unos minutos incluso se negó a despegar los labios en absoluto sobre el tema que los había llevado allí, repitiendo como un loro obstinado las mismas palabras a cada observación que los dos amigos le hacían: «La causa está *sub iudice*. No puedo decir nada más». Hasta que el señor Carlyle amenazó con darle un mamporro y consiguió hacerlo entrar en razón. Tenía las orejas bastante prominentes y se le encendieron con la amenaza. Por otro lado, el farmacéutico era largo y pálido, y su piel marmórea y transparente y su bien perfilado bigote le daban en cierta manera una apariencia de figura de cera.

—En fin —dijo Carrados, cuando su amigo, desesperado, se hartó de hacerle preguntas sin respuesta—, ¿le importaría al menos decirnos un par de cosas sobre la burina? Independientemente del caso que tenemos entre manos.

—Estoy muy ocupado. —El señor Lightcraft, dando la espalda al mostrador, siguió haciendo cosas inútiles con los tarros de las estanterías.

—Supongo que el tiempo del señor Max Carrados, de quien incluso usted seguramente habrá oído hablar, es tan valioso como el suyo, mi buen amigo —cortó el señor Carlyle con una dignidad escandalizada.

—¿El señor Carrados...? —Lightcraft se volvió y observó al ciego con curiosidad—. No lo sabía... Pero debe usted reconocer la situación tan comprometida en la que me encuentro por culpa de la intervención de este caballero...

—Es su trabajo, ya sabe —dijo Carrados amablemente— y, en cualquier caso, si no hubiera sido él, habría sido otro. ¿Por qué no colabora y me permite ayudarlo?

—¿Y cómo lo va a hacer?

—Si el caso contra Philip Loudham se malogra y en la próxima vista se le exonera de todos los cargos, usted ya no tendría nada que ver en el asunto.

—Eso sería un alivio, desde luego. Pero ¿por qué iba a malograrse el caso?

—Déjeme probar un poco de burina para ver a qué sabe —sugirió Carrados—. ¿Le queda algo?

—¡Max, Max! —gritó el señor Carlyle casi desesperado—. ¿Es que no te das cuenta de que esa sustancia es un veneno mortal? Solo unos miligramos

y...

—El señor Lightcraft sabrá cómo administrarlo.

Y al parecer el señor Lightcraft sabía cómo hacerlo. Llenó una cubeta con agua fría, succionó con una fina pipeta de cristal una sustancia de una botella que no se encontraba en las estanterías, y agitó con ella el agua. Luego, en otro vaso de agua, echó una sola gota de la disolución.

—Una medida por ciento veinticinco mil, señor Carrados —dijo, ofreciéndole la disolución.

Carrados apenas tocó el líquido con los labios, meditó sobre su sabor y luego se secó la boca.

—Ahora quiero olerlo.

El farmacéutico sacó el frasco y se lo puso en las manos, y él arrimó la nariz a la abertura.

—Huele a champiñones estofados... —Fue su comentario—. ¿Para qué se utiliza esta sustancia, señor Lightcraft?

—Para nada que yo sepa.

—Pero su cliente le daría una explicación...

El farmacéutico pálido se ruborizó un poco al recordar el incidente.

—Sí... —admitió—. Todavía hay una buena parte de ese asunto que sigue siendo un misterio para mí. El hombre entró poco después del atardecer, me saludó como si me conociera y dijo: «Buenas noches, señor Lightcraft». Yo, naturalmente, di por hecho que era alguien a quien no podía negarle nada. «Quiero otra media libra de nitro», dijo, y se lo serví. Desde entonces he intentado recordar si ya me había comprado antes nitro, pero no me acuerdo. Es un artículo muy común y lo vendo todos los días. No tengo buena memoria para las caras, eso debo admitirlo. Esto me ha dado muchos problemas en el negocio. Charlamos sobre nada en particular mientras yo le preparaba el paquete. Después de pagarme y darse media vuelta para marcharse, se giró. «Por cierto, ¿no tendrá usted un poco de burina?», me preguntó. Por desgracia, tenía unas onzas. «Por supuesto, sabrá usted qué es la burina...», le advertí. «¿Puedo preguntarle para qué la quiere?». Él asintió y me mostró el paquete de nitro que tenía en la mano. «Para lo mismo que esto», contestó: «Taxidermia». Y entonces le vendí media onza.

—Pero ¿en realidad se utiliza en taxidermia?

—Pues no lo creo. He hecho algunas pesquisas por mi cuenta y nadie sabe nada de eso. El nitro sí, se utiliza muchísimo, y algunas otras sustancias peligrosas, como el arsénico y el cloruro de mercurio, por ejemplo... pero no esto. No; era un subterfugio, sin duda.

—Ahora déjeme ver el registro de sustancias peligrosas, si tiene la amabilidad.

El señor Lightcraft lo sacó sin demora y el hombre ciego recorrió con el dedo el renglón preciso.

—Sí, está muy claro. ¿Es cierto, señor Lightcraft, que apenas media docena de farmacéuticos o drogueros de Londres tienen esta sustancia concreta en sus despachos? Nos han dicho eso.

—Lo creo de verdad. Desde luego, yo no conozco a otro.

—Es muy raro: aquel cliente del día seis parece que vino directamente aquí. ¿Tiene usted un catálogo de productos?

—Solo uno de productos fotográficos. La burina no está entre ellos.

—¿Y puede usted decirme alguna razón por la que el señor Philip Loudham pudiera haber imaginado que usted podía proporcionarle esa sustancia concreta? ¿Ha mantenido usted con anterioridad alguna correspondencia con él o sabía de él o dónde vivía?

—No. Por lo que yo recuerdo, jamás había sabido nada de él.

—Entonces, debemos entender que fue pura casualidad. Por cierto, señor Lightcraft, ¿cómo ha llegado hasta usted este raro veneno que no tiene ningún uso comercial conocido y que nadie solicita?

El farmacéutico se permitió el lujo de sonreír ante aquella pregunta tan astuta.

—En realidad, no lo tengo para la venta —contestó—. Tengo solo una pequeña cantidad para mi propio uso.

—¿Su propio uso? ¡Ah, entonces sí que tiene un uso!

—Bueno, la verdad es que no. Hace algún tiempo se filtró en un pequeño reducto del mundillo de la fotografía que estaba a punto de producirse una gran revolución en la fotografía de color y que el uso de la burina entraba en ese proceso. Yo, como otros, enseguida nos hicimos con un poco de esa

sustancia. Por desgracia, fue un ejemplo más de un descubrimiento que era correcto en la teoría pero que fallaba en la práctica. Aquello acabó en nada.

—Santo cielo, santo cielo... —dijo Carrados comprensivamente—. Qué lástima. ¿Entonces está usted interesado en la fotografía, señor Lightcraft?

—Es la afición de mi vida, señor. Por supuesto, la mayoría de los químicos nos interesamos en ella, porque es parte de nuestro negocio, pero yo le dedico todo mi tiempo libre y experimento cuanto puedo. La fotografía en color, sobre todo.

—La fotografía en color, claro. Tiene un gran futuro. Ese proceso con burina... supongo que habría tenido un considerable valor si hubiera funcionado.

El señor Lightcraft se rio en silencio y se frotó las manos. En aquellos momentos se había olvidado de Loudham y del enojoso caso, y solo pensaba con entusiasmo en su pasión fotográfica.

—Yo diría que sí, señor Carrados —contestó—. Habría sido el descubrimiento más importante desde que Gaudin inventó el nitrato de plata en el año cincuenta y cuatro. Imagínese... los complejos procesos de Dyndale, Eiloff y Jupp, reducidos a la sencillez de una simple impresión de contacto que le proporcionara todo el abanico de las variaciones cromáticas. Desde el punto de vista económico sería como la invención de la luz artificial.

—¿Eso lo sabía mucha gente?

—¿La teoría de la burina?

—Sí. Dijo antes que el secreto se había filtrado. ¿Lo conocía mucha gente?

—En absoluto. El grupo de los iniciados era muy pequeño y yo supongo que, pensándolo bien, los que lo supieran se lo guardarían para ellos. Desde luego, nunca se hizo público. Después, cuando la teoría quedó rebatida definitivamente, por supuesto nadie volvió a preocuparse de ella.

—¿Y a todos los que estaban trabajando en esa línea los conocía usted, señor Lightcraft?

—Bueno, sí; más o menos, supongo que los conocía... —dijo el químico pensativamente—. Verá, el hombre que planteó la nueva fórmula fotográfica era miembro de Iris, una sociedad integrada por personas interesadas en este tema, de la cual yo era secretario, y no creo que la teoría llegara a ir más allá

de la Junta Directiva.

—¿Y cuánto hace de esto?

—Un año... dieciocho meses... Aquello fue bastante desagradable y se acabó disolviendo la sociedad.

—Imagine que llegara a su conocimiento que uno de los miembros de aquel círculo original estuviera experimentando en secreto en esa dirección, con la burina... ¿qué supondría eso?

El señor Lightcraft lo meditó. Entonces observó a Carrados con una mirada aguda, casi asombrada, y luego empezó a morderse las uñas como si lo estuvieran acosando las dudas y la perplejidad.

—Depende de quién fuera —contestó.

—¿Había, por casualidad, alguien al que no conociera de vista pero cuya dirección le resultara familiar?

—¡Paulden! —exclamó el señor Lightcraft—. ¡Paulden, maldita sea! Me parece que está usted en lo cierto. Era el más competente de todos y nunca vino a las reuniones... Era un miembro por correspondencia. Southem, el hombre que lanzó la idea, conocía a Paulden y se lo dijo. Southem era un genio poco habilidoso que jamás fue capaz de llevar a cabo ningún trabajo fotográfico. Paulden... sí, Paulden fue quien finalmente persuadió a Southem de que aquellos experimentos no servían para nada. Envió un informe con esa misma idea para que fuera leído en una de nuestras reuniones. ¡Así que Paulden está utilizando la burina de nuevo...!

—¿Y dónde vive? —preguntó Carrados.

—En Ivor House, Wilmington Lane, Enstead. Como yo era secretario, le he escrito a esa dirección un montón de veces.

—Eso está en la línea del Gran Western-Paddington —comentó el ciego—. Muy bien, ¿puede usted darnos las direcciones de quienes tuvieran conocimiento de esa técnica, señor Lightcraft?

—Claro, claro... Conservo el libro de asociados. Pero estoy convencido de que Paulden es nuestro hombre. Creo que en realidad llegué a verlo una vez, hace muchos años, pero se ha dejado bigote...

—Si nos hubiera contado todo esto hace unos días nos habría ahorrado bastantes molestias... —apuntó el señor Carlyle con cierta aspereza.

—Cuando vino usted, señor Carlyle, estaba usted tan convencido de que había sido el señor Loudham que no habría querido oír ningún otro nombre —replicó el farmacéutico—. Tendrá que reconocer que yo nunca lo identifiqué con toda seguridad como mi cliente. Aquí está el libro: Southem, Potter's Bar. Voynich, Islington. Crawford, Streatham Hill. Brown, Southampton Row. Vickers, Clapham Common. Tidey, Fulham. A todos estos los conozco bastante bien... Me reunía con ellos semana tras semana. A Williams no lo conocía tanto. Se murió. Bigwood se fue a Canadá. No creo que hubiera más gente que conociera el tema de la «burinamanía»... así acabamos llamándolo.

—¿Y ahora? ¿Cómo lo llamarían ahora? —preguntó Carrados.

—¿Ahora? Bueno, espero que me libre usted de tener que comparecer ante el tribunal y todo eso, señor Carrados. Si Paulden sigue experimentando con burina a escondidas, ¡voy a necesitar todo mi tiempo libre para hacer lo mismo!

Unas pocas horas después los dos investigadores hicieron sonar la campanilla de una imponente casa señorial en Eansted, la pequeña ciudad rural que se encuentra a veinte millas de Londres, en Berkshire, y preguntaron por el señor Paulden.

—No tiene sentido traer a Lightcraft para que identifique a este hombre —había decidido Carrados—. Si Paulden lo niega, el registro de nuestro amigo lo llevará ante el tribunal.

—Yo mantengo la mente abierta sobre el tema —había contestado Carlyle—. Y reconozco que Lightcraft es un veleta, pero no hay ninguna razón por la que no hubiera estado en lo cierto antes y ahora esté equivocado.

Se les hizo pasar a una gran sala de espera. Carlyle advirtió gustos y elementos refinados y caros en el interior, y complacencia en la comodidad en el mobiliario.

Finalmente se abrió una puerta, pero no apareció ningún caballero, sino una mujer de mediana edad con aspecto de madre de familia cuyo buen humor y dominio en el ámbito doméstico era evidente en cada rasgo de su rostro sonriente y sus gestos naturales.

—¿Deseaban ustedes ver a mi esposo? —preguntó con amigable cortesía.

—¿El señor Paulden? Sí, nos gustaría —contestó Carlyle, con su educación más oficiosa—. Es un asunto que no le ocupará más que unos pocos minutos.

—Es que está muy atareado en estos momentos. Si tiene que ver con las elecciones. —Había unos comicios en aquellos días—. No está interesado en la política y casi nunca vota. —Sus gestos no eran extraños ni sospechosos; simplemente reflejaban un deseo vehemente de evitarle cualquier molestia o problema a su marido.

—Lo comprendemos, desde luego, lo comprendemos... —dijo el señor Carlyle casi cantando con instintiva zalamería—. Después de todo —añadió, apropiándose de modo mendaz de una broma con la que se había reído de buena gana unos días antes en el teatro—, después de todo, ¿para qué sirven unas elecciones, sino para cambiar el color de la corbata de los hombres que nos quitan el dinero de los bolsillos? No, no, señora Paulden... se trata solo de... hum... un asunto personal.

La mujer miró a uno y a otro con una amable sonrisa.

«Qué misterio misterioso», pareció decir con su gesto. «Muy bien, a mí no me importa, pero tal vez podría ayudarles si lo supiera...».

—El señor Paulden está en su cuarto oscuro en este momento —fue lo que dijo en realidad—. Me temo, de verdad, que no podré convencerlo para que salga a menos que pueda darle un mensaje concreto.

—Se comprende fácilmente la dificultad de apartar de su pasión a un entusiasta aficionado a la fotografía... —sugirió Carrados, hablando por primera vez—. ¿Sería posible que nos llevara usted hasta la puerta del cuarto oscuro, señora Paulden, y así podríamos hablarle a través de ella a su marido?

—Podemos intentarlo —dijo de buena gana—, ya que parece tan importante.

—Lo es —contestó Max.

El cuarto oscuro estaba al final del vestíbulo. La señora Paulden los acompañó hasta la puerta, esperó un instante y llamó con los nudillos con suavidad.

—¿Sí? —dijo una voz desde el interior, con un aire bastante irritado: era un detalle que cualquiera podría notar.

—Han venido dos caballeros. Quieren verte para algo, Lance...

—No quiero ver a nadie cuando estoy aquí —contestó la voz, cada vez con más enfado—. Ya lo sabes, Clara...

—Sí, querido... —dijo suavemente—, pero escucha... Están aquí, en la puerta, y si puedes parar un poco y acercarte a la puerta para que te digan qué quieren, sabrás si su asunto es tan importante como dicen...

—Espera un minuto —fue la contestación tras un breve silencio, y luego se escuchó que alguien se aproximaba a la puerta, por el interior.

Es un poco difícil saber cómo ocurrió exactamente... Carrados se había acercado a la puerta para hablar. Posiblemente pisó al señor Carlyle, porque se produjo un momento de confusión y movimientos trastabillados. Entonces, Max adelantó la mano rápidamente para no caerse. Al instante siguiente la puerta del cuarto oscuro cedió y se abrió, la luz entró y escaparon de la habitación los cálidos vapores de una atmósfera cargada y viciada. Confiado en la perfecta disciplina de su excelente ama de casa, el señor Paulden no había tenido la precaución de encerrarse con llave.

—¡Maldita sea! —gritó el furibundo aficionado en un arrebato de rabia—. ¡Maldita sea, me lo han estropeado todo!

—Vaya por Dios... —se disculpó Carrados compungido—. Lo siento muchísimo. Creo que ha sido culpa mía, señor. ¿Es muy grave...?

—¿Grave? —tronó el señor Paulden, abriendo furiosamente la puerta de par en par de modo que acabó encontrándose cara a cara con los molestos visitantes—. ¿Es grave dejar que la luz del día entre en un cuarto oscuro en medio del delicado proceso del revelado?

—Pero si solo ha sido un poquito... —insistió Carrados.

—Buah... —gruñó el caballero iracundo—. Lo suficiente. Conoce usted la diferencia entre la luz y la oscuridad, supongo.

El señor Carlyle se encontró de repente conteniendo la respiración y preguntándose cómo demonios se le habría ocurrido a Max aquella treta.

—Pues no —fue la respuesta amable y molesta de Max: una apelación *ad misericordiam* que hasta ese momento nunca le había fallado—; no, por desgracia no la conozco, porque soy ciego. ¡Por eso soy tan torpe!

Tras unos instantes de conmocionado silencio, la señora Paulden dejó escapar unos gritillos de compasión. Hacía solo un momento se había

quedado muda de indignación, apoyando de modo indiscutible la furia de su esposo. Paulden se sintió como si hubiera apaleado a un animal enfermo. Tartamudeó algunas disculpas y se volvió para cerrar la desafortunada puerta. Luego empezó a alejarse por el vestíbulo.

—¿Querían verme por algo? —preguntó, con obligada educación—. Tal vez sería mejor que pasáramos aquí... —Y señaló el salón donde habían estado esperando antes y, cuando los invitados pasaron, entró tras ellos. La admirable señora Paulden no dio señal alguna de querer unirse al grupo.

Carrados planteó el asunto de inmediato.

—Verá, el señor Carlyle, aquí presente —dijo, señalando a su amigo—, ha estado llevando a cabo recientemente una investigación en un caso de supuesto envenenamiento que la Fiscalía tiene ahora en sus manos. Yo estoy interesado en la defensa. Así pues, tiene usted delante a las dos partes del conflicto, señor Paulden.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Paulden con evidente sorpresa.

—Está usted experimentando con burina. Y la víctima de este supuesto crimen de modo indudable perdió la vida por envenenamiento con burina. ¿Le importaría decirnos dónde adquirió usted esa peligrosísima sustancia?

—Yo he...

—No: un momento, señor Paulden, antes de que conteste —interrumpió Carrados levantando la mano—. Debe comprender usted que en ningún momento estamos planteando nada tan grotesco como relacionarlo a usted con un crimen. Pero hay un hombre bajo arresto y la acusación principal contra él es la media onza de burina que el señor Lightcraft, de Trenion Street, le vendió a alguien a las cinco y media de un miércoles de hace quince días. Antes de que se comprometa con cualquier afirmación de la que pueda resultar difícil retractarse, debe saber que vamos a llevar esta investigación hasta el final.

—¿Por qué sabe usted que yo estoy utilizando burina?

—Tuve suerte y acerté —dijo Carrados, eludiendo la pregunta.

—Ah, bueno. ¿Y dicen ustedes que alguien ha sido arrestado por esto?

—Sí. Tal vez haya leído algo sobre el caso de los champiñones

envenenados de St. Abbots.

—No pongo mucho interés en las noticias sensacionalistas de la prensa. Muy bien; fui yo quien compró la burina en la tienda de Lightcraft ese miércoles por la tarde. Di un nombre falso y también una dirección falsa, tengo que admitirlo. Y tenía razones suficientes, y privadas, para hacerlo.

—Esto es lo que vulgarmente se dice dejar el caso «para el arrastre», sobre todo para la acusación —dijo Carlyle, que había estado tomando notas—. Sin embargo, esto puede acarrearle a usted algunos problemas, señor Paulden.

—Yo no creo que deba considerar eso muy seriamente, dadas las circunstancias —dijo Carrados, para tranquilizarlo.

—Tendrán que buscar una cabeza de turco, ya sabe —insistió Carlyle—. Loudham armará un escándalo.

—No creo. Loudham, como seguramente le dirá la Fiscalía, tiene que dar gracias a Dios por no haber dado una explicación satisfactoria de sus movimientos. A Loudham le soltarán un buen sermón, a Lightcraft le impondrán una multa de nada y al señor Paulden, bueno, imagino que le dirán que no lo vuelva a hacer.

El hombre dejó escapar una risa amarga.

—No habrá ocasión de volverlo a hacer —señaló—. ¿Saben algo de lo que estaba haciendo?

—Lightcraft nos habló de algo relacionado con la fotografía en color. Me parece que no confía usted en el señor Lightcraft, ¿estoy en lo cierto?

El señor Paulden decidió declarar total y abiertamente, a pecho descubierto.

—Confié en su momento, gracias —dijo con un gesto tenso en el rostro—. Déjenme que les cuente. Hace unos dieciocho meses yo estaba a punto de hacer un gran descubrimiento relacionado con la fotografía en color. Era un hallazgo mío, aunque hayan oído otras cosas por ahí. El elemento clave es la burina, y, como no tenía entonces razones para ser cauteloso o suspicaz (ahora sí que las tengo), y viendo que adquirir esta sustancia era realmente difícil, e incluso completamente imposible, le envié un recado a Lightcraft para que me consiguiera un poco. Por desgracia, en un momento de entusiasmo, le adelanté a un amigo los posibles resultados, un hombre que en aquel entonces era mi amigo... un pelele llamado Southem. Este habló con

Lightcraft del asunto, sumaron dos y dos, y en pocos días mi secreto ya estaba en boca de todo el mundo.

»Si han estado ustedes alguna vez a punto de hacer un descubrimiento monumental, comprenderán la angustia y la desesperación y los arrepentimientos que me invadieron. Durante meses el resultado ha estado en el fiel de la balanza; yo no lo conseguía, pero los demás tampoco lo lograban. Al final, fui capaz de difundir la convicción de que el proceso de burina no daba ningún resultado. Y por fin pude respirar.

»No quieran saber todo lo que se ha conspirado contra mí para arruinar mi descubrimiento. Procedí con extrema cautela y, desde entonces, con mucha prudencia. Hace aproximadamente tres semanas tuve otro indicio de éxito y justo después otro completo desastre. Por una mala suerte del todo infernal, acabé con todas mis reservas de burina. Tiré el frasco, se hizo añicos en una de las cubetas llenas con otra sustancia química, y todo el precioso lote de burina se perdió para siempre. En esa fase de la investigación, detener los experimentos durante un día era como perder un mes. Solo había un lugar, uno exclusivamente, donde podía conseguir esa sustancia sin que nadie lo supiera, pero hacerlo de forma abierta después de mis últimas experiencias no me atraía mucho. Bueno, y ya saben qué ocurrió después, y ahora, supongo, todo saldrá a la luz...

Una semana después de su arresto, Philip Loudham y su hermana estaban sentados en el salón de su casa en Hazlehurst, nerviosos y expectantes. Loudham había sido exculpado apenas seis horas antes, con tal defensa y reivindicación de su persona que quedó demostrado que no había ninguna prueba contra él. Cuando llegó a su casa encontró una carta de Max Carrados —un nombre que para entonces ya le era conocido—. Había también otras notas y telegramas, mensajes de solidaridad y de enhorabuena, pero el hombre que había hecho posible su liberación no hablaba en esos términos tan convencionales. Simplemente decía que tenía intención de ir a visitar al señor Loudham a las nueve de la noche y que confiaba en que esa hora sería

adecuada para él y para otros miembros de la familia que se encontraran en casa.

—No sé cómo se lo voy a agradecer —murmuró Loudham, rompiendo el silencio que se había hecho en el salón a medida que se aproximaba la hora—. Debería haber sido yo quien fuera a visitarlo mañana.

La señora Dupreen asintió con la mirada ausente. Ambos iban vestidos de luto, y ambos en aquel momento tuvieron el mismo pensamiento: que todo aquello solo era un sueño.

—Supongo que no querrás seguir viviendo aquí, ¿verdad, Irene? —continuó el hermano, hablando para tratar de que el transcurso del tiempo resultara más tolerable.

Aquello al menos tuvo el efecto de devolver a la señora Dupreen al presente de golpe.

—No, claro que no... —contestó casi de mal humor y mirándolo a los ojos—. ¿Por qué iba a hacerlo... ya?

—Oh, claro, claro... —admitió—. Ya lo suponía. —Y en ese momento sonó el timbre de la puerta—. ¡Gracias a Dios!

—¿Quieres ir a recibirlo y hacerle pasar? —sugirió la señora Dupreen—. Es ciego, ya sabes.

Carrados venía con un pequeño maletín de piel y permitió que Loudham se lo llevara, junto con el sombrero y los guantes. Se hicieron las presentaciones con la señora Dupreen, se condujo al ciego hasta una silla y luego Philip Loudham comenzó una larga perorata de reconocimientos y gratitudes que había estado pensando y evaluando durante la última media hora...

—Me temo que no sé bien cómo agradecerle el extraordinario servicio que me ha prestado, señor Carrados —empezó—, y, sobre todo, aprecio enormemente el hecho de que, gracias a usted, ha sido posible mantener el nombre de la señora Guestling completamente fuera del caso. Por supuesto, ya lo sabe usted todo, y mi hermana también, así que no vale la pena seguir insistiendo en ese tema... Bueno, y ahora que voy a tener algo parecido a una buena renta, le diré a Kitty... a la señora Guestling que pida el divorcio, para lo que tiene muchas razones, y, cuando eso quede firmado, nos casaremos enseguida e intentaremos olvidar las malas experiencias que ambas partes

hemos tenido que sufrir. Espero... —añadió con timidez—, espero que no nos culpe por ello.

Carrados negó con la cabeza para desestimar con amabilidad aquella idea.

—Ese es un asunto ético que queda totalmente fuera del ámbito de mi investigación —contestó—. Supongo que no imaginaría que vengo a molestarle a estas horas solo para que me dé las gracias. ¿Se le ha ocurrido pensar por qué he venido?

Hermano y hermana intercambiaron miradas y su silencio fue la respuesta.

—Aún tenemos que averiguar quién envenenó a Charlie Winpole.

Loudham miró atónito a su invitado, completamente desconcertado. La señora Dupreen casi cerró los ojos. Cuando pudo hablar fue casi en un afligido susurro.

—¿Y qué vamos a ganar empeñándonos en esa idea, señor Carrados? —preguntó como una súplica—. Hemos sufrido semanas de angustia, semanas de temor y gran pesar. ¿No se ha hecho ya todo lo que podía hacerse?

—Pero, si hubiera sido un asesinato, al menos se le haría justicia a su sobrino.

La señora Dupreen hizo un gesto de agotada resignación. Fue Loudham quien abordó con firmeza la cuestión.

—¿Cree usted verdaderamente, señor Carrados, que hay alguna duda sobre las circunstancias del caso?

—¿Podría traerme mi maletín, por favor? Gracias. —Lo abrió y sacó una bolsa de papel—. Y ahora deme un periódico, si es tan amable. —Derramó sobre el periódico todo el contenido de la bolsa de papel—. ¿Recuerda usted, señora Dupreen, que en la vista oral declaró usted que los champiñones que compró parecían bastante secos? Estaban secos, no hay ninguna duda, porque se habían recolectado hacía ya bastantes días. Aquí tenemos algunos que han sido recogidos en las mismas condiciones, días atrás. ¿Se parecen a los suyos?

—Sí —admitió la mujer, comenzando a escuchar a Carrados con nuevo y curioso interés.

—El doctor Slark luego declaró que los hongos que contienen el veneno llamado burina (es decir, la amanita llamada bonete negro y, para los

aldeanos del campo, el perfume del demonio) no desarrollan esa sustancia hasta su madurez. Estaba equivocado en cierto sentido, porque los experimentos han demostrado que si el bonete negro se recoge cuando es joven, en una etapa inofensiva, y se guarda, adquiere exactamente la misma apariencia que si hubiera madurado de forma natural. Miren... —Abrió entonces una segunda bolsa, volcó su contenido y reunió otro montoncito de hongos al lado del primero—. Recogidos hace cuatro días —explicó.

—Vaya, están negros como la tinta... —comentó Loudham—. Y esa peste... ¡uf!

—Difícilmente nadie cogería uno de estos sin darse cuenta de lo que son, ¿verdad, señora Dupreen?

—Desde luego, eso es lo que yo creo... —admitió.

—Con toda la prudencia con que se debe considerar la opinión interesada de Lackington, también creo que debe ser tenida en cuenta. En fin, es increíble que quien preparara los champiñones pudiera dejar pasar uno de estos. ¿Quién cocinó en esa ocasión, señora Dupreen?

—Mi criada Hilda. Es la que cocina siempre.

—¿La que me ha abierto la puerta?

—Sí; es el único servicio que tenemos, señor Carrados.

—Me gustaría que viniera, si a ustedes no les importa.

—Pues claro, si es lo que quiere... Esta chica es... —La señora Dupreen creyó que debía decir algo favorable de la muchacha antes de que aquel hombre implacable juzgara a la doncella—. Es muy buena chica, muy decente y formal.

—Mucho mejor.

—Iré... —La señora Dupreen se levantó e hizo ademán de cruzar la sala.

—¿Por qué no la llama con la campanilla? Gracias. —Y, cualquiera que hubiera sido la intención de la mujer, al final solo llamó a la criada con la campanilla.

—¿Sí, señora?

Era una joven aseada, de modales tímidos, sencilla y nerviosa, con el rostro redondo, tan limpia y tan sincera como una manzana. «Es una lástima», pensó la señora Dupreen, «que este hombre tan serio y tan conspicuo no

pueda verla...».

—Entra, Hilda. Este caballero quiere preguntarte algo.

—Sí, señora. —Aquellos ojos redondos y azules observaron aterrorizados a Carrados, luego se dirigieron a los hongos que había esparcidos sobre la mesa y luego buscaron un lugar por donde escapar en la sala.

—¿Recuerdas la noche en la que murió el pobre Charlie, Hilda? —dijo Carrados con su tono más suave y amable—. Tú cocinaste unos champiñones para que cenara, ¿no es cierto?

—No, señor —contestó con descaro.

—¿«No»? ¡Hilda! —exclamó la señora Dupreen completamente asombrada—. Querrás decir «sí», desde luego, chiquilla... Por supuesto que los cocinaste. ¿No te acuerdas?

—Sí, señora —contestó Hilda obedientemente.

—Muy bien —dijo el ciego con aire tranquilizador—. Los testigos nerviosos a menudo contestan lo primero que se les pasa por la cabeza. No tienes nada que temer, mi buena chica, si nos dices la verdad. Dime: supongo que reconocerás los champiñones cuando los ves.

—Sí, señor —fue su respuesta, bastante dubitativa.

—¿Había algún champiñón como estos en el montón que cocinaste? —y le mostró uno de los venenosos.

—No, señor; pues claro que no, señor. Lo hubiera reconocido.

—¿Lo habrías reconocido entonces? Dime: a ti no te llamaron a declarar, ¿verdad, Hilda?

—No, señor.

—Si hubieras ido, ¿qué habrías dicho sobre los champiñones que habías cocinado?

—Yo... yo... no sé, señor.

—Vamos, vamos, Hilda. ¿Qué habrías dicho? ¿Algo que no sepamos? Di la verdad, niña, si quieres que todo vaya bien. —Y luego, con una repentina y terrible rapidez, la pregunta perforó su pequeño cerebro tembloroso y culpable—: ¿De dónde cogiste los otros champiñones que pusiste con los que tu señora compró?

Sus ojos, que sobre todo habían estado recorriendo, el suelo se alzaron

hacia Carrados, en una única y aterrorizada mirada, y de Carrados a su señora, y luego a Philip Loudham, y regresaron al suelo otra vez. En un segundo, su rostro cambió y comenzó a sollozar.

—Oh, oh, oh... —lloriqueó—. Yo no lo sabía. Yo no lo sabía... No quería hacer daño a nadie, de verdad que no quería, señora.

—¡Hilda! ¡Hilda! —exclamó la señora Dupreen completamente atónita—. Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué has hecho?

—¡Fue por su culpa...! Buaa, buaa, buaa... —Todo eran sollozos y pucheros—. Siempre fue un pequeño cerdo y se ponía hasta arriba de comida. Usted lo sabe, señora, aunque lo quisiera usted mucho. Yo no tengo la culpa...

—Pero ¿qué pasó? ¿Qué hiciste? —suplicó su señora.

—Fue después de que usted saliera aquella tarde. Se puso sus cosas y se metió en la cocina sin que el señor se diera cuenta. Dijo que había ido usted a comprarle la cena, señora, y que nunca le traía suficiente comida. Entonces me dijo que no se lo contara a nadie, pero que había visto unas cosas pequeñas y blancas desde su dormitorio, junto al seto del jardín, y que iba a cogerlas. Trajo cuatro o cinco, y dijo que eran champiñones y me pidió que se los cocinara con los otros, y que no dijera nada porque usted diría que no era bueno comer tantos. Y yo no vi que hubiera ninguna diferencia. Le aseguro que solo le cuento la verdad, señora...

—Oh, Hilda, Hilda... —fueron las palabras de lastimero reproche de la señora Dupreen—. ¿Sabes por lo que hemos pasado? ¿Por qué no nos lo contaste antes?

—Tenía miedo. Tenía miedo de lo que me pudieran hacer. Y como jamás nadie podría sospecharlo... pensé que estaba a salvo. De verdad que no quise hacer daño a nadie, pero tenía miedo de que me castigarán...

Carrados ya se estaba levantando y recogiendo sus cosas.

—Sí... —dijo, casi murmurando para sí mismo—. Sabía que tenía que existir: una única justificación que lo explicase todo y que no pudiese rebatirse. Por fin hemos encontrado la clave de la verdad.

21 «The Mystery of the Poisoned Dish of Mushrooms», incluido en *The Eyes of Max Carrados*, Grant Richards, Londres, 1923.

El fantasma de Massingham Mansions²²

—¿Crees en fantasmas, Max? —preguntó Carlyle.

—En tanto que fantasmas, sí —contestó Carrados con decisión.

—Por supuesto... —asintió el detective privado con el aire de condescendencia que solía utilizar para disimular sus momentos de desconcierto. Luego añadió con precaución—: Y ¿en calidad de qué no crees en ellos? Dime.

—En tanto que problemas públicos... o privados —contestó su amigo—. Mientras se limiten a comportarse como fantasmas, estoy con ellos. Pero cuando empiezan a inmiscuirse en un estado de existencia que está fuera de su ámbito de actuación... a interferir en los negocios y a depreciar los inmuebles, a arrastrar cadenas, a dar portazos, a hacer sonar campanillas, a predecir ganadores y a editar revistas, a cambiar las letras en las publicaciones o a atraer la atención en vez de evitarla, ahí dejo de creer en ellos. Todas mis simpatías están enteramente con ese hombre que se despierta en mitad de la noche y descubre que hay una figura sombría junto a su cama y lo observa en silencio. Durante unos minutos el hombre espera pacientemente, espera que la figura le comunique algo espantoso, pero el profundo silencio se mantiene inalterable. «Bueno», dice al final, «si tú no tienes nada que hacer, yo sí», y se da la vuelta y se vuelve a dormir.

—Me han pedido que cace un fantasma —comenzó a explicar Carlyle.

—Entonces no creo en él —afirmó Carrados.

—¿Por qué no?

—Porque es un fantasma vanidoso que solo quiere llamar la atención; si no no habría llegado tan lejos. Probablemente querrá salir en el *Daily Mail*. Y la persona que te lo ha pedido, quienquiera que sea, Louis, tampoco cree en él,

o no te habría llamado. Si creyera, habría ido a ver a sir Oliver Lodge²³ para que le diera una explicación o al cura más cercano para que le diera un frasco de agua bendita.

—Admito que voy a dirigir mis indagaciones hacia las fuerzas naturales de este mundo antes de comenzar a investigar el otro —reconoció Louis Carlyle—, y no tengo la menor duda —añadió con su habitual y generosa complacencia— de que tarde o temprano daré con algún individuo malvado o agraviado. Pero ya que estamos, Max, ¿te importaría venir conmigo al lugar en cuestión para oír lo que nos tengan que decir al respecto?

Con su habitual buen humor, Carrados se mostró dispuesto a acompañarle. Rara vez se veía con su amigo sin que este le proporcionara los detalles de un nuevo caso, porque el trabajo de Carlyle había aumentado notablemente desde aquella noche en la que la casualidad lo había llevado hasta el estudio del ciego. Hablaban de los casos de acuerdo con sus intereses, y en general el asunto concluía ahí por lo que concernía a Max Carrados; posteriormente conocía el resultado de las indagaciones por boca de Carlyle o se enteraba de las consecuencias por los periódicos. Pero estas páginas son primordialmente un registro de los métodos del hombre que les da nombre y, aunque en ocasiones Carrados completara algún caso para su amigo, debe entenderse que la mayoría de los logros que no aparecían en los periódicos se debían al detective privado y a su capacidad para resolver casos por su cuenta. Esta aclaración tal vez sea necesaria para disipar la impresión de que Louis Carlyle no fuera más que un pretencioso fraude. En realidad, y a pesar de sus tolerables manías y de cierta seguridad en sí mismo un tanto soberbia que, después de todo, no eran más que características de su trabajo, Carlyle era un hombre de negocios muy capaz y perspicaz en su ámbito, y detrás de sus maneras de oficinista nada le preocupaba y le molestaba más que embolsarse facturas por las que creía que no había prestado un servicio adecuado.

Massingham Mansions resultó ser un bloque residencial de pisos que daban a un parque. Era, como supieron después, un edificio anejo a un complejo de apartamentos más grande, del mismo propietario, que se encontraba un poco más adelante, en la misma calle. Un portero, que residía en el sótano, se ocupaba de Massingham Mansions; las oficinas del administrador estaban

situadas en medio de otros pisos y apartamentos. Aquella mañana el bloque presentaba la apariencia de un lugar acomodado, bien cuidado, un poco triste, un poco desolado y un poco deprimente tal vez; de hecho, recordaba a esas ostentosas mansiones que hay en las afueras de las populosas ciudades costeras; pero estaba lloviendo de forma pertinaz en el momento en el que el señor Carlyle lo tuvo a la vista por primera vez.

—Es pronto para juzgar —apuntó, después de detener el coche con el fin de verificar el nombre en una placa de latón—, pero, de verdad te lo digo, Max, creo sinceramente que nuestro fantasma podría haber escogido un lugar un poco más adecuado...

En la oficina a la que el portero los condujo encontraron a un administrador y a dos alegres jóvenes trabajando. El nombre del señor Carlyle produjo un notable nerviosismo.

—El director no está aquí ahora mismo, pero yo estoy encargado del asunto —dijo el oficinista con un aire de responsabilidad muy natural, un efecto que por desgracia se vio arruinado por las risillas reprimidas de uno de los dos muchachos que lo acompañaban, el más atrevido—. Si tienen la amabilidad de pasar a nuestro salón privado... —Cuando llegó a la puerta, se volvió para lanzar una gélida mirada de reprobación al descarado joven—. Quiero que esas cartas estén copiadas antes de que te vayas a comer, Binns —señaló con un tono de voz suficientemente elevado. Luego cerró la puerta rápidamente, antes de que Binns pudiera encontrar una réplica adecuada.

Hasta ese momento todo había ido bien, pero entonces, cuando tuvo que afrontar directamente la obligación de explicarse, el oficinista comenzó a titubear y a tartamudear.

—Es un asunto un tanto gracioso... —apuntó, procurando esquivar la dificultad.

—Tal vez —admitió el señor Carlyle—, pero eso no nos afectará. Muchos de los casos que pasan todos los días por mis manos son lo que usted llamaría «asuntos un tanto graciosos».

—Ya imagino —contestó el joven—, pero los nuestros no suelen serlo. Bueno, se trata del número 11 del edificio Massingham. Hace unas cuantas noches... supongo que sería más o menos hace una semana, Willett, el portero

de la finca, estaba subiendo unas maletas al número 75 del edificio Northanger para los residentes de ese piso, cuando vio que había una luz en uno de los pisos del número 11 del edificio Massingham. La fachada trasera está enfrente, aunque a unas veinte o treinta yardas. Aquello le extrañó, porque el 11 de Massingham está vacío y cerrado. Naturalmente, pensó al principio que el portero de Massingham Mansions o uno de nosotros, de la oficina, había subido allí por algo. Sin embargo, era tan raro (porque era ya muy tarde) que quiso ir a ver qué pasaba. En su rodeo (¿saben dónde está Massingham Mansions?), tenía que pasar por aquí. Estaba todo oscuro, porque nosotros ya nos habíamos ido hacía horas, pero Willett tiene un duplicado de las llaves y por eso pudo entrar. Entonces comenzó a pensar que algo estaba yendo mal, porque aquí, colgando sobre su número correspondiente en el panel, estaban las dos llaves del 11 de Massingham: las dos únicas que se supone que hay. Se metió las llaves en el bolsillo y se encaminó a Massingham. Green, el portero residente del edificio, le dijo que no había nadie en el número 11 y que llevaba vacío una semana. Es más, no había entrado ni salido nadie del edificio durante una buena media hora. Lo sabía porque las puertas chirriaban cuando se abrían, aunque se hiciera con mucho cuidado. Así que los dos hombres subieron al piso. La puerta del 11 estaba cerrada con llave y en el interior todo estaba como debía estar. No había luces ya y, después de revisarlo bien todo con las linternas que llevaban, se quedaron tranquilos de que no había nadie escondido allí.

—¿Ha dicho «linternas»? —interrumpió el señor Carlyle—. ¿Y por qué no dieron la luz de gas, o lo que haya?

—Es gas, pero no pudieron darla porque el gas estaba cortado en el contador. Siempre lo cortamos cuando el piso queda vacante.

—Y entonces, ¿qué tipo de luz fue la que vio Willett?

—De gas, señor Carlyle. Desde el número 75 de Northanger puede verse la lámpara de gas. Y vio que estaba encendida.

—Entonces ¿habían abierto el contador?

—El contador está en un armario cerrado del sótano. Solo la administración y los porteros tienen llaves. Probaron a encender la lámpara de gas en el piso y estaba cerrado; miraron el cuadro de contadores del sótano después y estaba

cerrado también.

—Muy bien —dijo el señor Carlyle, apuntando los hechos en su libreta de notas—. ¿Y después?

—Y después... —prosiguió el oficinista— ocurrió algo que ya había ocurrido antes. Cuando volvieron a bajar Green y Willett, Green estaba burlándose de Willett a propósito del asunto de la luz que había visto, ya saben, cuando se detuvo en seco. Recordó algo. El día anterior, la criada del 12 de Massingham le había preguntado si sabía quién estaba utilizando el baño del número 11... porque, claro, ella sabía que estaba vacío. El portero le dijo que no había utilizado el baño nadie. «Bueno», dijo ella, «hemos oído correr el agua y chapoteos casi toda la noche y parece raro que no haya nadie...». El portero no le había dado la menor importancia en su momento, y pensó (tal y como le dijo la mujer) que lo que debía de haber oído seguramente fuera el agua del baño de otro de los apartamentos colindantes. Por supuesto, Green se lo contó en ese momento a Willett y los dos volvieron a subir y revisaron el baño con más atención. Desde luego allí había corrido el agua, porque las paredes de la bañera aún estaban húmedas. Abrieron los grifos y no salió ni una gota de agua. Cuando el piso está vacío también cortamos el agua, como el gas.

—¿Las llaves de paso están también en el mismo sitio, en el armario del sótano? —preguntó Carlyle.

—No, están en el depósito, en el tejado. La trampilla está al final de las escaleras y se necesita una escalera de mano larga para llegar allí. A la mañana siguiente Willett informó de lo que había visto, y el director me dijo que fuera a echar un vistazo. Nosotros no creíamos que fuera nada. Aquella noche dio la casualidad de que iba a ver a unos amigos a la estación de ferrocarril, yo no vivo muy lejos, y pensé que podría darme una vuelta por aquí de camino a casa. Yo sabía que si había una luz encendida, podría ver la ventana iluminada desde el patio trasero, aunque la lámpara de gas me quedara fuera de la vista. Y puedo asegurarlo: había un resplandor de luz en una de las ventanas del número 11. No diré que no me sentí un poco inquieto en aquellos momentos, pero hice un esfuerzo y me animé a subir.

—Muy valiente —murmuró el señor Carlyle en tono aprobatorio.

—Espere un momento... —aconsejó el oficinista, con una risilla avergonzada—. Hasta aquel momento lo único que tenía que hacer era reunir cierto valor y decidirme a subir. Eran más o menos las doce de la noche y no había ni un alma por aquí. Vine a la oficina a por las llaves y por suerte recordé que teníamos un viejo revólver que había estado medio olvidado en un cajón de la oficina durante años. Aunque no estaba cargado, el lugar ya no parecía tan solitario con el revólver en la mano. Lo metí en el bolsillo y fui hasta Massingham, dando un rodeo otra vez por el patio para ver si la luz seguía todavía encendida. Luego subí las escaleras tan silenciosamente como pude y entré en el número 11.

—¿No se llevó a Willett o a Green?

El oficinista le lanzó al señor Carlyle una mirada de complicidad, como las que un hombre inteligente le lanza a otro que es capaz de entenderle.

—Willett es un hombre en el que puede confiarse plenamente —contestó—, y nosotros tenemos mucha fe en él. En Green también, aunque no lleva con nosotros tanto tiempo. Pero yo pensé que podría arreglármelas solo, ya me entiende, señor Carlyle. ¿No pasaron por Massingham cuando vinieron? Bueno, si lo hubieran hecho habrían visto que hay un cristal en la parte superior de todas las puertas, un cristal esmerilado en las puertas de entrada y otro normal en las interiores. Así se iluminan mejor los vestíbulos y los pasillos, ya sabe. Cada piso tiene un pequeño vestíbulo cuadrado y un pasillo largo que parte de él. El caso es que yo avancé lentamente por el pasillo. Había una fuente de luz que iluminaba la parte de arriba de la puerta del fondo a la izquierda. Esa estancia, yo lo sabía, es la más pequeña del piso y generalmente se utiliza como dormitorio para el servicio doméstico y a veces como trastero. Era una situación un poco tensa, tendrán que admitirlo: la luz al final de un largo pasillo, y a medianoche, y después de lo que nos habían contado los porteros...

—Claro, claro —admitió el investigador privado—. ¿Y siguió usted adelante?

—Continué, de puntillas y sin hacer un solo ruido. Me acerqué a la puerta, me aferré a mi pistola, estaba ya casi con la mano en el picaporte y...

—¿Y qué? ¿Y qué? —saltó el señor Carlyle cuando el narrador se detuvo a

propósito, con el instinto dramático de un experto contador de historias—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Entonces se apagó la luz. Tenía la mano a una pulgada del picaporte y se fue la luz, exactamente como si me hubieran estado observando y todo se hubiera hecho de forma deliberada. Se fue la luz de repente, sin ningún aviso y sin el menor sonido procedente de la maldita habitación. Y entonces todo quedó a oscuras, como boca de lobo, en el pasillo, y me dio la impresión de que algo iba a ocurrir.

—¿Y qué hizo entonces?

—Salí corriendo a toda velocidad —reconoció el oficinista con total franqueza—. Batí todos los récords en el pasillo, se lo aseguro. Se reirán ustedes, ya lo sé, y seguramente ustedes no se hubieran ido, pero no saben cómo era aquello. Me había estado torturando, preguntándome qué me encontraría en aquella habitación cuando abriera la puerta, y luego se fue la luz de repente, y se me ocurrió que al instante siguiente la puerta se abriría en la oscuridad y solo Dios sabe lo que saldría de allí...

—Probablemente yo también habría corrido —admitió el señor Carlyle con diplomacia—. ¿Y tú, Max?

—Bueno, yo siempre me encuentro como en casa en medio de la oscuridad —se disculpó el ciego—. En cualquier caso, ¿consiguió ponerse a salvo, señor...?

—Oh, me llamo Elliott —contestó el oficinista—. Sí, ya lo creo que lo conseguí. Si la puerta se abrió o no, y si alguien o algo salió de allí, no sabría decirle... No miré atrás. Desde luego tengo la idea clara de que oí el agua en el baño, corriendo y chapoteando, cuando llegué a la puerta del vestíbulo, pero no me detuve a meditarlo o pensarlo, y si era cierto, el ruido se ahogó con el portazo que di y con el ruido que hice bajando los doce tramos de escaleras de seis en seis escalones. Luego, cuando ya estuve fuera, a salvo, me aventuré a dar la vuelta otra vez por el patio, para mirar... ¡y allí estaba de nuevo la maldita luz encendida!

—¿De verdad? —preguntó el señor Carlyle—. Es muy osado por su parte...

—¿Por parte de quién? De él... Oh, bueno, sí, supongo que sí. Eso es lo que dice el director, pero él no ha estado allí arriba, en medio de la oscuridad.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo lo que hemos podido averiguar. Esa puñetera cosa hace lo que quiere. Al día siguiente nos aseguramos de cerrar bien los pasos del gas y del agua, y los sellamos con una cadena. Pues se lo juro: eso no sirvió de nada en absoluto. Apenas ha transcurrido una noche sin que se haya visto esa luz, y no hay duda de que hay agua corriente en el piso. Pusimos tinta para huellas en los picaportes y en los grifos y llegamos a la conclusión de que cualquiera de nosotros podría estar implicado.

—¿Hay alguien vigilando allí arriba?

—Willett y Green lo hicieron una noche. Se encerraron en el apartamento de enfrente, desde las diez hasta las doce, y no ocurrió nada. Yo también estuve vigilando la ventana con unos prismáticos de teatro, desde un piso vacío que hay aquí, el 85 de Northanger. Ellos, al final, abandonaron, y en cuanto acabaron de bajar las escaleras... ¡se encendió la luz! ¡Pude ver que se encendía la luz de gas tan claramente como veo este tintero! Bajé corriendo y los encontré cuando venían a decirme que no había pasado nada. Los tres subimos otra vez corriendo y la luz ya se había apagado y el piso estaba más vacío que un cementerio. ¿Qué me dice?

—Desde luego, el caso requiere una investigación a fondo —contestó el señor Carlyle con diplomacia.

—¡Una investigación a fondo! Bueno, pueden ustedes estar mirando todo el día y toda la noche, si quieren, señor Carlyle. Esto desde luego no es una mansión señorial, como comprenderá, con paredes que se abren y pasadizos secretos. El edificio tiene la fecha de construcción en la puerta principal: 1882. ¡Dios mío, 1882 y embrujado! Se construyó para lo que es, y no hay ni una pulgada ni un lugar donde esconderse entre las tejas y los cimientos.

—Esas dos cosas, la luz y el agua corriendo, ¿son los dos únicos indicios que ha habido? —preguntó el señor Carlyle.

—Hasta donde nosotros hemos visto y oído, sí. Tal vez debería decirle algo más, de todos modos. Cuando empezó toda esta historia, hice unas cuantas indagaciones aquí y allí entre los inquilinos. Entre otros, hablé con el señor Belting, que ocupa el número 9 de Massingham, el piso que está directamente debajo del 11. No parecía que la cosa fuera un cuento chino, así que se lo

planteé claramente, y le pregunté si le habían molestado algunos ruidos inusuales del piso vacío de arriba.

»“Si se refiere usted al condenado fantasma del piso de arriba, no me ha molestado mucho”, dijo sin titubear, “pero a mi mujer sí, y le recomiendo que se mantenga alejado de ella, al menos hasta que consiga otra criada”. Entonces me dijo que su chica, que dormía en el dormitorio que está justo debajo del dormitorio pequeño del número 11, había estado oyendo ruidos del piso de arriba, pisadas y saltos y golpes en el suelo, durante bastante tiempo, antes de que nosotros supiéramos nada de lo que ocurría. Entonces, un día de repente dijo que ya no lo aguantaba más y se despidió. Eso fue justo antes de que Willett viera la luz por primera vez.

—¿Entonces se ha hablado de esto entre los inquilinos?

—¡Ya lo creo! —afirmó sin dudar el señor Elliott—. Eso es lo que le preocupa al director. No daría ni un penique americano si nadie lo supiera, pero vaya usted a saber en qué puede acabar todo esto. A la gente de Northanger tampoco le gusta nada el tema. Todos los niños están asustados y nerviosos y ninguna criada quiere salir a hacer los recados después del atardecer. Van a empezar a correr rumores y la propiedad no se librará de la mala fama en los próximos tres años si no paramos todo esto.

—Lo pararemos —declaró el señor Carlyle con una firmeza admirable—. Por supuesto, tenemos nuestros propios métodos para lidiar con ese tipo de cosas, pero, con el fin de acabar con esto de una vez por todas, es necesario que cacemos al molesto fantasma *in flagranti delicto*. Dígale a su... bueno, director... que no se preocupe en absoluto por esta historia. Uno de mis hombres vendrá durante el día a recopilar más detalles. Mientras tanto, déjelo todo tal y como está. Buenos días, señor Elliott, buenos días...

Y luego, cuando se dirigían al coche, comentó:

—Un jueguito bastante evidente, me imagino, Max, aunque los detalles son muy originales y el motivo aún no lo conocemos. Me pregunto cuánta gente estará implicada.

—Dímelo cuando lo sepas —dijo Carrados, y el señor Carlyle le prometió que así lo haría.

Transcurrió una semana sin que se produjera la esperada revelación. Muy al

contrario, a casa de Max llegó una nota de un carácter bien distinto.

Mi querido Max:

Me pregunto si has llegado a alguna conclusión sobre el asunto de Massingham Mansions después de la prolija historia que nos contó el señor Elliott.

Yo comienzo a sospechar que Trigget, el detective que puse a vigilar, es un imbécil, aunque ha salido a la luz un asunto muy curioso y particular que podría —aunque no tiene relación con el caso— ofrecer una explicación de todo esto marcándolo como inexplicable.

Ya sabes cuánto valoro tus sugerencias. Si estás por aquí —si no es así, no te molestes, Max—, estaría encantado de que te dejaras caer por mi oficina y charláramos un rato,

Siempre tuyo,

LOUIS CARLYLE

Carrados sonrió ante la ingenua transparencia de la nota. Había pensado en varias ocasiones en el caso del fantasma desde la charla que habían mantenido con Elliott, principalmente porque le llamaron la atención ciertos detalles de las manifestaciones fantasmales que se apartaban de la metodología habitual de los espectros, un aspecto que aparentemente no había causado ninguna impresión particular en su amigo. Estaba lo suficientemente interesado en el asunto como para no dejar pasar la ocasión de que diera «la casualidad» de estar cerca de Bampton Street y de la oficina de Carlyle.

—¡Max! —exclamó este, señalando a su amigo con un dedo acusador—. ¡Has venido a propósito!

—Si es así —contestó el visitante—, podrías recompensarme con una taza de ese excelente brebaje que sacaste de tu sótano la vez anterior. Y sí, he venido a propósito.

El señor Carlyle transmitió una orden y luego le pidió a su amigo que

prestara atención, muy seriamente.

—Ese fantasma de Massingham Mansions...

—Sigo sin creer en ese fantasma concreto, Louis —comentó Carrados con amabilidad.

—Ni yo, claro —replicó Carlyle—, pero, maldita sea, Max, no me quedará más remedio que hacerlo como medida de prevención. Trigget ha sido incapaz de averiguar nada y, además, ahora se ha puesto en huelga.

—Derrotado... ¿Y cómo demonios puede ponerse en huelga un detective privado? ¿No toma notas? Así que Trigget se ha llevado un susto, igual que nuestro cándido amigo Elliott, ¿eh?

—Empezó bastante bien... Dijo que no le importaba pasar una noche o una semana en un piso encantado, y, para ser justos con él, no creo que le importara nada al principio. Luego supo de una curiosa historia local, una... bueno, una coincidencia muy notable, dadas las circunstancias, Max.

—Ya me estaba preguntando cuándo tendríamos que habérmolas con esa historia, Louis —dijo Carrados.

—¿La conoces? —exclamó el investigador privado con sorpresa.

—En absoluto. Simplemente suponía que debía de existir una historia de ese tipo. Lo que tenemos es una manifestación asociada a dos cosas que en sí mismas no son ni fantasmales ni asombrosas: el gas y el agua. Tiene que haber algo que las relacione con el fantasma, que le dé intensidad y fuerza a la historia. Eso es todo.

—Sí, claro... —asintió su amigo—, eso es todo, y, maldita sea, dadas las circunstancias... Bueno, te la voy a contar. Nace en parte de una historia que apareció en los periódicos hace muchos años, pero solo en parte, porque las circunstancias fueron acalladas en gran medida y con bastante fortuna, y fue necesario que se pusiera en marcha la memoria de los viejos fanáticos de escándalos sociales para completar los detalles. Bueno, sí, fue un escándalo, Max, y habría sido un éxito sensacional, no tengo ninguna duda, si hubieran tenido una prensa ilustrada en aquellos días, pobres desgraciados. Todo empezó poco después de que se hubiera construido Massingham Mansions; en aquella época se llamaba Enderby House, por cierto, y el nombre se cambió precisamente por este asunto. Los inquilinos del número 11 eran una

pareja de mediana edad que vivían holgadamente y tenían una criada, una joven callada y atractiva, por lo que he podido averiguar. En definitiva, creo que ellos fueron los primeros inquilinos de ese piso.

—Los primeros ocupantes de una casa le confieren el alma a la vivienda —apuntó el hombre ciego con gravedad—. Por esa razón las casas vacías tienen personalidades distintas.

—No lo dudo, en absoluto —afirmó el señor Carlyle con su habitual mordacidad—, pero ninguna de nuestras autoridades en este caso hizo ninguna referencia al hecho. Dijeron, sin embargo, que él gozaba de una buena posición y reputación, un puesto para el cual eran esenciales al parecer una estricta moralidad y una personalidad intachable. Era también una persona bastante conocida y reconocida en los pequeños círculos locales, donde la seriedad y la formalidad son tan importantes. En definitiva, era un hombre de una notable «respetabilidad».

»El primer capítulo de esta tragedia comienza con la lastimosa muerte de la atractiva doncella: suicidio, pobrecilla. Una mañana no aparecía y había en todo el piso un fuerte olor a gas. Tan rápidamente como pudo, el patrón abrió las ventanas y llamó al portero. Abrieron por la fuerza la puerta del pequeño cuarto donde dormía, al final del pasillo, y allí estaba la pobre, tan blanca como la luna, dispuesta para que un médico forense se ocupara de ella. La puerta estaba cerrada por dentro, la lámpara de gas no tenía llama y estaba abierta por completo. Era una habitación diminuta, sin chimenea, y la ventilación de una puerta y una ventana bien ajustadas era prácticamente nula. Quedó demostrado sin lugar a dudas que la muchacha había muerto varias horas antes de que la encontraran, y el médico que dirigió la autopsia puso la guinda a las terribles circunstancias de la muerte cuando señaló, tan delicadamente como pudo, que la chica tenía razones muy importantes para temer una inevitable desgracia que pocos meses después le iba a acontecer. El jurado no tuvo dudas al respecto.

»Ha habido muchísimos crímenes sin resolver en la historia de la humanidad, Max, pero de ningún modo todos se deben a un plan ingenioso. Después de la investigación, en la cual nuestro caballero sin duda presentó una imagen impecable y honradísima, las lenguas viperinas comenzaron a

hacer insinuaciones y a difundir habladurías. Resulta casi imposible saber cómo comienzan este tipo de cosas, pero, una vez que comienzan, se convierten en una avalancha. Alguien recordó en el piso de abajo que aquella noche fatal, a altas horas, se había oído abrir y cerrar una ventana en el dormitorio principal del piso de arriba, muy calladamente. Otros sonidos y movimientos nocturnos sugerían que la historia de los inocentes esposos que no se enteraron de nada no coincidía con los hechos. Los más escépticos estaban deseosos de demostrar que era bastante fácil apagar una llama en una habitación cortando el gas en otra; y en esta línea se contaba también con la evidencia de que la señora del piso había comentado con sus amigos más de una vez que la romántica doncellita tenía la costumbre de leer hasta dormirse con la luz completamente abierta. La gente se preguntó por qué nadie había comentado durante la investigación el curioso hecho de que había una novela barata abierta sobre la colcha cuando irrumpieron en el cuarto. Se aportaron mil minucias circunstanciales: los planes que la chica había estado haciendo para el futuro hasta la última tarde de su vida, las pistas interpretables que había dejado entre sus conocidos, sus ideas de suicidarse y el mejor medio para hacerlo (un tema estrella, se diría, entre las chicas de su clase), el hecho de que tuviera algunas baratijas relativamente caras para un salario de unos cuantos chelines al mes, etc. Al final, alguna evidencia más importante debió de llegar a oídos de las autoridades, porque hoy sabemos que un buen día se despachó un mandamiento judicial. Hubo rumores antes de que se procediera a la ejecución del mismo. El caballero cuya respetabilidad era incuestionable no quiso esperar a oír lo que tenía que decirle el juez. Se encerró en el baño y, cuando llegó la policía, en vez de llevar a cabo un arresto, tuvieron que preparar los detalles de otro levantamiento.

—Un episodio muy convincente —concedió Carrados en respuesta al gesto expectante de su amigo—. El caso es que ahora el espíritu de la muchacha pasea durante las largas noches de invierno, encendiendo el gas y apagándolo, y el único divertimento del espíritu del caballero es abrir y cerrar el grifo de la bañera: o es eso o es lo contrario, Louis. ¡Verdaderamente, como dice el proverbio, la mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad!

—Todas tus burlas no conseguirán que Trigget pase otra noche en ese piso,

Max —contestó el señor Carlyle—. Y me temo que tampoco me ayudarán a resolver el caso de ninguna manera.

—Entonces te daré una pista que puede hacerlo —dijo Carrados—. Investiga y haz como hacía tu hombre respetable para solucionar sus asuntos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su amigo.

—Da golpes en las tuberías, Louis.

—¿Golpes en las tuberías? —repitió Carlyle.

—Tú inténtalo. Me parece que el señor Trigget no ha investigado en esa dirección.

—¿Y de qué nos servirá, Max?

—Posiblemente demostrará dónde está el otro extremo de las tuberías.

—¿Dónde va a estar? ¡En los contadores!

—Yo sugiero que no... Llegarán a los contadores, pero con alguna interferencia en su recorrido. Ya he hablado con tu señor Trigget, ¿sabes, Louis? Un hombre excelente y muy honrado, con sus limitaciones; lo que mejor sabe hacer es estar a la puerta de un hotel esperando a ver si un sospechoso entra o sale. No tiene suficiente imaginación para un caso como este, ni la suficiente para apartarse de lo que siempre fueron sus métodos simples para hacer lo que haría otra persona también sencilla pero con un método diferente. A menos que esté cometiendo con él una injusticia, pasará la mayor parte de su tiempo intentando coger a alguien que quiera entrar en el piso para abrir y apagar el gas y el agua, mientras que lo que yo creo es que quien lo hace no está en el piso, porque es perfectamente sencillo —ingenioso, pero sencillo— hacerlo todo sin estar dentro. Y claro, cuando el señor Trigget se ha convencido de que es físicamente imposible que nadie pueda entrar o salir, y cuando, encima, se ha enterado de esa tragedia romántica, un cuento que podría explicar el fantasma desde el punto de vista psicológico, simplemente porque el fantasma está confeccionado a partir de la tragedia, entonces, por supuesto, el proceso mental del señor Trigget se desata, sus pies comienzan a enfriarse y se asusta.

—Todo eso es muy sugerente —dijo el señor Carlyle—. Desde luego, doy por hecho que... pero ¿por qué no llamamos al señor Trigget y le interrogamos sobre el tema? Creo que tiene que estar aquí en la oficina ya...

si es que no se ha parado en el Bull.

Carrados aceptó la idea, y unos minutos después el señor Trigget se presentaba en la puerta del despacho del detective. Era un hombre pequeño, de mediana edad y de aire melancólico, con todo el aspecto de ser exactamente lo que era, y el que quisiera buscar unos indicios más sutiles o profundos de su carácter solo obtendría un pesimismo latente basado en la deprimente probabilidad de que nunca llegaría a ser nada más.

—Entra, Trigget —dijo Carlyle cuando su empleado asomó la cabeza con temor—. Pasa. Al señor Carrados le gustaría conocer algunos detalles del caso de Massingham Mansions.

—No es la primera vez que he tenido la suerte de contar con sus investigaciones, señor Trigget —le dijo el ciego a modo de saludo—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —contestó Trigget con sombría deferencia—. Es muy amable por su parte expresarlo de ese modo, señor Carrados. Pero este no es otro caso Tarporley-Templeton, si puedo decirlo así, señor. Aquello estaba tan claro como el agua, después de todo, señor.

—Siempre que el agua esté clara, señor Trigget; sí, estaba claro —admitió Carrados con una sonrisa—. ¿Y este? ¿Es irresoluble? Ah, bueno... Cuando yo era niño me encantaban las historias de fantasmas, me acuerdo, pero mientras las leía ya tenía la inquietud y la sospecha de que cuando llegara el momento de que el autor explicara los detalles del misterio me iba a sentir defraudado con algún subterfugio como «mediante un ingenioso aparato de cables ocultos, el taimado Muggles había conseguido...», etcétera, o «una ilusión óptica ejecutada por medio de espejos ocultos reveló el *modus operandi* de la aparición...». Yo me sentía engañado. Y me siento así todavía. Espero que no haya ingeniosos aparatos con cables o espejos escondidos aquí, señor Trigget.

El señor Trigget parecía levemente interesado, pero de forma inevitable confuso. Su desgracia era que en él las obligaciones de su trabajo y las tendencias de su naturaleza estaban en disonancia, así que habitualmente presentaba la curiosa anomalía de parecer al mismo tiempo alerta y cansado.

—¿Cables, señor? —preguntó, con una leve sonrisa.

—No solo cables, sino cualquier cosa que pudiera explicar lo que está pasando —terció el propio señor Carlyle—. El señor Carrados quiere decir esto, Trigget: tú nos has dicho que es imposible que nadie se esconda en el piso o tenga un acceso secreto al interior...

—He comprobado cada pulgada de todas las habitaciones, señor Carrados —aseguró el dolido Trigget—. He examinado cada tabla y, se podría decir, cada clavo del suelo, todos los zócalos, los marcos de las ventanas y, en realidad, cada tabla y cada clavo de la casa. No hay salidas ni entradas secretas. Luego me he tomado la molestia de vigilar todas las puertas y ventanas que pudieran emplearse para entrar o salir sin ser visto. Y no se han utilizado, señor. Durante la semana pasada yo he sido la única persona que ha entrado y salido de ese piso, señor Carrados, y, sin embargo, noche tras noche, el gas, cuyo contador está cerrado, se enciende y se apaga, y el agua, cuyo contador está cerrado en la cisterna, suena y chapotea en el baño hasta que yo entro. Entonces todo se queda silencioso y quieto como una tumba, y todo está tal y como lo dejé la última vez que entré. No es una cosa humana, señor Carrados, y no hay alma que pueda soportar eso... al menos no en mitad de la noche, quiero decir.

—¿Entonces no ha visto nada raro, señor Trigget?

—Desde luego que no, señor Carrados. Yo sugeriría retirar el gas completamente de esa estancia. Es un trastero y no necesita luz.

—¿Y el baño?

—Podría convertirse en un pequeño dormitorio y quitar toda la instalación del agua. Luego podría ponerse un baño en...

—Sí, sí... —interrumpió el señor Carlyle con cierta impaciencia—, pero a nosotros nos han contratado para averiguar quién está causando estas molestias y para descubrir cómo lo hace, no para sugerir cambios estructurales en el piso, Trigget. El hecho es que después de haber estado una semana trabajando allí no has conseguido acercarnos ni una pulgada a la posible solución. Ahora el señor Carrados ha sugerido... —El señor Carlyle habitualmente no hacía gala de un humor muy fino, pero una especie de apreciación de lo grotesco del consejo le exigió que controlara su voz cuando planteó el asunto de forma rotunda—. El señor Carrados ha sugerido que en

vez de malgastar el tiempo midiendo las cañerías y escuchando el papel pintado de la pared, si tan solo hubieras golpeado las tuberías del gas...

Carrados se sintió inclinado a reír, aunque pensó que eso dejaría en un mal lugar a Louis.

—No exactamente en esos términos, señor Trigget —interrumpió.

—¿Golpear las tuberías del gas, señor? —repitió el hombre asombrado—. ¿Para qué?

—Para saber dónde está el otro extremo —contestó Carlyle.

—¿Pero no ve, señor, que ese detalle ya lo hemos comprobado? La tubería de agua puede cortarse entre el baño y la cisterna. Desde luego, ya pensamos en eso. De hecho, la tubería del agua no tiene llave de paso. Va directamente desde el baño a la cisterna del ático, justo arriba, y apenas tiene un recorrido de unos cuantos pies, y la he examinado. La tubería del gas, es cierto, pasa por bastantes pisos, y sin levantar todos los suelos es imposible trazar su recorrido. ¿Y eso en qué nos ayuda, señor Carrados? La llave de paso del gas tiene que abrirse y cerrarse; uno no puede hacer eso con cables ocultos. Tiene que encenderse. Y nunca he oído que se encienda el gas con ilusiones ópticas, señor. Alguien tiene que estar entrando y saliendo del piso, o no es una cosa humana. He estado allí una semana, una semana muy intensa, señor, intentando averiguar cómo se estaban produciendo los hechos. Y no me han importado ni el frío ni la humedad ni la solead, señor, con tal de cumplir con mi obligación. He puesto en acción generosamente mi pobre inteligencia y mis dotes de observación, sean buenas o malas, al servicio de...

—«Generosamente» no, Trigget —interrumpió su patrón con firmeza.

—Estoy hablando desde un profundo sentimiento de agravio, señor Carlyle —contestó el señor Trigget, quien, habiendo tenido tiempo para pensarlo bien, ahora llegaba a la conclusión de que no se valoraba su trabajo—. Estoy aludiendo a una actitud moral, tal y como la poseemos todos. Me siento agraviado por lo que se ha sugerido aquí. No me lo esperaba de usted, señor Carlyle; ya lo creo que no. Durante una semana he estado haciendo todo lo posible y todo lo que se podía hacer, todo lo que mi amplia experiencia podía sugerir que se hiciera, y ahora, tal y como yo lo entiendo, señor, se queja usted de que no he golpeado las tuberías del gas. Es duro, señor, muy duro.

—Oh, vamos, por el amor de Dios, no me lloriquee, Trigget —exclamó Carlyle—. No hace más que lloriquear siempre por una cosa o por otra. Ya sabemos que hizo todo lo que pudo... ¡De acuerdo, por Dios! —añadió.

—Lo hice, señor Carlyle; por supuesto que lo hice, señor. Y le agradezco que aprecie mis servicios. Lo valoro mucho, lo valoro muchísimo, ya lo creo, señor. —Hubo un leve temblor en aquella apasionada declaración que dejó bien a las claras que el régimen del señor Trigget no se había reducido únicamente a la comida sólida aquel día. Sus problemas laborales quedaron aparcados y se dirigió al señor Carrados con un cierto aire de secretismo.

—¿Qué es ese asunto de dar golpes en las tuberías del gas, señor? —susurró con cierto tono de confidencialidad—. Los viejos zorros siempre están deseando conocer alguna nueva artimaña.

—Max —dijo Carlyle cortando de raíz la conversación—, ¿necesitamos para algo más al señor Trigget?

—Solo una cosa más... —contestó Carrados después de pensarlo un instante—. ¿La lámpara de gas tiene un dispositivo incandescente para encenderse?

—Oh, no, señor Carrados —explicó el viejo zorro con la afectación de estar compartiendo una información valiosa—. No hay dispositivo de encendido. No hay dispositivo incandescente. De hecho... no hay ni dispositivo ni nada.

Carlyle miró a su amigo con curiosidad. Era bastante evidente que había algún error. Es más, resultaba obvio que el calor de la oficina o la tensión emocional estaban empezando a tener efectos desastrosos en el nivel intelectual y oral del señor Trigget.

—¿No tiene una tulipa? —sugirió Carrados.

—¿Una tulipa? No, señor, ni siquiera una tulipa, en el sentido estricto de la palabra. Nada de tulipas; eso está claro, señor Carrados. Exactamente, nada de tulipas.

—¿Y qué tiene, entonces? —preguntó el ciego sin mostrar ni una grieta en su imperturbable paciencia—. Tiene que haber algo... seguro... ¿Seguro que no hay alguna otra protección?

—No —dijo el señor Trigget con decisión—, no hay nada en absoluto; nada de nada; nada de nada de nada. Solo el típico y común quemador de gas; y, por encima una cosa, un chisme.

—La pantalla... y el quemador... ¡naturalmente! —exclamó Carrados—. Eso es.

—Ese chisme —insistió el señor Trigget con pausada dignidad— puede llamarlo como usted quiera. Su función es evidente. Actúa como difusor... como distribuidor... es decir...

—Louis —exclamó Carrados contento—, ¿estás dispuesto a pasar una noche en vela?

—Por supuesto, mi querido amigo, si de verdad tienes tiempo...

—Bueno, hace años que no me enfrento a un fantasma. ¿Qué tal si...? —Y su mirada vacía se dirigió al otro miembro del consejo.

—¿Crees que sería de alguna ayuda?

—Tal vez... bueno.

—¿A qué hora?

—Digamos... a las once y media.

—Trigget —bufó su patrón con acritud—, nos encontramos en la esquina de Middlewood con Enderby Roads a las once y media, esta misma noche. Si no puedes acudir, no vuelvas por aquí.

—Iré, señor. Y seré puntual —contestó Trigget sin parpadear. La apariencia de una sobriedad casi increíble se había adueñado de nuevo de su cara atenta, y tanto en su discurso como en sus gestos era otra vez exactamente el hombre que había entrado en el despacho—. Consideraré como un gran honor, señor Carrados, que se me relacione con usted en este asunto, señor.

—Entretanto —apuntó Carrados—, si tienes tiempo, puedes investigar cómo funciona eso que llaman «negro de platino». Seguramente sea esa nueva astucia que deseas conocer.

—Por supuesto, señor. Pero ¿le importaría darme una pista sobre lo que es el negro de platino?

—Es un producto químico en forma de polvo que tiene una curiosísima propiedad, y es que es capaz de encender el hidrógeno o el gas de hulla por simple contacto —contestó Carrados—. ¡Imagina lo útil que puede ser si no tienes una cerilla...!

Para celebrar el nuevo reencuentro investigador, Carlyle insistió en llevar a su amigo al teatro, a una comedia musical. Carrados tenía pocos

preparativos que hacer, pocos utensilios que coger para la noche de trabajo, pero todo el asunto se había planteado en el plazo de una hora y el teatro ocupó el intervalo de tiempo entre la cena en Palm Tree y la hora a la que dejaron el coche en el lugar de encuentro. El señor Trigget ya estaba allí, en su irreprochable estado de abatimiento habitual. Parkinson acompañaba al grupo y llevaba con él todos los utensilios necesarios para la expedición.

—¿Alguna novedad, Trigget? —preguntó el señor Carlyle.

—He dado una vuelta por la zona, señor, y la luz estaba encendida... —fue la contestación—. No he subido por temor a entorpecer las condiciones en las que se encuentra el lugar antes de que lo observen ustedes. Eso ha sido hace diez minutos. ¿Van a ir a mirar desde el patio? Tengo todas las llaves, claro.

—¿Vamos a ir, Max? —preguntó el señor Carlyle.

—Que vaya el señor Trigget. No tenemos que ir todos. Luego se reunirá con nosotros.

Los alcanzó de nuevo antes de que el grupo hubiera llegado a la puerta del bloque.

—Está todavía encendida, señor —informó.

—¿Debemos tener alguna precaución especial, Max? —preguntó Carlyle.

—Oh, no. Actuemos como si fuéramos amigos del fantasma, llamando a la puerta como se hace habitualmente.

Trigget, que tenía todas las llaves, iba delante del grupo, subiendo las escaleras, hasta que llegaron arriba. Se detuvo un instante en la puerta del número 11, observando, con la luz de la linterna que llevaba, sus marcas privadas y señalando a los demás con un susurro que no se tropezaran con ellas. En aquel momento, un lamento quejumbroso, largo y punzante, que acabó como en una especie de sollozo, recorrió como un amargo presagio los retumbantes espacios vacíos del piso desierto. Trigget acababa de apagar su luz y en la oscuridad Carlyle dejó escapar una exclamación de asombro.

—Ahí está, señor —dijo el hombrecillo, con una íntima satisfacción que tuvo la elegancia de ocultar—. Un poco aterrador, ¿no? Sobre todo cuando se escucha por primera vez. No es más que el último chorro de agua que escapa por la tubería del baño.

Había abierto la puerta y guiaba al grupo hasta la habitación que se

encontraba al final del pasillo. Cuando entraron en el vestíbulo, en aquel extremo, se pudo observar un leve resplandor, pero se apagó de inmediato antes de que pudieran identificar de dónde procedía y qué era exactamente.

—Eso es lo que pasa siempre —murmuró Trigget.

Abrió la puerta del dormitorio sin esperar a examinar sus marcas y todos entraron en la diminuta alcoba. Las luces de las linternas iluminaron la estancia con resplandores erráticos. Todos se giraron hacia el objeto central de su indagación, un deslustrado quemador de gas de lo más simple y vulgar. Pocas pulgadas por encima colgaba el disco de metal al que Trigget había aludido, ya que el techo era bajo y en aquel punto concreto el gas podía alcanzarlo, dado que el techo se inclinaba conforme a la pendiente del tejado exterior.

Con su presciencia habitual, una habilidad que casi había dejado de asombrar a quienes trabajaban con él, Carrados se dirigió directamente al quemador de gas y tocó la espita.

—Está caliente todavía —advirtió—. Ahora nos vamos entendiendo. Un fantasma completamente físico, como ves, Louis.

—No obstante, se apagó, ¿no lo ve, señor Carrados? —dijo Trigget con vehemencia—. Y sin embargo no había nadie aquí y nadie ha entrado.

—Y sin embargo se apaga, y sin embargo se enciende... —comentó el ciego.

—¿Qué quiere decir?

—El destornillador pequeño, Parkinson —pidió Carrados.

—¡Bueno! ¡Será posible! —dijo el señor Carlyle con asombro. Porque en menos de lo que canta un gallo, Carrados había quitado el tornillo y luego había quitado la canilla. La sacó y se la mostró a los demás, y todos vieron con claridad que buena parte del metal se había limado de modo que el gas pasaba al quemador sin importar si la canilla estuviera cerrada o abierta—. ¿Cómo demonios lo sabías?

—Porque no se puede hacer de otra manera. Ahora vamos a descolgar la pantalla metálica de arriba. Parkinson... con cuidado.

La advertencia no era del todo innecesaria, porque el hombre tuvo que ponerse de puntillas para poder cumplir la orden. Parkinson le entregó a

Carrados la deslustrada pantalla de metal y el ciego tocó ligeramente la superficie interior.

—Ah, aquí, al fondo, pues claro... —apuntó—. El gas siempre llega hasta aquí, a la fuerza. Y aquí tenemos, Louis, una cerilla siempre encendida y sin embargo completamente segura... al menos por lo que al gas se refiere. Se puede comprar por unos chelines, creo.

Carlyle estaba examinando el diminuto dispositivo con curiosidad. Era tan diminuto que podría haber pasado por los restos momificados de un insecto colgando de una tela de araña, y parecía consistir en un insignificante gránulo negro y una pulgada de cable muy fino.

—Hum... no había visto esto jamás. ¿Y con esto de verdad se enciende el gas?

—Siempre que quieras. En esto consiste todo.

El señor Carlyle lanzó una mirada desaprobatoria a su lugarteniente, pero Trigget estaba tan asombrado como él y observó la operación sin ningún embarazo.

—Yo tampoco conocía ese artilugio, señor —advirtió sin mayor reparo—. ¡Qué astutos! ¿Qué será lo siguiente, señor Carlyle?

—Vayamos con el misterio del agua. —Carrados se las estaba arreglando ya para llegar al baño y los demás lo siguieron por el pasillo y el vestíbulo—. En cierto sentido, yo creo que esto es aún más ingenioso que el dispositivo del gas, porque, tal y como el señor Trigget nos ha demostrado, el agua no viene de la cisterna superior. Los grifos, como ven, están absolutamente secos.

—¿Entonces sube por el...? —sugirió Carlyle, observando el desagüe.

—Esa es la alternativa más evidente. Lo comprobaremos enseguida. —El ciego se puso a gatas para palpar el recorrido de las diferentes tuberías—. Dos grados más frías... no es concluyente, porque en cualquier caso el agua se ha ido también por esta tubería. Señor Trigget, usted que conoce el camino, ¿sería tan amable de subir a la cisterna y dar el agua?

—Necesitaría una escalera, señor.

—Parkinson.

—Tenemos una escala plegable aquí —dijo Parkinson, tocando el brazo del

señor Trigget.

—Un momento —dijo Carrados, levantándose y abandonando su indagación en las tuberías—; esto requiere ser meticuloso. Quiero que lo haga sin hacer ruido y sin encender ni una luz, si es posible. Parkinson le ayudará. Espere hasta que nos oiga hacer ruido en el otro extremo del piso. Vamos, Louis.

El ruido consistió en dar palmadas en las paredes y en el zócalo en la otra estancia embrujada. Cuando Trigget bajó y dijo que el agua ya estaba abierta, Carrados le pidió que continuara con aquel singular ejercicio junto al señor Carlyle mientras él regresaba al baño.

—La bomba, Parkinson —dijo con un rápido susurro a su criado, que estaba esperando en el vestíbulo.

El aparato no era más que una potente bomba neumática con algunas modificaciones. Uno de los tubos se ajustó rápidamente a la tubería del desagüe del baño, y el otro se introdujo en el grifo mismo, dispuesto para absorber el agua. Hubo que preparar otros detalles, pero fue cuestión de un momento. Entonces, Carrados abrió el grifo, silenciando el caudal mediante el acoplamiento de un tubo de goma. Cuando el agua alcanzó unas cuantas pulgadas, corrió a la otra habitación, les dijo a sus estupefactos compinches que quería que hicieran un poco más de ruido y de jaleo, y regresó de nuevo al baño.

—Ahora, Parkinson —indicó, y cerró el grifo. Había como un pie de agua en la bañera.

Parkinson sujetó la amplia base de la bomba e intentó manipular el mango. Apenas se movió.

—Más fuerte —apremió Carrados, interpretando a la perfección cada sonido que escuchaba.

Parkinson apretó los dientes y empujó fuerte otra vez. De nuevo pareció estar arremetiendo contra un muro.

—Sigue intentándolo, tiene que ceder... —dijo Max, animando a su mayordomo—. Así, déjame... —Puso todo su peso sobre ello y por un momento estuvieron colgando como un grupo escultórico pronto para la acción. Entonces, en algún lugar, algo se quebró y el atasco cedió.

—Sigue tirando hasta que se vacíe la bañera. Luego puedes decirles a los demás que dejen de dar golpes. —Al girarse para asentir, Parkinson se encontró con que estaba solo, porque con pasos ligeros y silenciosos Carrados ya estaba bajando los oscuros tramos de la amplia escalera.

Seguramente no habían pasado ni tres minutos cuando un caballero nerviosísimo, en el estado de semidesnudez que se considera tácitamente como el *punctum caecum* en casos de incendio, inundación y emergencias nocturnas, salió por la puerta del número 7 y dando tumbos por las escaleras fue a golpear en la puerta del número 9. Como no apareció nadie con la rapidez de un muñeco en una caja de sorpresas, procedió a repetir la llamada, intercalándola con ocasionales «¡Oiga!, ¡oiga!» que gritaba a través de la abertura del buzón en la puerta.

La bombilla que se encendió sobre la puerta no consiguió convencer al hombre de que hubiera alguien en la vivienda. El caballero seguía gritando a través de su estrecho canal de comunicación y exigió que le abrieran inmediatamente. Tan inmerso estaba en su tarea, de hecho, que no se dio cuenta de que alguien se aproximaba por el otro lado, y cuando la puerta se abrió de repente, un hombre gordo y con cara de sorpresa se lo encontró arrodillado ante su puerta: eso fue lo que reveló la luz de su vestíbulo. El hombre llevaba los tirantes colgando y un gorrito de seda que se quitó rápidamente.

—Es usted el señor Tupworthy, del número 7, ¿no? —dijo el hombre antes de que su visita pudiera hablar—. Pero ¿por qué se arrodilla usted, hombre? Permítame que le ayude a levantarse, señor.

—Maldita sea —gruñó el señor Tupworthy con indignación—, me está usted inundando el piso. El agua está cayendo a cántaros por el techo de mi baño. La escayola está a punto de derrumbarse. ¿No puede usted detenerlo? ¿Tiene una cañería rota o qué?

—Algo será, supongo... —contestó el del número 9 con tranquila indiferencia—. En todo caso, parece que ha parado ya.

—Eso espero —fue la airada respuesta—. Ya es bastante desastre. Iré al administrador y presentaré una queja. Le diré lo que es esto, señor Belting: este edificio se está convirtiendo en un pandemio, señor, un verdadero

pandemonio.

—Totalmente de acuerdo: iremos juntos y presentaremos una queja; dos mejor que uno, y más efectivos —sugirió el señor Belting—. Pero esta noche no, señor Tupworthy. No vamos a encontrar a nadie allí. La oficina estará cerrada. Digamos... mañana.

—No tenía intención de hacer nada tan idiota como ir allí esta misma noche. No estoy en condiciones de ir a ninguna parte. Si no meto los pies en agua caliente de inmediato acabaré con un grave resfriado. Seguramente usted no se habrá dado cuenta, pero estoy calado hasta los huesos, empapado, señor mío. —El señor Belting meneó la cabeza con compasión.

—Siempre es un error intentar detener el agua que cae del techo —apuntó—. No deja de caer, ya sabe. Tiene que encontrar su propio nivel y demás.

—No intenté detenerla... al menos no de manera voluntaria. Unas reparaciones me han obligado a modificar un poco nuestro piso. Se lo diré... se lo diré en confidencia: estaba durmiendo en la bañera.

Ante la revelación de tan notable catástrofe, el señor Belting pareció anonadado. Dio la impresión de que se le llenaban los ojos de lágrimas; desde luego tuvo que volverse y secarse las lágrimas «de emoción» antes de poder hablar.

—¿No estaría justo debajo...? —murmuró.

—Pues creo que sí —replicó el señor Tupworthy—. Me parece que no podía estar más centrado y más debajo. Se me vino encima toda la catarata en la zona de la oreja. Bueno, si puedo confiar en usted, ya que me dice que ha cerrado los grifos, daré por terminada nuestra conversación de momento.

—Buenas noches —contestó el señor Belting, todavía temblando por la emoción—. Buenas noches... o buenos días, para ser exactos. —Esperó con la puerta abierta para iluminar el primer tramo de escaleras mientras bajaba el señor Tupworthy. Antes de que se cerrara la puerta, otra figura apareció en silencio desde la oscuridad de los peldaños que conducían arriba.

—¿Es usted el señor Belting? —dijo el desconocido—. Mi nombre es Carrados. He estado investigando en el piso de arriba. ¿Le importaría dedicarme unos minutos?

—¿Qué? ¿Es usted Max Carrados?

—El mismo —sonrió el propietario del nombre.

—Pase, señor Carrados —exclamó Belting, no solo sin ningún embarazo, sino con verdadero afecto en su voz—. Pase, por favor, desde luego. He oído hablar mucho de usted. Encantado de conocerle. Por aquí. Ya lo sé... ya lo sé... —Puso una mano en el brazo de su invitado e insistió en acompañarlo en todo momento hasta que lo tuvo sentado en un sillón frente al fuego—. ¡Parece que vamos a tener una gran noche! ¿Qué quiere tomar?

Carrados ignoró la amabilidad de la sugerencia y advirtió de esa manera de lo grave de la situación.

—Me temo que no vengo en absoluto como amigo... —indicó.

—Mal asunto —replicó su anfitrión—. Pero yo no puedo considerarlo de otro modo después de esto. ¿Oyó a Tupworthy? No ha visto usted a ese hombre, Carrados. Ya sé... lo he oído... pero no hay imaginación que realmente pueda reconstruir a Tupworthy, ese relumbrón de pacotilla, en su inmensa complacencia porcina, su monumental soberbia. ¡Y durmiendo justo debajo! ¡Dios, qué noche, qué noche! ¿Por qué... por qué íbamos a parar?

—¿Cree que yo tengo algo que ver con esto?

—¿Algo que ver? Mi querido señor Carrados, yo le concedo a usted todo el mérito glorioso de esta pieza asombrosa de humor chabacano en la vida real como no he visto jamás en mi vida. De hecho, en un sentido legal y pecuniario, le hago a usted absolutamente responsable.

—¡Oh! —exclamó Carrados, comenzando a reír calladamente. Luego añadió—: Creo que podré salir de esta... Le remitiré al señor Carlyle, el investigador privado, y él sin duda tendrá unas palabras con el propietario, que es quien lo ha contratado; y supongo que él volverá a echarle la culpa al ingenioso caballero que tantos quebraderos de cabeza les ha dado. ¿Imagina usted cuál es el resultado de mi investigación en el piso de arriba?

—¿Que si lo imagino? No necesito imaginar nada: lo sé. No creerá que pensé ni por un momento que esos trucos tan simples, dos tuberías intercambiadas y un encendedor automático, podrían confundir a un tipo tan inteligente como usted... Solo los preparé para confundir la crédula imaginación de los oficinistas y los porteros.

—¡Entonces lo admite!

—¿Que si lo admito? ¡Santo Dios, por supuesto que lo admito, señor Carrados! ¿Qué sentido tendría negarlo?

—Precisamente. Me alegra que lo vea así. Y sin embargo usted no parece un simple bromista. Me gustaría contar más ampliamente con su confianza y que me relatara cuál ha sido su objetivo.

—Entre nosotros —contestó el señor Belting—, no tengo ningún objetivo en absoluto. Pero me gustaría que tomara algo... ¿No quiere un café? La señora Belting todavía está levantada, creo. Estaría encantada de tener la oportunidad de ofrecérselo. ¿No? Bueno, como usted quiera. ¿Mi objetivo? Tiene que entender, señor Carrados, que soy un hombre con tiempo y medios suficientes para vivir acomodadamente aquí. Pero no soy un desocupado... un holgazán. Por el contrario, siempre estoy ocupado. No apruebo que ningún hombre pierda el tiempo sin hacer nada. Me interesan muchas cosas en la vida: aficiones, si quiere usted llamarlas así. Y usted debería valorar ese hecho, porque es usted un criminólogo aficionado. Yo soy... entre otras cosas que no nos ocupan en este momento, un «vengador privado». En todas partes la gente se está volviendo descuidada y negligente. Se ha instalado entre nosotros la era de la irresponsabilidad. Nadie se toma la molestia de mantener su palabra, de cumplir exactamente con sus obligaciones. A mi modo, humilde y callado, intento explicarle y mostrarle a la gente cuáles serán las consecuencias de su forma de actuar. Soy, de hecho, enemigo acérrimo de cualquier cosa que se parezca al descuido y la holgazanería. ¿Le hace gracia?

—Es un punto de vista —contestó Carrados—. Solo me preguntaba cómo le sonaría esa frase en este momento, digamos, al señor Tupworthy.

El señor Belting se tronchó de risa.

—No me recuerde a Tupworthy o no podré continuar... —dijo—. Con mi método sigo el sistema que Herbert Spencer seguía con los niños. Por supuesto, conocerá usted su tratado sobre la *Educación*²⁴. Si un chico terco insiste, después de varias advertencias, en manchar y destrozar su ropa, no se le reprenderá por lo que, después de todo, solo es un instinto natural y saludable que se ha exagerado. Pero del mismo modo, por supuesto, no se puede imponer a nadie el castigo de comprarle ropa nueva. Cuando llegue el momento en el que tenga que ir a un espectáculo o diversión, el pequeño

haragán no podrá ir con sus compañeros. No sería apropiado y, además, se sentiría avergonzado de ir con esos harapos. Comenzaría a ver la fuerza del pensamiento práctico y lógico. Muy bien. Si un comerciante promete (promete de forma explícita) entregar su mercancía a una hora concreta y no lo hace, se encontrará con que ya no es posible entregarla. Por cierto, yo pago cuando recibo la entrega. Si un hombre se compromete a hacerme un artículo igual que otro, y yo me tomo la molestia, señor Carrados, de señalarle con exactitud cómo lo quiero, y el resultado es (como lo es de manera habitual) una cosa completamente distinta, yo tendré que negarme a aceptarlo y lo rechazaré. He puesto los ejemplos más simples y evidentes; pero podría poner otros mil. Por supuesto, todo esto no hace más que acarrearle molestias, pero así se establece un modelo.

—Veo que es usted un hombre peligroso, señor Belting —apuntó Carrados—. Si la mayoría de la gente fuera como usted, nuestro carácter nacional se iría al garete. La gente tendría que comportarse de manera adecuada.

—Si la mayoría de la gente fuera como yo, seríamos una molestia intolerable —contestó Belting totalmente en serio—. Se pondría en marcha una reacción en contra de la chapucería y yo estaría a la cabeza. Yo siempre he estado con las minorías.

—¿Y en este caso?

—El presente caso se centra en el fregadero de la cocina. Está roto y gotea. Una razón trivial para poner en marcha una venganza tan elaborada, me dirá usted, pero sin duda recordará que dos hombres discutiendo en cierta ocasión junto a una fuente por quién de los dos la utilizaría primero puso a media Europa en guerra, y que toda la tragedia del rey Lear acontece por una bobada en torno a una palabra. Yo no había visto los problemas del fregadero cuando cogimos este piso, pero el propietario me juró que haría todo lo que fuera necesario en la casa. ¿Es necesario poner un nuevo fregadero para sustituir el estropeado? Por supuesto. Bueno, usted ya sabe cómo son los propietarios: seguramente usted sea uno de ellos. Te prometen el oro y el moro hasta que has firmado el contrato, y luego te dicen que te vayas al infierno. Sugirió que probablemente habríamos sido nosotros los que habíamos roto el fregadero y que desde luego parecía muy recomendable

poner uno nuevo. Una criada excelente que teníamos cogió un resfriado por estar con los pies empapados y se fue. ¿Iba yo a verme obligado a pagar un nuevo fregadero? Muy bien, pensé, si la razonable queja de un inquilino no se tiene en cuenta, veamos qué piensa con las quejas nada razonables de cincuenta. El método sirvió también a un propósito práctico. Cuando la señora Belting supo de esa vieja historia de la tragedia del número 11, se puso muy nerviosa; juró que no quería quedarse sola en esta casa por la noche bajo ningún concepto.

»“Querida”, le dije, “no te preocupes en absoluto por los fantasmas. Yo haré el mejor fantasma que hayas visto en la vida, y luego, cuando veas cómo se pone la gente, simplemente recuérdalo la próxima vez que oigas que alguien está manipulando a otros”. Y, francamente, creo que ya nunca volverá a tener miedo de los fantasmas.

—Gracias —dijo Carrados, levantándose—. Se puede decir que he pasado una velada entretenidísima, señor Belting. Confío en que su método de venganza social no le traiga muchos quebraderos de cabeza en esta ocasión.

—¿Y por qué habría de ser así? —preguntó Belting con vehemencia.

—Oh, bueno... los inquilinos se están quejando, la propiedad se está devaluando... El propietario puede pensar que tiene fundamentos legales para actuar contra usted.

—Pero yo podré encender el gas o utilizar el baño en mi propio piso cuando me plazca. ¿O no?

La cara sonriente del señor Belting adquirió un aspecto malicioso; y esa malicia también tintineó en su voz. Carrados la percibió y, al percibirla, averiguó algo más.

—Es usted un hombre prodigioso —dijo con la mano levantada en señal de rendición—. Me rindo. Dígame cómo lo ha hecho, ¿quiere?

—Yo conocía al hombre que vivía en el 11. Su alquiler duraba hasta marzo, pero tenía un compromiso en el norte y debía marcharse. Sus dos meses de sobra no le preocupaban en absoluto, así que yo le subarrendé el piso (todo absolutamente legal) en términos puramente nominales, y no se lo comentamos a nadie.

—¿Pero él devolvió las llaves?

—No. Las dejó en la puerta y el portero las cogió. Oh, qué imprudente por su parte... Pero bueno, ¿acaso no puedo dejar mis llaves donde me apetezca? En todo caso, yo tenía otras... De verdad, señor Carrados, no imaginaré que, a menos que tuviera un absoluto derecho a estar allí, yo entraría en un piso, manipularía el gas y el agua, lo estropearía todo, rondaría arriba y abajo...

—Me voy —dijo Carrados—, tengo que sacar a mi gente de ahí cuanto antes. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Carrados. Ha sido un gran privilegio conocerle. Lamento no haberle podido convencer...

²² «The Ghost of Massingham Mansions», incluido en *The Eyes of Max Carrados*, Grant Richards, Londres, 1923.

²³ Oliver Lodge (1851-1940) fue uno de los científicos más importantes de la época; sus estudios guardaban relación con las ondas de radio, el electromagnetismo o la radiotelegrafía sin cables.

²⁴ Herbert Spencer (1820-1903); se refiere a *Education: Intellectual, Moral, and Physical* (1891).

El caso del espía de Kingsmouth²⁵

—¡No culpable, milord!

Hubo una carcajada general en el salón del Rose and Plumes, el acogedor y viejo hotel de Cliffhurst que mantenía sus viejas tradiciones inmaculadas, sin sentirse acuciado por la fuerte rivalidad del Grand o el Metropole. El chiste no era más que una pequeña broma a expensas de un pomposo y pretencioso pelmazo, y el comediante era un alegre bromista que había conseguido en el curso de unas cuantas semanas ganarse una gran popularidad en todas partes.

Al fondo de la sala, uno de los últimos en llegar —«el caballero ciego», como se le nombró con mucha amabilidad, porque pocos conocían su nombre — se giró ligeramente hacia la dirección de la que procedía la voz y contribuyó con una agradable sonrisa al homenaje general. Luego su atención se concentró de nuevo en la mesa a la que estaba sentado y durante los siguientes minutos su lápiz discurrió suavemente, con alguna pausa valorativa, sobre el talonario de formularios de telégrafos que había cogido. Diez minutos después, llamó a un camarero y le dijo que hiciera venir a su mayordomo.

—Hay que enviar estos tres telegramas, Parkinson —dijo con la voz amable y agradable que apenas cambiaba nunca, sin importar en qué situación se hallara—. Llévalos tú mismo inmediatamente. Después puedes hacer lo que quieras, ya no te necesitaré esta noche.

El criado le dio las gracias y se marchó. El ciego cerró su estuche, se apartó de la mesa, se retiró a una esquina oscura y se sentó, oculto a todos, con su mirada vacía, que siempre parecía estar ligeramente sonriente, al parecer observando con placidez los espacios infinitos mientras visualizaba la escena real que tenía lugar ante a él, y las risas, la conversación y los ocasionales

susurros continuaron libremente a su alrededor.

Max Carrados había viajado a Cliffhurst unos cuantos días antes, sin mucho entusiasmo, aunque de buen humor. De hecho, había sido necesaria toda la persuasiva elocuencia del señor Carlyle para conseguir que se desplazara.

—El Ministerio del Interior, Max —le apremió el detective privado—, ¡uno de los principales ministerios del Estado! ¡Imagínate qué honor! ¡No vamos a rechazar este trabajo que procede directamente del Gobierno! —Carrados, que miraba un poco más allá del abrigo Melton y el sombrero de seda, había declarado en cierta ocasión que su amigo era el romántico más incurable de todos los idealistas. Ahora disfrutaba del malicioso placer de reducir la situación a sus términos más elementales.

—¿Y por qué no puede la propia policía local arrestar a un espía alemán, solitario e inofensivo? —preguntó.

—Para ser sinceros, Max, creo que hay dos o tres elementos metidos en el ajo en estos momentos —contestó el señor Carlyle en tono confidencial—. No solo le concierne al Ministerio del Interior. Y, después del fiasco de Guitry Bay y del despiadado chasco que tuvimos con el asunto de los papeles alemanes (con un par de desagradables collejas por parte del *Kölnische Zeitung*), tanto Whitehall como Downing Street están de los nervios temiéndose lo peor: que se escape el bicho con los papeles o que se le arreste sin ellos.

—Unas contingencias a las que estoy seguro que podrás enfrentarte con el mayor de los éxitos, Louis.

La amable complacencia del señor Carlyle no sugería que tuviera la menor duda sobre ese punto.

—Pero Max, me comprometí a llevar el caso de Vandeming aquí, en Londres. Y... bueno... hum... el secretario de Estado insistió mucho en que tú eras el hombre en el que se podía confiar en este caso...

—Oh, pero alguien tendría que leer los papeles, Louis. Además, me pregunto... ¿por qué no se pusieron en contacto conmigo directamente?

El señor Carlyle puso cara de alma cándida. Incluso él a veces olvidaba que el aspecto y los gestos no significaban nada para Carrados.

—Supongo que pensarían que un amigable intermediario... o algo por el estilo.

—Tal vez el inspector Beedel le sugirió al Comisionado que tú tendrías más influencia sobre mí que todo un ministerio gubernamental —sonrió Carrados—. Y la tienes, Louis; claro que la tienes. Si tu ambición es tener al Gobierno en tu lista de clientes, ¡puedes decirles a tus clientes que acepto ese trabajo!

—¡Por Júpiter, Max, eres un buen tipo, el mejor que conozco; ya lo creo! —exclamó el señor Carlyle con caballerosa emoción—. Te debo tanto ya...

—Entonces esto no representará mucho más. Tengo otra razón, bastante diferente, para ir.

—Por supuesto que la tienes —admitió Louis con vehemencia—. Tú no eres de los que alardean de patriotismo y esas cosas, pero no puedes ocultarte tras esa pose de diletante, Max, porque yo sé que en el fondo de tu corazón dispensas una apasionada devoción por tu país...

—Gracias, Louis —interrumpió Carrados—. Es muy agradable saberlo. Pero realmente voy a Kingsmouth porque allí hay un hombre, un cura, que tiene la segunda mejor colección de Europa de monedas de Tesalia.

Durante unos segundos el señor Carlyle pareció albergar sentimientos inenarrables. Cuando pudo hablar, lo hizo tras pensárselo mucho.

—«Señora Carrados», le diría, si hubiera alguna vez una señora Carrados, Max, «Señora Carrados, dos cosas son necesarias para su felicidad doméstica. En primer lugar, empaquete los tetradracmas de su marido en papel de estraza y envíelos con una nota de agradecimiento al Museo Británico. Y, en segundo término, a la menor oportunidad obtenga de él la promesa de que nunca volverá a tocar otra moneda griega en lo que le quede de vida».

—Si alguna vez hubiera una señora Carrados —fue la respuesta inmediata—, probablemente yo podría prescindir del consuelo de las monedas griegas como, también, Louis, de la distracción de las investigaciones criminales. Entretanto, ¿qué me puedes contar de este caso?

El señor Carlyle enseguida pareció concentrarse en lo importante. Y se habría comportado de un modo absolutamente profesional si Carrados no

hubiera abierto en sus narices la caja de puros. La interrupción y el agradable aroma de los cigarros lo devolvió de nuevo a lo puramente humano.

—Todo comenzó, como muchos otros casos, con una carta anónima.

Sacó un papel de su agenda y se lo entregó a Carrados.

—Aquí tienes una copia.

—¡Una copia! —El ciego recorrió con la yema de los dedos los renglones y leyó en voz alta lo que ponía.

Un amigo le advierte de que se ha intentado con éxito, en nombre de otra potencia, obtener información naval de vital importancia. Tienen un traidor en sus filas.

Luego arrugó el papel y lo lanzó con cierto desprecio a la papelería.

—Una copia es inútil; no nos sirve de nada, Louis —señaló—. De hecho, es peor que inútil, porque nos desvía y nos confunde.

—Es lo único que tienen. La original se dirigió al superintendente almirante del puerto militar de Kingsmouth. Esta me la enviaron con el informe. Pero me aseguraron que la otra no tenía ningún rasgo que permitiera identificar al autor.

—¿Ni siquiera una marca de agua, «Jones, papelería, High Street, Kingsmouth»? —dijo Carrados secamente—. ¡Por Dios, Louis! ¡Cualquier mísero pedazo de papel tiene al menos cuatro claves inmediatas!

—¿Y... y cuáles son?

—El olor, el gusto, la apariencia y la textura. Este, además, tendría la tinta, y, con ella, todas las características de una caligrafía individual.

—Estaba en mayúsculas, Max —recordó el señor Carlyle—. Nuestro amigo anónimo lo tenía previsto...

—Sí. Me pregunto quién empezaría a difundir esa tontería...

—¿Tontería?

—Por supuesto: una tontería. Las letras mayúsculas, al igual que la caligrafía llamada «de imprenta», son tan ideomórficas como las letras cursivas.

—Pero mucho menos identificables si se comparan con la caligrafía

normal. ¿Cómo vas a conseguir un ejemplo de la caligrafía «de imprenta» para comparar las distintas letras?

Carrados reflexionó en silencio durante unos instantes.

—Creo que a partir de ahora voy a pedirle a cualquiera que me resulte sospechoso que me escriba algo en cursiva, en mayúsculas y en letra de imprenta —contestó.

Carlyle controló la tentación de reírse abiertamente, pero la mordacidad se podía adivinar en su voz.

—¿Y crees que el autor de esa nota, que evidentemente tiene buenas razones para el anonimato, sería tan tonto como para colaborar?

—Yo creo que sí, si se lo pido con educación.

—Mira, Max, te apuesto una caja de puros, los que quieras, a que...

—¿Sí, Louis?

El señor Carlyle dudó un poco. Recordó un par de episodios del pasado en los que las apuestas no le habían sido favorables, y en esas ocasiones el rostro impávido de su amigo había mostrado exactamente la misma ausencia de astucia que en esos momentos.

—No, Max, esta vez no me apostaré nada, pero me gustaría enviarte una pequeña caja de Monterrey Coronas para que Parkinson la incluya entre tus cosas para el viaje. Bueno, por el fallo de la carta.

—No tiene importancia —contestó Carrados—. Pero tengo que conseguir el original.

Carlyle apuntó algo en su libreta.

—Intentaré que te lo envíen de inmediato. He solicitado que tengas mano libre para cualquier cosa. Oh, me puse imposible, te lo aseguro, Max. En Kingsmouth lo encontrarás todo muy agradable y allí, por supuesto, te enterarás de todos los detalles. Aquí no parecen saber mucho del asunto. Y no me han dicho si las autoridades del puerto militar ya tienen sospechosos o si la carta fue la primera pista que tuvieron. En cualquier caso, actuaron con la mayor celeridad. La carta, como has visto, está sin fechar, pero se entregó el día 17, el pasado jueves. El viernes le echaron el guante a un tipo del departamento de astilleros; se llama Brown. No negó nada cuando lo acorralaron, pero, aunque reconoció que estaba sustrayendo información,

había un contacto importante que no podía nombrar y otro que no quería nombrar. No les pudo decir quién era el espía que estaba recopilando la información porque había un intermediario; y no pensaba traicionar al intermediario en ningún caso. Y, por Dios, casi no puedo evitar respetar a ese miserable por esas migajas de lealtad...

—¿Una mujer?

—Ni siquiera eso se sabe, pero muy probablemente hayas dado en el clavo. Una mujer explicaría ese elemento caballeresco que afecta a la actitud de Brown. Está bajo arresto abierto, o con movimientos restringidos, para que nadie se entere fuera, y no puede comprar ni un periódico sin que lo sepamos: está controlado. Confían en que salga algo nuevo. De momento han empezado a sospechar de un turista alemán que está en Cliffhurst.

—¿Por qué?

—No lo sé, Max. En alguien tendrán que fijarse, ya sabes. Es posible. De todos modos están nerviosísimos ante lo que pueda ocurrir.

—¿Te han dicho qué ha robado Brown?

—Sí, pardiez... ¿Has oído hablar del torpedo Croxton-Delahey?

—Algo —admitió Carrados.

—¿Y sabes qué hace? —preguntó el señor Carlyle, con aquel aire de curioso interés que mostraba ante cualquier asunto que no estuviera en el ámbito de sus conocimientos.

—Es un artilugio bastante ingenioso. Se dispara como cualquier otro torpedo. Al final de un recorrido recto, en torno a las diez mil yardas y a una velocidad de cincuenta y cinco nudos, con el sistema a altas presiones, la diabólica criatura se detiene y comienza a zigzaguear en la zona predeterminada y elegida. Si en su deambular caótico encuentra una considerable masa de acero en torno a los doscientos pies, se dirige hacia ella sin dudarle, se abre paso a través de cualquier impedimento que se le presente, explota sus tres quintales de dinamita y acaba con el barco estallando una bomba de torita radiactiva de 24 libras a través de la brecha que abre en el casco.

—Uf... —murmuró el señor Carlyle—, no me gustan las armas, Max, pero preferiría que esa fuera nuestra. Bueno, el señor Brown ya ha robado los

planos y los ha entregado.

Carrados apagó la colilla de su puro y cruzó la habitación para abrir su escritorio. Cogió un libro en el que aparecía escrita la palabra «Compromisos», pasó unas cuantas páginas y garabateó unos comentarios aquí y allá. Luego volvió con su invitado.

—Muy bien. Viajaré a Kingsmouth en el tren de las 12:17 mañana por la mañana —dijo—. Ahora quiero que me busques las siguientes cosas y que me informes antes de que me vaya.

El señor Carlyle volvió a sacar su cuaderno de notas y sonrió mientras apuntaba diligentemente todo lo que le decía Max.

En realidad, la información que le proporcionó Carlyle influyó en Carrados, que decidió hacer algunos cambios en sus planes. Acompañado por Parkinson, salió de Londres en el tren previsto al día siguiente, pero en vez de dirigirse a Kingsmouth se apeó en Cliffhurst, la pequeña ciudad costera que se encuentra a unas cinco millas al este del gran puerto. Después de conseguir habitaciones en el Rose and Plumes —un asunto bastante sencillo en octubre—, ordenó a su mayordomo que lo acompañara a uno de los asientos resguardados que hay en el ventoso paseo marítimo y que volviera a recogerlo una hora después.

—Un lugar muy agradable, con sus paseos y sus arbustos, señor —apuntó una voz afable desde el otro lado del banco. Un peatón ocioso, cuya indumentaria y modales lo señalaban como un desocupado turista que se dedicaba a pasear, tras unos momentos de duda se había sentado en aquel mismo lugar.

—Sí, inspector —contestó Carrados de muy buen humor—. Tienen casi todo lo que disfrutamos en nuestros jardines junto al Támesis, ¿no le parece?

El detective inspector Tapling, de la Nueva Scotland Yard, se sonrojó y luego dejó escapar una tímida risilla.

—No estaba nada seguro de que fuera usted, señor Carrados —dijo, a modo de disculpa, acercándose y bajando la voz—. Me enviaron para que me

reuniera con usted y para que le informe y le ayude en todo lo que pueda necesitar.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Carrados.

—Creemos que tenemos bien amarrado al hombre adecuado, señor, pero, por razones que puede usted imaginar, el jefe está muy nervioso y no quiere equivocarse esta vez.

—¿Müller?

—Sí, señor. Ese es nuestro hombre. Ha amueblado una villa aquí, en Cliffhurst, y parece muy generoso. Las fechas en que apareció concuerdan, por lo que sabemos, con el comienzo de las investigaciones en Kingsmouth. De todos modos, sea cual sea su nombre, desde luego no es Müller.

—Pero es alemán.

—Oh, sí. Es completamente alemán, señor. Sabemos que ha recibido telegramas de Lübeck (nada importante, por otra parte) y ha cambiado billetes alemanes en Kingsmouth. Pasa mucho tiempo por allí... por lo visto le gusta pescar, pero eso es todo lo que hemos visto, aunque los pescadores de Kingsmouth lo conocen y hablan en el puerto, y saben más de él que la gente de aquí. Y luego está esa mujer...

—La intermediaria.

—Bueno, realmente con lo que sabemos en estos momentos no podemos asegurar que lo sea, pero hay una mujer en la villa que han alquilado. No es exactamente la señora Müller, creemos, pero vive aquí, no sé si entiende lo que quiero decirle, señor.

—Perfectamente —asintió Carrados con el mismo espíritu de modesta prudencia.

—Así que se dan todas las condiciones necesarias... —concluyó Tapling.

—Sí, pero hasta ahora no tienen ninguna prueba efectiva de la conexión de Müller con Brown.

El inspector admitió que no la tenían, pero añadió con aire esperanzado que estaba a punto de recibir buena información y que esta le permitiría unir las pistas inconexas en una cadena ordenada y fiel de pruebas concluyentes.

—Y si puedo pedirle un favor, señor —añadió—, nos haría un gran servicio si nos permitiera continuar con nuestra investigación durante otras

veinticuatro horas. Creo que para entonces ya estaremos en condiciones de aportar algo sólido. Y, si usted certifica lo que vamos a hacer, será un honor para nosotros, aunque luego nos quite el caso de las manos... no sé si me entiende, señor Carrados. Pero, claro, todo depende de usted...

Carrados aceptó con su habitual buen humor. Su verdadero objetivo no era más que examinar las pruebas antes de que se llevara a cabo el arresto y garantizar que el Ministerio del Interior no se iba a ver envuelto en otro fiasco de espionaje. Sabía que Tapling era un policía fiable y no tenía la menor duda de que la línea de investigación en la que estaba trabajando era la correcta. Lo último que quería era privarle al oficial de su merecido reconocimiento.

—Puedo pasarme un día perfectamente dedicado a mis asuntos —contestó por tanto—. Y mientras Müller ande por aquí, no parece que la cosa sea especialmente urgente. Supongo que lo más probable es que los documentos hayan salido ya del país, y que salieran incluso antes de que comenzaran a investigar.

—Creemos que aún tenemos posibilidades de recuperarlos; y el Almirantazgo ha insistido mucho en que se recuperen esos planos del torpedo... si se puede. A algunos de esos espías extranjeros les gusta conservar las cosas en sus manos todo lo posible. Así tienen más poder, y consiguen más dinero de sus cuarteles generales. Luego, ocurre que si deciden hacer un envío postal, y especialmente un envío postal desde el extranjero, podría interceptarse por el camino. Dirá usted que un hombre también puede interceptarse, pero hay otra razón para que consideremos que no se han enviado documentos importantes por correo durante la última semana.

—Desde luego —admitió Carrados, percatándose de la solución—. Las sufragistas estuvieron por aquí...

—Nunca pensé tener a una de esas a mi favor... —dijo el inspector, con el gesto ausente, dándose golpecitos en la pierna—, pero esas mujeres pueden haber dado un giro completo al asunto esta vez, y a nuestro favor. No hay una sola estafeta de correos, desde un simple buzón a la oficina central en Kingsmouth, que haya estado a salvo de esas mujeres. Han destruido, de un modo u otro, todas las cartas y han asaltado todos los despachos de

clasificación. Por eso es por lo que digo que aún tenemos alguna posibilidad.

La figura de Parkinson aproximándose anunció que la hora ya había transcurrido. Carrados y el inspector se levantaron para despedirse, y se separaron caminando en distintas direcciones, pero, antes de decirse adiós, el ciego planteó una cuestión en la que había pensado varias veces, aunque solo hubiera tenido un conocimiento superficial del caso.

—Pero... ahora que Müller tiene los planos del torpedo, inspector, ¿por qué sigue aquí?

Aunque era una pregunta simple y obvia, antes de contestar, el inspector Tapling miró a su alrededor con aire suspicaz. Luego redujo la distancia entre ambos y solo se pudo oír un susurro.

La iglesia de St. Ethelburga presumía de tener la campana más coqueta y el ceremonial más formal de todos los templos de Kingsmouth²⁶. Por fuera recordaba a un granero de ladrillo, por dentro era un palacio de mármol, y su administración competía a un atareadísimo vicario y dos curas entusiastas. La iglesia se encontraba en la esquina de Jubilee Street con Lower Dock Approach, un cruce que debería hacer superflua cualquier descripción ulterior del vecindario.

El reverendo Byam Hosier, el cura de más edad, cuya magnética elocuencia llenaba la iglesia de St. Ethelburga desde los escalones del presbiterio hasta el pórtico, vivía en Jubilee Street, y allí lo encontró Max Carrados a las diez de la mañana del día siguiente. El párroco acababa de desayunar y de corregir, al mismo tiempo, un montón de cuadernos de ejercicios. Se disculpó por el desorden sin justificarse ni explicar las razones, porque, lejos de ser un holgazán, el señor Hosier ya había celebrado el primer oficio de la mañana, y después se había detenido en su camino de regreso a casa para atender una disputa doméstica, ayudar a un gato perdido y hacer los preparativos de un funeral.

—Recibí su aviso ayer por la noche, señor Carrados —dijo, después de guiar a su invitado hasta una silla, porque este le había concedido a Parkinson

varias horas libres para que hiciera lo que le apeteciese—. Estoy encantado de poder enseñarle mi pequeña colección, porque así además tendré la oportunidad de agradecerle la ayuda que me proporciona de tanto en tanto.

Carrados obvió prácticamente el agradecimiento. Era la primera vez que ambos se encontraban, aunque, como consecuencia de una discusión por cierto artículo especializado, habían mantenido una correspondencia frecuente. El pastor se acercó a su vitrina, sacó una de las bandejas y la puso sobre la mesa delante de su visitante.

—Feras —dijo, aludiendo a la antigua ciudad de Tesalia.

—¿Puedo tocarlas? —preguntó el ciego.

—Oh, por supuesto. Se lo ruego. Lamento... —No supo qué decir ante el espectáculo de un experto ciego, con la mirada fija en quién sabe qué lugar, deslizando sus dedos críticos sobre los detalles que a él le encantaba mirar una y otra vez.

Había sin embargo un aspecto molesto en el reverendo Byam. Su indumentaria generalmente bordeaba lo andrajoso, y se permitía llevar botas, que desconcertaban o divertían a la parroquia femenina que ocupaba los primeros doce bancos de St. Ethelburga. Podía desayunar un té ligero, pan y mantequilla con mermelada sin echar de menos nada en particular —y eso era lo que solía hacer, de hecho—, pero cuando se trataba de monedas griegas su gusto era exacto, y sus métodos, precisos y rigurosos. Su pequeño gabinete de caoba estaba tachonado con quinientas piezas, pero estaba lejos de parecer lleno; cada moneda era un ejemplar exquisito de la edad de oro del arte numismático universal.

Apenas tres minutos tardó Carrados en estudiarlo. De vez en cuando comentaba algo o hacía alguna pregunta, pero durante la mayor parte del tiempo las bandejas de monedas se sucedieron en un fascinante silencio.

—Falta Larisa —anunció el párroco, extrayendo la última bandeja.

Bajo cada moneda había una etiqueta circular en la que estaban escritos los detalles de la pieza que describía. Durante algún tiempo Carrados no pareció prestar mucha atención a esos comentarios, pero al final Hosier se dio cuenta de que su invitado estaba sometiendo muchos de ellos a un detenido aunque silencioso escrutinio.

—Disculpe mi pregunta, señor Carrados —dijo por fin—, pero ¿es usted totalmente ciego?

—Totalmente —fue la sincera contestación—. ¿Por qué?

—Porque he visto que sostiene usted las etiquetas cerca de los ojos y pensé que tal vez...

—Es solo una costumbre.

—Perdone mi curiosidad.

—Le puedo asegurar, señor Hosier, que la gente es mucho más sensible que yo mismo respecto a mi ceguera. Y ahora, ¿sería tan amable de hacerme un favor? Me gustaría tener una copia de las inscripciones de media docena de estas joyas.

—Será un placer —dijo el pastor, y sacó tinta, papel y pluma y esperó las indicaciones de Max.

—Este didracma de la ninfa Larisa con pendientes; este de Artemis y el venado; este también, y este, y este. —Las bandejas numismáticas habían quedado expuestas sobre la mesa y la mano de Carrados seleccionaba las monedas con una precisión infalible.

Hosier cogió las monedas seleccionadas y apuntó la leyenda de las piezas en caracteres griegos en mayúsculas.

—¿Quiere que describa el tipo de moneda también? —preguntó.

—Sí, gracias —asintió el ciego—. Si no le importa, escríbalo también en mayúsculas y no le aplique secante; así me resultará más fácil leerlo.

Cogió después la hoja de papel y con suma delicadeza tocó las letras de cada renglón.

—Tengo un amigo que también está muy interesado en esto —apuntó, sacando su cartera.

El párroco estaba ocupado retirando las bandejas de la mesa cuando una hoja de papel cayó aleteando hasta el suelo y llamó su atención. La recogió y estaba devolviéndosela al ciego cuando se quedó parado en seco.

—¡Santo Dios, señor Carrados...! —exclamó con voz agitada y nerviosa—. ¿Cómo ha llegado esto a sus manos?

—¿Su nota?

—¿Sabe que es mía?

—Sí... ahora lo sé —contestó Carrados tranquilamente—. Me la envió el superintendente almirante de la zona. Le interesaría ponerse en contacto con quien la escribió.

—Estoy un poco desconcertado por todo esto, tan repentino... —tartamudeó el pobre hombre con nerviosismo—. Permítame que le explique las circunstancias... aunque no podré violar mi promesa de secreto.

Fue a buscar un vaso de agua al aparador, bebió la mitad y luego comenzó a caminar a grandes zancadas por la sala, nervioso, mientras hablaba.

—El pasado miércoles, después de la misa vespertina en la iglesia, me disponía a abandonar la sacristía cuando se me presentó una mujer y me preguntó si podía hablar conmigo en privado. Es una petición a la que un pastor no puede negarse, señor Carrados, pero antes procuré averiguar de qué se trataba, porque la gente con frecuencia viene a verlo a uno con asuntos que en realidad tienen que ver con el administrador, o con el organista o con otras personas y eso...

»La mujer me aseguró que era un asunto personal y que ninguna otra persona podría serle de ayuda.

»Ya habíamos apagado todas las luces de la iglesia a esas horas y sin duda el administrador eclesiástico ya se había marchado. Le di mi dirección, esta, y le dije que si quería podía venir a verme en diez o veinte minutos. Yo prefería que se presentara de un modo formal y normal.

»No hay necesidad de entrar en detalles superfluos. La infeliz señora deseaba descargar su conciencia haciendo una confesión explícita, y había acudido a mí tras haber escuchado un sermón que yo había dado el domingo anterior.

»No vale la pena sopesar los aspectos de tiempo y circunstancia en un caso así. Yo le dije que podíamos proceder, y ella se confesó con la condición del secreto de confesión inviolable. Lo que me contó implicaba a otras personas, además de a sí misma. Le rogué que procurara deshacer tan pronto como le fuera posible el gran daño que había hecho, formalizando una declaración completa ante las autoridades, pero ella era demasiado débil... o estaba demasiado aterrorizada para hacer eso. Esta torpe advertencia mía —dijo el pastor, señalando el papel que ahora permanecía sobre la mesa, entre ambos

— fue todo lo que pude sacar de ella.

El párroco concluyó así y observó a su invitado con el rostro acobardado de quien parece solicitar algún tipo de solución a su problema.

—Usted es inglés, señor Hosier, y usted sabe lo que esto podría significar en caso de conflicto... usted sabe que la información de una de nuestras armas más potentes ha sido sustraída.

—¡Válgame Dios! —recitó el atribulado clérigo—, ¿cree que no estoy preocupado por eso, señor? Pero antes del ciudadano inglés hay algo más primitivo y primordial, más justo: el hombre. Di mi palabra como hombre, ¡y el Almirantazgo puede irse al infierno!

»Además —añadió, con una reacción malhumorada—, la pobre mujer se está muriendo, y entonces todo el mundo lo sabrá. Por supuesto, puede ser ya demasiado tarde.

—¿Le importaría decirme si la dama le dio los nombres de sus cómplices?

—¿Cómo le voy a decir eso, señor Carrados? Eso podría identificarla de algún modo. Estoy demasiado aturdido por su inesperada visita y su inusitado interés en este asunto como para saber lo que es importante y lo que no.

—Eso no la implicará. No me interesa ella.

—Entonces, sí. Me dio los nombres. Me contó todos los detalles.

—Se lo pregunto porque hay un hombre sospechoso y a punto de ser arrestado. Y puede que sea inocente. Yo no tengo ningún motivo más importante, pero si la persona para la que esa mujer está trabajando no es un alemán llamado Müller, o que se hace llamar así, tal vez podría decírmelo y darse el gusto de eximirlo de cualquier acusación.

El pastor lo pensó durante unos instantes.

—No es ese hombre, señor Carrados —contestó con decisión—. Pero, por favor, no me pregunte nada más.

—Muy bien, no lo haré —dijo Carrados, levantándose—. Nuestra conversación numismática ha dado un giro extraño, señor Hosier. Hay un dicho para usted: ¡las monedas están en la raíz de todo! Por cierto, puedo hacerle un pequeño favor... —Sacó la carta anónima, la rompió y se la entregó—. Ha hecho usted todo lo que podía. Quémela y estará usted fuera de este asunto para siempre.

—Gracias, gracias... ¿Pero no le estaré creando problemas a usted con el Almirantazgo?

—Yo pongo mis condiciones —replicó Carrados—. Ahora, señor Hosier, he sido un pájaro de mal agüero, pero no tenía ni la menor sospecha de esto cuando llegué. El largo brazo del destino nos ha alcanzado esta vez. ¿Querrá venir y cenar conmigo un día de esta semana? Le prometo que no haré ni la más mínima referencia a este asunto tan problemático.

—Es usted muy amable —asintió Hosier.

—Estoy en Cliffhurst...

—¿Cliffhurst? —exclamó Hosier aterrorizado.

—Sí, en el Rose and Plumes.

—Yo... yo lo siento mucho, señor Carrados —tartamudeó el clérigo—, pero... en fin... me temo que no voy a poder. Esta semana...

—Si la distancia supone un problema o le lleva mucho tiempo, puedo enviarle un coche.

—No, no, no es eso... Es porque, claro, uno tiene que pensar en su trabajo y en el tiempo que... Gracias, señor Carrados; es usted muy amable, pero, de verdad, si no le importa...

Carrados aceptó cortésmente la negativa sin incidir en el asunto ni presionar al párroco. Dio la vuelta a aquel momento embarazoso diciéndole que confiaba en que fuera a visitarlo la próxima vez que viajara a Londres, y el señor Hosier aprovechó el compromiso para expresar el placer que tendría en cumplir con esa visita. Luego llegó Parkinson y así concluyó aquel extraño encuentro.

De regreso al hotel, Parkinson sin duda pensó que su señor era una compañía bastante aburrida. Carrados tenía que reorganizar sus ideas, ajustando y modificando las teorías preconcebidas basadas en los informes del inspector Tapling, y se veía en la obligación de intentar descubrir qué era lo que hacía que el señor Hosier inexplicablemente no soportara la idea de visitar Cliffhurst o el hotel Rose and Plumes. Solo dos fogonazos de conversación interrumpieron el silencio del viaje, y ambos podían considerarse como un reflejo del espíritu de Max Carrados, y demostraban el profundo sentido común de su mayordomo.

—Muy a menudo se comete el error, Parkinson, de buscar algo de acuerdo con una idea fija que se tiene en la cabeza.

—Sí, señor.

Y diez minutos después:

—Pero no sé si está bien ignorar lo que parece por completo obvio.

—No, señor.

—¡No culpable, milord!

Aquel era el eslabón que Carrados había estado esperando con suma paciencia todos los días desde que llegó a Kingsmouth; o, para ser más exactos, desde que oyó en el hotel el sonido de una cierta voz que su memoria no había conseguido identificar. Parkinson había descrito al hombre con exactitud fotográfica y sin embargo el reconocimiento no había sido posible. Tapling, que se encontraba en un punto muerto en lo referente a la villa alquilada del alemán, tanto por la necesidad de avanzar en el tema como por la recomendación de Carrados, aportó lo que pudo a la observación, que en todo caso siguió sin dar frutos. Todo el mundo conocía al señor Slater —«un caballero agradable y afable, con una palabra y un chiste para todo»—, pero nadie sabía nada de él, porque, en realidad, ¿quién podía saber nada de una amable ave de paso que se queda durante un tiempo en un hotel de veraneo junto al mar?

Entonces, mientras por la sala resonaban los chascarrillos y los chistes, una luz se iluminó en el cerebro del paciente espectador como un destello de inspiración.

Los tres telegramas que inmediatamente escribió, como resultado de aquella inspiración, se ofrecen aquí parcialmente descifrados: se reproducen aquí descifrados, sin el misterio que suele envolverse este tipo de comunicaciones.

Destinatario: GREATOREX, TURRETS, RICHMOND, SURREY

Extracto *Times* informe juicio Henry Frankworth, convicto de malversación de fondos principios de 1906, envío rápido. Carrados

Destinatario: WRATTESLEY, MINISTERIO DEL INTERIOR, WHITEHALL, S. W.

Les ruego que ordenen a las autoridades de Lincoln que me envíen un informe confidencial con los antecedentes de Henry Frankworth, malversador, nacido en Trudstone, Lincoln. Urgente. Wynn Carrados

Destinatario: CARLYLE, 71.^a, BAMPTON ST., W. C.

Querido Louis: ¿por qué no vienes este fin de semana y hablamos de algunas cosillas? Entretanto, haz lo posible para descubrir qué fue de Henry Frankworth, convicto de malversación de fondos en la Corte Penal Central a principios de 1906. Beedel te dará acceso a los registros policiales. Corre prisa. Max.

Pocas horas después, cuando había decidido subir a su habitación, Carrados se acercó a la recepción para preguntar si había cartas para él.

—Por cierto —señaló, dándose la vuelta cuando ya se estaba yendo—, me pregunto si tendrían ustedes por casualidad una habitación un poco... solo un poquito más alejada del salón.

—Desde luego, señor —contestó la recepcionista—. ¿Le molestan las actuaciones? A veces duran hasta demasiado tarde, ¿verdad?

—No, no me molestan —admitió Carrados—; al contrario, me encantan. Pero eso me obliga a estar despierto escuchando cuando debería estar dormido.

La recepcionista se rio de buena gana. Formaba parte de su oficio ser agradable.

—Es usted muy amable y considerado —canturreó la muchacha—. Bueno, tenemos otra al fondo del pasillo; o, naturalmente, en el piso superior...

—El piso superior sería muy agradable. Pero no hacia la fachada, si es posible. El mar es bastante ruidoso.

—Segunda planta, pasillo oeste —dijo, mirando el muestrario de llaves—. ¿La número 15?

—¿Ese es el lado que da a...?

—La calle principal, señor —contestó la recepcionista.

—Es que duermo muy mal —se disculpó.

—La número 21 está al otro lado, y da a los jardines —sugirió.

—Estoy seguro de que esa será estupenda —dijo Max, con la gratitud que siempre es tan entrañable cuando viene de un ciego—. Gracias por tomarse tantas molestias para buscarme una habitación adecuada. Buenas noches.

—Mañana cambiaremos todo de habitación —le dijo con una leve reverencia.

Una hora después, el señor Slater, por lo general el último hombre en dejar el salón de espectáculos, se acercaba a la recepción para coger su llave.

—Es la número 22, ¿verdad, señor? —aventuró la muchacha, descolgándola sin esperar una confirmación.

—Buena chica —asintió amablemente—. ¡Qué inteligencia tras esa carita fascinante! *Eh bien, au revoir, petite!* Y tú también deberías apagar el candil, querida.

La joven dejó escapar una risa también encantadora. Su obligación era ser igualmente agradable con todo el mundo.

Max Carrados estaba sentado en un reservado del salón a la mañana siguiente cuando Parkinson le trajo una carta. Resultó ser el extracto del *The Times*, mecanografiado con su máquina de escribir especial. El día era espléndido y soleado, y el salón estaba desierto. Obedeciendo las órdenes de su patrón, Parkinson se sentó y esperó mientras el ciego descifraba con rapidez la media docena de folios mecanografiados.

—Tú has estado conmigo en el Old Bailey²⁷ muchas veces —apuntó Carrados, mientras ordenaba despacio los documentos—. ¿Te acuerdas de aquella ocasión en febrero de 1906...?

Parkinson parecía innecesariamente atento, pero fue incapaz de acordarse. Carrados le dio otra pista.

—¿Recuerdas a un hombre llamado Frankworth que fue sentenciado a dieciocho meses de prisión por un ingenioso sistema de robo? Se había hecho

de manera fraudulenta con información para comerciar con la competencia de la empresa en la que trabajaba.

—Ahora me acuerdo, señor.

—¿Y te acuerdas del aspecto que tenía aquel hombre?

Parkinson pensó que podría acordarse, pero no consiguió hacerse una idea clara al respecto y Carrados se vio obligado a ir directamente al grano.

—¿Has visto a alguien últimamente, aquí en el hotel, que pudiera ser Frankworth?

—No sabría decirle, señor.

—Pongamos al señor Slater, por ejemplo. Si le quitamos la barba y el bigote...

Parkinson comenzó a parecer respetuosamente incómodo.

—Quiere decir el señor que...

—Haz un esfuerzo de imaginación, Parkinson. Cierra los ojos e imagínate al señor Slater como un hombre sin barba, algunos años más joven, sentado en el banquillo...

—Sí, señor. Se parece bastante.

Max Carrados tuvo que darse por satisfecho con aquello de momento. La memoria a largo plazo no era el fuerte de Parkinson, pero tenía un don fundamental, y de este don divino su patrón iba a tener una muestra inmediata que no dejaría lugar a la más mínima duda.

—Hablando del señor Slater, señor, he notado una cosa curiosa que me gustaría mencionarle, porque me dijo usted que prestara especial atención.

Carrados asintió para animar a hablar a su mayordomo.

—He estado hablando con Herbert esa mañana temprano, mientras él limpiaba las botas. Es un ferviente enemigo del libre comercio, señor, y está pensando en hacerse mormón, y estuve hablando de eso con él. Al final, llegamos a la habitación número 22, la del señor Slater. Las botas estaban bastante embarradas, porque el señor Slater salió a dar un paseo ayer por la noche. Yo lo vi cuando regresaba. Pero las botas que el señor Slater puso fuera de la habitación para que las limpiaran no eran las botas con las que salió y que estaban mojadas, aunque eran exactamente iguales.

—Desde luego, eso es muy curioso —admitió Carrados muy despacio—.

¿Solo puso un par de botas fuera?

—Eso es, señor. Y no eran las botas que el señor Slater lleva todos los días desde que me empecé a fijar en él en concreto. Él siempre lleva el mismo par de botas, por la mañana, al mediodía y por la noche.

—Espera un momento... —dijo Carrados de repente. Una idea que rozaba lo fantástico resplandeció entre una frase del informe que acababa de leer y el descubrimiento de Parkinson. Volvió a coger los folios del informe, recorrió con el dedo los renglones y los leyó de nuevo: «... se dijo que el acusado era hijo de un respetable zapatero y que él mismo había ejercido esa profesión»—. Yo sé, Parkinson, que eres muy fiable, pero esto puede ser de la mayor importancia... ¿Lo entiendes?

—No pensé que fuera tan importante, señor.

—Pero ese incidente ¿qué te sugiere?

—Yo deduzco, señor, que el señor Slater debía de tener alguna buena razón para salir después de que el hotel hubiera cerrado.

—Sí: esa es la mitad de la explicación; pero ¿y si no la tenía?

Parkinson, sabiamente, ignoró ese problema intelectual como ajeno a su esfera de conocimientos.

—Entonces no soy capaz de explicarme por qué el caballero se limpió las botas embarradas él mismo y ensució sus botas limpias, señor.

—Sí, esa es la cuestión. ¿Y esta mañana llevaba el mismo par de botas?

—Sí, señor. Las botas que estaban sucias a las diez de la noche de ayer.

—Presta especial atención a las botas del señor Slater en el futuro. Yo me he trasladado a la habitación número 21, así que tendrás oportunidades de sobra. Habla con Herbert sobre la Liga de la Reforma Tariff²⁸ y sus ideas proteccionistas mañana por la mañana. Pero antes... ¿esas botas tienen alguna particularidad?

—Fabricadas por Moorland a mano y a prueba de agua: unas botas muy sólidas, señor. De la talla 7. Rositer de Kingsmouth es el fabricante.

—Bueno, pues ve a Kingsmouth y compra un par idéntico. Antes de que te vayas, corta una suela de una de tus botas más viejas y tráeme un trozo como de tres pulgadas cuadradas. Y te compras otro par. Toma, un billete. ¿Tú sabes qué chica del servicio de habitaciones está encargada de la 21?

—Podría averiguarlo, señor.

—Eso sería estupendo. Podrías comprarle un collar o una pulserita... si no tienes objeciones personales respecto al trato con jóvenes señoritas. Y, Parkinson...

—¿Sí, señor?

—Sé que eres un hombre discreto y fiable. El trabajo en el que estamos involucrados aquí es de la máxima importancia y extraordinariamente honroso. Un fallo podría arruinarlo. Eso es todo.

—Gracias, señor.

Parkinson se marchó con la cabeza un poco más alta gracias al cumplimiento de su patrón. La esencia del extraordinario valor que aquel hombre tenía para su patrón era que, mientras que sobre algunos temas pensaba profundamente, sobre otros no pensaba en absoluto; y se las arreglaba de un modo fantástico para separar cada cosa en el compartimento adecuado.

—Aquí tiene lo que me pidió, señor —dijo Parkinson, poco después, entregándole el pedazo de suela de su zapato.

—Vamos a la chimenea —dijo Carrados—. ¿Sigues sin haber nadie en el salón?

—Nadie, señor.

—¿Quién es la última persona en cerrar esta sala por la noche, para dejar el fuego en condiciones y las ventanas cerradas?

—El portero del vestíbulo, señor.

—¿Y ahora dónde está?

—En el salón exterior, señor.

Carrados se inclinó sobre el fuego.

«Hay una posibilidad entre un millón», pensó, «pero vale la pena intentarlo». Dejó caer el pedazo de piel en las ascuas, esperó hasta que comenzó a humear de un modo espantoso y luego, cogiéndolo con las tenazas, lo aireó para difundir aquel olor por la sala durante unos segundos. Un minuto después, el fragmento chamuscado se consumía y desaparecía entre las ascuas.

—Ahora vete, y cuando salgas dile al portero del vestíbulo que quiero hablar con él.

El portero no tardó en llegar, era un hombre imponente, pero lleno de afable condescendencia.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

Carrados estaba sentado en una mesa cerca del fuego.

—Sí. Estoy un poco nervioso. ¿No huele como si se estuviera quemando algo?

El portero olisqueó el aire... leve, pero ruidosamente, así que el caballero ciego pudo escuchar claramente que el portero estaba cumpliendo con su misión. Luego miró a su alrededor exhaustivamente.

—Desde luego sí que huele un poco a chamusquina en alguna parte, señor —admitió.

—¿No hay alguna pieza de madera alrededor de la chimenea que se esté chamuscando? Nosotros los ciegos estamos tan indefensos...

—Todo está en orden, señor. —Puso una mano en la repisa y le dio unos golpecitos para tranquilizar al cliente—. Es mármol, señor, y bien sólido. No tiene nada que temer; pero estaré pendiente y echaré un vistazo de tanto en tanto.

—Gracias; se lo agradezco —dijo Carrados, con un tono de alivio en la voz—. Y, por cierto, ¿puede llamar a Maurice cuando salga?

Sonó una campanilla a lo lejos. Al otro lado del salón, como un pájaro extrañamente bamboleante, apareció un camarero.

—¿Señor?

—Oh, ¿eres tú, Maurice? Me gustaría... por cierto, ¿no se está quemando algo?

—¿Quemando, señor?

—Sí, ¿no te huele como si se estuviera quemando algo?

—Hay un olor a algo —admitió Maurice sabiamente—, pero no sabría decirle...

—¿No conoces ese olor?

El camarero negó con la cabeza y pareció confuso. Carrados intuyó cierta perplejidad.

—Oh, no será nada —dijo al final, sin darle más importancia al asunto—. ¿Me puedes traer un *sherry* y un bítter *khoosh*?

La posibilidad que era una contra un millón había fallado.

—Un *sherry* y un biter, señor.

Maurice dejó el vaso con gran precisión, lo miró con cierta pena, y después lo movió tres pulgadas hacia la derecha.

—Ya he recordado ese olor, señor —señaló—, aunque no puedo decir de qué. Ya lo he olido antes aquí, pero menos... con menos fuerza.

—¿Cuándo?

—Oh, hace una semana, tal vez.

—¿Algo que se estuviera quemando en las brasas? —sugirió Carrados.

—Supongo que sí —calculó Maurice, muy pensativo—. Estaba yo de servicio por la noche, digamos, y el fuego ya se estaba apagando. Así que lo removí un poco con el atizador para que acabara de apagarse, por seguridad.

—Ah, ¿entonces el salón ya estaba vacío?

—Sí, vacío... de gente. Solo estaba el señor Slater, que ya se iba.

Carrados hizo un gesto indicando que no quería el cambio e ignoró el tema.

—Mientras no se quem nada... —dijo con indiferencia.

—Gracias, señor.

La posibilidad que era una contra un millón se había producido, después de todo.

Dos días después, caminando más allá de los límites convencionales del paseo marítimo, Carrados llegó a una tosca cabaña de madera de esas que los constructores erigen mientras dura la obra en la que están trabajando. Tras acompañar a su patrón hasta la puerta, Parkinson regresó por el paseo y se sentó a admirar el paisaje marino desde un banco cercano.

En el interior de la cabaña le esperaban tres hombres. Uno de ellos, un hombre alto de aspecto militar y con el aire de ser todo un personaje, estaba sentado en una mesa de caballete, salpicada de pintura, leyendo *The Times*. Respecto a los otros, uno era el inspector Tapling, y el tercero, un enano marchito con el aire de mozo de cuadra reconvertido. Había pasado el tiempo mirando la orilla de Cliffhurst a través de un agujero practicado en la madera.

Cuando entró Carrados, el hombre alto dobló el periódico y así pareció dar por concluida la espera de aquellas tres personas.

—Buenos días, coronel; inspector... y usted debe de ser Bob.

—¿Encontró bien el sitio, señor Carrados? —preguntó el militar.

—Sí, y no he llegado tarde por mi culpa. Recibí una carta esta mañana de Wrattesley que me retuvo esperando un telegrama. Decía que llegaría a las 10:30. Y no llegó hasta las 10:45.

—¡Ah, pero llegó! ¿Entonces podemos considerar que todo está arreglado?

—No, coronel. Por el contrario, debemos entender que todo está por arreglar.

—¿Qué...? Pero... señor...

Carrados sacó su fino cuaderno, extrajo un telegrama y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó el coronel, escrutando a través de sus gafas en aquella dudosa oscuridad—. *Lluvia de oro palacio enlucido cero cero nunca heraldo igual catedral aurora cero cero ruina lejos jaula*. No entiendo el código...

—Oh, es el código Westneath —explicó Carrados—. Quiere decir: «El individuo que estamos vigilando no debe ser arrestado ni acusado, pero es de la máxima importancia que los documentos en cuestión sean recuperados. No deben realizarse operaciones públicas aunque se cuente con todas las pruebas y evidencias».

Hubo un momento de estupefacta indecisión.

—Esto... ¡esto es una bomba! —exclamó el coronel—. ¿Qué significa...?

—Oh, política... —contestó Carrados brevemente.

—¡Ah! —comentó Tapling para sí mismo, caminando hasta la puerta y mirando con gesto melancólico la nebulosa perspectiva del mar y el cielo.

—Pero yo no he recibido ninguna notificación —protestó el coronel—. Verá, señor Carrados...

—El telegrama seguramente le estará esperando en su oficina.

—Puede ser; ha dicho usted las 10:45. Bueno, ¿y qué propone que hagamos ahora?

—Olvidar todos los preparativos anteriores y recuperar los documentos sin arrestar a Slater.

—¿Y cómo vamos a...?

—En este momento no tengo ni la menor idea.

El inspector se volvió y regresó con gesto abatido a su antiguo puesto.

—Tenemos razones para pensar que empieza a sospechar, señor Carrados —apuntó—. Puede que decida irse en cualquier momento.

—Entonces, cuanto antes actuemos, mejor.

El pigmeo enano del fondo había estado escuchando la conversación con inusitada atención, llevando su mirada, sin pestañear, de un interlocutor a otro. Ahora dio un paso adelante.

—Escúchenme, caballeros —dijo, lanzando una mirada lasciva y astuta a su alrededor—. ¿Qué les parecería esto? Esta tarde...

Aquella tarde el señor Slater había estado disfrutando de lo que él mismo llamaba «un soplo de brisa marina», tal y como era su costumbre los días soleados y agradables. Regresaba ya al atardecer y había cruzado el amplio paseo marítimo cuando, en una esquina, casi se tropieza con la figura de un policía que estaba hablando con una mujer en la acera.

—¡Ese es el hombre! —exclamó ella con vehemente firmeza.

El señor Slater dio un paso atrás, momentáneamente asustado; pero luego, recobrando el control de sí mismo, avanzó con admirable compostura.

—Le ruego que me perdone, señor —dijo el guardia—, pero esta joven acaba de perder su monedero. Dice que estaba sentada a su lado en un banco...

—Y un minuto después ya no estaba... ¡un minuto después! Tenía el bolso abierto, así como está ahora, y el monedero desapareció —explicó la mujer con el gesto demudado.

—En el banco que hay junto a la barca de salvamento donde me crucé con usted, señor —amplió el guardia.

—Esto es ridículo —dijo el señor Slater con un resoplido de cansancio—. Soy un caballero y no necesito robar monederos. Mi nombre es Slater y me alojo en el Rose and Plumes.

—Sí, señor —asintió el policía respetuosamente—. Lo conozco yo a usted de vista, señor, y le he visto entrar allí. ¿Ha oído lo que dice el caballero, señorita?

—Caballero o no caballero, lo único que sé es que mi monedero ha desaparecido —estalló la muchacha—. Y, si él no lo tiene, ¿cómo demonios ha desaparecido? ¿Dónde está? Eso es lo único que digo: ¿dónde está?

—Usted no habrá visto nada, supongo, señor...

—No, por supuesto que no —replicó el caballero con gesto despectivo—. Yo estaba sentado en un banco. Puede que esa mujer estuviera cerca... había alguien que estaba leyendo. Luego me levanté, di varios paseos, arriba y abajo, y crucé. Eso es todo.

—¿Qué había en el monedero, señorita? —preguntó el policía.

—Un giro postal de un soberano... y, bueno, gracias a Dios que tengo el resguardo, y media corona, dos chelines y unos cuantos peniques, una moneda de seis peniques, de las que hizo Kruger, con un agujero en medio, un anillo de oro con incrustaciones de perlas, la mitad de mi billete, para regresar, algunas horquillas y unas cuantas recetas, un librito de polvos de maquillaje, un espejito de mano...

—Eso debería de ser suficiente para identificarlo —dijo el guardia, mirando al señor Slater y buscando con humor su complicidad—. Bueno, señorita, lo mejor será que vaya a la comisaría e informe de la pérdida. ¿Tal vez quiera usted acompañarnos, señor?

—¿Significa eso que se me acusa de robo? —preguntó el señor Slater con una mirada de furia.

—Santo Dios, no, señor —fue la inmediata respuesta—. Jamás podríamos acusarlo de nada en estas circunstancias... desde luego, no podemos acusar a un caballero de respetable posición y dirección conocida. Pero mostrar el contenido de sus bolsillos podría ahorrarle algunas preguntas molestas y que le incordiáramos más adelante, y, si fuera por mí, me gustaría resolver esto mientras esté el asunto caliente, como si dijéramos.

—Iré ahora —decidió el señor Slater—. ¿Tengo que ir con...?

—Como guste el señor. Puede ir delante o seguirnos. Es solo bajar Bank Street.

El guardia y la mujer comenzaron a caminar y el caballero los siguió pocas yardas por detrás. Tres minutos después, una luz azul señaló que habían llegado a su destino. No había nadie por la zona; la puerta permanecía hospitalariamente abierta y el señor Slater entró.

El inspector de la comisaría estaba sentado frente a un escritorio cuando entraron los tres y una pareja de guardias andaba también por allí. El policía explicó las circunstancias de la desaparición del monedero y el inspector lo apuntó todo en un registro.

—Este caballero nos ha acompañado voluntariamente porque de algún modo está implicado en el caso —continuó el policía.

—Aquí está mi documentación, superintendente —dijo el señor Slater con cierta dignidad. Había decidido mostrarse agradable, pero solemne, y poner al inspector de su lado con esos gestos—. Estoy en el Rose and Plumes. Resulta bastante desagradable, ¿sabe?, que un caballero de mi posición tenga que responder de una acusación como esta. Por eso es por lo que he venido de inmediato, para aclarar esto cuanto antes.

—Por supuesto, señor —contestó el inspector—; pero no hay ninguna acusación por el momento —dijo, y se volvió a la muchacha—. Comprenderá usted que, si firma la denuncia, puede resultar que esté usted equivocada, y puede tener consecuencias...

—Lo único que quiero es mi monedero y mi dinero —contestó la muchacha con toda su terquedad.

—Intentaremos encontrarlo todo, pero, aparte de sus sospechas contra este caballero al que no conoce, no tiene usted nada. Señor, ¿no tiene usted un giro postal de un soberano, o una moneda Kruger, o alguno de los otros artículos, aunque sean suyos?

—Pues no —replicó el señor Slater—. Excepto, claro, algunas monedas de plata y algunos peniques sueltos. Tal vez se quede contenta si vació mis bolsillos.

El inspector miró a la demandante.

—¿Ha oído eso, señorita?

—Ah, muy bien —contestó—. Si realmente no tiene nada, yo quedaré como una tonta, ¿no?

Animado por aquella sugerencia, el señor Slater puso sobre la mesa todas sus posesiones, volviendo del revés los bolsillos cuando terminó de vaciarlos. Todo el contenido de los mismos quedó a la vista del inspector, que pudo echarle un vistazo y comprobar su inocencia.

—Debería advertirle de que ahora voy a sacar un revólver cargado — anunció cuando llegó el momento de vaciar el bolsillo trasero—. Yo viajo mucho y a menudo por lugares conflictivos, donde es necesario llevar una pistola como protección.

El inspector asintió y examinó el arma con habilidad de experto. También se mostró el contenido del último bolsillo.

—Eso no es lo que yo decía —objetó la chica con una terquedad inusitada, mientras todos los que la rodeaban comenzaron a mirarla con cierta suspicacia—. No imaginarán que un ladrón se guardaría las cosas en los bolsillos, ¿no? Pensaba que iban a actuar ustedes con inteligencia.

El inspector se dirigió al señor Slater de nuevo con gesto de no poder evitar lo que iba a decirle.

—¿Le importaría que uno de mis hombres le cacheara, señor? —preguntó.

Aunque solo duró un par de segundos, hubo una pausa, una duda.

—¿Si no se le encuentra nada retirará usted la denuncia contra este caballero? —preguntó el inspector a la muchacha.

—Pues claro —admitió la joven con una admirable pose de niña enfurruñada. En otros momentos menos apasionantes, la joven era un destacado miembro de la Sociedad Teatral de Aficionados de Kingsmouth.

—Oh, de acuerdo —aceptó el señor Slater—. Con tal de que me dejen en paz...

—Debe entenderse que este registro es completamente voluntario por su parte, señor. ¡Por favor, Hildick!

Uno de los policías se acercó.

—Póngase de pie, señor —ordenó. Con la habilidad experta de, digamos, un oficial de aduanas de Kingsmouth, empleó las manos y los dedos con destreza sobre la ropa del caballero—. Y ahora, señor, ¿puede sentarse y quitarse las botas un instante?

—¿Las botas? —Los ojos del hombre se entrecerraron y su boca se

convirtió en una línea. Miró al inspector—. ¿De verdad es necesario...?

—¡Lo es! —exclamó la chica con un vehemente susurro—. ¡Ha escondido el dinero en las botas!

—¡Será idiota! —comentó el señor Slater. Y luego se sentó y lentamente se desató el calzado.

—Gracias —dijo Hildick. Cogió las botas y las acercó a la luz, sobre la mesa. Al instante se oyó un sonido metálico, como el del muelle de un reloj que no acaba de funcionar, y la suela y el tacón de una bota se desprendieron súbitamente.

—¡Maldito canalla! —gritó Slater, poniéndose en pie.

Pero todo el grupo de la sala había sufrido un silencioso cambio. Dos hombres lo escoltaban ahora, a izquierda y derecha, y el señor Slater volvió a sentarse. El inspector abrió el escritorio, depositó el revólver en un cajón y lo cerró con llave. Luego todas las miradas se volvieron a Hildick, pero no vieron... nada.

—La otra bota —se oyó decir a una voz tranquila desde la puerta de una sala interior—. Y déjemela un momento.

Se la entregaron, y Carrados la examinó cuidadosamente sin hacer ningún aspaviento, mientras una cascada de blasfemias fluía por los labios de Slater.

—Sí; es un trabajo excelente, señor Frankworth —apuntó el ciego—. No ha olvidado usted su antiguo oficio. Adelante, Hildick.

Con un punzón cortó y rasgó las costuras, que se abrieron. Pero esta vez de la abertura se vio caer al suelo una especie de paquete plano que había en un espacio abierto entre dos cortes de piel.

Alguien desgarró la cobertura oleosa del paquete y esparció su contenido sobre la mesa. Eran seis hojas de finísimo papel de calco, cada una repleta de letras y dibujos.

El descubrimiento actuó sobre el culpable como una ducha de agua fría. Dejó de insultar a diestro y siniestro, y una palidez mortal se adueñó de su rostro.

—No sé quién es el responsable de este atroz ultraje —dijo, entre dientes—, pero todos los implicados lo pagarán caro. Tengo nacionalidad francesa y mi país adoptivo exigirá una satisfacción inmediata.

—Su país adoptivo le dará la bienvenida porque va a regresar a él —dijo el inspector con una mueca de disgusto—. Aquí tiene este par de botas, exactamente iguales a las suyas: nosotros solo nos vamos a quedar con los documentos, que no le pertenecen. Tiene usted veinticuatro horas para salir del país. Si no ha embarcado mañana mismo a estas horas, será arrestado como Henry Frankworth por no informar sobre su paradero estando en libertad condicional, y será enviado a cumplir con la parte de su sentencia que aún no ha expirado. Si regresa en algún momento al Reino Unido, tomaremos las mismas medidas. Inspector Tapling, aquí tiene usted su orden. Mantenga a Frankworth bajo vigilancia y actúe tal y como exijan las circunstancias.

Henry Frankworth miró desconcertado a su alrededor, como si quisiera justificarse o dignificarse, se levantó y apretó los puños. Luego su figura pareció encogerse, se dio media vuelta y se internó silencioso y mustio en la oscuridad de la noche.

—Así que al final dejasteis escapar al espía alemán: se os escurrió entre los dedos, después de todo... —protestó calurosamente el señor Carlyle—. Ya sé que esas eran las órdenes, y que no estaba en tu mano hacer otra cosa, Max, pero ¿por qué, por qué, por qué demonios lo hicisteis así?

Carrados sonrió y señaló el titular de una columna en un periódico vespertino que tenía a su lado.

—Esta es la respuesta, Louis —contestó.

EL ESTADO DE LA ENTENTE. ¿QUÉ PRETENDE FRANCIA?

Carlyle leyó el titular y dijo:

—¿Y qué tiene esto que ver con nuestro caso?

—Tu espía alemán era un espía francés, Louis. Y precisamente en este momento una parte de la opinión pública, liderada por una banda de políticos y coaligada con ciertos intereses de la prensa, está haciendo todo lo posible para poner en peligro el acuerdo de la Entente. El Gobierno no desea que la

Entente corra peligro en estos momentos. Ahí lo tienes. Si ese público de tu viejo país, querido, terco y sentimental, con su himno, *Rule-Britannia!*, hubiera sabido que había espías franceses amenazando la seguridad de su patria en esta crisis, entonces, ya lo creo, las cosas se habrían puesto muy feas.

—Pero, por Dios bendito, Max... bueno, bueno... Yo diría que soy el último hombre que se deja llevar por los embustes de los periódicos, pero creo que de todos modos es una manera de actuar rarísima. ¿Por qué nuestros aliados iban a querer nuestros planos secretos?

—¿Y por qué no, si los pueden conseguir? —repreguntó Max Carrados filosóficamente—. Uno nunca sabe qué puede ocurrir. Deberíamos tener planos e información de todas las posiciones estratégicas de los franceses, así como de los alemanes. Y espero que los tengamos, pero lo dudo. Sería una garantía de paz y buenas relaciones.

—A veces, Max —dijo el señor Carlyle en tono serio—, sospecho que eres... paradójico.

—¿Puedes imaginarte, Louis, a un arzobispo de Canterbury, o a un poeta laureado, o al ministro del Economía en buenas relaciones, quizá incluso cenando, con el editor de *The Times*?

—Pues claro, ¿por qué no?

—Sin embargo, en el despacho del editor, redactados por orden suya, hay probablemente obituarios de tres columnas referidos a esas personalidades. ¿Significa eso que el editor desee que se mueran o incluso que tenga intención de envenenarlos con el vino? ¡Ridículo! Simplemente, como hombre prudente que es, está preparado para una eventualidad, para que no le pille desprevenido una desgracia que él, con franqueza, nunca desearía que tuviera lugar... en ese momento, quiero decir.

—Bueno, bueno... —dijo el señor Carlyle con condescendencia (estaban cenando juntos en el Viet, después del regreso de Carrados)—. Me alegro de que hayamos recuperado los papeles. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué el tipo no se largó en cuanto tuvo los planos en su poder?

—Ah... —exclamó el ciego—, ¿por qué, efectivamente? Ni siquiera el inspector Tapling daba crédito cuando me sugirió cuáles creía él que eran las

razones.

—¿Y cuáles eran? —preguntó Carlyle muy interesado.

Carrados parecía extraordinariamente misterioso y un poco reacio a contárselo. Al final, habló.

—¿Tu sabes, Louis, de algún gran campo militar secreto donde esté preparándose una sorprendente flota de dirigibles y aparatos de vuelo de un nuevo y terrible modelo, por orden de un gobierno muy previsor, para formar el contingente de reserva frente al día del Armagedón?

—No —admitió el señor Carlyle, con los ojos como platos—. No lo sé.

—Yo tampoco —concluyó Carrados.

²⁵ «The Kingsmouth Spy Case», incluido en *The Eyes of Max Carrados*, Grant Richards, Londres, 1923.

²⁶ Ni Cliffhurst, ni Kingsmouth, ni la iglesia de St. Ethelburga son lugares reales.

²⁷ Así se denomina el Tribunal Penal de Inglaterra, por la calle donde se encuentra.

²⁸ La Tariff Reform League fue una asociación política de carácter proteccionista fundada en 1903; consideraban injusta cualquier importación y abogaban por la llamada Imperial Preference o preferencia imperial para la protección de la economía británica.

El misterio de la desaparición de la Petition Crown²⁹

Max Carrados siempre parecía bastante inclinado a reírse por lo bajo si alguien tenía la ocurrencia de mencionar la curiosa desaparición de la moneda Petition Crown de Willington. ¿Y por qué no debería reírse tanto en esas ocasiones? Bueno, tal vez porque no parece aconsejable que un coleccionista privado acuse abiertamente a otro coleccionista privado de robo descarado (cualesquiera que sean las dudas que la mayoría pudiera albergar en su fuero interno acerca de la moral del otro). ¿Hasta qué punto Max conocía este tema? Eso se verá en las siguientes páginas.

Como especialista que era en tetradracmas griegos, Carrados desde luego solo tenía un interés relativo (y condescendiente) por cualquier otra rama de la numismática que no fuera clásica, pero de todos modos era un interés y una curiosidad que lo arrastraban a cualquier texto o investigación nueva que apareciera relativo a las monedas. Mientras con las delicadas yemas de los dedos repasaba los titulares de los periódicos de la mañana, durante el desayuno, un día «leyó» unas palabras que anunciaban bastante diversión, y el artículo fue debidamente marcado con un lapicero azul para posterior consideración. Al ciego no le resultaba demasiado difícil averiguar los contenidos básicos de los artículos periodísticos, incluso podía, aunque no con la misma facilidad, leer las letras más pequeñas; pero, si no había una razón especial para ello, su costumbre era señalar esos párrafos y su secretario les prestaría con posterioridad la necesaria atención. Tal era la naturaleza de su rutina diaria, y una hora después de su lectura matutina, Greatorex vio la marca azul y leyó en voz alta el siguiente extracto del *Daily Record*.

UNA MONEDA EXCEPCIONAL DESAPARECE DE MODO SORPRENDENTE EN LA SALA DE SUBASTAS

Coleccionistas y anticuarios se reunieron ayer en las famosas salas de subastas de los señores Lang & Leng con la esperanza de pujar por un ejemplar excepcionalmente valioso de la celebrada moneda Petition Crown de Carlos II. Sin embargo, se vieron tristemente decepcionados. Cuando se quiso mostrar al público el lote en cuestión y la moneda se presentó en la sala, se descubrió que había ocurrido algo lamentable. La Petition Crown, que había estado expuesta durante varios días antes y hasta la hora de la subasta, había desaparecido y en su receptáculo numerado no había más que una moneda que en comparación no tenía ningún valor, aunque era de un tipo más o menos parecido.

La búsqueda inmediata en los otros lotes, tanto en los vendidos como en los que aún no se habían subastado, reveló que no había ni rastro de la excepcional moneda y todo el asunto parecía envuelto en el misterio.

Lo curioso del incidente es que la última persona que vio y manipuló la moneda fue una periodista bien conocida, quien, sin embargo, asegura que no tiene ningún interés en la numismática. Tras inspeccionar la moneda, tan solo como una curiosidad rara y muy valiosa, la mujer en cuestión la devolvió a la bandeja que la contenía y al encargado de vigilarla, que de inmediato la depositó de nuevo en el gabinete o vitrina correspondiente. Como ya se ha dicho, cuando se solicitó la presencia de la moneda en la sala de subastas, esta había desaparecido.

La Petition Crown ostenta el récord de las monedas inglesas en subastas: hace algunos años una pieza alcanzó las quinientas libras. Se da por hecho que solo hay quince piezas de esta moneda exclusivísima y rarísima, y todas, salvo dos o tres, se encuentran hoy en colecciones públicas y por lo tanto fuera del alcance de los coleccionistas más fanáticos. La corona debe su nombre a unas circunstancias especiales que se dieron en su origen. El grabador inglés Thomas Simon, habiendo sido reemplazado en el favor de Carlos II por su rival holandés, Roettier,

invirtió toda su experiencia, habilidad y genio en crear una supermoneda, que adoptó la forma de una corona, con la siguiente inscripción, ciertamente extravagante, grabada alrededor del canto:

Thomas Simon muy humildemente ruega a Su Majestad que compare esta singular moneda con la del holandés, y, si está mejor trazada y estampada, y más graciosamente ordenada y más cuidadosamente grabada, devuélvale el favor.

Es triste decirlo, pero, aunque el trabajo de Simon fue ostensiblemente superior al del holandés, su petición de favor fue en vano. Y aún peor: el patrón real de las artes ordenó que no se le abonaran su «humildísimo» salario y los gastos de trabajo de varios años, de modo que tras la muerte del grabador su viuda tenía también una petición que hacer: para saldar una deuda de 2.164 libras³⁰.

—Esto se parece bastante a otra suplantación que ocurrió hace algunos años, cuando se sustituyó un collar de perlas por otro —apuntó Greatorex, dejando aparte el periódico mientras se entregaba a sus propios recuerdos. Era un joven alegre y vivo que creía que la parte más importante de sus obligaciones era regalarle al señor Carrados sus puntos de vista personales sobre la vida y otros asuntos; por supuesto, casi no es necesario comentar que su patrón muy a menudo le rebatía semejantes ideas—. ¿Recuerda usted esto que le digo, señor?

—Sí, los ladrones cometieron la torpeza de no copiar bien la etiqueta de venta, y el encargado lo notó enseguida, en cuanto fueron a presentar el collar. Había una mujer también en aquel asunto. Pero los dos casos no tienen nada en común, en realidad.

—¿Qué quiere decir? Ambos sucedieron en una sala de subastas; ambos...

—Cierto —interrumpió Carrados—, pero ese tipo de coincidencias son triviales. Los motivos esenciales de ambos robos han de encuadrarse en dos categorías diferentes. Las perlas buenas siempre se venden bien, y es una cuestión simplemente de reordenarlas, colocarlas y presentarlas de un modo

diferente. Pero ¿qué va a hacer un hombre con una Petition Crown? ¿Llevarla colgando de la cadena del reloj? Si se considerara una pieza vendible, podría cambiarla por un Turner de la National Gallery o, incluso, por uno de los leones de Trafalgar Square. Pero una vez fundida su valor de venta está entre uno y nueve peniques.

—Oh, vamos, señor... —protestó Greatorex—. Esta noticia dice que apenas hay monedas como esa. Seguro que dentro de un par de años nadie sabría que esa es la pieza robada.

Max Carrados se giró para abrir un cajón de su escritorio y sacó un panfleto de un montón que tenía guardados.

—Este es el catálogo de Lang para esa subasta —dijo, pasando las hojas—. No lo he estudiado, pero seguramente la corona estará fotografiada entre las imágenes que hay al final. Veamos...

—Exacto, señor. Es el lote 64, y aparece reproducida en una de esas fotografías, en la serie 2.

—Coge una lupa y mira bien. Se describe como una pieza excepcionalmente delicada, pero desde luego se pueden encontrar algunos cortes pequeños y muescas en diferentes lugares de la superficie.

—Sí, ya veo, ya entiendo a qué se refiere... Esas marcas son distintivas: no son comunes a todas las piezas.

—Caracterizan cada pieza de forma tan clara y definitiva como si fuera un billete de banco. El modo más sencillo de librarse de esas marcas identificativas sería llevarla en el bolsillo durante unos cuantos años. Eso reduciría su valor a la mitad, pero desde luego borraría su identidad de forma muy eficaz. El problema sería que siempre que quisieras disponer de ella, vendiéndola o subastándola, alguien te preguntaría exactamente por su procedencia. ¿En qué colección estuvo por última vez? Todos esos detalles están perfectamente documentados y se pueden comprobar sin mayores dificultades. No; esto es obra de un aficionado, quienquiera que sea, Greatorex.

—Casi esperaba que tal vez alguien la trajera aquí para ofrecérsela a usted, tarde o temprano —apuntó el ingenuo Greatorex, aún examinando la fotografía—. Apuesto a que podría identificarla por esa muesca que tiene el

rey en el ojo...

—Entonces vas a sentirte decepcionado —fue la frustrante contestación—. Si la moneda de verdad ha sido robada... y por ahora es un «si» muy probable, se puede apostar diez a uno a que su inmediato destino sea el cajón privado de un coleccionista que será feliz manipulándola y relamiéndose con ella en secreto durante lo que le quede de vida.

—¿Entonces se sabría todo cuando muriera?

—Puede. Pero me contaron la curiosa historia de un viejo que tenía unas cuantas piezas en su colección que no había mostrado a nadie. Cuando pensó que ya le quedaba muy poco tiempo de vida, cogió un martillo y en cinco minutos aquellas piezas excepcionales quedaron completamente inidentificables.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el señor Greatorex, impelido a una formidable admiración—. ¡Los coleccionistas son una gente extraordinaria!

Con aquel decoroso epitafio se abandonó la cuestión momentáneamente, y no hubo ningún indicio de que se fuera a retomar en el futuro. Pero, igual que uno puede encontrarse tres caballos tordos en lo que va de su casa a la iglesia (o eso es lo que dice el proverbio), la Petition Crown estaba destinada a aparecer de nuevo en la vida de Max Carrados, y, después de comer, una llamada del señor Carlyle hubo de resucitarla. El intervalo entre la conversación con Greatorex y la llamada había sido muy corto, de apenas tres horas.

—¿Estás muy ocupado, Max? —canturreó la conocida voz de su amigo, el detective privado, incorregible en su entusiasmo y energía incluso después del viaje de diez millas a través del hilo telefónico—. ¿No para mí? ¡Mi buen amigo! Bueno, me atrevería a decir que ya has leído lo de lord Willington... eh... la desaparición de la moneda Petition Crown en el periódico, esta mañana, ¿verdad? Pensé que podías estar interesado porque como es tu tema...

—Es un tema de Greatorex, te lo aseguro —contestó Max Carrados—. Esperaba que alguien pudiera traerla a mi casa a lo largo del día. Oye, entre nosotros, y en confianza, por supuesto: ¿no la tendrás tú, Louis?

—¿Cómo que si la tengo yo? —repitió el señor Carlyle en un tono un tanto

perplejo—. Pensaba que ya lo habías leído: la moneda ha sido robada. En todo caso, Max, en mi oficina hay en estos momentos una joven que está muy preocupada porque se siente implicada en el caso. Francamente, como los subastadores están haciendo todo lo posible por resolver el embrollo, no sé de qué le podría servir mi trabajo, y así se lo he dicho. Pero parece tan decepcionada y frustrada que... no sé... bueno...

—¿Es la suya una esperanza vana? —sugirió Max con malicia.

—No, en absoluto. ¡Por supuesto que no! —protestó el señor Carlyle con indignación—. Le he explicado que tú eres un experto coleccionista numismático y, al mismo tiempo, un aficionado entusiasta en ciertas ramas de la investigación criminal. Si... bueno, entiéndeme, Max, si quisieras escuchar lo que tiene que decir, tú estás en unas condiciones excepcionales para darle algún consejo. Y ese es en realidad el meollo de la cuestión, mi querido y mordaz amigo.

—Seguramente, mi ingenioso detective, pero imagino que hay una pequeña circunstancia en algún punto que se nos escapa. Tú no eres de los que rechaza a jóvenes y hermosas clientas en la puerta de tu oficina. ¿Cuál es la razón real de esta reticencia profesional por tu parte?

—Max —adelantó el señor Carlyle con una voz cauta y contenida que permitió intuir al ciego que estaba hablando muy cerca del auricular—. Conversaremos de hombre a hombre cuando no haya peligro de que nadie pueda oírnos. La señorita Frensham es joven, pero no es guapa, y plantearlo de este modo es hacerle un notable cumplido. Y por lo que yo sé, también es lamentablemente pobre. Ahora bien, yo nunca les oculto a mis clientes que mi negocio se basa puramente en obtener beneficios económicos, mientras que tú te diviertes por... lo otro. Sin duda, podría ganarme unas cuantas guineas, honradas pero moralmente dudosas, a costa de esta joven dama, pero no estoy seguro de que obtuviera la mejor información por su dispendio. Y por eso...

—Muy bien, de acuerdo, viejo embustero... —dijo Carrados de forma simpática—. Envíamela. Tal y como han sucedido las cosas, estoy contigo en que no hay mucho que se pueda hacer por ella, pero, si encuentra alguna satisfacción en hablar del asunto, puedes decirle que estaré aquí durante las

próximas cuatro horas.

La señorita Frensham evidentemente confiaba en tener alguna satisfacción al hablar de ello, porque se presentó de inmediato en casa de Max. A la vista de sus circunstancias, Carrados no pudo sino considerarla bastante extravagante, porque nada salvo un taxi de puerta a puerta podía explicar la rapidez de su llegada. El señor Carlyle no había rebajado sus encantos: era sin ninguna duda vulgar, no fea en ningún sentido especial, pero con una especie de rostro de doguillo decididamente grotesco. Su indumentaria no intentaba contrarrestar sus deficiencias físicas, pero, cuando habló, el rostro impávido de Carrados de súbito se iluminó de placer, porque, contra todo pronóstico en aquella figura, su voz tenía la rara calidad de una música encantadora.

—Ha sido muy amable por su parte permitirme venir de este modo tan apresurado, señor Carrados —exclamó mientras se estrechaban las manos—. No sé a quién tengo que agradecerse más, si a usted o al señor Carlyle.

—Creo que puedo reclamar la mayor parte —dijo el ciego, haciendo gala de su frivolidad—, no por tener ningún mérito particular, sino porque estoy encantado de tenerla aquí y escucharla.

—Escucharme... Oh, sí; claro, su amigo me lo dijo o realmente no lo hubiera sospechado. ¿Sabe de qué quiero hablarle?

—Supongo que es usted la mujer de la que habla el periódico. —Y levantó la mano señalando la página abierta del *Record* que tenía a su lado.

—Sí, en cierto sentido, sí. —La señorita Frensham pareció confusa durante unos instantes—. Pero en realidad no soy una «periodista bien conocida», señor Carrados. Soy solo una reportera desconocida... apenas una verdadera periodista en absoluto. Eso fue solo una fanfarronada, y lo hice también porque estoy segura de que con esa descripción nadie pensaría jamás en mí.

—Oh... —exclamó Max Carrados; aquello le resultaba cada vez más divertido y más interesante—. Así que, además de ser la heroína de la historia, ¿también la escribió?

—Sí, por desgracia. Al principio estaba demasiado nerviosa para pensar en ello. Pero fui ayer a la casa de subastas para ver si podía sacar un artículo novedoso de esa *Petition Crown* (ya sabe, nada vale en el periódico salvo los

artículos novedosos) y me pareció una pena desperdiciar esa historia cuando había resultado ser mucho mejor de lo que cualquiera habría sospechado. Y entonces pensé que, si conseguía recuperar la moneda, tal vez mi nombre quedaría limpio y no me vería mezclada en un asunto tan turbio. Digamos que tengo razones particulares para desear que sea así.

Carrados asintió sin mostrar ninguna curiosidad por esas razones particulares.

—¿Y qué es exactamente lo que pretende hacer ahora? —preguntó.

—Bueno, creo que de verdad estoy bajo sospecha de haberme llevado la moneda... y, francamente, no creo que se pueda pensar otra cosa dadas las circunstancias, y la única manera de exculparme es averiguar quién se la llevó en realidad. Sabiendo que yo no fui, naturalmente pienso que debe de ser el encargado que estaba allí, porque creo que era la única persona, aparte de mí, que podría haberlo hecho.

—Dele la vuelta al argumento: el encargado, sabiendo que él no lo hizo, naturalmente pensará que debió de ser usted, porque era usted la única persona, aparte de él, que podría haberlo hecho. Y de este modo ambas partes se encontrarían implicadas. Pero supongamos que ignoramos a los sujetos más evidentes: usted y el encargado. ¿Quién más podría haber estado por allí?

—Ese es el problema, señor Carrados, que no pudo haber sido nadie más. Yo le devolví la moneda al encargado; él la devolvió a la vitrina y permaneció allí, vigilante, hasta que tuvo que mostrarla en su bandeja para la subasta. Entonces fue cuando se descubrió que había sido robada.

—Supongo... —dijo Carrados a modo de hipótesis— que usted fue en realidad la última persona que tuvo en sus manos la moneda. Y, estando allí, ¿supo de alguien más que quisiera verla de cerca?

—Solo sé lo que dijeron, pero nadie pareció tener ninguna duda al respecto. Yo salí... salí a comer algo y cuando regresé la subasta ya estaba en marcha.

—Ah —dijo el ciego pensativamente—. Por supuesto, tendría usted que... Imaginaba que me contaría... todo.

—Y yo esperaba que usted me lo permitiera —replicó la chica—. Pero temía estar robándole demasiado tiempo. Bueno, llevo ya un tiempo viviendo

del periodismo. De pronto tuve que buscarme algún trabajo para mantenerme y no había nada que me pareciera más adecuado para mí. Siempre me ha gustado escribir, y tenía un montón de historias y artículos y poemas que mis amigos me habían dicho que eran lo suficientemente buenos para publicarlos. Me los traje a Londres, pero por lo visto aquí no llamaban mucho la atención. Tuve ocasión de conocer a un par de chicas que escribían y me dijeron que las cosas que yo hacía estarían muy bien para publicar cuando me hiciera rica o fuera una mujer famosa, pero si quería vivir del periodismo mientras tanto era absolutamente necesario cultivar el «olfato periodístico». No tardé en comprender lo que querían decir: no era imprescindible que escribiera noticias, pero tenía que dar la impresión de que lo eran.

—Señorita Frensham, yo mismo he sido periodista... —apuntó Carrados—. Tiene en sus manos la antorcha sagrada.

—En todo caso, apenas podía llenar el puchero con lo que ganaba. Era bastante duro a veces, pero hubo una persona... un subeditor del *Daily Record*, en realidad, que me ayudó más de lo que podré agradecerle jamás. Fue él quien me habló de esa subasta. «Van a subastar una moneda y se espera que rompa todos los registros», me dijo; y me explicó de qué se trataba. «Podría salir de ahí un artículo de unas doscientas palabras, normalmente, y cuatrocientas si lo haces potente. Intentaré colarlo». Yo pensé que podía hacerlo potente, así que fui a por las cuatrocientas.

—Sí —admitió Max—, desde luego creo que podría ir usted a por las cuatrocientas palabras.

—Yo no sabía nada de subastas numismáticas, claro, pero busqué a Simon en el diccionario biográfico de la biblioteca del Museo Británico y luego fui al lugar donde se celebraba. Esto ocurrió ayer, la mañana de la subasta. Había dos o tres personas, hombres, mirando las monedas; nada parecido a lo que yo había imaginado, y un vigilante que abría los cajones en los cuales estaban colocadas y las dejaba ver a medida que se las pedían.

»Yo esperaba que hubiera algún tipo de formalidad antes de permitirme ver la corona, ¡tan valiosa!, pero no hubo nada de eso. Simplemente dije: «¿Puedo ver la número 64, por favor?», y el vigilante sacó uno de los cajones deslizantes de su vitrina y lo colocó delante de mis narices en una mesa.

Había alrededor de una docena de piezas en el cajón, cada una en su pequeña cajita independiente. Entonces, el vigilante me dio la espalda para atender a no sé qué. Pensé que en ese momento podría haber cogido la moneda y salir tan tranquilamente de allí con ella.

—Somos un pueblo confiado, tanto en la guerra como en la paz —apuntó Carrados—. Pero supongo que se habría encontrado con que no podía hacer eso en absoluto.

—Bueno, ni lo intenté... aunque desde luego se me pasó por la cabeza que podía ser una exclusiva estupenda si lo hiciera: una busca ese tipo de cosas cuando se trata de llenar la despensa para la semana. Tomé unas cuantas notas que pensaba que podrían funcionar en el artículo y entonces me di cuenta de que ya era la una de la tarde... La subasta iba a comenzar a la una y cuarto. Mientras el vigilante recogía las monedas le pregunté si se venderían pronto.

»“Si solo quiere ver la subasta de este lote, señorita, con que esté aquí a las dos menos cuarto tendrá tiempo de sobra. Si calcula usted cien lotes por hora, tendrá usted tiempo para todo”.

»Le di las gracias y me marché. Y eso fue en realidad todo lo que tuve que ver con la moneda. No la volví a ver. Cuando regresé a la sala de subastas, la sesión ya estaba en marcha. Pero allí no había más de doce o quince personas. Estaban sentados frente a sus mesas... supongo que usted sabrá cómo están colocadas, en una especie de anfiteatro, con el subastador en el fondo y el asistente mostrando las monedas de un lado a otro. Y había unas cuantas personas sentadas aquí y allá en la sala. Yo no me senté; estuve de pie junto a la puerta, esperando a que se anunciara el precio del lote 64, que era lo único que yo quería saber.

»Cuando el subastador cogió la moneda hubo una ligera conmoción debida al interés que suscitaba la pieza, aunque yo no vi jamás a un grupo de fanáticos numismáticos más aletargados. Siempre imaginé que los coleccionistas eran tipos hiperexcitados que perdían la cabeza en las subastas y que se volvían cada vez más locos. A juzgar por la emoción que mostraron, podrían haber estado comprando nabos.

—La mayoría de ellos serían anticuarios que dejaron atrás hace años los

entusiasmos humanos; el resto serían coleccionistas, demasiado temerosos de que los otros pudieran pensar que estaban deseando adquirir algo. ¿Y luego?

—El ayudante estaba mostrando la moneda en una pequeña bandeja a todos los asistentes cuando un hombre la cogió y la miró: «¡Bueno!», dijo, y se la pasó al siguiente. «Este no es el lote que se ha indicado», dijo ese, y luego el subastador se adelantó y llamó a su ayudante. «Vamos, vamos, amigo... el número 64», y el ayudante repuso: «Este es el 64», de un modo muy firme, y le mostró al subastador la caja numerada. Entonces el ayudante y todos los que había cerca comenzaron a mirar las monedas que no se habían vendido y después examinaron todos los lotes ya subastados (la mayoría estaban en sobres pequeños) y cuando acabaron con estos se miraron unos a otros y no dijeron nada. Entonces creo que comenzaron otra vez (la búsqueda, quiero decir) hasta que el subastador dio un golpe en su mesa.

»«Este es un lote muy importante. Lo siento, pero no podemos continuar con la subasta hasta que sepamos a qué atenernos. ¿Alguien ha visto la Petition Crown esta mañana?».

»Dos o tres hombres dijeron que la habían examinado, y el ayudante, mirando por toda la sala, me reconoció.

»«Esa señorita fue la última persona en ver la moneda antes de la subasta, señor», le oí decir. “Será mejor que le pregunte a ella”.

»“¿Estuvo usted...?”, comenzó a decir el subastador, y entonces, supongo, dándose cuenta de que yo no iba a mantener una conversación a gritos de un lado a otro de la sala, añadió: “¿Le importa venir aquí abajo?».

»Rodeé las mesas hasta donde se encontraba el subastador y él me dijo: “¿Vio usted la moneda antes de la subasta? Nuestro asistente piensa que usted fue la última persona que la tuvo en la mano”. “Sí”, respondí, “La vi, y él estaba allí cuando le devolví el cajón. Por supuesto, no sé si yo fui la última, pero era alrededor de la una en punto de la tarde”. “¿No se volvió a sacar, Muir?”. “No, señor. He estado clavado ahí desde ese momento y la bandeja no se volvió a sacar y nadie la volvió a pedir”.

»El subastador pareció pensárselo un poco, y todo el mundo se quedó mirándome a mí y luego se miraron unos a otros.

»“Supongo que lo que vio usted a la una fue realmente la Petition Crown”,

preguntó al cabo de un minuto. “Supongo que sí”, le contesté. “Copié la petición del canto de la moneda en mi cuaderno”. “Bueno, eso es un buen indicio. Entenderá usted que para nosotros es muy lamentable, señorita... señorita...”. Le dije mi nombre. “Señorita Frensham, tenemos que resolver esto lo mejor posible dadas las circunstancias. No puedo decir de momento sobre quién recaerá la responsabilidad de esta pérdida (si es que resulta que la moneda de verdad ha desaparecido), pero la cifra es considerable. Ahora bien, todo el mundo en esta sala es gente a la que conocemos bien, al menos de vista; tenemos el nombre y la dirección de todos”. “Usted sabe mi nombre”, le dije, “y vivo en el hostel Allied Arts, en Lower Gower Street”. “Sí, gracias”, contestó, escribiendo mis datos, “pero desde luego eso no significa mucho para nosotros. ¿Hay alguien respetable que la conozca a usted personalmente y a quien podamos pedirle referencias? Debe entender usted que esto no implica que sospechemos de su *bona fides*: es solo para que esté en la misma situación que el resto de los aquí reunidos.

»Yo me lo pensé un momento. Y vi que mis posibilidades de salir con bien del caso eran muy escasas y desfavorables. Sobre todo, lo único que quería precisamente era que nadie de mi entorno supiera lo que había ocurrido.

»“El editor del *Daily Record* me conoce un poco”, contesté, “pero no creo que pueda decir nada aparte de lo que le he dicho yo. Y respecto a las sospechas, me temo que usted ya tiene un sospechoso. Si tiene usted a mujeres en su equipo, estoy totalmente dispuesta a desnudarme y que se me registre de arriba abajo delante de ellas...”. Pensé que quizá eso podría resolver de forma definitiva la cuestión, pero no pude evitar añadir bastante maliciosamente: “Y después de eso, me atrevería a decir que el resto de los aquí presentes harán lo mismo delante de usted”.

»“Sí... claro...”, dijo pensativo, “pero usted ha estado fuera media hora, así que eso en realidad no demostraría nada. Habrá ido a comer, supongo”.

»Comencé a comprender entonces que las cosas se estaban poniendo verdaderamente feas para mí.

»“Sí”, dije.

»“Tal vez debería anotar dónde fue usted... No sé adónde puede llevarnos todo esto, y al final puede que sea beneficioso para usted tener a una

camarera o a alguien que pueda identificarla y sepa decirnos qué hizo durante todo ese tiempo”.

»“Me temo que no puedo hacer eso”, tuve que decir. “Nadie me vio”.

»“Bueno... tal vez... en algún sitio...”.

»Negué con la cabeza. Él me miró durante unos instantes y luego escribió algo... ¿Piensa usted, señor Carrados, que toda mi historia era muy sospechosa?

—Su abogado nunca debe pensar que nada de lo que usted haga es sospechoso —contestó el amable Max—. Ellos probablemente sí.

—Parecía que lo pensaban. Bueno, señor Carrados, no me importa decírselo a usted, pero de algún modo no pude decirlo delante de aquellas... aquellas miradas tan poco amigables... Mi comida consistió en tres gruesas rebanadas de pan con mantequilla, muy poco femeninas, y las comí mientras subía y bajaba las escaleras de una estación de metro. Así que ya ve, no existía ninguna posibilidad de que nadie corroborara nada.

—Tal vez tengamos suerte... y ni siquiera necesitemos eso —contestó amablemente—. ¿Qué ocurrió después?

—No creo que hubiera mucho más. Dejaron de buscar la moneda. El subastador dijo que había telefoneado a alguien... a su abogado o a Scotland Yard, supongo, pero no supe a quién, para saber qué había que hacer, y esperaba que todo el mundo permaneciera allí hasta que se supiera algo. La subasta se reanudó. Yo me senté en una silla, lejos de los demás. No tenía ningún interés en la subasta (en realidad, la odiaba ya) y un poco después saqué mi cuaderno e intenté escribir la noticia. La subasta acabó bastante pronto y los caballeros empezaron a marcharse... supongo que les habían dicho que podían hacerlo. Yo esperé, porque no pareciera que huía, hasta que fui la única persona que quedó allí. Después el hombre que había dirigido la subasta vino y pareció bastante sorprendido de verme allí todavía. Me dijo que esperaba que yo no creyera que estaba siendo retenida, y le contesté: «Oh, no. Solo estaba acabando una cosa...». Me dijo que muy bien, pero que tenían que cerrar la sala y que tendrían que inspeccionarla cuidadosamente hoy: era posible que pudieran averiguar algo, aunque el hombre se temía que aquello se quedaría en un misterio irresoluble para siempre. Fue bastante

amable y me contó varias cosas curiosas que habían ocurrido en relación con las subastas en el pasado. Luego me fui y él cerró la puerta. Y, creo, se quedó con la llave.

Carrados se rio de buena gana.

—Sí, se parece bastante al proverbio aquel del caballo robado, ¿no?³¹ —dijo la muchacha—. Pero supongo que hay que pensar que incluso la posibilidad más improbable debe considerarse. En cualquier caso, han estado investigando en mi hostel y en las oficinas del periódico. Por eso es principalmente por lo que quiero que mi pobre reputación quede limpia. Todo el mundo dice: «Pues claro, señorita Frensham; nadie ha pensado ni por un momento...». Pero ¿qué piensan en privado? Esa moneda ha desaparecido y a mí me han colgado el sambenito de ser la última persona que la tuvo en la mano.

—Sí, sí... —dijo Carrados, comenzando a pasear por la habitación y a tocar uno tras otro los objetos de su estudio, todos los que le resultaban conocidos y familiares, de aquel modo curiosamente sereno y tranquilo—. Se ha obsesionado usted con ese desafortunado «última persona», y todos los demás también, hasta dejar fuera cualquier otra consideración real. Su resumen del caso (perfectamente claro, por lo que hasta ahora sabemos) está por entero basado en el hecho de que usted cree que fue la última persona en tocar la moneda, y el ayudante creía que usted había sido la última, y al subastador se le dijo que usted había sido la última, y todos los demás se lo creyeron también, y todos ustedes empezaron a dar vueltas en círculo sin parar. Ahí delante está el hombre que buscamos, tan claro como el agua, pero usted y su obsesión con haber sido la última se interponen de forma tan persistente que no puede verlo.

—Lo siento mucho... —titubeó la señorita Frensham, bastante desconcertada.

—No pasa nada, mi querida señorita —dijo Carrados con gran benevolencia—. Vamos a estudiar el caso con mucha atención y enseguida empezará a decirme todo lo que de verdad quiero saber.

—Desde luego, se lo diré todo... —aseguró.

—Por supuesto que lo hará... en cuanto yo empiece a hacerle preguntas.

Entretanto, ¿qué piensa realmente de la famosa moneda Petition Crown, ahora que ya la ha visto?

Aquella sugerencia de conversación amistosa le pareció a la señorita Frensham un modo bastante raro de afrontar el problema del robo, pero acababa de decir que estaba dispuesta a colaborar sin la menor duda.

—Bueno —contestó, haciendo un esfuerzo por recordarla—, me llamó principalmente la atención porque creo que es bastante absurdo que la gente esté dispuesta a pagar tal cantidad de dinero por esa moneda cuando otras, en apariencia casi idénticas, se podrían conseguir por apenas unos cuantos chelines.

—Sí, muy cierto —dijo el ciego, que pareció dispuesto a considerar aquella ingenuidad profundamente—. Como coleccionista que soy, desde luego, eso me interesa. Usted no es coleccionista, ¿verdad, señorita Frensham?

—No, en absoluto.

—Me pregunto... —dijo Carrados, formando hipótesis de aquel modo ocurrente y trivial—, me pregunto cómo sabe que hay monedas parecidas de menor precio.

—Oh, muy sencillo. Había alrededor de una docena de lotes en el cajón que aquel hombre me enseñó. Uno de aquellos lotes era una serie de coronas y me llamaron la atención porque a primera vista eran iguales que la Petition Crown, y me resultó tan curioso que las comparé. Cuando ese lote se presentó en la subasta apenas dieron unas cuantas libras por él.

—¿Las comparó? ¿Comparó la Petition Crown con alguna de las otras? ¿Una al lado de la otra?

—Sí. Yo... yo... —mientras hablaba, la señorita Frensham de repente empezó a ponerse pálida, estuvo a punto de levantarse de la silla, y volvió a sentarse de nuevo. Su encantadora voz parecía ahogarse en su garganta.

—¿Se ha acordado de algo? Tal vez... ¿las intercambió sin querer?

—¡Sí! Ahora lo entiendo todo. Lo recuerdo claramente, recuerdo cómo ocurrió. ¡Qué horror!

—Dígame qué ocurrió.

—Estaba esperando a que el asistente volviera para decirle que ya había terminado de ver las monedas. Fue entonces cuando cogí las dos monedas, la

Petition Crown y la otra de otra caja, para compararlas. Había un hombre a mi lado que parecía estar mirándome, o eso pensé yo, y justo entonces levanté la vista y vi que efectivamente me miraba. Supongo que eso me puso nerviosa; en fin, dejé una de las coronas en el cajón. Hizo bastante ruido al caer entre las otras, y me pareció que sería casi un crimen haber golpeado una moneda como aquella. Puse la otra en su lugar, sola, y entregué el cajón cuando el ayudante regresó. Y ahora veo tan claro como el agua que devolví las monedas a un lugar incorrecto.

—Ese es nuestro verdadero punto de partida —dijo Carrados, muy contento—. Ahora sí podemos avanzar.

—Pero deberían haberla encontrado. Todos los lotes vendidos se examinaron cuidadosamente.

—Ah, claro. Seguro que la hemos perdido. Pero ¿cuándo exactamente? El hombre que la estaba observando a usted... ¿sabe cómo se llamaba?

—No.

—¿Dónde se sentó durante la subasta?

—Se sentó... sí, eso es bastante curioso. ¿Recuerda usted que le dije que después de haber hablado con el subastador me había sentado en una silla alejada de todos? Bueno, cuando se reanudó la subasta ese hombre estuvo dando vueltas por allí. Al final se acercó a mí y me dijo: «Disculpe, señorita, pero ha ocupado usted mi asiento». «¿Qué demonios quiere decir?», le contesté, porque en esos momentos yo estaba nerviosa y enfadada. «No había nada en la silla, y hay por ahí mil sillas donde puede sentarse usted», y le señalé todas las que había vacías. Entonces él me dijo: «Oh, le ruego que me perdone», y fue y se sentó en otra.

—¿No es maravilloso? —exclamó Carrados en uno de sus raros arrebatos de entusiasmo—. Apenas nos hemos librado de la acusación de robo a usted y al ayudante como únicos posibles culpables, cuando ya encontramos a nuestro hombre absolutamente decidido a hacerse notar... y haciendo todo lo posible por llamar nuestra atención... luchando como un pollo para salir del cascarón. No tardará en decirme que descubrió que intentaba poner la mano en el respaldo de su silla.

—¡Oh! —gritó la señorita Frensham con absoluta sorpresa—. ¿Pero cómo

es posible que sepa eso?

—No lo sabía. Pero ha valido la pena sugerírselo.

—¡Pues es completamente cierto! Desde luego, no debería haber pensado que no valía la pena mencionárselo, pero justo al final de la subasta, cuando todo el mundo se levantó, ese hombre pasó por detrás de mí, se detuvo y puso la mano (bastante gratuitamente, a mi juicio) en mi silla y me preguntó si sabía cuál había sido el último lote. Le dije que no tenía ni la menor idea y se fue. ¿Qué significa eso?

—De momento significa que tenemos que telefonar a Lang para que mantenga la puerta del establo cerrada... No confíe en los proverbios, señorita Frensham. Y hay unas cuantas preguntas que quiero hacerles para dejar las cosas claras antes de visitarlos.

—Me atrevería a decir que soy una idiota —protestó la señorita con franqueza—, pero estoy empezando a ponerme muy nerviosa. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Bueno, sí... —sonrió Max con amistosa comprensión—. Escribame una nota. Necesitamos el catálogo... está por ahí. Dígame qué lote de coronas comparó con la Petition Crown.

—Este... el número 56 —contestó, después de estudiar concienzudamente el catálogo—. «Carlos II, coronas, varias fechas, en buenas condiciones en general, 7».

—Es suficiente. ¿Tiene a mano su cuaderno? Escriba:

Confidencial. Por favor, comprobar:

Quién adquirió el lote 56.

Quién, si hubo alguien que lo hiciera, abandonó la sala de subastas a la una y regresó antes de que se vendiera el lote 56.

Quién, si hubo alguien que lo hiciera, regresó después de la subasta a por algo que había olvidado en la sala.

—Por supuesto —dijo en tono de disculpa—, eso la descarta a usted totalmente.

—S... sí... —contestó la señorita Frensham con agradecimiento.

Max Carrados insistió en que su invitada se quedara a comer. Incluso organizó la comida para que nadie más estuviera presente en ese momento, y la invitada, justamente enojada ante este característico acto de masculina cortesía, decidió recompensarlo con el proverbial apetito de las hadas. Los fantasmas de las tres rebanadas de pan con mantequilla se interpusieron entre ella y aquella generosa mesa; y, reflexionando sobre la cuestión, la caprichosa doncella acabó encontrando sus propios medios para disipar aquellos espectros.

—De verdad... yo tengo toda la culpa de que desapareciera la moneda —dijo la joven en cuanto tuvo ocasión—. Casi tanto como si la hubiera robado yo misma. Si no vuelve a aparecer, no quedaré contenta hasta que no repare el error.

Carrados estaba naturalmente espantado. ¿Estaría loca? ¿Había perdido el juicio?

—Mi querida señorita, no sea romántica. Esa moneda está asegurada, o debería estarlo. Bueno, devolver el dinero que vale le llevaría a usted años... toda la vida.

—Oh, no... —replicó alegremente—. Todos esperamos hacer fortuna algún día. Y, en realidad, yo también tengo algún dinerillo que no utilizo.

—¿Ah, sí? —Sonrió Max, y en calidad de consejero personal le susurró—: ¿Cuánto?

—Bueno... —Y lo pensó concienzudamente para que causara cierto efecto—. Depende un poco... Pero —con devastadora claridad— diría que alrededor de tres mil libras al año.

—¿Perdón? —tartamudeó Carrados—. No, no... No hace falta que lo repita. Lo he oído perfectamente. Ya veo. Entiendo. ¿Ha huido usted?

—Huir... si quiere usted llamarlo huir, de muchas cosas. Si pudiera verme usted, señor Carrados, entendería que estoy dotada de la más sobrenatural vulgaridad. Es tan obvio y tan claro como el agua que no puedo ocultarlo. En la escuela, donde la amabilidad no es la principal característica, yo era el perrito, el cachorrito, Ki-ki, Balcombe Beauty, Snarleywow, y otros apelativos, todos ellos muestras de cariño. No me mimaron, precisamente. Incluso a mi madre le resultaba un poco duro... Y sin embargo, cuando crecí,

averigüé que podía ser muy popular entre la mayoría de los hombres. Todo lo que decía era ingenioso, lo que hacía era inteligente, mi gusto era exquisito, y todos ellos estaban dispuestos a casarse conmigo... pero cuando daba la casualidad de que me encontraba con hombres que no me conocían de nada y que no sabían de mi valor económico, ¡Dios mío...! Nadie se daba cuenta de que no tenía una silla donde sentarme, nadie pensaba en sacarme a bailar, nadie me pedía que cantara, nadie me invitaba a patinar... Ni me veían. Y, si abría la boca, ni siquiera me oían. Y luego, si una chica verdaderamente guapa entraba en nuestro círculo... ¡Qué momentos de acicalamiento entre esos viejos de ojos saltones y qué pavoneo entre los jóvenes mortalmente aburridos! Ni siquiera se tomaban la molestia de disimular delante de mí: podría haber sido un hombre, no lo hubieran notado. Podía verlos relamiéndose y arreglándose el plumaje. ¡Oh-oh! ¿Le extraña que todo aquello me pusiera enferma? Había un hombre con el que mi padre quería que me casara; bueno, a todos los efectos, era un hombre decente, o eso parecía. Estaba empezando a pensar que aquello podría estar bien cuando toda la verdad salió a la luz. No, en realidad no importa qué ocurrió... ¡Mi padre pensaba que no había que darle importancia! ¡Y mi madre me aseguró que era mejor que me hiciera la tonta y no pensara en esas cosas! Cuando dije que aquello sí que importaba y que sabía un montón de cosas que no pensaba ignorar, y que me iba a ir para vivir en el mundo real y ver si en todas partes ocurría lo mismo y que pensaba empezar a ganarme la vida por mis propios medios, por supuesto, se armó un escándalo tremendo. Entonces... bueno, si quería irme, podía irme... pero quisieron arreglar las cosas para que todo me fuera más fácil y resultara más agradable. Pero ellos ya habían arreglado toda mi vida y lo único que yo quería era «desarreglarla». Al final, me marché... ya ve, estaba en una posición privilegiada, pero me marché con ciertas condiciones. Mi padre estipuló que no me metiera en «líos», o me obligaría a regresar. Mi madre solo esperaba que su niñita siguiera incólume y no se ensuciara con el mundo. Así que aquí estoy. Y esa es toda la historia, señor Carrados, y la razón por la que estoy tan deseosa de salir de lo que, estoy segura, mi padre consideraría... bueno... «un lío».

«¡Pobre Louis!», pensó su amigo. Y luego, en voz alta, comentó:

—¿Y la naturaleza humana cambia totalmente en un radio de cinco millas, señorita Frensham?

—No —admitió con toda seriedad—. Pero al menos ahora sé exactamente dónde estoy. No hay ninguna competición por llevarme los paquetes ni por ir corriendo a hacerme los recados... y espero no haber dado la impresión de que lo necesito. Pero, si algo de lo que hago es digno de halago, quiero creer que es sincero; si hago un amigo, quiero sentir que es mi amigo por mí misma... Yo ya no soy, como le oí decir a un «admirador» aficionado a ponerme motes, la Chica de la Jeta de Oro.

Ambos se rieron de buena gana. Luego Max se quedó pensativo.

—Está bien reírse, pero déjeme que le diga algo —apuntó al final—. Cuando no tiene que temer encontrarse con la mirada de un hombre, este puede tener el privilegio de una inusual franqueza... Piense tan poco en las miradas de los demás como piensa en el dinero, señorita Frensham. Yo no sé nada de esos rasgos que usted tanto desprecia: para mí, usted será siempre la chica de la voz de oro. Estoy seguro de que alguien más la verá a usted como usted piensa que es, un poco como yo, y para él usted siempre será la chica del corazón de oro.

—¡Es usted tan amable! —contestó—. Bueno... tal vez sea así.

Cuando Carrados visitó la sede de Lang & Leng unas horas después, descubrió que el subastador del día anterior había sido el señor Travis, un caballero a quien de ninguna manera podía considerar un extraño.

—Estamos encantados de recibirle, por supuesto, señor Carrados —dijo el señor Travis amablemente—. ¿Está usted investigando por encargo de lord Willington? ¿De la señorita Frensham? ¡No me diga!

—Tengo debilidad por colocarme del lado del ganador —apuntó el ciego.

—Bueno, respecto a eso... no sé si se trata exactamente del lado ganador o del lado perdedor. A menos que usted nos considere la parte perdedora, Dios mío. Esta es la sala. ¿Quiere usted verla... recorrerla?

—Me gustaría, sí. Nunca se sabe...

—Oh, hemos estado buscando aquí toda la mañana. Dios sabe que no esperábamos encontrar nada, pero nos pareció que era lo más normal. Sí, todavía lo tenemos todo cerrado, tal y como nos pidió usted.

—¿Alguien ha solicitado entrar por alguna razón?

—No... Bueno, solo el señor Marrabel, que llamó después de la subasta; quería venir a por sus guantes; los hemos llevado a la oficina.

«¡Marrabel!», pensó el paciente investigador en su oscuridad. «Sí, naturalmente... Marrabel el diletante».

—Y, por cierto, eso me recuerda... —continuó el señor Travis—. Oh, sí, siéntese donde quiera. Esa nota que nos envió... ¿Sospecha usted que este asunto tiene alguna conexión con el señor Marrabel? Porque, extrañamente, su nombre es la respuesta a las tres preguntas.

—Yo no diría que se trata de una cuestión de sospechar —contestó Carrados—. En cualquier caso, hay que pensar en todo.

—Podemos eliminar al señor Marrabel con toda seguridad, creo. No le interesó ninguno de los lotes de ayer. Solo compró el número 56, y tanto Muir como yo vimos que ni siquiera revisó las monedas cuando se le entregaron... las dejó en una silla vacía que había a su lado hasta que surgió todo el escándalo, y entonces nos trajo su caja a la mesa para que alguien pudiera verificar todo lo que había y que era el número correcto.

—Muy convincente —afirmó Carrados.

—Lo que quiero decir es que eso demuestra totalmente que no sacaremos mucho en claro buscando eso que llaman «pistas» por ese lado, ¿no cree? Marrabel es un buen ejemplo. Por supuesto, estaremos encantados de poner a su disposición toda la información y todos los recursos que estén en nuestra mano, Carrados, tanto los que usted considere como los que precise su cliente. Pero lo que nosotros deseamos principalmente es recuperar la moneda. Y las personas a las que hemos puesto a trabajar en el caso se están esforzando en esa dirección. Mañana mismo, todos los anticuarios de curiosidades, los prestamistas, los principales coleccionistas estarán al tanto, y se notificará el caso a los coleccionistas americanos, porque se piensa que la moneda muy probablemente se intentará vender allí. Se ofrecerá una recompensa que valga la pena. En el próximo número del *Bric-à-brac*

Collector aparecerá un ingenuo anuncio en el que un rico de las colonias dirá que está deseoso de comprar monedas de plata raras; no se deje engañar usted por ese anuncio.

—No se preocupe —prometió Max Carrados—. Pero todo eso debe de resultar muy caro...

—Sin duda lo es. Pero el hecho es que, desde que desapareció la moneda, la gente de Willington está convencida de que podría haber alcanzado un precio fantástico. Por eso es por lo que estamos deseosos de recuperarla.

—¡Oh! —fue la exclamación indiferente de Carrados. Rara vez se negaba a sí mismo esos raros momentos en los que, tal vez, un paciente trabajo de una semana permitía encontrar la aguja en el pajar—. Por supuesto yo estoy más interesado en mi cliente que en la moneda... pero, como es la moneda lo que ustedes quieren, bueno, ¡pues aquí está!

—¿Qué? ¿Pero qué...? ¿Qué es...? —tartamudeó el señor Travis.

—La Petition Crown —contestó el archibromista Max, con la moneda en la mano—. Estoy encantado de poder devolverle esta pieza, Travis.

—¡Es la Petition Crown! —murmuró Travis—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿La tenía usted?

—En absoluto: la he encontrado aquí...

—¿La ha encontrado? ¿Dónde?

—Debajo del asiento de esta silla.

—¿Y usted sabía que estaba ahí? ¿Quiere decir que la señorita Frensham se lo dijo a usted?

—Yo sabía que estaría ahí, y sí, la señorita Frensham me lo dijo.

—¿La escondió ella ahí?

—En absoluto. Ella no sabía que estaba ahí. Me dijo dónde estaba, pero no sabía que me lo estaba diciendo.

—Bueno, que me aspen si entiendo algo... —protestó el señor Travis—. ¿No puede comportarse por una vez como un ser humano, Carrados? Maldita sea, hombre, ¡fuimos al colegio juntos!

—Siéntese —dijo Carrados—, y seré tan humano que le va a encantar... ¿Ha cometido usted algún delito alguna vez, Travis?

—Bueno, realmente no... —confesó el subastador con admirable sangre fría

— Robé en un huerto cuando tenía diez años, pero eso...

— Robar huertos con diez años casi no cuenta, ¿verdad? Bueno, en esto yo llevo ventaja porque no hay forma de villanía que no haya practicado en todas sus modalidades. Teóricamente, por supuesto, pero por lo que se refiere a la atención a los detalles y la previsión de contingencias, con mucha eficacia y con orgullo profesional. Siempre que no puedo dormir por las noches, y eso ocurre con bastante frecuencia, lamento decir, cometo un asesinato, una falsificación, un robo o cualquier otro delito, con sus ramificaciones y circunstancias pertinentes. Es mucho más emocionante que contar ovejas y nunca falla. La clave está en que la mente criminal rara vez es original, y me da la impresión de que en el noventa por ciento de los casos los crímenes se cometen exactamente tal y como los he imaginado. Al ser coleccionista, por supuesto, he robado en subastas infinidad de veces (también de forma teórica). Conozco con precisión cómo debería hacerse y qué ha de evitarse. Marrabel hizo lo correcto, pero pasó por alto la contingencia de que alguien más también lo hubiera pensado.

— Pero Marrabel, mi querido amigo... Es posible que incluso esté en Debrett³², ¿piénselo!

— Oh, sí. Pero es especialista en llevarse las cosas por la cara, siempre que no haya riesgos.

— ¿Y no había riesgos aquí?

— Ninguno, en absoluto; casi ninguno si se conformaba con lo que gastara. ¿Pero es él el culpable? Veremos. En todo caso, esto es lo que sabemos que ocurrió: la señorita Frensham dio origen al lío mezclando los lotes 56 y 64 sin darse cuenta en su momento. Había venido a la sala de subastas para ver si podía escribir un artículo periodístico, y se estaba tomando muy en serio el asunto cuando ocurrió que cazó a Marrabel mirándola. Bueno, al ponerse nerviosa y sentirse bastante incómoda, dejó la Petition Crown con las otras coronas del lote 56 y puso una del lote 64 en el número 64.

»Marrabel evidentemente se percató de ello. ¡Podría ser una excelente oportunidad para hacerse con la Petition Crown por unos peniques! ¡Era una oportunidad de oro! Sin duda se tomó cinco minutos para pensárselo. Luego salió de la casa de subastas, fue a su piso de Mayfair y regresó con una

moneda adecuada en su bolsillo, a tiempo para pujar por el lote 56. ¿Por cuánto le salió?

—Trescientas quince libras —dijo el señor Travis.

—Usted sabe de sobra, Travis, que aunque los lotes de una sola moneda se examinan concienzudamente cuando se hace la ronda, media docena de monedas, como era el caso del lote 56, apenas si se tocan. Como mucho se les echa un vistazo por encima. Cuando Muir empezó a hacer la ronda por las mesas, la que había estado arriba naturalmente permaneció escondida. Cuando las devolvió a su caja, para entregársela al comprador, la *Petition Crown* tal vez volvió a estar arriba. Marrabel, sentado en un lugar inusualmente retirado, sin duda recibió su botín con un apropiado gesto de despreocupación y dejó el lote de manera descuidada en la silla de al lado. Bien. Hasta ese momento, ningún riesgo.

»Entre la subasta de un lote y otro, tenía al menos cuatro minutos para actuar. Usted y Muir pensaron que Marrabel no prestó mucha atención a la adquisición porque ni siquiera tenía la caja en la mano ni examinó su contenido. Totalmente natural; pero por supuesto no estaban mirando y él estaba disimulando sus movimientos. Lo que estaba haciendo era cambiar la *Petition Crown* por otra moneda sin valor. Y en ese momento fue cuando corrió más riesgos: cuando la tuvo en sus manos.

»Su querido aficionado es siempre muy precavido. Marrabel podría haberse marchado enseguida, pero eso le habría situado en una posición dudosa, y tal vez se habría delatado. Por otro lado, imagine que todo el mundo empieza a buscar la moneda con un registro personal. Y la señorita Frensham, como recordará, lanzó en efecto esa proposición. No podemos ni necesitamos saber si Marrabel había sopesado esa posibilidad; pero aquí, bajo la silla, sin moverse de su asiento, Marrabel encontró la grieta ideal para esconder su botín, seguro y accesible.

»Ahora ya podía abandonar aquel lugar tan peligroso, y efectivamente lo hizo cuando comenzó la búsqueda, colocando su adquisición sobre la mesa con una total indiferencia, de modo que cualquiera pudiera verificarla. Permaneció alejado de esta silla tanto tiempo que ocurrió una cosa curiosa. La señorita Frensham la ocupó.

»En cierto sentido, Marrabel estaba en una situación inmejorable. La principal sospechosa había puesto una pista falsa a su servicio, porque, si por alguna circunstancia la corona se descubría aquí, la señorita Frensham iba a verse inevitablemente inculpada. Al final, la situación se relajó; la subasta tocaba a su fin sin que hubiera ninguna sugerencia más que propugnara una búsqueda más intensa y nadie fue retenido. Su único deseo era recuperar la moneda y largarse. Pero la mujer seguía sentada aquí, y Marrabel, que no sabía cuáles podían ser sus intenciones, hizo su primer movimiento. Le dijo que quería sentarse aquí, confiando en lograr su propósito de inmediato.

»Pero lo que sucedió fue que la señorita Frensham ni se movió. Esta mujer está muy lejos de ser una joven que se deje avasallar, y lo acontecido desde luego no había suavizado su carácter. Estaba aquí sentada, tranquilamente, escribiendo, y, bien pensado, la petición de Marrabel no era más que una impertinencia. Ella ya había tenido ocasión de observar a Marrabel y había comprobado su insolencia cuando estuvo estudiando las monedas, antes de la subasta. En términos muy femeninos, ella le dijo que se fuera al infierno, y Marrabel, que empezaba a sentirse inquieto, se largó.

»Concluye por fin la subasta. La gente comienza a marcharse. ¿Va a quedarse Marrabel dando vueltas por aquí hasta que la mujer se levante de la silla y luego va a venir y sentarse aquí sin ninguna razón aparente? El hombre está nervioso, pero ni se le pasa por la imaginación hacer eso y ponerse en evidencia. Actúa de manera natural y no correrás ningún riesgo. Regresa después... mañana, la semana que viene, no importa, la moneda estará ahí, esperándote. Y luego, ¡Dios bendito!, le asalta una idea espantosa. ¡Todas las sillas son iguales! La semana siguiente, mañana, incluso después de la misma subasta, podrían cambiar las sillas para colocarlas de nuevo, moverlas o llevarlas a otra sala, y entonces tendría que sentarse en todas, una tras otra, algo que resultaría bastante raro... ¿Qué hacer? Bueno, la solución era marcar la silla antes de que fuera demasiado tarde, y aquí, Travis, está la cruz que nuestro hombre hizo con su lapicero.

—¡Qué ingenioso! —admitió Travis—, y a la vista de estas pruebas... —dijo jugueteando con la corona recuperada entre sus dedos—, sería una vileza discutirlo. Pero usted sabe, Carrados, que la señorita Frensham fue la última

en sentarse aquí.

—¡Qué hombre tan irreductible! —contestó Carrados—. Bueno, ¿cuándo es la próxima subasta?

—El viernes. Esmaltes. En exposición solo un día.

—Mucho mejor. ¿Puede usted hacerla en esta misma sala? Manténgala cerrada hasta entonces y yo estaré aquí a primera hora. Y asegúrese de enviarle a Marrabel el catálogo, ¿quiere?

No había nada raro en absoluto que llamara la atención en las salas de subastas el jueves por la mañana, y el señor Marrabel apareció por allí con perfecta formalidad y naturalidad. Con loable contención, ni siquiera se había apresurado a ir a la casa de subastas y el grupo de conspiradores, en la oficina privada, tuvo que apañárselas como pudo para entretenerse durante al menos dos horas.

Marrabel parecía interesado en los esmaltes, porque le atraía todo lo que fuera caro y valioso, y deambuló de vitrina en vitrina consultando su catálogo, examinando cada pieza y marcando los precios como lo había hecho mil veces antes... y como lo estaba haciendo todo el mundo en aquel momento. Al final se sentó para revisar sus anotaciones: nada podía ser más natural. Satisfecho, se levantó para marcharse.

En el exterior de la sala un vigilante lo interceptó: se había dado ya la señal de alerta.

—¿Le importaría venir conmigo a la oficina del señor Travis, caballero? Creo que quiere hablar con usted sobre algo.

El mensaje fue educado y en absoluto extraño, pero Marrabel carraspeó porque se le había secado repentinamente la garganta.

—Ahora no puede ser... —dijo, apurando el paso—. Tengo una cosa importante que... Regresaré en media hora, dígaselo...

Pero ya era tarde para llevar a cabo esa maniobra. En el vestíbulo había otra persona que se interpuso entre él y la puerta de salida. El primer vigilante tampoco se había retirado.

—Le ruego que me perdone, señor, pero creo que es bastante importante, señor.

En aquel momento Marrabel debió de comprender que algo había salido mal.

—Oh, maldita sea; de acuerdo... —refunfuñó, y, vigilado a cada paso, los acompañó.

—Se trata de la Petition Crown que desapareció en la última subasta numismática. —El educadísimo Travis nunca había llevado a cabo una tarea con tanto entusiasmo—. Hemos recibido cierta información y debemos llevar a cabo algunas formalidades. ¿Desea usted hacer alguna declaración?

Marrabel había previsto en alguna medida esta posibilidad y había pensado en elaborar una explicación que resultara satisfactoria, pero al final había decidido que actuaría según se dieran las circunstancias, porque no existía ninguna explicación perfectamente satisfactoria que pudiera pensarse.

—Bueno —dijo, impostando una ligera risilla—, este es un modo innecesariamente grosero de plantearlo, porque, en realidad, había venido a devolverles la moneda, y la tengo en mi bolsillo en este mismo momento. Justo fue esta mañana cuando lo descubrí, cuando se me ocurrió revisar el lote de monedas que había comprado. ¿Cómo llegó allí y cómo pudo pasar desapercibida a los estúpidos que revisaron los lotes? No lo sé. Personalmente no examiné ninguna de las monedas de mi lote hasta hoy mismo.

—Entiendo —señaló el señor Travis—. Pero me ha parecido entender también que iba usted a marcharse ahora mismo...

—Ha entendido usted perfectamente. Tenía intención de entregarle la corona, pero cuando llegué aquí y me di cuenta de lo desagradable que podía resultar, tuve miedo. Decidí enviarles la condenada moneda por correo sin añadir ni una sola palabra.

—En cualquier caso, ¿nos la puede entregar ahora?

—Sí, aquí está. —Y Marrabel sacó una moneda de su bolsillo con presteza, y dejándola sobre la mesa se volvió con la intención de marcharse.

—Gracias, pero... un momento... ¿qué es esto?

El infeliz coleccionista miró la moneda que acababa de sacar del bolsillo y

se puso más pálido que antes.

—Debo de haber cogido una moneda equivocada... —murmuró, comenzando a darse cuenta de que se estaba metiendo en un cenagal del que no podría salir.

—Mire otra vez... —dijo Carrados con tranquilidad, mientras aparecía en escena—. Observe con más atención la moneda que ha traído de su casa esta mañana...

—¡Maldito ciego! —Ligeramente grabada en la superficie plateada halló la firma: «Max Carrados», y la fecha del día—. ¡Esto es todo obra suya!

—Si lo es, es tan solo para desenmascarar a un sinvergüenza. Usted no dudó en permitir que dos personas inocentes fueran consideradas sospechosas solo por llevar a cabo su plan. Veamos qué tienen que decirle.

Y, como si se tratara de una obra de teatro, una puerta interior se abrió y la señorita Frensham y Muir entraron en la sala y permanecieron en pie, observando a Marrabel.

—En la subasta —continuó Carrados implacable—, ambos fueron considerados públicamente sospechosos por la desaparición de una moneda. Es justo que sepan ahora que la moneda fue robada de forma deliberada por el señor Marrabel, aquí presente. Él es el ladrón y queda probado que ustedes dos son completamente inocentes.

—Bueno, maldita sea, no fue del todo culpa mía... —protestó Marrabel entre tartamudeos—. Lo único que hice fue coger lo que me dieron.

—Eso lo tendrán que decidir un tribunal y un juez. ¿Presentará usted una denuncia, Travis?

En ese momento, el último vestigio de prestancia de Marrabel se quebró. Toda la cobardía de aquel hombre salió a la superficie de golpe.

—Por el amor de Dios, no haga eso, Travis... —lloriqueó, agarrándolo por la manga—. Haré lo que me pida... confesaré todo lo que quiera, pero no me envíe a prisión. Le daré todo lo que quiera, y conozco a un montón de gente. ¡Santo cielo!, hombre, piense lo que eso significaría para mí... que soy uno de su clase.

—¿Qué podemos hacer, Carrados? A mí nunca me ha gustado denunciar a nadie...

—Ya lo sé —contestó el ciego—. Pero yo ya he redactado su confesión. Lea esto y fírmelo, señor Marrabel, y todos nosotros seremos testigos de su reparación voluntaria.

—¿Qué va a hacer usted con ella? —preguntó el pobre desgraciado.

—Guardarla como garantía de su buen comportamiento en el futuro, y para reivindicar la inocencia de estas dos personas si fuera necesario. Y es mejor que no piense en acuchillarme para recuperarla, porque no la voy a llevar encima.

Marrabel firmó lentamente y luego golpeó la mesa pulida con la pluma que tenía en la mano, en un arranque de furia que le dejó los dedos doloridos y ensangrentados.

—De buena gana iría al infierno si antes pudiera ver cómo lo despellejaban vivo, Carrados —dijo, mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Estoy seguro de eso —replicó Max Carrados con amabilidad—, pero no creo que nada que tenga que ver conmigo afecte a su destino final. Ahora, váyase.

Esto no ocurrió hace un año, ni hace dos. La señorita Frensham se casó con el subeditor, y sus hijos (hoy ya lo suficientemente mayores como para ir al colegio) con frecuencia consiguen premios en concursos de belleza. El señor Marrabel casi inmediatamente abandonó este país tan poco hospitalario y, después de algún tiempo, apareció en Nueva York como un caballero de buena fortuna. No es que los coleccionistas americanos supieran menos que los ingleses, pero conocían menos al señor Marrabel.

²⁹ «The Mystery of the Vanished Petition Crown», incluido en *Max Carrados Mysteries*, Hodder and Stoughton, Londres, 1927.

³⁰ Todos los detalles relativos a la Petition Crown, tales como su autoría, la inscripción, etc., son reales. En 2014, una de estas monedas se subastó en Londres por casi 400.000 libras; el autor conocía

bien estos detalles porque él mismo era un gran aficionado a la numismática.

31 Se refiere al proverbio «Es una tontería cerrar la puerta del establo cuando ya han robado el caballo».

32 Se refiere a un famoso «quién es quién» nobiliario publicado por la casa Debrett desde el siglo XVIII.

La tragedia del piso de Holloway³³

Hace bastantes años, cuando el azar volvió a reunir a Max Carrados y a Louis Carlyle de nuevo, y pudieron renovar su amistad de juventud, la primera pregunta del ciego había sido una broma: «¿Has resuelto muchos asesinatos?», y el detective privado había contestado con bastante gravedad: «No. Nuestro negocio se centra más bien en otros asuntos más convencionales, como los divorcios y los desfalcos». Desde aquel día, el negocio de Carlyle había prosperado más de lo que jamás hubiera soñado su fundador, pero «divorcios y desfalcos» seguían siendo los baluartes de su prosperidad. Sin embargo, de vez en cuando, algún acontecimiento sensacional o romántico hacía que le llegara un caso que se salía de lo común; sin embargo, esto hay que decirlo, ninguno pudo compararse jamás —en el interés público que despertó— con el famosísimo crimen que acabó etiquetándose en la prensa del momento como «La tragedia del piso de Holloway».

La costumbre del señor Carlyle era recibir a todo aquel que lo solicitara y buscara su ayuda, porque la mismísima naturaleza de su negocio hacía casi imposible que los clientes se desahogaran con miembros de su equipo. Más adelante los clientes podían aceptar la discreta atención de sus educados subordinados, pero Carlyle sabía cuánto importaba la primera impresión y el valor que tenían su saludo cordial, su voz tranquilizadora y amable, su mirada de consuelo, su impecable atuendo personal y la imagen de pulcra prosperidad que ofrecía su negocio. Hombres y mujeres, culpables e inocentes, iban a contarle sus historias y, ante él, sentían que por fin había alguien que les entendía; y, para ser justos con Louis Carlyle, esa sensación estaba plenamente justificada.

Al tranquilo despacho de Bampton Street llegó una tarde de septiembre un nuevo cliente que dijo llamarse Poleash y expresó su deseo de ver al señor Carlyle en persona. Como era habitual, no hubo ningún problema en ese aspecto y, sentado detrás de su escritorio, Louis vio llegar a un hombre común, nada llamativo, que probablemente andaría en la treintena. Llevaba gafas, tenía bigote y su indumentaria consistía en un traje común de tela oscura, con el corte propio del de un caballero que podría estar llevando ese mismo traje dos o tres temporadas seguidas. Había un ligero aire de desaliño... o, más bien, tal vez, una ausencia de pulcritud en los detalles, en su apariencia general, y el observador experimentado podía calificarlo con claridad como un trabajador de clase media en alguna profesión liberal de poca monta, o del clero, o algún tipo de oficinista...

—Y bien, señor Poleash, siéntese y cuénteme qué puedo hacer por usted —dijo Carlyle tras haberle estrechado la mano, un rito al que el astuto detective le concedía no poca importancia y, por tanto, un detalle de urbanidad que siempre repetía—. Algún problema, alguna dificultad, supongo... ¿eh? Pero primero dígame su nombre y su dirección, para ir avanzando. Puede usted estar seguro de una cosa, señor Poleash. —La inclinación de la cabeza y el uso de la pluma eran innegablemente convincentes—: Todo lo que se diga aquí es estrictamente confidencial.

—Oh, eso está muy bien, estoy seguro... —dijo el visitante sin mucho interés—. De todos modos es bastante raro, y al principio...

—¿Su nombre? —insinuó el señor Carlyle de forma persuasiva.

—Albert Henry Poleash: P-o-l-e-a-s-h. Vivo en Meridon House, Sturgrove Road, Holloway.

—Gracias. Y ahora, si tiene la amabilidad...

—Bueno, podría contárselo todo en dos palabras... pero supongo que usted necesitará conocer las circunstancias, así que empezaré por donde creo que usted podrá entenderlo mejor.

—Desde luego —afirmó el señor Carlyle con cordialidad—, desde luego. Hágalo con sus propias palabras y cuénteme con exactitud qué ha ocurrido. Estoy enteramente a su servicio; no tenga prisa. ¿Le importa si...? —Y sacó una sencilla caja dorada que completó la pregunta.

—Para empezar —dijo el señor Poleash, después de contribuir con una cerilla al propósito común—, tengo que decir que soy un hombre casado, que vivo con mi mujer en la dirección que le he dado, un pequeño piso que nos viene muy bien porque no tenemos hijos. Tampoco tenemos parientes cerca, y nos las arreglamos a la perfección sin ayuda de nadie. Nuestra única criada es una mujer que va todos los días y cumple exactamente con todo lo que le pedimos.

—Un momento, por favor... —interrumpió el señor Carlyle con vehemencia—. Solo quiero que me cuente la historia a su manera, señor Poleash, pero, si tuviera la amabilidad de indicarme con una sola palabra la naturaleza del asunto que nos ocupa, tal vez me sería más fácil evaluar los aspectos que vayan surgiendo y que es probable que sean más trascendentales para nuestro propósito. ¿Robo? ¿Divorcio? ¿Chantaje?

—No. Asesinato —contestó el señor Poleash con la sinceridad que se le había exigido.

—¿Asesinato! —exclamó el investigador, atónito—. ¿Me está usted diciendo que se ha cometido un asesinato?

—No. Todavía no. Ahora iba a decírselo. Por razones prácticas generalmente digo que soy recaudador de alquileres, pero eso es porque un rentista particular siempre provoca una envidia malsana. En realidad, yo tengo suficientes ingresos personales para mis asuntos. La mayor parte proceden de unas cuantas casas pequeñas que tengo dispersas por Londres. Yo me ocupo de organizarlo todo por mi cuenta y recaudo personalmente las rentas. Ello me lleva solo unos cuantos días a la semana, me da algo en que pensar, me mantiene activo y me proporciona el dinero para adquirir cualquier cosa que pudiera necesitar.

—Desde luego —dijo el investigador privado, animándolo a continuar.

—Y eso es lo que hago —añadió el señor Poleash, prosiguiendo con su historia sin prisas y sin ningún indicio de necesitar ánimos para avanzar en su relato—, pero de vez en cuando cojo algún trabajo si me conviene... algún encargo especial, encuestas... No quiero vivir como un esclavo ganando un dinero que no necesitamos, y no quiero jamás descubrir que no tenemos suficiente dinero para algo que pudiéramos necesitar.

—Eso es lo ideal —dijo el señor Carlyle—. Es usted un verdadero filósofo.

—Mi mujer tampoco depende de nada ni de nadie —añadió el señor Poleash, sin prestar la menor atención al amable cumplido—. Como diseñadora de ropa y modista, está perfectamente cualificada para ganarse la vida por sí misma, y de hecho hace un par de años estuvo trabajando en ese terreno de forma regular. Luego tuvo una larga enfermedad que provocó en ella un enorme cambio. Y esto me lleva a una de las consideraciones que afectan a cualquier cosa que yo haga o quisiera hacer: la enfermedad dejó en su persona huellas imborrables, y destrozó sus nervios: ahora está continuamente sobresaltada, irritable, no siempre es razonable...

—Neurastenia —fue el razonable comentario del señor Carlyle—. Síntomas de la edad.

—Muy probablemente. Eso no me afecta... al menos no me afecta de forma directa. Al vivir en la misma casa con la señora Poleash, es forzoso que me afecte en tanto que debo considerar que cualquier cosa que yo haga sí le puede afectar a ella. Y últimamente ha sucedido algo que verdaderamente podría suponer una conmoción.

»Hay una chica en una tienda con la que yo tengo cierta amistad... No, no quiero que apunte su nombre todavía. Todo comenzó hace un año o hace dieciocho meses... Pero supongo que eso no importa. La única cosa por la que creo que debo culparme es porque nunca le dije que estaba casado. Al principio no había razón por la que tuviera que decírselo. En cualquier caso, supongo que al final estaba claro que iba a acabarse descubriendo, tarde o temprano, y en efecto ocurrió, hace unas cuantas semanas. Un día me dijo, con mucho cariño, que pensaba que deberíamos casarnos, y entonces, como es natural, tuve que explicarle que no podíamos.

»Yo en realidad no tenía ni la más mínima idea de que se lo iba a tomar tan a pecho como se lo tomó. No tengo nada de donjuán, como podrá observar usted mismo. Las cosas simplemente salieron así... Una cosa lleva a otra... Pero ella se desmayó cuando le dije que estaba casado y cuando volvió en sí era como un bloque de hielo, completamente indiferente a todo lo que yo le pudiera decir. Y entonces, para acabar de rematar las cosas, ¿quién iba a aparecer en aquel momento? Bueno... un tipo con el que había estado

comprometida antes de que yo apareciera. Ella me hablaba a veces de ese hombre... sus celos y su mal carácter, y todo eso, y me rogaba que nunca me enfrentara a él ni discutiera con él. Peter, ese es el único nombre que utilizaba para referirse a él, pero era un tipo con aspecto extranjero... italiano, creo.

—¿Pietro, tal vez? —sugirió el señor Carlyle.

—No; ella lo llamaba Peter. «Por favor, llévame a casa, Peter», fue todo lo que dijo, y se fueron juntos, sin que ninguno de los dos me dirigiera la palabra. Desde entonces, siempre que la he visto ha sido igual: «¿Quieres dejarme en paz? No hay nada que hablar», eso me dice; pero yo he estado intentando pensar en la manera de arreglar las cosas del mejor modo posible.

—Me parece que el único arreglo posible está fuera de su alcance, amigo —dijo Carlyle.

—Supongo que sí. En cualquier caso, ese Peter evidentemente tenía una idea distinta. Esto es lo que ocurrió hace dos noches: me levanté en la oscuridad (eran alrededor de las tres de la madrugada, como averigüé después) con esa sensación que uno tiene a veces de haber olvidado hacer algo. Se trataba de una carta que debería haber echado al correo; era importante que se entregara a lo largo del día siguiente... ese mismo día, ya; la tenía en el bolsillo interior de mi chaqueta. Yo sabía que, si lo dejaba, nunca llegaría a tiempo para que la carta se entregara por la mañana, así que decidí salir a esas horas y asegurarme de que llegaba.

»Sería solo cuestión de unos veinte minutos. Había un buzón cerca, pero ahí no recogían las cartas a primera hora. Me puse algo de ropa por encima y ya me disponía a salir de casa de puntillas cuando me asaltó un pensamiento.

»La señora Poleash tiene últimamente muy mal dormir, y, si se despertaba, podía ponerse como loca... Por esa razón dormimos en habitaciones diferentes. Yo sabía que lo mejor era no interrumpir su sueño para decirle que iba a salir, pero al mismo tiempo existía la posibilidad de que ella se despertara, de que oyera algún ruido y viniera a asomarse a mi puerta para ver si me encontraba bien. Si ella descubría que había salido, podría darle un ataque. En aquel momento, sin pensarlo, cogí la almohada de mi cama y la envolví con mi pijama, que estaba por allí. En plena oscuridad, parecía perfectamente un hombre durmiendo, y sabía que ella no me molestaría.

»En menos tiempo del que pensaba ya había hecho el recado y estaba de nuevo en el edificio. Estaba entrando ya (de hecho tenía la mano en el picaporte de la puerta exterior del edificio) cuando la puerta se abrió de repente desde el otro lado y me encontré frente a frente con un hombre bajo el umbral. Ambos retrocedimos un poco, creo, pero al instante él me apartó, empujándome, y se apresuró a huir calle abajo. Había justo la luz suficiente, con las farolas de la calle, para asegurarme de quién era: era Peter, y estoy completamente seguro de que él también me reconoció.

»Por supuesto, después de aquello subí las escaleras más deprisa que nunca. La puerta del piso estaba como yo la había dejado, solo entrecerrada, con el pestillo retraído, porque ni me imaginaba que alguien pudiera querer entrar a esas horas... y todo estaba tranquilo y en paz en el interior. Pero había algo distinto en mi habitación, aunque me costó algunos minutos descubrirlo. Había un corte evidente en mi pijama, a través de las sábanas, y la rasgadura se adentraba profundamente en la almohada. Alguien, señor Carlyle, había clavado allí un cuchillo violentamente antes de darse cuenta de su error.

—Pero esa es una prueba evidente de un intento de asesinato... —apuntó el señor Carlyle aterrorizado: le espantaban los crímenes violentos desde cualquier punto de vista—. Debe informar a la Policía, señor.

—No —contestó el visitante despacio—, no. Por supuesto, lo he pensado, pero tuve que abandonar esa idea. ¿Qué significaría ir a la policía? Visitas, preguntas, careos, explicaciones. Todo iba a salir a relucir. Después de una escena de nervios de la señora Poleash se plantearía el divorcio y tendría que pasar por eso también. Y luego, imagínese, tendría que casarme con la otra, y lo cierto es que eso sería lo último que desearía. En ningún caso voy a romper mi hogar y voy a echar a perder mi vida. No, antes preferiría estar muerto.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?, si puedo preguntarlo. ¿Esperar tranquilamente a que lo asesinen?

—Justo por eso es por lo que vengo a verle. Usted sabe en qué situación estoy, cuáles son mis problemas. Entiendo que usted es un hombre de amplia experiencia. Si dejamos a un lado a la policía y la publicidad, ¿qué aconsejaría usted?

—Bueno, bueno... —empezó el experto—, no poder acudir a la policía es

un contratiempo tremendo, pero haremos por usted todo lo que pueda hacerse. ¿Podría indicarme exactamente qué es lo que quiere?

—Puedo indicarle exactamente qué es lo que no quiero. No quiero ser asesinado ni herido, y no quiero que la señora Poleash tenga ni la menor idea de lo que está ocurriendo.

—¿Por qué no se van durante un tiempo? Mientras tanto, podríamos averiguar quién es ese hombre y vigilarlo.

—Podría hacer eso... a menos que a Kitty se le meta en la cabeza que no quiere viajar y, entonces, claro, no podría dejarla sola en el piso, precisamente ahora. Después del asunto del martes... esto es lo que más me preocupa: ¿debería pensar que es probable que ese individuo vuelva a intentarlo, o no?

El señor Carlyle lo meditó con detenimiento. Había descubierto que cuanto más tiempo sopesara una opinión, y siempre que mantuviera la expresión adecuada, más peso tendrían sus palabras.

—No —contestó con una total autoridad—. Yo diría que no... o al menos no del mismo modo. Por supuesto, él dará por sentado que usted va a tomar las precauciones necesarias... y probablemente imagine que la policía anda detrás de él. ¿Qué tipo de candados y cerraduras tiene usted en las puertas y en las ventanas?

—Nada fuera de lo común. Son pisos viejos y no muy restaurados. La puerta exterior nunca está cerrada con llave, ni de día ni de noche. La puerta de nuestro piso tiene un picaporte, un cerrojo, y la correspondiente cerradura. Durante el día está solo cerrada; por la noche echamos la llave, pero no echamos el cerrojo, para que la mujer que viene a hacer la casa pueda entrar cuando llegue... ella tiene un juego de llaves, yo otro, y la señora Poleash tiene el tercero.

—Pero cuando usted salió de su casa el martes por la noche no echó ninguna cerradura, me ha parecido entender.

—Así es. Simplemente entorné la puerta. Impedí a propósito que el pestillo pudiera accionarse porque en la puerta me di cuenta de que no llevaba las llaves y no quería volver a la habitación de nuevo.

—¿Y las puertas interiores de la casa?

—Tienen cerraduras también, pero casi ninguna funciona: de algunas se han perdido las llaves, o el pestillo se ha roto. Nunca nos preocupamos por eso... excepto en la habitación de Kitty. Ella se encierra escrupulosamente todas las noches, porque teme a los ladrones, entre otras manías nerviosas.

El señor Carlyle negó de modo compasivo con la cabeza.

—Deberían, como mínimo, reparar todas las cerraduras de inmediato. Casi todas las ventanas tienen pestillos que cualquier muchacho puede hacer saltar con una navaja.

—Todo eso está muy bien, pero... verá, si llamo a un cerrajero, tendré que inventarme una historia sobre ciertos rumores de gente que está asaltando casas y contárselo a la señora Poleash, y eso podría sacarla de quicio. Y, además, nosotros vivimos en un tercer piso.

—Si va a pensar siempre en los nervios de su esposa, mi querido amigo —remarcó el señor Carlyle con cierto desdén, desde la seguridad de su estado de soltería—, va a empezar a sentirse maniatado, me temo. Por ejemplo, ¿cómo va a explicar las rasgaduras del pijama y la ropa de cama?

—Oh, ya he solucionado eso... —replicó el señor Poleash, asintiendo con aire sagaz—. Mi pijama no lo verá nadie. En cuanto a las sábanas y la almohada... era una noche de calor, así que solo fue una sábana, por fortuna; la he metido en un cajón de momento y pondré otras. Compraré otras nuevas y esas las quemaré o las tiraré por ahí... Kitty nunca se ha fijado en esas cosas. Respecto a la almohada, puedo coserla antes de que nadie lo note.

—Puede que sea capaz de ocultarlo —fue la escéptica respuesta del señor Carlyle—. En cualquier caso —añadió—, tal y como yo lo entiendo, lo que busca es que le aconseje sobre el modo de obrar contra el hombre que usted llama Peter sin llevar a cabo ninguna acción directa y, al mismo tiempo, no adoptar precauciones que podrían llamar la atención de la señora Poleash por ser extrañas o sospechosas, ¿no?

—Así evitaríamos que pensara que hay ladrones o asesinos intentando entrar en casa —asintió Poleash—. Sí, eso es lo que quería decir. Tal vez podría darme un par de pistas útiles. Si no... bueno, ya sé que es una idea un poco rara, y no voy a arrepentirme del desembolso.

—Como mínimo, lo consideraremos... —contestó el detective, que nunca

daba un paso atrás en lo que a autoestima se refería—. Por lo que respecta a...

Redunda en la fama y la profesionalidad de Louis Carlyle como detective privado que en un mundo tan exigente ninguna voz seria lo acusó jamás de haber ingresado en el banco un dinero que no se hubiera ganado; porque hasta aquel momento no había nada que se pudiera decir, más que había planteado a su nuevo cliente unas preguntas, había explorado algunas hipótesis y todo había sido gratuito. Incluso cuando se puso fin a la conversación práctica y Carlyle cerró por fin su repleto cuaderno, siguió hablando del tema.

—Es una situación muy rara, señor Poleash, y muy interesante desde el punto de vista profesional. Lo tendré en cuenta, puede estar seguro, y si se me ocurre algo, bueno, se lo haré saber.

—Por favor, no me escriba ningún informe... —rogó el señor Poleash con repentina vehemencia—. En realidad, a tales efectos le pediría que tachara mi dirección. Verá, puede dar la casualidad de que me encuentre fuera cuando llegue, y si mi mujer por casualidad viera una carta extraña y quisiera curiosear, bueno... en el lenguaje de la calle, se descubriría el pastel.

—Ya, entiendo —asintió el señor Carlyle—. Muy bien; lo haremos como usted desea.

—Podríamos concertar una cita ahora —añadió Poleash—, porque no quiero que me envíen informes. Así que algún día..., digamos un día de la próxima semana, podríamos encontrarnos y ver si tiene usted algo que sugerir.

—Entretanto, podría considerar las cuestiones más prácticas, como la idea de vigilar a ese hombre.

—Lo haré —prometió el otro—. Pero de momento soy partidario de dejar las cosas como están, como suele decirse.

Naturalmente, no era la primera vez que el señor Carrados escuchaba esta cantinela y se negaba a aceptarla.

—Ya, pero también conviene saber que a veces las cosas cambian —replicó. Con el toque justo de necesaria dignidad y generosidad, mencionó (y recibió) la guinea en la que había valorado la entrevista, y comenzó a acompañar al señor Poleash hasta la puerta... no la puerta por la que había

entrado desde la salita de espera, sino otra que bajaba directamente a la calle —. ¿Ha olvidado algo?

—Solo mi sombrero y mis cosas... Las dejé en la antesala —dijo, levantando su enguantada mano izquierda como si precisara una explicación —. Me dejo este guante puesto porque me falta un dedo, y he notado que a algunas personas no les gusta verlo.

—Saldremos por esta otra puerta entonces... Da lo mismo —apuntó Carlyle, mientras cruzaban el despacho hasta la puerta de la antesala.

Había otras dos personas sentadas en la sala de espera y, cuando Carlyle las vio, su rostro casi rubicundo de inmediato adoptó una expresión de calurosa bienvenida. Pero en vez de un inusual y melifluo «¡Buenas tardes!», no dijo nada hasta que su cliente estuvo lo suficientemente lejos como para no oír nada. No convenía dar nombres innecesariamente en esos negocios. Con unas disculpas apenas susurradas, el señor Poleash recuperó sus pertenencias, que estaban entre las revistas, y se apresuró a marcharse.

—¿Y por qué demonios te quedas esperando aquí, Max, en vez de hacerme llamar? —preguntó el hospitalario Carlyle fingiendo indignación.

—El negocio —contestó Max Carrados con toda formalidad—. El negocio es lo primero. Tu secuaz estaba deseando enviarte un mensaje. «No», le dije; «esperaremos nuestro turno». ¿Por qué iba yo a interrumpir la confesión del director de la Compañía de Promociones Fraudulentas o a cortar la petición de don Marido Culpable?

—Bromas aparte, ese tipo que acaba de irse me vino con una historia verdaderamente curiosa —dijo Carlyle—. Me gustaría saber qué le habrías dicho si lo hubieras escuchado.

(No se apresure el lector a condenar al caballero como un consumado bromista y sus palabras como una falta grave en el plano de las confidencias: Max Carrados había sido nombrado consultor honorario de la empresa, así que lo que podría haber sido una grave indiscreción era estrictamente una conversación profesional).

—Entretanto, mi sugerencia es que hace mucho tiempo que no te tomas medio día libre y que el lunes por la mañana es el mejor momento.

—¡Qué generosidad! ¿Qué va a pasar el lunes por la mañana, pues?

—Algo bastante sorprendente en la radio, en el Salón Imperial... de diez a doce y media. Yo sé que es el tipo de cosas que te gustan y tengo dos entradas y quiero que alguien inteligente me acompañe.

—Un encadenamiento de circunstancias perfecto —canturreó el señor Carlyle—. Te pagaré el precio de mi entrada.

—Estoy seguro de que lo intentarías —contestó Carrados—. Por cierto, es gratis.

Para concluir con aquella competición de payasadas, se pusieron de acuerdo para la cita prevista —que era la única razón de la visita—, y Max Carrados se despidió de su amigo y partió asistido bajo la atenta vigilancia de Parkinson.

A su debido tiempo tuvo lugar el espectáculo radiofónico, pero (aunque un espectáculo de ese tipo tuvo no poca importancia en uno de los siguientes casos del hombre ciego) es innecesario acompañarlos al interior de la sala, porque aquella función no guarda ninguna relación con el caso del señor Poleash. Solo tiene interés en tanto que reunió a Carrados y a su amigo en aquel preciso momento, porque mientras caminaban por el Pall Mall, después de comer, el señor Carlyle de repente lanzó un silbido de asombro y sorpresa, y llamó a un chico de los periódicos.

—«Tragedia en un piso de Holloway» —leyó en voz alta, mientras rebuscaba en todos los bolsillos para encontrar la moneda justa—. Santo Dios, espero que no sea...

Pero en cuanto pudo echarle un vistazo a la noticia concreta, exclamó:

—¡Poleash! ¡Dios mío! ¡Es él! —gritó al ver el breve del *Stop Press*—. Pobre desgraciado. ¡Chas, chas! —Los chasquidos de su lengua expresaban desaprobación y lástima—. Debería haber tenido más sensatez después de lo que le pasó... Estaba loco. Me pregunto qué hizo para intentar evitar...

—¿Se trata de tu curioso cliente del pasado jueves, Louis?

—Sí, pero ¿cómo lo has sabido?

—Una leve indiscreción por su parte. Con un descuido que debe de ser raro entre tus clientes, diría yo, el señor Poleash dejó caer una de sus tarjetas bajo la mesa en tu sala de espera, donde nuestro concienzudo Parkinson la encontró.

—Bueno, el desafortunado ya no necesita tarjetas. Escucha, Max.

TRAGEDIA EN EL NORTE DE LONDRES

Esta mañana, a primera hora, una mujer de la limpieza acudió a un piso en Meridon House, en Holloway, e hizo un terrible descubrimiento. Extrañada ante el hecho de que tanto la leche como los periódicos siguieran en la puerta, miró en un dormitorio y encontró a su ocupante, un tal señor Poleash, muerto en la cama. Había recibido espantosas heridas y todo apunta a un asesinato premeditado. Al parecer, la señora Poleash se encuentra fuera, de vacaciones en Devonshire.

—Por supuesto, Scotland Yard estará ya en ello, pero debo poner mi información a su servicio. Son condenadamente afortunados: yo voy a entregarles al sinvergüenza criminal casi en bandeja y ellos se llevarán todo el mérito.

—Y pensabas contarme algo de ese asunto —le recordó Carrados—. Ya que vamos a ir a Scotland Yard, ¿por qué no me lo cuentas de camino?

En la esquina de Derby Street se toparon con dos hombres que acababan de salir de la institución policial. El mayor tenía la apariencia de ser un perspicaz granjero que mostraba a su hijo los monumentos y glorias de Londres, y que caminara con precaución para no meter el pie en los abundantes charcos. Para llevar un paso más allá las apariencias, aquellos dos hombres podrían haber estado en la policía preguntando por el enorme paraguas que el mayor de ellos llevaba ahora en el brazo.

—Beedel —dijo el señor Carlyle casi en un susurro; pero su amigo ya estaba sonriendo porque lo había reconocido.

—¡El mismo! —dijo Carrados con su habitual buen humor—. Me apuesto cualquier cosa a que usted puede decirnos algo respecto al asunto Poleash, inspector.

Los dos hombres de paisano intercambiaron miradas divertidas.

—Puedo contarle una cosa importante, señor Carrados —contestó el inspector Beedel, con un buen humor que resultaba raro en él—. Mi sobrino

George, aquí presente, va a encargarse de ese trabajo y yo iré a recoger las flores al final. Vamos hacia allí ahora.

—Eso es fabuloso —dijo el ciego—. Tal vez no les importe que les acompañemos...

—Encantados —replicó Beedel—. Nos dirigíamos a la estación.

—Vengan con nosotros en nuestro taxi —sugirió Carrados—. Puede que el señor Carlyle tenga algo que decirles por el camino.

En términos generales, el señor Carlyle hubiera preferido hacer sus revelaciones en las oficinas centrales de Scotland Yard, pero no se negó a la organización que propuso su amigo, y, percatándose de la asombrosa suerte que habían tenido, Beedel y George escucharon la historia que el detective privado tenía que contarles.

—Parece que se trataría simplemente de encontrar a esa chica, si la situación se ajusta a lo que explicó aquel hombre —apuntó George, entre la satisfacción de contar con una clave tan obvia y fiable, y la duda de si no habría preferido enfrentarse a un caso un poco más complicado—. ¿Sabe usted su nombre y su dirección, señor?

—No —admitió el señor Carlyle con un ligero distanciamiento—. No surgió... Poleash era muy reticente a hablar de esa mujer más de lo necesario y yo no le presioné.

—Da lo mismo —concedió George generoso—. Una dependienta... que anda con un extranjero... conocido como Peter. Aunque no tuviéramos nada más, no deberíamos tener muchas dificultades para encontrarla.

Sturgrove Road no estaba desierta, y había una concentración de curiosos en torno a la puerta de Meridon House para ver llegar a los polis. En general, la opinión pública no era muy partidaria de la presencia de detectives en la calle, pero la aparición de George y su revisión de la fachada del edificio, y luego sus miradas agudas a derecha e izquierda de la calle se comentaron de modo muy favorable. El policía apostado en el portal los dejó pasar a todos enseguida.

Un sargento y un guardia de la división local estaban vigilando la puerta del número 12, y la aterrorizada mujer de la limpieza, temporalmente paralizada por la impresión, estaba esperando en la cocina para contestar a lo que se le

preguntara. Se intercambiaron saludos entre los cuatro miembros de la Policía, en un plano estrictamente profesional.

—Supongo que habrán ido a buscar a la señora Poleash —preguntó el señor Carlyle.

—Hemos telefoneado desde nuestra oficina a Torquay hace unas horas —contestó el sargento—. Enviarán a un guardia al lugar donde se encuentra y se lo contará del mejor modo posible. Es el procedimiento que utilizamos habitualmente. —Sacó un enorme reloj de bolsillo y lo miró—. Torquay... No creo que pudiera estar aquí ya.

—Ni siquiera aunque saliera de inmediato —corroboró su subordinado.

—Bueno —sugirió George—, ¿echamos un vistazo?

El dormitorio fue el primer lugar que vieron. No había nada raro allí, aparte del bulto de la cama, con su terrible secreto ahora escondido debajo de una decorosa funda... nada interesante, salvo los detalles de la vida común y corriente de su ocupante. Cada objeto, conforme al reglamento, se revisó con atención, pero al final todas las miradas se concentraron en un solo punto.

—Agárrense —avisó el sargento mientras se disponía a retirar la sábana. La mujer de la limpieza, que andaba por allí, dio un grito y huyó.

—Esto es obra de una bestia... —dijo el inspector Beedel, acercándose con gran sangre fría para observar los detalles.

—¡Dios bendito, sí! —aceptó George, siguiendo a su tío con alguna reticencia.

—¡Impresionante! ¡Impresionante! —El señor Carlyle no dudó en darse la vuelta.

—Asesinado con el primer golpe —añadió el sargento, pero precisó—: aunque no es el único. Luego le acuchillaron la cara como a una hogaza para que ni su madre lo pudiera reconocer. Una cosa horrible, ¿no? En cuanto al dedo, es una mutilación antigua. ¿Qué piensan ustedes de todo esto?

—Venganza... venganza y rabia y un carácter profundamente sanguinario —resumió el señor Carlyle—. ¿Se llevaron algo?

—Parece que no tocaron nada, por lo que podemos ver, y nuestra buena amiga... —dijo, señalando con la barbilla en dirección a la ausente mujer de la limpieza— dice que todo parece estar en su sitio, por lo que ella sabe.

—¿A qué hora dicen que ocurrió? —preguntó Beedel.

—El doctor Meadows ha estado aquí. De la medianoche del sábado a las primeras horas del domingo por la mañana, ha dicho. Eso coincide con lo que dice la gente del piso de enfrente: oyeron cómo se cerraba la puerta alrededor de las diez de la noche, y por la mañana del domingo ni la leche ni el periódico se habían tocado.

—¿Y estuvo la leche en la puerta todo el día? —sugirió alguien.

—Los vecinos de enfrente se dieron cuenta, pero no le dieron importancia. Sabían que la señora Poleash iba a marcharse el sábado y pensaron que su marido podría haberla acompañado. Y, como la señora Jones no viene los domingos, no se descubrió nada hasta esta mañana.

—Oigamos ahora lo que nos tenga que decir —dijo Beedel—. No hay necesidad de que ande por aquí, me parece a mí.

—Espere un minuto, por favor, si no le importa —dijo Carlyle, sin detenerse a pedir permiso a nadie para dirigir la organización del caso. La visión de un armario le recordó una historia que le había contado el hombre muerto, y se dedicó a manipular la ropa que colgaba de las perchas con concienzudo interés—. Hay algo que realmente querría ver... Este es su pijama... y sí, por Júpiter, está aquí...

Señaló un corte limpio en el tejido cuando todos los demás lo rodearon.

—¿Qué es esto? —preguntó el sargento, mirando a unos y a otros.

—El intento previo —contestó Beedel con brevedad.

—También debería haber una sábana y una funda de almohada rasgadas por alguna parte —continuó el vehemente caballero, ahora por completo entregado a la investigación, y, bajo el impulso de su pasión, abrió todos los cajones y armarios y su contenido fue examinado con gran detenimiento.

—Hay algo aquí, entre las camisas... —anunció George.

—Ya lo tenemos entonces. Probablemente no se han llevado nada.

Las prendas fueron desdobladas y expuestas, y de este modo también se revelaron con claridad las trágicas pruebas del crimen.

—Por Dios... ¿saben?, creo que lo había imaginado muchas veces... hasta que al final ocurrió —murmuró el señor Carlyle a toda la habitación—. ¡Chas, chas! Cómo demonios pudo entrar el tipo... —Recordó la inmóvil

figura yaciente, que podría haberlo oído de estar vivo, y acabó su frase encogiéndose de hombros compasivamente.

—Vámonos —dijo Beedel. Aquellos detalles podían esperar.

—Yo doblaré las cosas —dijo Carrados, ofreciéndose voluntario para aquel trabajo. Todos los demás habían satisfecho su curiosidad observando la escena o escrutándola de cerca, y le permitieron al ciego que se tomara su tiempo. Cogió el montón de ropa en sus brazos y, con aquel extraño movimiento hacia la luz que tan a menudo lo impulsaba, se apartó de los demás y buscó la ventana.

—Ahora, señora, venga aquí y cuéntenoslo todo —la llamó el joven policía.

—¡No...! —terció el inspector con amabilidad—, la pobre mujer ya está lo bastante aterrorizada: no es necesario traerla de nuevo aquí. ¡Quédese donde está, señora Jones, ya vamos nosotros! —gritó desde la puerta, y acto seguido desfilaron todos por el estrecho pasillo hasta llegar a la cocina, oscura y grasienta—. Y bien, ¿puede usted decirnos, con tranquilidad, qué sabe de este triste asunto?

El testimonio de la señora Jones, que dejó más que claro que estaba dispuesta a caer muerta sin remedio y fulminada por un rayo si se desviaba lo más mínimo de la mismísima verdad, no desveló en realidad nada nuevo, aunque sus frecuentes referencias a las vidas y opiniones de los amigos no implicados en el dramático asunto en cuestión amenazaron de vez en cuando con arruinar la narración con un exceso de pronombres. Pero de todos modos la escucharon con paciencia y comprensión, dado el estado de nervios de la mujer. La señora Jones sacudió con tristeza su viejo bonete y lamentó la mala calidad de la prenda.

—No pude hacer nada más que quedarme quieta y gritar —confesó con melancolía, refiriéndose al primer y espantoso momento en el que descubrió el cadáver desde la puerta de la habitación—. Me quedé allí pasmada y grité tres veces antes de poder huir. ¡Pobre hombre! ¿Qué daño había hecho para que le hicieran eso?

Unos y otros plantearon bastantes preguntas antes de que al final se le dijera que podía marcharse; generalmente eran Beedel o George quienes preguntaban, con la colaboración cortés y firme de Carlyle, que intervino un

par de veces: los Poleash tenían pocas visitas, que ella hubiera visto; ella solo estaba allí de ocho a seis, y nunca había visto a nadie que se quedara con ellos; nadie había llamado a la puerta para nada aquel sábado; no había visto a nadie que pudiera recordar y describir como extranjero merodeando por allí o cerca de la puerta recientemente (una familia extranjera vivía en el número 5, pero tenían muy buena fama); tampoco el señor ni la señora Poleash le habían hablado de nada raro últimamente... El caballero estaba generalmente fuera, y ella no era de ese tipo de mujeres que tienen muchas amistades; la pareja parecía llevarse bien, «como la mayoría», y ella nunca había asistido a ninguna pelea «de verdad»; la señora Poleash tenía pensado pasar fuera una semana (eso había creído entender), y se había marchado el sábado al mediodía, y el señor Poleash la había acompañado a Paddington (y así lo mencionó cuando regresó para el té); lo había visto por última vez alrededor de las cinco del sábado, cuando ella se fue, un poco antes de lo usual; no tenía que preocuparse de las cenizas de la cocina, porque no se había encendido en las últimas semanas; la postal de la señora Poleash anunciando su llegada a Torquay se la había encontrado en el suelo del vestíbulo junto con el periódico del domingo; ella tenía previsto acudir al domicilio aunque no estuviera la señora Poleash; vendría para «arreglar» la casa y todo eso; ese era el acuerdo, ir todas las semanas.

—Pues esto es todo... —concluyó el inspector Beedel, mirando a los que estaban a su alrededor—. Tenemos su dirección, señora Jones, y si aclaramos algo se lo haremos saber.

—Antes de que se vaya —dijo una voz implacable desde la puerta de la cocina—, ¿no recordará por casualidad qué estuvo haciendo usted el jueves por la tarde? —Era la primera pregunta que planteaba Max Carrados, y apenas se habían percatado de que se había reunido con ellos poco antes.

—¿El pasado jueves por la tarde...? —repitió la señora Jones con gesto indefenso—. Ay, Señor, una ya no tiene la cabeza...

—Sí, claro, pero no es tan difícil si lo piensa un poco... Hace muy pocos días, ¿verdad?

Aquel estímulo resultó ser bastante efectivo y la mujer acabó recordándolo. Había algo especial que podía recordar. El jueves por la mañana la señora

Poleash le había entregado una entrada para un espectáculo en el Parkhurst Theatre, que iba a tener lugar aquella misma tarde, y le dijo que podía ir después de fregar los platos de la comida.

—¿Entonces usted no estuvo aquí el jueves por la tarde? Solo una cosa más, señora Jones. Tarde o temprano necesitaremos una fotografía de su patrón. ¿Sabe si hay alguna por aquí?

—La única que yo conozco está en el aparador del saloncito. Puede que haya otras por ahí, pero yo no soy una persona a la que se le pueda llamar curiosa, señor...

—Estoy seguro de que no lo es —aceptó Carrados—. Y ahora, antes de que se vaya, díganos cuál es para que no haya errores.

—No podría equivocarse porque solo hay una allí y es la única —explicó la señora Jones, pero procedió a cumplir con lo que se le mandaba—. Ahí está...

—¿Sí? —dijo el ciego, acercándose a ella.

—Lo siento, señor, de verdad. Debo de haberme equivocado...

—No creo que se haya equivocado —dijo Max—. Y no creo que usted lo crea tampoco.

—Estoy tan aturullada, señor, que no sé realmente ni lo que creo —declaró—. Este no es el señor.

—¿Y el marco? No; no lo toque... Podría traer mala suerte, ya sabe, pero puede recordarlo...

—Es el marco, seguro. Cómo no voy a saberlo, con la de veces que le he quitado el polvo...

—Entonces han cambiado la fotografía: no hay nada improbable en eso. ¿Cuándo fue la última vez que usted vio la otra aquí?

Muy recientemente, parecía, pero, escudándose en el torbellino de su cabeza, la señora Jones no fue capaz de precisarlo. Podría haber sido el viernes, o tal vez el sábado. Carrados decidió no presionar más a la señora pidiéndole exactitud. La mujer se fue después, siempre con la advertencia por parte de la autoridad de que no debía decirle nada a nadie, y de que, si fuera necesario, pusiera la excusa de que ya había contestado bastantes preguntas por un día.

—Mientras estamos aquí —dijo el sargento (se encontraban en el pequeño

saloncito, la única estancia que daba a la calle)—, podrían ustedes ver por dónde entró. —Se acercó a la ventana e indicó ciertas marcas en la madera y en la pared—. Hemos encontrado la parte baja de la ventana de guillotina unas cuantas pulgadas levantada cuando llegamos.

—¿Y salió por el mismo sitio, supongo? —sugirió George.

—Podría ser. Todas las llaves están controladas, y la señora Jones encontró la puerta del piso cerrada como siempre. ¿Y por qué no? ¿Por qué no había de hacerlo? Hay un balcón, y apenas hay que inclinarse un poco para ver la ventana de las escaleras, a menos de un metro. Bueno, en fin, es un juego de niños pasar de esa ventana a esta. Podría haberlo hecho así...

—¡Chas, chas! —protestó el señor Carlyle con gesto sombrío—. Y mire que se lo dije... Y ninguna de las cerraduras se ha reparado.

—¿Cerraduras? —repitió el policía joven, apareciendo en ese momento en la puerta—. Bueno, aquí hay un tipo con herramientas: ¡dice que viene a reparar y a colocar bien las cerraduras!

—Bueno, ¡que me aspen si esto no es el mismísimo *nefus ultra!*³⁴ —exclamó el sargento—. Vale, hazlo pasar, muchacho.

El cerrajero, que parecía tan asustado como si se hubiera adentrado en una cueva de ladrones, tenía algo que contar, pero era una historia breve y sencilla. Su tienda estaba en Seven Sisters Road, y el viernes por la tarde un caballero se había presentado allí y había acordado con él que vendría el lunes a reparar algunas cerraduras. Le había dado el nombre de Poleash y esa dirección. El cerrajero no sabía nada de lo que había ocurrido y por eso se había presentado allí, tal y como se había acordado.

—Es una lástima que no viniera el sábado, señor Hipwaite —dijo el inspector Beedel, mientras anotaba esta nueva prueba—. Podría haber evitado que se cometiera un crimen... No digo que lo hubiera hecho, digo que podría haberlo evitado.

—Pero eso no podía ser, señor —declaró Hipwaite con cierta vehemencia—. «No venga el sábado porque la señora es muy nerviosa, y, si llega a pensar que andan los ladrones rondando, le daría un ataque», fue exactamente lo que me dijo el caballero. «Estará fuera el lunes, y así, para cuando vuelva, ni se dará cuenta». ¿Cómo iba yo a venir el sábado?

Desde luego, no tenía por qué.

—De acuerdo —se le dijo—, pero aquí ya no tiene nada que hacer. —Así que el señor Hipwaite se fue, más que convencido de que lo habían tratado espantosamente mal y nada tranquilo por verse implicado en una tragedia tan notoria.

—Antes de irme —concluyó el sargento, guiándoles hacia la cocina— hay otra cosa que tengo que comentar. Ustedes ya saben lo que la señora Jones dijo del fuego, que hacía semanas que no se encendía, porque siempre utilizaban la estufa.

—Eso fue lo que dijo —le recordó George—. Pero esto lo ha encendido alguien.

—Correcto —continuó el oficial de modo imperturbable—. Eso fue exactamente lo que le pregunté hace un par de horas, antes de que llegaran ustedes. Alguien había encendido el fuego aquí. ¿Quién y para qué? Bueno, removí las cenizas para ver qué había y ahora les mostraré lo que era.

—Corchetes de guantes —comentó el inspector—. El metal no se ha quemado. Supongo que habrá miles de modelos.

—Quemó sus guantes después de hacer el trabajo... debían de estar hechos un asco —dijo George—. Aquí pone Audubon Frères... fabricados en el extranjero.

—Eso me recuerda... que hay algo más. —Y el sargento sacó de su agenda un trozo de papel doblado, bastante chamuscado por los bordes—. Estaba en la chimenea; evidentemente quedó un poco apartado cuando se prendió el fuego. Es un periódico extranjero, como ven; italiano me parece.

Carlyle, el inspector Beedel y George intercambiaron miradas de complicidad. En aquella atmósfera de amable tranquilidad alguien dejó oír una especie de risilla ahogada.

—¿Alguien se ha percatado de si había escrito «Si habla italiano» en rojo en la pared del crimen, junto a la cama? —preguntó aquella voz socarrona.

El joven policía, como era la persona que estaba más cerca de la puerta, se levantó ante aquella mendaz sugerencia y se ofreció a ir a ver si efectivamente estaba allí aquella frase... Los demás miraron con ojos asombrados al ciego, con distintos grados de incredulidad.

—No, no... —exclamó Carlyle respondiendo al joven policía—. No hay ninguna necesidad de que vaya a mirar, gracias. Cuando conozca al señor Carrados como yo, entenderá que aunque siempre tiene algo que decir, no siempre ese algo tiene que ver con lo que uno está pensando. Y ahora, Max, por favor, ilústranos. ¿Por qué el asesino iba a escribir «Se habla italiano» encima del cabecero de la cama?

—Obviamente, para estar seguro de que ustedes no se equivocaban —contestó Max Carrados.

—Bueno —apuntó el sargento, haciendo ejercicios gimnásticos que demostraban su buena disposición—. Puedo ir yo si quieren... Aunque no entiendo el italiano. Ni el holandés tampoco —añadió de modo críptico.

Carlyle tampoco tenía ningún motivo más para permanecer en la casa.

—Si ya has acabado aquí, Max... —comenzó a decir, y se volvió para descubrir que Carrados ya no estaba allí.

—Su amigo está ahora en la habitación de enfrente, señor —dijo el policía, escuchando las palabras de Carlyle al pasar—. Es gracioso ver a un ciego haciendo estas cosas... —Pero, de repente, el ruido de un cristal al romperse pudo oírse desde el lugar que indicaba el policía e interrumpió el inminente cumplido.

Fue, tal y como el propio Carrados explicó, totalmente culpa suya y de su absurda torpeza. La curiosidad sobre el tamaño de la habitación le había impelido a querer tocar las paredes, y aquel cuadro, que tenía solo un cordelito muy frágil y colgaba de una tachuela mal clavada... ¿No había tirado nada más al caer?

—Solo los dos marcos del aparador, por lo que veo —replicó Carlyle—. Los cristales se han hecho añicos. Pero no creo que la señora Poleash esté en condiciones de preocuparse por estas minucias en este momento. Menos mal que no te has cortado, Max.

—Por supuesto, me ocuparé de pagar todos los desperfectos... —dijo el infractor.

El inspector Beedel no dijo nada, pero, cuando recordó un par de «accidentes» que el ciego había tenido en el pasado —y como tenía una personalidad bastante introspectiva—, simplemente se quedó masajeándose

la barbilla con aire pensativo.

Tres días después se inició la investigación forense sobre el cuerpo de Albert Henry Poleash. Fue una mera descripción formal, una prueba de identidad y un informe básico sobre la causa de la muerte, poniendo por delante la única prueba obvia. Se declaró posteriormente un aplazamiento de una semana en la investigación del caso.

Cuando se reanudó la investigación, la historia de la muerte de Poleash propició nuevas revelaciones, y el lector de la prensa vio en aquello por vez primera la promesa de una noticia sensacionalista de gran magnitud. Louis Carlyle relató en la sede judicial el episodio de su inesperado cliente. Aquella alocada historia romántica fue posteriormente corroborada por distintas fuentes. El señor Hipwaite continuó el drama dos días después, cuando describió la visita que el hombre (ahora fallecido) había hecho a su tienda con la idea de encargar la reparación de las cerraduras, y su propio e inútil desplazamiento al piso en cuestión. La señora Jones, hábilmente dirigida entre fechas y detalles, aportó la prueba del descubrimiento del cuerpo. Dos médicos —un doctor privado al que se llamó con urgencia con las primeras prisas y un especialista de la circunscripción— estuvieron de acuerdo en los puntos esenciales, y la policía con eficacia fue uniendo los correspondientes puntos de la narración hasta conseguir presentar una explicación fiable de la tragedia.

Pero la figura más llamativa de la jornada de declaraciones, aunque su aportación tenía poca cosa que ofrecer y era principalmente negativa, fue la infeliz viuda. Mientras avanzaba hacia el estrado, aquella criatura pálida, grácil en su desacostumbrado aunque —cabe decir— atractivo luto, levantó murmullos de compasión en el tribunal; y Carlyle, que había mantenido ciertos prejuicios contra ella, como un reflejo automático del destino de su cliente, sintió total empatía.

La señora Poleash ofreció su testimonio en voz baja, una voz que no resultaba particularmente atractiva en su tono, y miró al frente con ojos que

no reflejaban ni abatimiento ni desconcierto. Su nombre, dijo, era Katherine Poleash, y tenía veintinueve años. No sabía nada de la tragedia, porque en aquel momento se encontraba en Torquay. Había partido hacia dicha localidad el sábado por la tarde, y su marido la había acompañado a Paddington. Su relación era perfectamente amistosa, aunque no muy afectiva. Su marido era un hombre considerado pero bastante reservado, sin ningún interés especial en nada concreto. Dos años antes, la señora Poleash había estado trabajando, pero una depresión había interferido con su capacidad laboral. Fue en el transcurso de su enfermedad cuando habían decidido dormir separados; había cambiado en muchos aspectos por culpa de los nervios, pero se sintió sorprendida al saber que la habían descrito como una maniática o una desequilibrada.

—«Continuamente sobresaltada, irritable y no siempre razonable», tales fueron los términos precisos que utilizó su marido, creo —apuntó Carlyle de forma educada.

—Bueno, es casi lo mismo —replicó la mujer con apatía.

Siguiendo con su declaración, dijo que no tenía constancia en absoluto de ninguna relación entre su marido y una dependienta, tal y como se había referido en la sala, ni había oído hablar jamás de aquel hombre llamado Peter, ni por su nombre en inglés ni en italiano. No podía ni sugerir en qué barrio de Londres podría estar la tienda de la dependienta en cuestión, porque el finado solía salir mucho y recorrer muchos barrios. La policía ya tenía una lista de las distintas propiedades que tenía a su nombre. Al concluir su declaración, la señora Poleash pareció estar a punto de desmayarse y tuvo que ser atendida.

No se iba a ganar nada con un nuevo aplazamiento ni con más declaraciones. La causa de la muerte —el tema real que se planteaba el tribunal— estaba razonablemente clara. El jurado emitió un veredicto de «asesinato premeditado a manos de una persona o personas desconocidas». Antes de que los periodistas abandonaran la sala, la policía les pidió que sus medios emitieran una petición para que todas aquellas personas que pudieran tener algún conocimiento de quién era la dependienta, y que tuviera amistad con un extranjero conocido como Peter, o Pietro, o con un hombre que respondiera a la descripción del señor Poleash, lo comunicaran de inmediato

o contactaran con la Nueva Scotland Yard o con cualquier comisaría local. Los medios prometieron cumplir con lo sugerido y ofrecieron publicar fotografías del señor Poleash como medio para conseguir el fin perseguido, aunque resultó finalmente que no se encontró ninguna fotografía que pudiera servir para identificarlo. Así comenzó la memorable cacería periodística de una dependienta extraordinariamente escurridiza y un extranjero cuya descripción comenzaba y concluía con la etiqueta «Peter el italiano».

—Me estaba preguntando si usted o el inspector Beedel vendrían a verme —dijo Max cuando George apareció en el estudio de The Turrets. Dos semanas habían transcurrido desde la conclusión de la vista oral y los periódicos habían relegado ya la tragedia del piso de Holloway desde una columna en las páginas impares a un breve de seis líneas entre Local y Nacional—. Su tío a menudo se dejaba caer por aquí y me comentaba cómo iban los casos...

—Él lo ve de otra forma, señor Carrados. Él suele decir que, cuando se trata de ver a través de las paredes, usted... ¡bueno, demonios...!

—Qué curioso —apuntó Max—, no recuerdo que el inspector Beedel utilizara nunca esa expresión...

George se sonrojó un poco y luego dejó escapar una risilla para demostrar que tenía dominio de sí mismo.

—Bueno, tal vez haya puesto algo de mi parte sin querer... —dijo—. Pero eso era lo que quería decir... en un sentido elogioso, claro. De hecho, ha sido por consejo suyo por lo que he decidido atreverme a molestarle hoy.

—¿Molestarme? En absoluto —protestó el ciego, siempre sensible al menor indicio de inseguridad—. Esa es otra palabra que el inspector no utilizaría para referirse a mí, estoy seguro.

—Es usted muy amable —dijo George, aceptando un cigarrillo—, y como tenía que venir a esta parte de la ciudad para ver a otra... oh, Dios mío, ¡otra!, para ver a una dependienta más, bueno, pensé...

—Ah, ¿cómo está yendo el caso?

—No va, señor Carrados. Hemos visto a miles de dependientas y a

centenares de italianos llamados Peter. Estoy empezando a pensar —dijo el muchacho, mirando al rostro de Max Carrados como si fuera a proponer una herejía— que esa persona simplemente no existe.

—¿Ah, sí? —contestó Carrados sin inmutarse—. Siempre conviene mirar más allá de lo evidente, ¿verdad? ¿Qué dice el inspector?

—Dice: «Me gustaría saber qué quiso decir exactamente el señor Carrados cuando hizo la broma del “Se habla italiano”» y qué estaba haciendo cuando tiró aquel cuadro».

Carrados se rio de buena gana con aquellos comentarios y pareció que de verdad miraba las volutas azules del humo que ascendía hacia el techo desde su cigarrillo.

—¡Qué fácil es dar una respuesta directa cuando se plantea una pregunta sencilla! —contestó—. Con aquello del «Si parla italiano» solo quise avanzar mi opinión personal de que no había ningún Peter italiano; y cuando rompí el cuadro estaba intentando conseguir la prueba definitiva que estaba allí.

George guardó silencio, con la esperanza de que Carrados desarrollara su teoría, pero su anfitrión pareció considerar que ya había dicho todo lo necesario, y es difícil que un hombre revele sus secretos cuando uno no puede clavar la mirada en el otro.

—Puede que Poleash estuviera equivocado... —añadió entre titubeos—; o puede que quisiera engañar al señor Carlyle a propósito con los detalles, con la idea de conseguir su consejo pero sin confiar en él completa y definitivamente.

—Puede ser —admitió el fumador con toda tranquilidad.

—Sin embargo, hay una cosa que no puedo entender, y es cómo conseguía conservar la compañía de una muchacha sin gastar más con ella de lo que parecía gastar habitualmente. Encontramos un pequeño diario de bolsillo en el que anotaba sus gastos, y no hay ni un solo apunte sobre bombones, flores, teatro ni nada de ese tipo.

—¿Un diario?

—Oh, no. No llevaba un diario; solo anotaciones de gastos y de las rentas que recibía y todo eso. Aquí está, si quiere... si quiere examinarlo...

—Gracias, me encantaría. Me pregunto cuánto le cobraría Carlyle por la

consulta.

—No recuerdo haber visto eso... —admitió George, pasando las páginas del cuadernillo—. Eso fue el jueves 3, ¿no? Pues no. Es muy curioso que no aparezca... Me pregunto si no anotaba esos gastos que podrían considerarse cuestionables por temor a que la señora Poleash los viera.

—No sería raro —admitió Carrados—. ¿Y no ha encontrado ahí nada de interés, entonces? ¿Ni direcciones ni nuevos nombres?

—Nada de nada. Ah, esa página que tiene ahora no es más que un registro con tallas y números y eso.

—Sí. Es una costumbre muy útil, ¿verdad? —Los largos y sensibles dedos recorrieron renglón tras renglón sin detenerse ni dudar—. Cuando hizo esta lista, Albert Henry Poleash no podía imaginar... Botas, talla 9; sombrero, 7 1/8; cuellos, talla 16; guantes, talla 8 3/4; reloj, núm. 31903; peso, 11 *stones* y 8 libras³⁵. Aquí tenemos al hombre. *Ex pede Herculem*, como dicen...³⁶, solo que en nuestro caso, por supuesto, el sombrero y los guantes resultan más útiles.

—Muy cierto, señor —dijo George, cuyo instinto era mantener siempre una apariencia de saberlo todo.

Cuando Parkinson entró en el estudio, poco después, se encontró con que su patrón estaba allí solo. Todas las luces estaban encendidas y, sentado a la mesa del despacho, Max Carrados tenía delante una sencilla hoja de papel. Con su experta agudeza para las minucias de toda condición, Parkinson inmediatamente tomó fotografías mentales de la cuartilla con su pequeña columna de datos, de la posición y la apariencia de la silla que George había utilizado, del número y la situación de las colillas de los cigarrillos y las cerillas, de todos los detalles relacionados con la bandeja y los contenidos, y de otros cuantos asuntos. Era su rutina.

—Cierra la puerta y ven aquí —le dijo Carrados—. Quiero que intentes recordar un momento concreto, de hace cuatro semanas, en la última ocasión que fuimos a la oficina del señor Carlyle juntos. Cuando nos sentamos en la salita de espera, te pregunté si las cosas que había allí pertenecían a alguien que nosotros conociéramos.

—Recuerdo esas circunstancias perfectamente, señor.

—Quiero que me describas las cosas que había. ¿Los guantes?

—Había solo un guante... el de la mano derecha. Era de ante gris oscuro, bastante usado, y no del mejor corte. El corchete tenía la marca de Audubon Frères. Lo único que había en el interior era la talla: la talla 7 ½.

Carrados apuntó algo en la cuartilla que tenía delante.

—¿Y el sombrero? —dijo—. ¿De qué talla era el sombrero?

—La talla del sombrero, impresa en una etiqueta blanca octogonal, era la 6 ¾, señor.

—Excelente. Cuando el cliente pasó por delante de nosotros lo viste durante un momento. Aparte de la ropa, que no nos importa ahora mucho, ¿tenía alguna peculiaridad física que pudiera identificarlo?

—Tenía un pequeño lunar oscuro debajo del ojo izquierdo. El lóbulo de su oreja derecha era apreciablemente menor que el de la otra. Y la uña del dedo corazón de la mano derecha estaba doblada por una vieja herida.

Carrados anotó algo más finalmente en la cuartilla.

—Muy bien. Perfecto, Parkinson —concluyó—. Esto es todo lo que necesitaba.

Transcurrió un mes en el que no sucedió nada. De vez en cuando, algún periódico se ocupaba del tema, o comentaba la inquietante frecuencia con la que se cometían asesinatos que no se resolvían, y entre otros casos mencionaban la tragedia del piso de Holloway y condenaban la facilidad con la que Peter el italiano se había esfumado. Para entonces ese nombre ya resultaba vagamente familiar para el lector.

Y entonces, una noche de principios de noviembre, Beedel llamó al señor Carrados. Dio la casualidad de que fue el propio ciego quien cogió el teléfono, y con las primeras palabras supo que la paciente y disimulada observación de tantas semanas estaba a punto de fructificar.

—Sí, soy el inspector Beedel, señor —dijo una voz al otro lado—. Le hablo desde Beak Street. Los dos que usted sabe acaban de ir al restaurante X en Warsaw Street. La señorita ha reservado dos asientos en el teatro Alhambra

para esta noche, así que esperamos tenerlos en el restaurante por lo menos durante una hora.

—Iré de inmediato —contestó Carrados—. ¿Y Carlyle?

—Ya se lo hemos notificado. Entrada trasera por Boulton Court —dijo el inspector—. Les estaré esperando yo mismo.

Era la primera vez que «los dos que el ciego sabía» se habían encontrado desde que se ordenara la vigilancia, y su correspondencia había sido singularmente inocua. Sin embargo, no se había levantado ni la más mínima sospecha y la misma precaución que había impulsado al señor Carrados a tirar un cuadro para encubrir la sustracción de un pequeño trozo de cristal se había mantenido durante todo aquel tiempo.

—Tenemos un agradable saloncito privado arriba, señor —sugirió el propietario del restaurante cuando aparecieron «los dos». Él suponía que habían dado esquinazo al mundo y que nadie se acordaba ya de ellos, y estaba en lo cierto, aunque no del todo. Con una levísima reverencia, el hombre avanzó por la estrecha escalera hasta un curioso saloncito que había en el primer piso. El salón general de abajo no estaba lleno, pero este se encontraba completamente vacío.

—Igual que en los viejos tiempos —dijo la mujer con una risa muy poco musical cuando se quitó el abrigo: había pocos rastros de la apenada viuda en su figura—. Pensé que deberíamos evitar el Toledo en el futuro.

—Sí —respondió su compañero lentamente, mirando con suspicacia a su alrededor: ya no llevaba ni gafas ni bigote, ni su mano izquierda indicaba que le faltara un dedo, ni llevaba el impenitente guante—. Lo único que digo es que tal vez sea demasiado pronto para salir juntos de nuevo.

—¡Bah! —exclamó ella con desprecio—. Se han ido a dormir otra vez. No hay nada..., nada, ni un simple detalle, que haya salido mal. ¡Lo único que podría ocurrir sería que hicieran una redada aquí para buscar a Peter el italiano!

—Por el amor de Dios, no sigas con eso —dijo el hombre en voz baja—. Tu marido era un animal contigo, por lo que dices, y yo no lamento lo que hice, pero quiero olvidarlo todo. Te saliste con la tuya: yo hice todo lo que planeaste. Ahora ya eres libre y tienes una buena posición económica, y en

cuanto todo sea seguro podremos casarnos... si todavía quieres.

—Si todavía quiero... —repitió, mirándolo de forma intencionada—. ¿Sabes, Dick? Creo que podría ser recomendable que nos casáramos incluso antes de lo que pensé.

—¡Ssssh! —advirtió el hombre—. Sube alguien... Pide tú, Kitty... Tú lo haces siempre. Cualquier cosa me valdrá. —Se dio la vuelta para colocar su abrigo en una silla vacía y confirmó que estaban seguras sus pertenencias en el bolsillo.

En la planta de abajo, en el anodino salón, el propietario estaba siendo informado y puesto en antecedentes con todo detalle y se le explicó la situación para que colaborara con la mayor disposición. En presencia de una autoridad tan vigorosamente expresada, el hombre fornido cabeceó profusamente, bajó la voz y, de vez en cuando, colocaba un dedo sobre los labios en señal de aceptación y acuerdo.

—Hola... —dijo el hombre llamado Dick cuando un camarero distinto le trajo un plato—. ¿Dónde está nuestro camarero?

—Algunos clientes habituales quieren que siempre les atienda él —explicó el nuevo—. Espero que no le importe, señor.

—Ni lo más mínimo.

—Ya está, inspector —informó el «camarero»—. Tiene las tres marcas que usted dijo: el lunar, la oreja y la uña.

—¿Y respecto a la mujer, podemos estar seguros?

—Es la señora Poleash, tan seguro como que estoy aquí.

—¿Han hablado de algo...?

—No mientras he estado yo presente. Ahora le cuento el problema: tiene una pistola pequeña a mano.

—Atentos a esto. Deja la puerta abierta y mira a ver si puedes hacerle hablar... Ustedes dos vengan aquí, a ver si logran oír algo.

Carrados sonrió cuando se dispuso a cumplir con su papel.

—Yo ya he oído lo suficiente —dijo—. Es la voz del hombre que fue a visitar al señor Carlyle el día 3 de septiembre.

—Sí, yo también creo que es su voz... —admitió Carlyle cuando volvió con los otros casi de puntillas—. Eso parece, pero hace dos meses de aquello y no

podría jurarlo.

—Ese es el hombre —repitió Carrados de forma obstinada.

El inspector Beedel, haciendo sonar algo calladamente en su bolsillo, hizo una seña a su camarero.

—Morgan entrará tras usted con el café —dijo—. Póngalo sobre la mesa, Morgan, y sitúese junto a la mujer. Avísenos en cuanto lo tenga sujeto.

El primer camarero fue quien llevó los postres, y con los postres venía una salsa. No es que se derramara toda, pero alguien hizo un movimiento raro y salpicaron unas gotitas. Con una catarata de disculpas, y con la servilleta en la mano, el camarero se inclinó sobre el cliente para quitarle la mancha que había caído sobre la manga del abrigo.

—¡Eh, alto ahí! —exclamó el hombre, alarmado—. ¿Qué demonios está usted haciendo?

Ya era demasiado tarde. Hablar era lo único que podía hacer. Sus muñecas estaban ya sujetas por unas manos hábiles, profesionales e implacables; fue sujetado e inmovilizado contra el respaldo de su silla al primer movimiento de resistencia. Kitty Poleash se levantó de su asiento con una sangre fría aterradora, pero sintió una mano sobre su hombro, lanzó una temerosa mirada alrededor y volvió a hundirse en su silla de nuevo. Antes de que nadie pudiera hablar, el inspector Beedel había aparecido, y las esposas de hueso y músculos que sujetaban las muñecas del hombre fueron sustituidas de inmediato por otras de acero. Menos de treinta segundos duró aquella asombrosa actuación.

—Richard Crispinge, está usted acusado del asesinato del marido de esta señora. Katherine Poleash, está usted detenida como cómplice. —A continuación se procedió a las precauciones de rigor—. Que venga un taxi a la puerta de atrás, Morgan.

Media docena de emociones distintas pudieron observarse en el rostro de Crispinge cuando lanzó una mirada a su compañera y luego miró al policía.

—¡Está usted loco! —dijo jadeando por el esfuerzo y su deseo de soltarse—. Yo no he visto jamás a ese hombre...

—Yo en su lugar no diría nada en estos momentos —aconsejó Beedel, en un rasgo de humanidad para con el reo—. Puede que descubra que sabemos

más de lo que usted pudiera pensar.

Lo que sucedió a continuación jamás podría haberlo previsto nadie en este mundo: cierto cable se rompió y en un abrir y cerrar de ojos toda una acera de Warsaw Street se quedó a oscuras. Lo que ocurrió en esa oscuridad se discutió con vehemencia más adelante: dónde habían estado unos y otros, antes y después, quién se había movido y quién había hablado, de quién fue la mano que se levantó; todas fueron cuestiones de disputa, pero lo que sucedió con certeza fue que, de repente, un rayo rojo rasgó la oscuridad, hubo una leve detonación —apenas más fuerte que el estallido de una bolsa de papel— enseguida, y casi a cámara lenta llegó a oídos de los presentes una gran explosión de cristales y porcelana.

—¡Esa linterna, aquí! —gritó la voz alarmada de Beedel mientras el haz de una linterna giraba como un reflector enano y luego se concentraba en una masa tendida al otro lado de la mesa—. ¡Parece que está vivo!

—Dicen que hay gas en alguna parte —anunció Carlyle, encendiendo una cerilla mientras entraba corriendo—. Ah, aquí está...

No pareció necesario preguntar entonces qué había ocurrido, aunque es posible que jamás pudiera certificarse cómo había sucedido; porque aunque Kitty Poleash estaba de pie ahora, mientras que antes estaba sentada, el arma se encontraba fuera de su alcance, ya que tenía las manos esposadas. Una curiosa apatía pareció inundar la estancia, como si el olor acre de las volutas de humo hubiera enturbiado la capacidad de atención de los presentes, y, cuando la mujer se movió lentamente hacia su amante, Beedel simplemente cogió la pistola, la levantó y esperó. Con una terrible tranquilidad, la mujer se arrodilló junto a la forma encogida del hombre y levantó su cabeza inerte.

—Adiós, querido mío —dijo con tranquilidad, besando por última vez los labios muertos—, ya todo ha acabado. —Y con una extraña firmeza trágica, añadió, con palabras de otra conspiradora fatal—: ¡Fracasamos!³⁷.

Ella parecía ser la única que tenía algo que hacer allí y algo que le importaba. Beedel estaba absorto; Carlyle y Carrados se sentían como espectadores que caminaran por un escenario cuando la obra ya había terminado. En la calle, abajo, el taxi que habían llamado ronroneaba sin que nadie le hiciera caso; ahora estaban esperando otro vehículo. Cuando hubo

partido con su carga, Kitty Poleash siguió a sus captores sumisamente, como un perro sin casa.

—No es ningún orgullo que un hombre se nos haya ido de esta manera —apuntó el inspector con gesto sombrío cuando Carlyle y Carrados se reunieron con él antes de marcharse—, pero, desde luego, por lo que se refiere a ellos, eso es lo mejor que podría haber ocurrido.

—¿En qué sentido se refiere usted a «lo mejor»? —preguntó Carlyle con un interés profesional por lo explícito.

—Bueno, piense en lo que sucede ahora. Él se ha ahorrado todos los problemas y el temor a ser ahorcado, lo cual era evidente que iba a ocurrir al final, y ha pasado a mejor vida sin un instante de angustia. Ella saldrá beneficiada de todo esto también, porque su declaración podrá ir contra ese pobre desgraciado y podrá esgrimir que él ejerció una influencia irresistible sobre ella. Personalmente, diría que la culpa estaba repartida, seis para uno y media docena para la otra, pero ella tiene tantas posibilidades de ser colgada como yo de que mañana me hagan superintendente.

—Max —dijo Carlyle, mientras encendían sus puros aquella misma noche—, cuando uno piensa en lo elaborado que estaba ese plan... resulta asombroso.

—Es curioso —replicó Carrados de forma pensativa—, porque a mí me resulta absolutamente simple e inevitable. Tal vez es porque yo lo habría hecho, en términos generales, enténdeme, exactamente igual.

—¿Y te habrían cogido igual?

—En su plan había varios errores. Si tú decides matar a un hombre, tienes que hacerlo o en secreto o abiertamente. Si lo haces secretamente y sale a la luz, lo llevas claro. Si lo haces abiertamente, siempre existe la posibilidad de darle otra apariencia al crimen.

»Esos dos, Crispinge y la señora Poleash, sabían que matar al marido digamos... como es habitual, atraería inmediatamente las sospechas sobre la esposa. Con una investigación seria no podría ocultar que tenía un amante y al desvelarse esa relación, la mujer caería sin remedio. En realidad, si Poleash

hubiera vivido, ese hecho podría haber salido a la luz tarde o temprano, y fue la sórdida decisión de asegurarse las rentas del marido para sí mismos, antes de que él descubriera la intriga y se divorciara de su mujer, lo que selló su destino y forzó la resolución fatal de la situación.

»Si uno tiene intención de cometer un asesinato, Louis, y sabe que las sospechas recaerán de inmediato sobre él, ¿qué sería lo primero que intentara? Obviamente, que recayeran sobre otra persona con más fuerza. Pero, como el arresto de ese alguien podría desbaratar el plan, lo que naturalmente haría es que su identidad fuera tal que hubiera muchísimas posibilidades de que no lo cogieran jamás. La persona más difícil de encontrar es la persona que no existe.

»Ahí tienes toda la estrategia de este lamentable asunto. Todo dependía de eso, y una vez que se tiene esa clave, no solo ves por qué ha ocurrido todo como ha ocurrido, sino que puedes prever con exactitud lo que ocurrirá. Para que siguieras creyendo que habías hablado con el Poleash real era absolutamente necesario que tú no vieras nunca en realidad al hombre en cuestión. De ahí que desfiguraran a la víctima. ¿Qué tipo de asesino podría hacer eso? Solo un hombre enloquecido por la furia de los celos. Y la gente del sur es bien conocida por ser la más celosa y vengativa, así que tenían que endilgarnos a alguien de Italia o España, y el italiano era el más creíble de los dos. Al mismo tiempo, el señor Hipwaite se convirtió en otra pieza interesante que podría corroborar el cuento. ¿Pero por qué iba el señor Poleash a contratar a ese señor Hipwaite, que vive a una milla de la casa? Hay un cerrajero mucho más a mano, en la misma calle. Lo único que hice fue llamarlo y supe que, como sospechaba, conocía al señor Poleash de vista. Como es lógico, ese cerrajero no servía para el plan.

—Tal vez debería haber sido más escéptico cuando aquel tipo me contó su historia —concedió Carlyle—, pero ya sabes, Max, que tengo a una docena de personas llamando a mi puerta todos los meses con historias raras... y lo que ha pasado con este asunto no ocurre ni una vez por cada millón de entrevistas. En todo caso, yo no vi nada que me hiciera sospechar... ¿Dices que cometió errores?

—Crispinge, entre otras muchas cosas en las que fracasó, lo hizo en su

calidad de actor, aunque con la señora Poleash instruyéndolo sin duda ejecutó su papel bastante bien. A la vista de lo sucedido y con la ventaja de saberlo todo, podemos decir que Crispinge hizo demasiado hincapié en la necesidad de secreto. La idea del ataque previo, pensado, por supuesto, para lanzar una irrefutable evidencia sobre el posterior crimen, era demasiado elaborada y obvia. Algo más ligero habría sido más útil. Personalmente, creo que fue un exceso de cautela darle libre a la señora Jones la tarde del jueves. Podrían haber confiado en su carácter demasiado «maternal» a la hora de declarar. Era necesario destruir la única fotografía fiable de Poleash, pero deberían haberse arriesgado a quemarla antes de que ella se fuera para establecer una coartada irrefutable, y no haberla dejado para que su cómplice lo hiciera. Dadas las circunstancias, al tocar el marco después de haber quemado los guantes, Crispinge nos proporcionó las únicas huellas dactilares que lo vinculaban al crimen y revelaban su identidad.

—¿Entonces ya estaba fichado?

—Extorsión, hace seis años, y otras cosas antes. Una mezcla de debilidad y violencia, siempre gravitaba en torno a mujeres en las que buscaba apoyo. Pero el gran error, el fallo vital, la señal de alarma para mi intuición...

—¿Sí?

—Bueno, no me gustaría comentarlo con nadie más que contigo. La sábana y la almohada a las que de forma tan convincente se aferró tu cliente en su relato acabaron definitivamente con su historia. Esas prendas jamás estuvieron en la cama de Poleash, créeme, Louis. Lo más natural para la mujer fue cogerlas de entre las suyas y, sin embargo, ¡qué error tan fatal! Yo lo noté en cuanto las tuve en las manos, y en un santiamén todo el entramado de mentiras, con tanto ingenio construido, se vino abajo. Nada, absolutamente nada, podría reparar ese simple y mortal error.

33 «The Holloway Flat Tragedy», incluido en *Max Carrados Mysteries*, Hodder and Stoughton, Londres, 1927.

34 El colmo de la mala suerte (var., *nefas*).

35 En el sistema inglés, una «piedra» (*stone*) equivalía a unos 6,3 kilogramos, de modo que el peso del hombre rondaría los 73 kilogramos, con las 8 libras de añadidura.

36 *Ex pede Herculem...*: por la medida del pie sabemos cómo es Hércules, una idea de proporcionalidad atribuida a Pitágoras.

37 Lady Macbeth, en *Macbeth* I, VII.

El asombroso caso del testigo desaparecido³⁸

Al principio, el robo de la central de correos de Ayr Street llamó muy poco la atención de los medios. Posteriormente, debido a causas con las cuales esta historia guarda relación, consiguió alcanzar el grado de «crimen de primera categoría»; tal era el calificativo que el inspector Beedel solía emplear para referirse a ese tipo de delitos, con su tranquilo entusiasmo profesional. Pero el interés del público fue tan escaso en las primeras fases de la investigación que cuando Max Carrados hizo una visita al tribunal —solo por conservar las viejas costumbres—, una tarde de calor agobiante, encontró la sede judicial medio vacía.

—El atraco de la oficina de correos: el caso de Ayr Street, señor —le explicó el guardia que estaba de servicio en la puerta—. Está acusado uno llamado Rank. Pero ya casi ha acabado, diría yo.

—¡Philip Thaxted! —gritó alguien en la sala.

—Nuevo testigo de la defensa... —murmuró el policía—. ¿Quiere sentarse, señor?

—No se preocupe... Solo voy a quedarme un minuto. ¿Quién lo lleva?

—El señor Booker es la acusación pública. No sé quién lleva la defensa... Desde luego, ninguno de los habituales de aquí.

—¿Es el que está hablando ahora?

—Sí, señor.

Un hombre ataviado de forma sencilla, con un rostro bastante arrugado y artístico, de pelo gris oscuro y modales tranquilos, pero muy seguro de sí mismo, acababa de subir al estrado llamado por la defensa. Se procedió al juramento formal de rigor y se resolvieron enseguida todos los preliminares.

Sí, su nombre era Philip Thaxted y vivía en algún sitio de Kingston-on-Thames. Antaño había sido mercero, tanto encargado como por cuenta propia, pero ya estaba retirado.

—Aquel miércoles por la tarde, el día 17 del presente mes, iba usted dando un paseo por Richmond Park, ¿no es así? —sugirió el abogado defensor.

—Totalmente correcto.

—Díganos qué pasó.

El visitante ciego se inclinó un poco hacia delante y tocó ligeramente el brazo del policía.

—Me gustaría escuchar un poco más esta declaración —dijo en voz baja—. Tal vez lo mejor sería que me sentara.

Mientras entraba en silencio en la sala, guiado por el brazo del policía, a alguien se le cayó el bastón al cederle el paso, provocando un molesto ruido. El hombre que estaba en el estrado miró de mal humor en dirección al ruido, y algo como un sobresalto pareció conmocionarlo; durante unos minutos su voz pareció plana y sin vida. Poco después, cuando esa vacilación pasó, el hombre continuó con su historia de forma tan normal como antes.

—Supongo, inspector —dijo Max Carrados—, que fue poco razonable por mi parte pedirle que viniera a verme, después de haber pasado todo el día en los tribunales, ¿no?

—Bueno... no, señor —contestó el inspector Beedel con su habitual e inamovible buena disposición—. Yo diría que no. Verá, señor Carrados: usted me ha pedido que venga a verle por alguna u otra razón en una docena de ocasiones, aproximadamente, y siempre ha redundado, como dicen en los anuncios, «en mi propio beneficio».

Carrados se rio de buena gana mientras le ofrecía asiento y adelantó la caja de puros sobre la mesa.

—No tenga muchas esperanzas en esta ocasión —advirtió—. ¿Tiene usted alguna idea del tema que quiero comentarle?

Beedel levantó con lentitud prudente su mirada meditativa y se asombró,

por enésima vez, ante aquella expresión tan extrañamente vivaz en una mirada muerta que de verdad parecía estar observándole.

—Sé que estuvo hoy en los tribunales, señor, y dos y dos son cuatro...

—Exactamente... —asintió Carrados—. Es por el caso que se ha visto hoy. Esa oficina de correos que atracaron es algo serio, inspector.

—Desde luego lo ha sido para Lizzie Baxter, señor. Supimos en privado que no hay muchas posibilidades de que la muchacha se recupere. Así que...

—Vaya. Entonces, el caso contra Rank no será por robo con violencia, sino por intento de asesinato. Por eso querían sacarlo enseguida, antes de que se planteara una acusación más grave...

—¿Se refiere a la coartada, señor?

—La coartada, sí. ¿Qué piensa usted de esa oportunísima coincidencia en el minuto exacto en el que se estaba realizando el trabajo?

Una brillante vitola adornaba el puro que el inspector Beedel estaba estudiando con atención. Quitó la bonita faja del cigarro y la estiró cuidadosamente para meterla en su agenda y regalársela a otro Beedel incondicional de las vitolas que ya había cumplido cinco años.

—En realidad me sorprendió bastante la declaración de esta tarde —contestó—. El hombre que salió al estrado y testificó que estuvo hablando con Dennis Rank a las cuatro y media aquel día no es uno de los que suelen salir después de cualquier robo o de cualquier accidente dispuestos a jurar cualquier cosa por un poco de tabaco y media pinta de cerveza. Es un hombre de éxito en los negocios y, como no se puede decir nada malo de él, la investigación va a demostrar que tiene una innegable respetabilidad pública desde hace más de veinte años. El juez instructor desconfía un tanto, y, como usted sabe, el señor Lipscott también, pero, si este tipo insiste en su historia cuando haya que ir al tribunal penal de Old Bailey, dudo que ningún jurado condene a Rank.

El ciego asintió con aire meditabundo. Al parecer no había posibilidad de cuestionar la importancia y la solvencia de la declaración de Kingston.

—Él iba dando un paseo por Richmond Park, lo más normal para un caballero de mediana edad que quiere estirar un poco las piernas, cuando todo ocurrió. Un perrito salió de un matorral y le ladró furiosamente, y él intentó

repelerlo con su bastón. Entonces, el perrillo le mordió en una pernera del pantalón y se la rasgó. El dueño del perro apareció luego y los dos hombres comenzaron a discutir; el propietario acusó al otro de apalearlo al perro y este acusó al hombre de tener un perro agresivo. Al final, se pidieron los nombres y las direcciones, y ahí está, escrito en su cuaderno con la fecha y el momento exacto del incidente.

—Eso es —asintió el inspector—. Todo perfectamente razonable y circunstancial.

—Sí —aceptó Max Carrados—. Y más que eso: casi providencial, podría decirse. Si hubiera sido uno de los amigos de Rank, la declaración y esta prueba podría haberse puesto en duda, pero nuestro señor Thaxted aparece como un total desconocido. Si se hubieran encontrado, digamos, en Hyde Park, una ligera discrepancia en el tiempo podría haber conseguido que la coartada resultara poco convincente, pero Richmond está lo bastante lejos como para dudar. Y luego, en qué pocas ocasiones es probable que uno le pida el nombre y la dirección a otro, y los ponga por escrito, y apunte la hora y la fecha del suceso... ¿no?

—Lo que es absolutamente cierto es que Rank tiene un terrier pequeño que pudo haber actuado así —advirtió Beedel.

—Y desde luego al señor Thaxted no le costaría presentar unos pantalones que demostrarían que habían sido mordidos —dijo Carrados secamente—. Vamos, Beedel, cuénteme: ¿qué se esconde detrás de todo esto?

—¿Detrás, señor? —repitió el inspector con una increíble inocencia.

—El atraco de la oficina de correos de Ayr Street no fue un robo común, en absoluto. Lo sabe usted tan bien como yo.

—Es gracioso —apuntó el invitado, con aire meditabundo—. Me he pasado la última semana intentando convencer a un par de personas en Scotland Yard de que lo vean de ese modo, y no he tenido suerte. Sus palabras, señor Carrados, son casi las primeras que...

—Por supuesto, en realidad yo no sé nada del caso... —se disculpó Max Carrados.

—Yo lo que creo... —dijo el inspector Beedel de buena gana, pero con aire sombrío, y repitiendo sus propias palabras con la idea de hacer énfasis en

ellas—, yo lo que creo es que hay una organización secreta que está detrás de todo el asunto. Nunca he creído que fuera el dinero lo que aquellos dos tipos estaban buscando, aunque desde luego cogieron todo lo que pudieron cuando se largaron de allí.

—¿Y entonces? —preguntó Carrados, porque Beedel se había quedado callado en una especie de profunda abstracción profesional.

—Algo político; estoy casi seguro, señor. Un montón de partidarios del Sinn Fein ese andan creando problemas de modo sistemático en estos momentos. Y le sorprendería saber quiénes están más o menos implicados con ellos...: todo tipo de gente.

—¿El caballero jubilado de Kingston, por ejemplo?

—No tengo ninguna duda de que él puede ser uno de ellos. Pero hablo de gente en la que nadie hubiera pensado... bueno, me refiero... a profesionales liberales o soldados, funcionarios civiles, damas de la alta sociedad, estibadores, artesanos... Me atrevería a decir que buena parte de ellos no irían muy lejos por «la causa», pero algunos sí, y luego, en los márgenes, se encuentran los habituales que siempre están dispuestos a sacar algún provecho de lo que pasa.

—Es muy probable —admitió el ciego—. ¿Qué pretendían en este caso?

—En general nunca hay mucho lío en la oficina de correos de Ayr Street, pero está bastante cerca de ciertos despachos oficiales y públicos. Cualquiera cosa que se hubiera registrado estaría detrás del mostrador, y se iba a entregar enseguida, y por eso llevaron a cabo el asalto. Mi idea es que sabían que algo iba a entregarse en esa oficina, entrega que estaban desesperados por impedir o por detener. A Lizzie Baxter no le pegaron un tiro por no querer proporcionar el dinero, sino porque se interpuso entre Rank y las entregas inmediatas.

—¿La chica no ha hablado?

—No. Y probablemente no hablará nunca. Ella es la única que podría identificar a quien disparó, y sin ella el caso contra Rank se queda en lo puramente circunstancial; por eso es por lo que Thaxted ha podido salir a la palestra tan tranquilo.

—No tan tranquilo, tal vez, después de todo, inspector —apuntó Carrados

con intención.

—¿Qué quiere decir usted, señor?

—Quiero decir que da la casualidad de que el día 17, el día que ocurrió todo, el señor Thaxted y yo estuvimos sentados en un banco apartado de Kew Gardens desde las cuatro hasta las cuatro y media y discutimos sobre el crecimiento de los claveles y otros asuntos intrascendentes. Después fuimos andando juntos hasta Lion Gate y nos despedimos más o menos a las cinco menos diez.

—Oh oh. —El inspector Beedel se retorció en su asiento y trató de acomodar su mente perspicaz, aunque no muy ágil, para reconsiderar la situación después de aquella nueva revelación—. Eso va a ser un problemilla para la defensa, ¿no, señor? ¿Me está usted diciendo que conoce a ese señor Thaxted?

—En absoluto. Somos unos perfectos desconocidos que simplemente se encontraron y charlaron un poco, y luego cada cual se fue por su lado. No lo he vuelto a ver en mi vida, hasta que reconocí su voz el otro día en la sala de los tribunales.

—Entiendo. Por supuesto, si no estaba discutiendo con Rank en Richmond Park a las cuatro y media, debía de estar en otro lugar. Pero de todos modos, usted pensaría... bueno, ha corrido bastantes riesgos.

—Desde luego, sobre todo si ha decidido cometer perjurio, inspector. Después de todo, el hombre nunca mencionó su nombre, ni su oficio, ni dio ningún detalle personal tangible; y sabía perfectamente que era un ciego el que estaba a su lado y con el que estaba hablando. Cuando, como podemos deducir, se necesitó a un voluntario para salvar a Rank proporcionándole una coartada, al señor Thaxted le debió de parecer una opción segura, ya que durante esa media hora más o menos no estaba comprometido en absoluto.

—Claro, claro —añadió Beedel, dándole vueltas a la situación en su minuciosa mente, igual que un perro pastor bastante lento pero constante consigue cumplir con su trabajo—. Todo resulta bastante razonable... Hay solo una dificultad... si no le importa que se la mencione...

—Estudemos los puntos débiles, naturalmente —le animó Carrados.

—¿Estaría usted dispuesto a declarar, señor?

—Por supuesto; debo hacerlo. Yo no sé nada de Rank en ningún sentido, pero debo dar un paso adelante o, de lo contrario, tendría lugar una increíble perversión de la justicia. Esto también puede ayudar a saldar un poco la deuda que tengo con usted, inspector, ¿verdad?

—Gracias, señor, pero creo que ya ha hecho bastante. Sin embargo, no niego que me haría un gran favor si declarara para desmontar esa coartada. Y eso me lleva a lo que estaba diciendo.

—Sí, pero es que parece usted bastante reacio a decirlo.

—Bueno, es cierto, señor Carrados. Usted haría su declaración conforme al reglamento común, y luego la pregunta inmediata sería: «¿Ve usted al hombre del que está hablando aquí en esta sala?». Y claro...

—Cuando los abogados preguntaran «¿Ha oído usted a ese hombre en esta sala?», yo contestaría: «Sí, cuando el señor Thaxted declaró». ¿Cree usted que no resultaría convincente?

—No creo que un jurado común considerara tan satisfactorio identificar a un hombre por su voz como por su rostro.

—Me siento inclinado a pensar como usted. Si yo dijera: «El hombre que estuvo sentado a mi lado se come las uñas, fuma cigarrillos Algerian y lleva calcetines elásticos», ¿cree que podría impresionar al tribunal?

El inspector se rio con gran satisfacción.

—Vaya; sí, señor... No puedo decir otra cosa. Podríamos intentar que el señor Thaxted nos enseñara las uñas, sacara su pitillera y se levantara la pernera del pantalón. ¡Eso podría ser la bomba!

—Entonces debo considerarme invitado para el martes, de hoy en quince días, y estar a su disposición todo el tiempo que dure el caso.

—Cuanto menos dure mejor, señor —contestó Beedel de modo críptico—. Para decirle la verdad, no lo lamentaría si mañana fuera el martes de dentro de quince días. No es bueno que nadie sepa que usted tiene algo que ver con el caso, y yo confío en que permanezca en secreto hasta el ultimísimo minuto.

—¡Oh! —Max Carrados se sintió un poco culpable, recordando el momento en el que el testigo se detuvo y dudó, pero Beedel ya estaba lo bastante preocupado—. ¿Y por alguna razón en particular?

—Uno de nuestros testigos ya ha tenido la desgracia de sufrir un atropello

serio mientras iba en bicicleta, y yo he recibido por correo una elegante caja de bombones de un «amigo desconocido» —contestó el inspector—. Supongo que el tal Rank debe de ser un pez gordo entre esa gente.

Había un banco que dominaba el vasto paisaje campestre donde Max Carrados se sentaba habitualmente cuando salía a dar un paseo por allí. De hecho, los jardineros le dedicaban amables cumplidos a Max y se sabía que este tenía debilidad por señalar los puntos de interés a cualquier forastero que por casualidad quisiera compartir el banco con él. El paisaje que se veía desde allí amenazaba con convertirse para la posteridad en las misteriosas «Vistas del Ciego».

Una asfixiante tarde de julio (la sequía y el bochorno de aquel verano alcanzaron registros desconocidos), alrededor de quince días después de la visita del inspector Beedel, Carrados estaba sentado solo en aquel banco cuando su oído captó las pisadas de dos hombres que se aproximaban. En menos de un minuto supo que un hombre guiaba al otro, y por ello tuvo la intuición de que el segundo hombre era ciego. Entonces se percató de que tenían intención de sentarse en su banco.

—Aquí estará bien —dijo el guía—. ¿No le importa?

—No, no. En absoluto. Pero no tardes mucho —contestó el otro—. Me entra ansiedad si no estás y yo... me siento tan inútil y perdido...

—Hay un caballero aquí, en este banco —dijo la otra voz a modo de aviso—. Todo irá bien; no tardaré. Debo de haberlo perdido no hace más de tres minutos...

Los pasos se alejaron por la hierba y luego se desvanecieron en el camino de gravilla. El desconocido se giró hacia Carrados.

—¿Podría decirme la hora, señor? —preguntó, y enseguida añadió con voz sociable y amable—: Se habrá dado cuenta usted de que soy ciego. Se siente uno indefenso, claro. Mi amigo ha extraviado una libreta importante en alguna parte. Dice que hace tres minutos... Pongamos tres minutos para ir, tres para volver, tres para buscar... Diez minutos va a tardar... Le

cronometraré, si se queda usted hasta que regrese. No me importa que me dejen solo en un sitio conocido, pero me pongo muy nervioso si algo es distinto. Verá... si ocurre algo y tarda mucho en venir... o no viene... ¡Bueno!

—Todo irá bien —dijo Carrados—. No me iré hasta que venga. Diez minutos...

—Me atrevería a decir que no le parece a usted mucho, pero es diferente cuando uno no tiene la suerte que tiene usted... de sentarse ahí, sencillamente, y fumar y pensar... Oh, y hablar, claro, cuando uno tiene la suerte de tener a alguien que quiera hablar... Pero todo resulta bastante triste. Ustedes, la gente normal, no tienen ni idea...

En todo aquello había, tal y como resultó al final, una maliciosa tentación. «Estás deseando fanfarronear, Carrados, igual que un niño que se sabe la lección». Tal podría haber sido el dardo envenenado que le podría haber lanzado un hombre a cuya costa el detective aficionado se estaba divirtiendo; y había en la burla suficiente verdad para congelar durante un instante la habitual amabilidad del ciego. Max Carrados, esto había que admitirlo, era proclive a ostentar cierto aire de superioridad, y sus exhibiciones a veces estaban medidas para conseguir un cierto efecto teatral, pero todo tenía en realidad una causa noble: una apasionada insistencia en ser tratado como un ser humano normal y corriente. Usar a un vidente para demostrar que cuatro sentidos podían servir más que cinco estaba bien, pero ¿acaso no tenía ahora la oportunidad de demostrarle a otro invidente que su vida no tenía que ser tan vacía como la pintaba? Así que esperó.

—¿La guerra? —aventuró.

—No tan romántico. Cataratas. Supongo que me acostumbraré con el tiempo... ¿Ya han pasado los diez minutos?

—No. Solo ocho. —Carrados se remitió a las manecillas de su reloj—. Pero no piense demasiado en el tiempo. Puede haber mil cosas que lo retrasen. Diez minutos... desde luego es un margen muy pequeño.

—Eso es, precisamente... mil cosas. Cualquier situación se le puede presentar a un hombre que va por los caminos buscando su libreta... y luego, ¿dónde voy a ir yo? Fui un tonto por dejarlo marchar... Imagínese...

—No imaginaré nada. Me quedaré aquí hasta que regrese su amigo... Pase

lo que pase, me ocuparé de usted.

—Esto resulta de lo más embarazoso... y es muy amable por su parte... Debo de parecerle un pobre desgraciado...

—No. —La situación comenzaba a resultarle divertida a Carrados—. Estoy muy interesado en los ciegos... Como la fe, la ceguera evoluciona en un sentido muy peculiar...

—¿La fe? —murmuró el desconocido vagamente—. Sí, supongo que sí... ¿Qué es eso? ¿Un coche?

—No —contestó Carrados—. Es un avión que se dirige al sur. Es extraño cómo se confunden los sonidos, ¿no?

—Nosotros dejamos el taxi por aquí cerca... en Heriot Lane, dijo el conductor. Pensé que tal vez... Un aeroplano, ¿eh? Alas... «Las alas de la mañana», ¿no decía eso el viejo Shakespeare o algún otro?³⁹ Supongo que no volveré a ver volar un avión. A veces solía divertirme... eso. Parecía casi como si estuviera a punto de descubrir qué significa todo este lío... pero nunca lo entendí. Parecía como si necesitara un empujón extra del que no pudiera recuperarme. Los sonidos serán para usted una cosa aburrida y tonterías, imagino.

—No —contestó Carrados—. La mayoría de nosotros ha vivido así. «Porque vemos como a través de un cristal sucio, borrosamente»⁴⁰, dijo el recaudador de impuestos antaño.

El otro hombre solo asintió de un modo dubitativo.

—¿Qué hora es ya? —preguntó—. Condenado Stringer, debería estar ya aquí...

—Aún no han pasado veinte minutos. Pero creo que a su amigo no le habrán parecido ni diez.

Siguieron hablando y Carrados intentó que su acompañante sintiera que el tiempo transcurría de forma imperceptible. Y pasó media hora y no había ni rastro del señor Stringer. Cuando habían transcurrido tres cuartos de hora, Arnold —había dicho su nombre sin querer— ya no pudo aguantar más.

—¡Mire; algo tiene que haberle pasado! No puedo quedarme aquí para siempre. Y usted... ha sido desconcertantemente amable, pero querrá usted ir a alguna parte... ¿Podría indicarme cómo puedo llegar al taxi? Allí al menos

ya sabré dónde estoy, aunque haya sucedido algo malo.

—Por supuesto —contestó Carrados—. Sé bien dónde está Heriot Lane. Le llevaré hasta allí con sumo gusto. Es un paseo de diez minutos desde aquí. ¿Qué tal si deja usted una nota en el banco? Así su amigo... cuando regrese...

—No, maldito sea... —exclamó Arnold con repentina vehemencia—. Me ha dejado en la estacada completamente. ¡Que lo adivine!

No era algo que pudiera hacer cualquiera. Carrados cogió al ciego del brazo y lo levantó del banco. Sin mucha consideración por su propio interés, rebajó a la mitad el paso al que, como ciego más experimentado, estaba acostumbrado. También cabía la posibilidad de que Stringer pudiera aparecer. Pero no lo hizo, y llegaron finalmente a Heriot Lane sin percances.

—¿Está muy abajo el taxi? —preguntó Carrados. Sabía que la calle era una pequeña vía poco frecuentada, un tanto tortuosa, por la que era difícil que pasara algún vehículo ni siquiera en el transcurso de varias horas. De todos modos, aunque podía llevar a Arnold por la calle con bastante seguridad, Arnold podía darse cuenta del asunto en cualquier momento, y Carrados se había propuesto llevarlo justo hasta la puerta del taxi antes de revelarle la verdad del asunto: si no lo conseguía, no llegaría a casa con la moral del triunfo—. No veo su taxi todavía —añadió.

—Estará un poco más allá, supongo —dijo Arnold. Llevaba los ojos abiertos y miraba de reojo al rostro de su guía, con una expresión de peculiar y secreta alegría que conseguía no trasladar a su voz—. Debe de haberse movido...

—Ah —exclamó el guía ciego cuando doblaron una esquina—, ahí hay algo... —El oído y la nariz se lo indicaron, y pensó que sería fácil llevar a su hombre justo hasta el coche. Y, aunque la posibilidad de un fiasco tan ridículo era pequeña en un lugar tan poco frecuentado, ¿cómo estar seguro de que ese era el taxi?

—¿Regresa a casa, señor?

Conseguido. Carrados se movió hacia la luz, guiado por su propia intuición. Cuando supo que estaba a tres yardas del coche, se abrió la puerta. Había llegado a la meta.

—¡Ahora! —dijo otra voz como una orden imperativa.

Antes de que acabara de decirlo, Carrados lo comprendió todo, como en un súbito relámpago de intuición. Aquella intuición llegó con el presagio natural de un inminente peligro, con el sutil cambio de intención en el brazo que estaba tocando el suyo, con el ligero chirrido de un vial que se abre... pero ya era demasiado tarde. La ligera presión del brazo de Arnold de repente se convirtió en el apretón de una zarpa, otro par de brazos se aferraron al brazo izquierdo de Max y un trapo empapado de una sustancia pestilente presionó su rostro...

—¿Ha funcionado? —apuntó alguien, recolocándose en el coche después de cargar el bulto inerme.

—Cambia la matrícula otra vez y larguémonos —sentenció el tercero de la banda.

Un minuto después, el coche recién rematriculado salía de Heriot Lane sin ningún sobresalto y a una velocidad suficientemente moderada como para no sugerir ni la más remota conexión con acontecimientos sospechosos; el vehículo fue engullido por el caudal del tráfico nocturno que se dirigía hacia el este.

—Ah. Así que ya está volviendo en sí, ¿no? —dijo una voz no demasiado arisca cuando la conciencia comenzó a fluir como un arroyo, al principio, y luego como una catarata en las percepciones y los sentidos de Max Carrados—. Puede que se sienta un poco mareado a lo primero, no lo dudo.

—¿Dónde estoy? —preguntó el ciego de forma casi mecánica. Desde luego se sentía mareado y enfermo en más de un sentido, porque la droga que habían empleado con él era de una pestilencia que producía náuseas y dolor de cabeza al despertar, al tiempo que se sentía inerme y absolutamente vulnerable—. ¿Dónde estoy... y quién es usted?

—No se preocupe usted ahora por esas cosas, no tienen la menor importancia —contestó el otro, de modo persuasivo—. Ahora ya está bien y, mientras no se empeñe en molestar, por así decir, va a estar tan cómodo aquí como un lirón en un pajar.

—Ya entiendo... —replicó el prisionero—. Y si molesto, como ha tenido usted a bien decirme, ¿puedo deducir que se me tratará como a Lizzie Baxter?

—Que se pierda el *whisky* es gran tontería, dijo aquel hombre, cuando se cayó por la ventana de la destilería. Ya lo entenderá usted, que cuando hay una guerra, bajas tiene que haber. Usted puede ser una baja en cualquier momento, señor Carrados, pero que su destino sea un hospital de campaña o un cementerio en la cuneta, eso depende solo de su comportamiento.

—A mí me parece —contestó Carrados— que resultará ser el estrado de los testigos...

—Yo de eso ahora no me ocuparía —dijo aquel hombre con sus extrañas fórmulas irlandesas—. Con el debido respeto a las tres mujeres clásicas que ordenan los destinos, no veo yo ningún indicio de que eso pueda ocurrir en un horizonte inmediato. Sin duda, si fuera usted a consultar a una de esas misteriosas mujeres que pronostican mediante una bola de cristal o a un brujo que por tan solo media corona le dice a usted y a cualquiera lo que ve en el humo de una barrita de incienso aromático, algo relacionado con un estrado de testigos podría decirle; pero a efectos prácticos le digo yo que yo lo eliminaría de sus cálculos, señor Carrados.

—Parece usted un caballero agradable e ingenioso, señor...

—Murphy, es un nombre que por ahora basta para comunicarnos.

—Bueno, señor Murphy, entonces. Parece también que tiene usted un cierto conocimiento general de mi persona y de mi vida, mientras que yo, por desgracia, apenas sé nada de usted y sus circunstancias. Como invitado que soy, y dado que estoy disfrutando de su hospitalidad, eso me sitúa en una posición muy humillante. Verá...

—Comprendo muy bien la situación y sus circunstancias delicadas —replicó el señor Murphy con el mismo tono de fingida sátira en el que ambos se estaban desenvolviendo—. Y me encantaría actuar como un vademécum general, o como un quién es quién, o como el Gacetero Ilustrado, si pudiera ser. Pero entenderá usted que puede haber razones estratégicas que no nos permitan comunicar en qué parte de Park Lane está situada esta mansión, ni si es usted invitado de un aristócrata de sangre azul o de un simple miembro del Partido Laborista.

—Tal vez —sugirió el ciego—, tal vez se me permitiría preguntar por qué he sido trasladado de este modo infame y qué se supone que van a hacer conmigo.

—Ningún inconveniente me parece que haya en absoluto en decirle a usted lo que ya sabe —replicó el señor Murphy, con una repentina pérdida de amabilidad en sus modales—. Está usted aquí porque pretendía declarar en un caso que no le incumbe en absoluto, y permanecerá aquí, o en algún otro lugar adecuado y aislado, hasta que esa pequeña cuestión se resuelva de forma satisfactoria. Si no actúa usted de un modo estrictamente neutral tendrá que estar dispuesto a asumir las consecuencias.

—¿Neutral? —repitió Carrados asombrado—. Santo Dios, hombre, ¿neutral en qué? Esto era simplemente un caso de justicia elemental. Pero tal vez... —añadió intencionadamente— usted no sepa nada de eso.

Max pudo intuir un movimiento de furia en más de un lugar de la estancia, y el hombre con el que había estado conversando avanzó hacia él y se le plantó delante. La pulla había conseguido su propósito, porque había servido para que Carrados tuviera más información.

—Yo le recomendaría que se guardara ese tipo de comentarios mientras esté aquí, señor Carrados —dijo Murphy—. En este caso solo su ceguera le ha protegido.

—Eso pasa a menudo —contestó Carrados imperturbable—. Espero que mis ojos me sigan protegiendo.

—No esté tan seguro mientras siga aquí; eso es todo.

Max oyó cómo el hombre se daba media vuelta con violencia y caminaba hasta el otro extremo de la habitación. Se escuchó luego un portazo y se hizo el silencio, pero el prisionero sabía que aún había miradas enemigas y calladas que lo observaban y que no se había quedado solo.

Transcurrió casi una semana y no ocurrió nada. Max Carrados estaba tan aislado del mundo como si lo hubieran llevado a Marte. Le ponían la comida delante, en una cantidad bastante generosa, y sus necesidades comunes se atendían sin más, pero la conversación con aquellos individuos que se movían a su alrededor era escasa. Daba la impresión de que el señor Murphy hubiera desaparecido después de aquella primera noche.

Desde el momento en que recuperó la consciencia, Carrados comenzó a reconstruir los detalles de lo que le rodeaba y a evaluar su prisión. En el transcurso de un día supo que era espaciosa, una casa antigua de tres pisos y un sótano, aislada, y que se encontraba en algún terreno solitario. Las estancias eran en general grandes y de techos altos, pero su estado primitivo no se había conservado; varias habitaciones estaban vacías y el mobiliario de las otras era una mezcla dispuesta al azar. Se utilizaba gas, el teléfono sonaba bastante a menudo, y una mujer silenciosa y de cierta edad se encargaba de hacer la comida y atender la casa. El prisionero tampoco tardó mucho en descubrir que nunca lo dejaban solo, y por la noche dormía en una habitación cuya ventana tenía rejas y la chimenea estaba tapiada. El ciego sonrió cuando se dio cuenta de que su peligrosa fama lo precedía.

No fue hasta la segunda noche cuando pudo localizar de manera definitiva su prisión. No tenía modo de averiguar la duración del viaje en coche, pero el olor del aire, el sabor del agua con la que se aseaba y los ruidos distantes de la calle eran inconfundibles: estaba en Londres. Lo habían llevado a un lugar aislado y solitario, y a no mucha distancia de la casa había una especie de parque privado donde cantaban los zorzales al amanecer y el búho anunciaba la noche, pero hacia el sur había una carretera muy transitada, y luego, hacia el norte, había otra, aunque menos bulliciosa. La segunda noche oyó dar las horas lentamente en el Big Ben, en dirección casi totalmente este, y, aplicando a los sonidos sus propios y peculiares métodos, descubrió que podía dar por hecho que entre la casa y el Parlamento había solo unas tres millas. Al día siguiente puso en marcha una sencilla prueba.

—¿Podrían conseguirme un libro que quiero? Creo que podría...

—¿Un libro? —repitió el hombre que en esos momentos lo vigilaba, con un tono incrédulo.

—Sí, de la librería de Mudie, en High Street, ahí abajo... —dijo señalando con la barbilla en la dirección adecuada.

El imperceptible sofoco de una sorpresa confirmó que estaba en lo cierto, aunque el vigilante tardara en contestar y al final acabara diciendo que él no podía «decir nada al respecto». El asunto del libro se quedó en nada.

Durante un par de días Carrados había estado especulando con cierto aire

melancólico sobre su situación. Pensaba que de un momento a otro se iba a producir una crisis radical. Aunque el juicio de Rank durara tres días —un espacio bastante generoso—, el veredicto ya se habría conocido. Daba por hecho que a él lo habían quitado de en medio únicamente para impedir su declaración decisiva, pero si el caso se resolvía en contra del reo... ¿qué pasaría entonces? Max no se hacía ilusiones respecto a los métodos que empleaba aquella banda de locos extremistas en cuyas manos había caído, y, aunque sin nerviosismo y sin dar indicios de ostensible preocupación, había muy pocos momentos a lo largo del día en los que no estuviera pergeñando planes de huida. Y del mismo modo que su prisión parecía inexpugnable, sus vigilantes no parecían tener mucho interés en las sugerencias de que podrían conseguir algún dinero si...

Fue la noche del sexto día de confinamiento cuando aconteció la esperada crisis. Toda aquella tarde había habido en la gran casona menos movimiento del habitual, pero hacia el atardecer los hombres comenzaron a llegar de uno en uno y por parejas; Carrados llegó a contar hasta una docena, además de la gente habitual.

—Han venido todos a Londres para oír el veredicto —murmuró el ciego—. Ha llegado el momento.

Estaba en lo cierto. Una hora después fue trasladado sin contemplaciones a otra sala, «la sala del consejo», como siempre la había llamado mentalmente, porque era obvio que las reuniones se celebraban allí, y se encontró de repente ante un tribunal informal.

—¿Este es el tal Carrados? —preguntó alguien, con una violenta autoridad.

Uno de los guardianes habituales de Max contestó.

—Es ciego, capitán, aunque no se le note —añadió—. ¿Le damos una silla?

—¿Le dieron a Dennis Rank una silla durante los tres días que duró el juicio? —preguntó el otro.

—No —fue la vehemente respuesta de media docena de hombres.

—Que se quede de pie.

—A los prisioneros —apuntó Carrados con amabilidad—, en general, se les acusa de algún delito. ¿Puedo preguntar cuál es el mío?

—Proporcionar información al enemigo —le contestaron, con aire cortante

y violencia imperiosa—. Le interesará saber, Carrados, que Dennis Rank ha sido considerado culpable esta misma tarde y sentenciado a muerte.

—Ese sería el resultado natural por haberme secuestrado, ¿no? —insinuó el ciego—. Seguro que pensaron en ello.

—¿Qué quiere decir?

Carrados estuvo tentado de encogerse de hombros para subrayar la obviedad de lo que había ocurrido.

—Si yo me hubiera presentado y hubiera hecho mi declaración, habría sido perfectamente posible sugerir que yo me había equivocado o era un embustero... En fin, la palabra de uno contra la de otro. Pero, tal y como se dieron las cosas, no hubo nada sobre lo cual basar la idea de que yo estuviera equivocado o mintiera. Ustedes simplemente corroboraron que mi testimonio era cierto y verdadero: por eso me secuestraron y estaban dispuestos a impedir que yo hablara a toda costa.

—Pero... bueno, capitán, ¿qué está diciendo? —murmuró un intrigante.

—¡Cierra el pico! —ordenó el hombre que tenía la autoridad. Luego se volvió hacia el prisionero otra vez—. No está usted aquí para expresar sus puntos de vista personales y privados sobre tal o cual asunto, Carrados, sino para oír la decisión de este tribunal. No necesito decirle que se apelaré la sentencia sanguinaria y tiránica que se ha pronunciado contra Dennis Rank. Si puede usted sugerir algo útil en ese sentido, haría bien en hacerlo ahora y comunicárnoslo.

—Teóricamente —admitió Carrados—, nunca he estado a favor de la pena capital.

—Eso es muy oportuno —apuntó el capitán con sequedad.

—Pero hay excepciones, y posiblemente esta será una de ellas.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Eso piensa? —rugió el asombrado inquisidor—. Bueno, pues déjeme que le diga una cosa: cuando suban la bandera negra en la prisión de Brixton por Dennis Rank, la familia de usted también tendrá razones para llevar luto.

—¿Y qué sacarán con eso?

—Sacaremos que usted va a empezar a moverse ahora mismo para impedirlo. Creemos que usted tiene agarraderas en más de un lugar,

Carrados, y posiblemente su Gobierno podría considerar que vale la pena salvar su cuello. Bueno, ya sabe cuál es el precio, y será mejor que haga todo lo posible para que se produzca el intercambio cuando usted se lo diga. Le vamos a dar papel y pluma y... escribirá bajo la correspondiente vigilancia, así que no intente ninguno de sus hábiles trucos: puede escribir a su abogado o a quien prefiera.

—Gracias —contestó Max Carrados—, pero no le causaré esa molestia.

—¿Qué molestia? ¡Demonios! ¿Qué quiere decir?

—Solo lo que digo. No tengo ninguna intención de escribir nada. Por mi propia voluntad y libremente podría en circunstancias normales firmar una petición contra la ejecución de Rank. Tal y como usted lo plantea, me siento mucho más proclive a firmar contra una posible conmutación de la pena. Tendrá que hacer ese desagradable trabajo usted mismo.

—Este hombre es idiota —suspiró uno de los miembros del tribunal, completamente fuera de quicio—. ¿Qué tiene de desagradable salvar el cuello?

—Es una simple cuestión de punto de vista —apuntó Carrados, volviéndose hacia él con cortesía—. Hay cosas que a todos nos repugna hacer a según qué precio... o, al menos... —y giró el rostro en dirección al presidente del supuesto tribunal—, a la mayoría de nosotros.

Por alguna razón, en los cinco minutos que habían estado el uno frente al otro, entre ellos había surgido una profunda y corrosiva antipatía. Hacia todos los demás captores Carrados mostraba poco más que una filosófica tolerancia, con algún arranque ocasional de leve desprecio. Pero en este caso sentía el odio mutuo y reconocía que entre ellos no habría consenso posible ni acuerdo de ningún tipo. La única diferencia era el modo en que se mostraba esa inquina: en el capitán se reflejaba en una tendencia a gritar, y en el prisionero, mediante gélidos silencios.

—Así que usted cree que puede dársele de superior aquí, ¿no? —explotó el jefe, hirviendo de furia—. Con su asqueroso punto de vista y su clasismo condescendiente. Recuerde que no está tratando usted con ninguno de esos bobos cobardicas de Dublin Castle⁴¹, sino con hombres que saben lo que dicen y lo que quieren. Y muestre usted el respeto debido al tribunal ante el

que está o ¡por todos los infiernos, mi puño le enseñará a comportarse!

—No puedo defenderme. —Carrados se giró hacia los demás y levantó las manos inermes con una quejumbrosa impotencia—. ¿Hay algún hombre aquí que quiera pegarme?

—¡Dios sabe que sí! —murmuró más de uno.

—Entonces, ¿cómo van a colgarme?

El capitán contuvo a sus secuaces con una mirada fría y despreciativa.

—Déjeme eso a mí —dijo más calmado— cuando llegue el momento. Hay un proverbio sobre cómo matar a un perro, Carrados, que seguramente usted conocerá. Entretanto, contará usted con varios días para pensárselo bien. Tenga en cuenta que no tenemos intención de colgarle por gusto, sino para salvar a Dennis Rank. Lléváoslo.

Cuando trasladaron de nuevo a Max, imaginó que tenían bien prevista tal eventualidad, porque no lo llevaron a la estancia anterior. En vez de ello, se encontró recorriendo partes de la casa en las que nunca había estado. Llegaron entonces a un tramo de escaleras que descendía y a un ambiente más frío. Lo habían encerrado en la bodega.

El trato que iba a recibir, como tuvo ocasión de averiguar de inmediato, se iba a reducir a permanecer en ese lugar. El contenido de sus bolsillos le fue arrebatado, pero cuando se le encerró en aquella severa prisión se le dejó solo. Sin duda se consideró que una huida por la fuerza era imposible, y cuando Max se dedicó a examinar lo que le rodeaba no vio razón para estar en desacuerdo con semejante apreciación. El lugar no era tanto una bodega como un pasadizo ciego en el que se había colocado una puerta enorme. Probablemente cuando hicieron esa reforma los dueños habían pensado en darle un uso especial. Cada lugar tiene su oscura y semiolvidada leyenda de crimen y misterio: la casa era tan antigua que quién sabe cuándo y por qué ese pasadizo perdido e innecesario se había convertido en una especie de mazmorra. El prisionero caminó de un lado a otro y estudió cada rincón, palpándolo con las manos. Cinco pasos normales le bastaron para cruzar de un lado a otro la celda, y cuando llegó al extremo, sin necesidad de moverse, pudo tocar los dos muros laterales al mismo tiempo, estirando los brazos, y luego también el techo. Menos de cinco yardas de largo parecía tener, dos

yardas de ancho y siete pies de altura. Los muros eran de piedra, el suelo también, y el techo, de piedra y cemento. El aspecto más aterrador del lugar era la ausencia total de ventanas o de cualquier fuente de luz, pero eso no preocupaba al ciego, que se sentó para analizar su grave situación. Solo le habían dejado una silla y un pequeño jergón con un par de mantas.

La prisión tenía su menú: tres comidas sencillas diarias, suficientes, pero lejos de cualquier indicio de generosidad. Quedaba perfectamente indicado lo que aquel riguroso sistema significaba: cada día su carcelero le preguntaba si deseaba que le bajaran recado de escribir, y cada día él contestaba con una negativa. Las circunstancias desde luego no estaban equilibradas, pero, si la cuestión iba a acabar en un pulso de obstinación entre el hombre al que llamaban capitán y él, Carrados debía empezar a calcular sus posibilidades. Tras la ejecución de Rank, o la conmutación, no habría ninguna razón para que el capitán no cumpliera su amenaza. En cierto sentido, en el fondo de su pensamiento el ciego no podía abandonar la idea de que incluso en aquellas extremas dificultades su estrella no le fallaría.

Transcurrieron tres días. Carrados distaba mucho de estar mortalmente aburrido, porque su cerebro era un almacén inagotable y, dada su habilidad proverbial para desentenderse completamente de lo que le rodeaba, enseguida fue capaz de concentrarse en el estudio mental de la composición de un monograma que había en el arquero persa grabado en un tetrádracma único de Corinto, un entretenimiento que su secuestro había interrumpido. Pero al atardecer del tercer día ocurrió algo que consiguió que el arquero persa le resultara menos interesante... Llegó la noche, pero nadie le llevó la cena, y, a medida que las horas transcurrían y Carrados era incapaz de oír nada ni descubrir movimiento alguno en la casa, le invadió un repentino temor. ¿Y si...? Desechó semejante pensamiento y se fue a dormir, considerando que aquel era el modo más sencillo de ignorar la situación.

Pero a la mañana siguiente tampoco hubo desayuno. De nuevo, un silencio antinatural invadía toda la casa. Con la oreja pegada al muro, el ciego había sido capaz de oír las pisadas desde su puerta hasta la lejana cocina, pero en aquel momento no podía distinguir ni el eco más débil. Se quitó una bota y empezó a golpear cada vez más fuerte en la puerta... También podría haber

sacudido el polvo de la puerta con su pañuelo, porque tuvo la misma repercusión y llamó la atención de sus captores en la misma medida. Sin embargo, si hubiera habido alguien, habría sido imposible que no lo hubieran oído, por muy escondida y subterránea que estuviera la prisión. ¡Si hubiera habido alguien! Las ideas surgieron en su mente de inmediato y se dispersaron en media docena de direcciones como una llama sobre virutas secas: ¿era aquello parte de un plan para hacerle pasar hambre hasta que se doblegara? ¿Había arrestado a alguno y los demás habían huido? ¿Se había producido algún terrible malentendido, todos se habían olvidado de él o le habían encomendado la vigilancia a otra persona? ¿Acaso alguien había abandonado de repente toda esperanza de influencia en el futuro de Rank y, en venganza, lo habían dejado allí para que se muriera? En apenas cinco minutos había especulado ya sobre todos los posibles resultados, así como el descubrimiento de su cadáver y durante cuánto permanecería allí: un mes, un año, o tanto tiempo que al final se referirían a él como «un esqueleto mondo y lirondo» hallado en una casa abandonada. Maldijo su imaginación y se obligó a pensar de nuevo en el arquero persa y su significativa presencia en un tetradracma griego.

Pero a mediodía tampoco le bajaron el almuerzo. El hambre comenzaba ya a convertirse en una penosa realidad, pero más que eso, una sed espantosa empezaba a atormentarlo. Se arrancó un botón y se lo metió en la boca para inducir la secreción pero, no resultó muy efectivo. A intervalos controlados, golpeaba la puerta como lo había hecho en ocasiones anteriores; sin embargo, intentar hacerse oír por el mundo exterior era inútil, y él lo sabía bien...

Aquella noche Carrados se fue a la cama sin cenar. Llevaba sin alimento durante día y medio, pero eso no tenía mucha importancia al lado de la espantosa sed que ya había hecho presa en él. Eran los días más calurosos de un verano excepcionalmente cálido, y, aunque la bodega era más fresca que el resto de la casa, estaba también más cerrada. Un desagüe, cuyo ruido logró distinguir en alguna parte remota, había conseguido que Max tragara saliva y le había proporcionado al prisionero un respiro y un alivio cruel. Su mente regresó a los innumerables relatos de marineros náufragos que se morían de sed, a las narraciones de hombres aislados y abocados a la locura por falta de

agua en las trincheras, a la parábola del hombre rico y Lázaro, al recuerdo del horrible pasaje de Robinson Crusoe, al espantoso caso de... ¿Acabaría también loco como él? Antes de eso... no tenía armas, pero tenía las mantas de la cama, y había conseguido tocar una tubería que recorría el ángulo del muro y el techo de su celda... y seguramente resistiría su peso.

Intentó escapar a esos pensamientos y procuraba dormir cuando su sentido del tiempo le decía que era en torno a la media noche. Aún acariciaba la esperanza de que a la mañana siguiente se aliviaría su sufrimiento, y, si así fuera, estaría dispuesto a escribir algo para evitar otro día más de sed y tormento... incluso la tinta, pensó abatido, sería un regalo divino en esos momentos.

Pensando en la tinta... en la tinta... tinta... la puerta se abrió de forma milagrosa y entró Parkinson. «Qué sueño tan horrible he tenido...», pensó Carrados. «Creí que estaba encerrado en un sótano, y aquí estoy, sentado en un estupendo restaurante y dispuesto a cenar. ¿Qué sopa es la mejor aquí, Parkinson?». «Le ruego que me perdone, señor», contestó su mayordomo, poniendo un gran cuenco delante de Max, «pero entiendo que la costumbre de esta casa es dejar un plato de agua todas las noches en cada mesa; de otro modo, me han dicho, las ratas roerían las cañerías intentando encontrarla». «Muy bien», contestó Carrados. «Pero lo que me has traído es tinta». «Estoy nerviosísimo», tartamudeó Parkinson, «lo cambiaré...». Y mientras hablaba, se convirtió en el magistrado del tribunal de instrucción de Lemon Square, y el propio Carrados se descubrió a sí mismo asistiendo a un caso penal sobre una estilográfica. «Su señoría», esgrimió el demandante, «la pluma estaba en perfectas condiciones cuando la vendí. Me gustaría indicar, con el debido respeto, que resultó dañada por...». «¡Ratas!», interrumpió el defensor, despreciativamente, mientras se encendía un cigarro. «¡Silencio en la sala!», rugió su señoría. «Lo que está diciendo este hombre pobre y honrado es muy cierto, probablemente. Por supuesto, todas las criaturas hacen cualquier cosa por beber. Y bien, yo mismo si no tengo todas las mañanas un poco de tinta en mi escritorio para darle una lametada...». La sala volvió a estremecerse con una sonora carcajada, y en medio de la risa Carrados se despertó de repente... aún en su celda, y más sediento que nunca, pero con una nueva

esperanza. Cuando se incorporó, oyó cómo las ratas corrían y se escondían al otro lado de la puerta.

«¡Idiota!», se dijo a sí mismo, «mira que no haber pensado en eso. Verdaderamente estás haciéndote viejo y estúpido. Morir de sed teniendo una cañería, oh, Dios mío, ¿y si no lo fuera?... ¡Si fuera de gas...!».

Pero no era de gas. Le bastó con darle un golpecito con el dedo para que no le cupiera la menor duda. En una casa vieja y laberíntica, podría haber sido cualquier cosa, pero una tubería de una pulgada que proporcionaba la resonancia de líquido corriendo no podía indicar sino que había un suministro accesible, un caudal permanente de agua pura, y estaba allí para él. ¿Pero cómo...? Su mente pensó en un objeto inútil tras otro, buscando en vano algún tipo de herramienta para perforar la cañería. No contaba ni con una pieza de metal, ni con un trozo útil de piedra o de ladrillo que pudiera emplear. Sin embargo, debía de haber algo... debía de haber algo... Sí, ¡la bota! Sus frecuentes golpes en la puerta y en el suelo habían destrozado un tacón; un golpe fuerte de un tacón contra el otro y uno de los dos saltaría por los aires. Al final, tuvo en la mano el tacón de goma y piel, tachonado con una hilera de afiladas puntas: un objeto tan efectivo como cualquiera podría desear en su situación.

En menos de tres minutos, Carrados estaba bebiendo... bebiendo agua gloriosamente. Había raspado el metal de la cañería hasta que el agua comenzó a salir como de una fuente, entonces dejó el tacón a un lado y utilizó las manos en forma de cuenco. Ahora ya no había modo de detener la brecha de agua; puede que se inundara su celda y al final acabara ahogado, pero, aunque hubiera sabido que eso iba a ocurrir, no habría dejado de abrir la cañería... al menos no en sus circunstancias.

Cuando hubo bebido suficiente agua, cogió el pañuelo y lo empapó para intentar refrescarse la cara. De aquel leve acto, incluso de la casualidad de la posición que adoptó, dependió todo lo que ocurrió después; porque mientras aguardaba allí, encogido y sentado en aquella pobre silla y apoyado con una mano en la cañería, sintió un levísimo pero claro temblor en la mano. Era tan leve y nimio, tan susceptible de no ser más que una ilusión, que ni un hombre entre mil —ni siquiera los prisioneros más desesperados— le habría

concedido ni un solo pensamiento. Pero para Max Carrados las puntas de sus dedos eran sus pupilas, y para él una levísima vibración representaba un rayo de esperanza. Aunque aquella vibración era poca cosa —y desde luego no podía decirle mucho—, supo que en alguna parte alguien podía estar en condiciones de reconocer una señal que él enviara. La cañería del agua seguramente conduciría a una cisterna en la parte superior, y a esa hora —sería el amanecer, a su juicio— era improbable que nadie pudiera estar por allí arriba. Pero en la otra dirección, hacia el jardín, y hacia la calle... ¿habría alguna posibilidad? Hacía meses que no llovía y se hablaba de una enorme sequía y de restricciones. Cada gota de agua desperdiciada se consideraba un delito y día y noche, sobre todo por la noche, cuando las calles estaban desiertas, los inspectores de la compañía del agua hacían rondas buscando cualquier señal de filtración, levantando las pequeñas trampillas que daban acceso a los conductos y cañerías principales, y dando con un palo en las tuberías en busca del más leve sonido que indicara... oh, un rayo de esperanza, Max Carrados, ¡el más leve sonido...!

Transcurrió apenas un segundo. Tocando ligeramente la tubería para percibir cualquier respuesta, el ciego se deshizo del pañuelo y con los nudillos desnudos de la otra mano comenzó a deletrear hacia lo desconocido el mensaje universal de la desesperación: corto, corto, corto, largo, largo, largo, corto, corto, corto: S. O. S, S. O. S, S. O. S.

Aproximadamente cuando Max Carrados se despertó y pensó que el tacón de su bota podía serle útil, dos hombres ataviados con el severo uniforme azul que proporciona el Servicio Metropolitano de Aguas se detuvieron junto a una trampilla metálica de la calle y se dispusieron a ejecutar el cabalístico ritual de su tribu. El gran chamán, como si dijéramos, llevaba en la mano una especie de bastón de mando: portaba una manejable vara de bambú acabada en algo como un platillo; su gorra ceremonial ostentaba la palabra INSPECTOR grabada en una dignísima insignia ovalada. Su acólito se diferenciaba de él solo por leves detalles: en vez de una vara, llevaba un objeto de una

aparición bastante peligrosa que solo podría asemejarse a un arpón pequeño, aunque no tan pequeño...

—Cuando bajemos otra vez a High Street, desayunamos, ‘Orras —indicó el inspector, como quien intenta animar a un subalterno.

—Eso podría estar bien —comentó ‘Orras—. Mis tripas están empezando a preguntarme de forma audible si es que me han cortado el cuello.

—Es muy raro: hoy en día los jóvenes siempre están pensando en zampar —reflexionó su superior—. No tienen ningún aguante, como si dijéramos, ‘Orras. ¿Te he contado alguna vez cómo tres vigías señalizadores estuvimos subidos a una torre, a la intemperie, en un sitio llamado Binchley durante casi una semana...?

—Muchas veces; ayer, sin ir más lejos —replicó el representante de la generación más joven—. Procura olvidar los viejos tiempos sanguinarios, padre William. La guerra ya terminó, por fin, y no vamos a tener más...

El inspector suspiró y, arrimándose a una farola, le indicó que procediera a seguir con la tarea mientras él hacía anotaciones en su registro. Desdeñando la oferta de utilizar la vara, el ayudante ensartó su siniestro arpón en la pestaña de la alcantarilla y la levantó, escrutando las profundidades con un extremo y aplicando la oreja en el otro.

—¿Y bien? —preguntó el inspector al final—. ¿Todo correcto?

—No lo tengo claro —informó ‘Orras con aire sombrío—. Algo ocurre en alguna parte que no logro entender...

—Qué raro. —El inspector no quería decir nada concreto con aquella expresión, pero ‘Orras giró el cuello para poder ver mejor la cara de su superior—. ¿Qué te parece que puede ser?

—Será mejor que lo mires tú —sugirió el joven, apartándose; un instante después, el otro cerraba el libro de registro y se colocaba junto a la alcantarilla—. Los puestos de vigilancia se te dan mejor que a mí —bromeó el joven.

Transcurrió un minuto en silencio mientras el hombre más experimentado apoyaba la oreja en el extremo de su bastón.

—Es curioso que hayamos estado hablando de señalizaciones y que pase esto justo ahora... —apuntó, sin levantar la cabeza—. Si se pudiera creer,

diría que hay alguien comunicándose por morse en alguna parte de esta cañería.

—¿Pero qué dices? —preguntó ‘Orras con poco interés, mientras se liaba un cigarrillo.

—Nada que se pueda considerar lógico... una secuencia de letras. Sos, sos, continuamente. Espera un momento... ¿No significa algo S. O. S.?

—Sí —exclamó ‘Orras con vehemencia—: Sosagers. Un sitio estupendo para desayunar.

—¡Chst, chst! —Hizo el inspector con aire recriminatorio—. ¿No puedes dejar de pensar en comida aunque solo sea por medio minuto, ‘Orras? ¡Ahí está! Ahora lo tengo: SOS. Es la señal de petición de auxilio de un barco que naufraga, por supuesto.

—Por supuesto. Seguro que un submarino se ha colado en la cañería general y ahora no puede girar ni volver porque el conducto es demasiado estrecho. ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Pero el inspector no estaba por la labor de prestar oídos al humor barato del irreverente joven. No había vivido cuarenta y cinco años y había ido a una guerra para ignorar que en la vida real a veces ocurren las cosas más extrañas. Durante unos instantes hizo girar con aire distraído unos alicates en la mano que tenía libre; luego se arrodilló sobre el pavimento, y dio en las cañerías metálicas una sucesión de golpes medidos y controlados, como una especie de ritmo...

—¿Qué es eso? —preguntó ‘Orras, intrigado a pesar de su aparente indiferencia.

—Acabo de enviar un «¿Quién es?» —explicó el inspector, volviendo a su actitud de escucha—. Puede que no conozcan las llamadas y las respuestas y todo eso.

—Me parece que eso no está dentro de las atribuciones de la Compañía Metropolitana de Aguas, en absoluto —dijo el ayudante en tono de broma—. Seguro que has ido al cine, tío. *Salvado de las fauces de la muerte...* en siete trocitos.

El inspector le indicó que cerrara el pico con la otra mano, a modo de advertencia y reprensión.

—Apunta lo que te diga, muchacho... —dijo con vehemente autoridad—. ¿Tienes un trozo de papel y un lápiz o algo? ¡Apunta! C-A-R-R... ¿No tienes un trozo de papel y lápiz? C-A-R-R...

—Espera, espera... —contestó el otro, sacándose una vieja pluma Star del bolsillo y buscando un espacio libre en el *Stop Press*—. C-A-R-R... Adelante, sargento...

—... A-D-O-S.

—¿Carrados? ¿No es ese el tío...? —El muchacho le dio la vuelta al periódico hasta que encontró el titular: DESAPARECIDO EL TESTIGO CIEGO. NI RASTRO DE MAX CARRADOS. ¿Me estás diciendo que...?

—¡Calla! —cortó el inspector furioso—. Escucha, ¿quieres? E-N-C-E-R-R-A-D-O L-L-A-M-A-R P-O-L-I-C-Í-A U-R-G-E-N-T-E V-I-D-A M-U-E-R-T-E.

—¡Vaya! —murmuró ‘Orras, resoplando alucinado—. Menuda historia que...

—A-B-I-E-R-T-A V-Í-A L-L-A-M-A-R P-O-L-I-C-Í-A R-E-C-O-M-P-E-N-S-A.

‘Orras volvió a resoplar, casi abrumado ante la perspectiva de fama y dinero.

—¿Eso es todo? —preguntó esta vez con más amabilidad.

—E-N-V-I-A-R S-I E-N-T-E-N-D-I-D-O... No es necesario que lo apuntes todo.

—A ver cómo lo haces... —‘Orras, sometido a un nivel de eficiencia técnica que quedaba fuera de su alcance, previó sagazmente que durante por lo menos las siguientes tres semanas cada palabra que se dignara a pronunciar valdría su peso en cigarrillos.

El inspector se inclinó sobre la alcantarilla y dio en el metal unos golpes con las tenazas.

—Ya está. Ahora vete a High Street, muchacho, y busca el teléfono más cercano. Y, por el amor de Dios, no te pares a desayunar por el camino. No me sorprendería que esto acabara en una semana de pesca en Southend para nosotros dos.

—En Garn —contestó ‘Orras, ahora casi con la risa floja y excitadísimo—.

Un día de pesca en Barnes Reservoir, mejor. ¿Qué vas a hacer tú?

—Ponte en marcha —dijo el inspector con firmeza—. Y no fastidies tu parte del negocio. Yo voy a ver dónde está la fuga de agua.

Diez minutos después estaba todavía dando golpecitos por la calle, a intervalos regulares, cuando dos caballeros, casi por sorpresa, aparecieron al fondo, caminando en dirección a él. Cuando lo vieron trabajar intercambiaron unas breves palabras y se detuvieron a su lado.

—Buenos días, inspector —dijo uno afablemente, que había observado la gorra del empleado—. ¿Algún problema con el suministro de agua?

—Nada que yo sepa, señor —contestó el inspector con sencillez—. Nuestras rondas habituales...

—Ah —dijo uno de los desconocidos—. Muy bien. Está siendo un verano horroroso, ¿verdad? Tendrán mucho trabajo, apuesto a que sí. Me pareció que podría estar haciendo usted una ronda para comprobar que no hay fugas en las cañerías y las alcantarillas...

—Todo está perfecto, por lo que yo he visto... —fue la contestación tranquilizadora—. No nos gusta dar más problemas de los necesarios. En realidad, solo estoy esperando a mi compañero para ir a desayunar...

Los dos desconocidos saludaron y se alejaron. El inspector se guardó el palo bajo el brazo y avanzó descuidadamente por la calle tras ellos, silbando bajito para sí mismo, hasta que se detuvieron en una cancela lejana. Tenía una cara especialmente candorosa y amable, y una mirada meditativa.

Resultó que el señor Murphy y el capitán no podían haber regresado en un momento más oportuno, desde cierto punto de vista. Acababan de entrar, vieron que todo estaba —como el simpático irlandés tuvo ocasión de apuntar — «hasta arriba de agua» (porque había casi seis pulgadas de agua en la bodega) y sacaron al prisionero a un lugar más elevado y más seco para mantener una seria conversación (en la que se tratarían ciertos temas relacionados con cuellos y sogas, gargantas y cuchillos), cuando alguien llamó con mucha educación a la puerta principal. Se quedaron callados

durante unos segundos. Fue el capitán quien decidió ir a abrir la puerta, pero no regresó inmediatamente. Advirtiendo esto, el señor Murphy se sintió atenazado por un repentino deseo de investigar la parte trasera de la casa, y se apresuró a saltar por una ventana, con la evidente intención de comprobar aquellos terrenos. En su nerviosismo, sin embargo, pasó por alto la presencia de varios policías, que estaban en lo que él mismo habría denominado «posiciones estratégicas», y cayó en sus garras para ser escoltado de nuevo, y no precisamente entre laureles, al interior de la casa...

—¿Sabe una cosa, señor Murphy? Sigo pensando que va a resultar lo del estrado de los testigos... —apuntó Max Carrados cuando todos se reunieron en el vestíbulo. Un golpe poco noble, hay que reconocerlo, pero eso puede perdonársele a un hombre que se había bebido un galón de agua fría después de no probar bocado durante un par de días.

³⁸ «The Missing Witness Sensation», incluido en *Max Carrados Mysteries*, Hodder and Stoughton, Londres, 1927.

³⁹ Salmos 139, 9: «Aunque me alce en las alas de la aurora o viva en los confines del océano...».

⁴⁰ 1 Cor 13, 12.

⁴¹ Sede del Gobierno británico en Irlanda hasta 1922; después pasó a ser la sede del Gobierno irlandés provisional de Michael Collins, al que los nacionalistas más radicales no concedían autoridad para negociar la independencia del país.